

LA ARENA SUCIA

Mario Puzo

AUTOR DE "EL PADRINO"



Lectulandia

La arena sucia es la primera novela escrita por Mario Puzo, publicada en 1955. Desmovilizado al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Walter Mosca regresa por un breve tiempo a los Estados Unidos. Allí tiene sólidos lazos familiares y —de algún modo— afectivos. Pero algo le arrastra de nuevo a la Alemania devastada de la postguerra: el miedo a la mediocridad, las nuevas relaciones que ha establecido. Y la ambición: Alemania es un buen lugar para hacer dinero especulando con las carencias de la población. Instalado en Bremen, Mosca inicia su nueva vida: retoma su relación con Hella, una joven alemana, desarraigada y dulce, comienza a moverse por un mundo en el que el afán de supervivencia se conjuga con el afán de enriquecerse. Y en él, Mosca se verá redimido, a través de Hella, de su sequedad moral...

Lectulandia

Mario Puzo

La arena sucia

ePub r1.0
turolero 15.07.15

Título original: *The Dark Arena*

Mario Puzo, 1955

Traducción: Ángel Arnau

Editor digital: tuolero

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Walter Mosca sentía que lo dominaban el nerviosismo y una agobiante sensación de soledad, ahora que estaba a punto de regresar a casa. Recordaba las escasas ruinas de las afueras de París, como recordaba otros lugares y personas familiares. Ahora, a punto ya de terminar su viaje, apenas si podía esperar la llegada a su lugar de destino, el corazón del continente destruido, la ciudad destrozada que él pensaba que no volvería a ver en su vida. El camino que conducía a Alemania le era más familiar que las carreteras de su país, que las cercanías de su ciudad natal.

Debido a la velocidad, el tren se balanceaba. Era un tren militar, con hombres de reemplazo para la guarnición de Francfort, pero la mitad del vagón estaba ocupado por funcionarios civiles reclutados en los Estados Unidos. Mosca se tocó la corbata de seda y sonrió. Se sentía fuera de lugar. Se hubiese sentido más a gusto con los soldados del otro extremo y, pensaba, lo mismo podía decirse de la mayoría de la veintena de civiles que estaban con él.

En el vagón había dos luces amarillentas, una en cada extremo. Las ventanas estaban tapadas con tablas, como si el vagón hubiese sido construido para que sus ocupantes no pudieran ver las ruinas que deberían atravesar.

Los asientos estaban constituidos por unos largos bancos de madera, que dejaban un estrecho pasillo a lo largo de uno de los lados.

Mosca estiró su cuerpo sobre el banco y se colocó su bolsa azul, de gimnasia, debajo de la cabeza, como almohada. La luz era tan débil que apenas si podía ver a los otros civiles.

Habían viajado todos en el mismo barco militar y, como él, todos parecían deseosos de llegar a Francfort. Hablaban en voz muy alta, para que ésta no fuera ahogada por el ruido del tren, y Mosca observó que la voz del señor Gerald dominaba a las de los demás. Gerald era el civil de más categoría. Llevaba unos palos de golf, y en el barco había procurado que todos supiesen que su grado civil era equivalente al de coronel. Gerald se mostraba alegre y feliz, y Mosca lo imaginaba jugando al golf sobre las ruinas de una ciudad, con el palo alzado sobre calles arrasadas y, después de apuntar cuidadosamente, golpeando una calavera.

Al entrar en una pequeña estación desierta, la velocidad del tren disminuyó sensiblemente. Fuera era noche cerrada, y el interior del vagón estaba muy oscuro. Mosca, adormilado, sólo muy vagamente oía las voces de los otros. Pero cuando el tren volvió a tomar velocidad se despertó del todo.

Los civiles hablaban ahora en voz más baja y Mosca se sentó para mirar a los soldados del otro extremo del vagón. Algunos estaban durmiendo en los largos bancos, pero se veían tres círculos de luz que rodeaban tres partidas de naipes, y que daban a aquel extremo del vagón un brillo amistoso. Sintió nostalgia de la vida que

había llevado durante tanto tiempo y que había abandonado sólo unos pocos meses antes. Gracias a la luz de las tres velas, Mosca podía verles bebiendo de sus cantimploras, y estaba seguro de que no era agua, y comiendo chocolate. Los soldados estaban siempre preparados, pensó Mosca, esbozando una sonrisa. Mantas en la espalda, velas en el petate, agua o un líquido todavía mejor en la cantimplora y, siempre, una goma en la cartera. Por si había buena (o mala) suerte.

Mosca volvió a echarse sobre el banco y trató de conciliar el sueño. Pero su cuerpo estaba tan tenso y duro como la madera en la que descansaba. El tren corría ahora a gran velocidad. Miró su reloj. Era casi medianoche y quedaban más de ocho horas para llegar a Francfort. Se sentó, sacó una botella de la pequeña bolsa azul de gimnasia y, con la cabeza apoyada en la enmaderada ventana, bebió hasta sentir que su cuerpo se relajaba. Debió de quedarse dormido, pues cuando volvió a mirar al otro extremo del vagón, sólo una de las velas estaba encendida; pero detrás de él podía oír todavía las voces del señor Gerald y de algunos otros civiles. Debían de haber estado bebiendo, pues la voz del señor Gerald era ahora paternal, condescendiente. Estaba hablando del gran poder que tendría en sus manos y de lo bien que funcionaría su imperio burocrático.

Del círculo del otro extremo del vagón destacaban dos velas, cuyas llamas vacilantes alumbraban, tenue y desigualmente, el pasillo. Cuando pasaron junto a él, Mosca se despertó del todo. El soldado que llevaba las velas tenía una mirada cargada de estupidez y malevolencia. La amarillenta luz de las velas teñía de un color rojo oscuro la cara del soldado y daba a sus hoscos ojos un aspecto peligroso.

—¡Eh, soldado! —gritó el señor Gerald—. ¿Hay alguna vela para nosotros?

La vela, obedientemente, fue colocada cerca de Gerald y su grupo de civiles, y la voz de todos ellos, como si la vacilante llama les hubiese dado valor, se hizo más fuerte. Trataron de que el soldado participara en su conversación, pero él, sus velas sobre el banco, su cara en la oscuridad, se negaba a contestar. Olvidándose del soldado, se pusieron a charlar de otras cosas; sólo una vez Gerald, acercando su rostro a la vela, como para que el otro tomara confianza al ver su cara, dijo, en tono condescendiente, pero con amabilidad, al militar:

—Todos nosotros hemos estado también en el ejército, naturalmente. Pero aquello terminó ya, gracias a Dios —añadió, riendo.

Uno de los otros civiles dijo:

—No esté tan seguro; todavía nos quedan los rusos. Volvieron a olvidarse del soldado hasta que, de pronto, con una voz que dominaba no sólo la de todos, sino también el ruido del tren, de aquel tren que corría ciegamente a través del continente, el soldado gritó, con arrogancia de borracho, pero con un algo de pánico:

—¡Callad, no habléis tanto; cerrad vuestras malditas bocas!

Se produjo un silencio embarazoso, producto de la sorpresa. Poco después Gerald volvió a acercar la cabeza a la llama de la vela y dijo, calmadamente, al soldado:

—Será mejor que te vayas a tu sitio, al otro extremo del vagón, hijo.

El militar no respondió, y Gerald siguió hablando, partiendo del punto en el que había sido interrumpido.

Un momento después estaba de pie, completamente bañado por la luz de las velas, su voz ahogada. Y luego, tranquilamente, sin alarma en la voz, pero en un tono que expresaba una casi total incredulidad, dijo:

—He sido herido, Dios mío. Ese soldado me ha hecho algo.

Mosca, abandonando su posición horizontal, se sentó, y otras figuras casi invisibles se levantaron de los bancos. Uno de los hombres tiró, al levantarse, una de las velas. Gerald, todavía en pie, pero ya un poco menos iluminado, dijo, con voz tranquila, si bien aterrorizada:

—Ese soldado me ha apuñalado.

Dicho esto, Gerald se dejó caer sobre el banco.

Dos hombres del extremo del vagón ocupado por los militares atravesaron el pasillo, corriendo. A la luz de las linternas que llevaban en la mano, Mosca pudo ver el brillo de las barras de los oficiales.

Gerald repetía una y otra vez:

—He sido apuñalado, ese soldado me ha apuñalado.

En su voz ya no había terror, pero sí sorpresa e incredulidad. Mosca pudo verlo sentado en el banco, y luego, gracias a la luz de las tres velas, pudo ver la rasgadura en la pierna del pantalón, a la altura del muslo, y la mancha oscura que se iba extendiendo alrededor. El teniente se inclinó, acercó su vela y dio una orden al soldado que lo acompañaba. El soldado corrió hacia el otro extremo del vagón y regresó poco después con mantas y un pequeño botiquín. Extendieron las mantas en el suelo e hicieron que Gerald se echara sobre ellas. El soldado comenzó a cortar la pernera, pero Gerald dijo:

—No, enróllelo; podrá ser remendado.

El teniente echó un vistazo a la herida.

—No es gran cosa —dijo el teniente—. Envuélvalo con una manta —ni en su joven rostro ni en su voz había simpatía alguna, sino sólo una amabilidad impersonal—. Haremos que nos espere una ambulancia en Francfort, por si acaso. Pondré un telegrama en la próxima parada.

Luego se volvió a los otros y preguntó:

—¿Dónde está?

El soldado borracho había desaparecido; Mosca, escudriñando en la oscuridad, vio una forma humana acurrucada en el rincón del banco delante de él. No pronunció palabra.

El teniente se fue hacia su extremo del vagón y regresó llevando su pistolera. Encaró la luz de su linterna por todo el vagón, hasta que vio la forma acurrucada. Apuntó a la misma con la linterna, a la vez que mantenía la pistola oculta detrás de su espalda. El soldado no se movió.

El teniente le habló con rudeza.

—Levántate, Mulrooney.

El soldado abrió los ojos, y cuando Mosca vio aquella mirada estúpida y animal sintió una repentina piedad.

El teniente siguió enfocando la linterna directamente a los ojos del soldado, cegándolo. Hizo que Mulrooney se levantara. Cuando vio que sus manos estaban vacías, enfundó su pistola. Luego, con brusquedad, obligó al soldado a dar la vuelta y lo registró. No encontró nada, por lo que enfocó la linterna contra el banco. Mosca vio el cuchillo ensangrentado. El teniente lo tomó y empujó al soldado hacia el otro extremo del vagón.

El tren fue disminuyendo su marcha hasta que, finalmente, se paró. Mosca se dirigió al extremo del coche, abrió la puerta y miró fuera. Vio al teniente dirigirse a la estación, con objeto, sin duda, de cablegrafiar pidiendo una ambulancia; no se veía a nadie más. La población francesa que se extendía por detrás de la estación era oscura y estaba en silencio.

Mosca regresó a su banco. Los amigos de Gerald estaban inclinados sobre él, animándolo, y Gerald estaba diciendo, con impaciencia en su voz:

—Sé que no es más que un rasguño, pero ¿por qué lo hizo? ¿Por qué cometió esta locura?

Y cuando el teniente regresó y les dijo que en Francfort les aguardaría una ambulancia, Gerald le dijo:

—Créame, teniente: nada hice para provocarlo. Pregunte a mis amigos. Nada hice, nada, para que realizara una acción tan insensata.

—Está loco, eso es todo —dijo el teniente—. Ha tenido usted suerte, señor; conozco a Mulrooney y sé que intentaba agujerearle los testículos.

Las palabras del teniente sirvieron para dar más interés al hecho, y el rasguño en el muslo del señor Gerald se convirtió así en algo realmente importante.

—En cierto modo —siguió el teniente—, me ha hecho usted un favor. He estado tratando de desembarazarme de Mulrooney desde el primer día que llegó al pelotón.

Ahora estará seguro durante un par de años.

Mosca no podía dormir. El tren había empezado a moverse, y volvió a acercarse a la puerta, se apoyó en ella y se dedicó a contemplar el oscuro panorama exterior. Recordaba una tierra igual, o muy parecida, recorrida en camiones, en tanques, a pie, arrastrándose por el suelo. Había creído no volver a ver este país, y se preguntaba por qué todo había ido tan mal. Tanto tiempo suspirando por volver a casa, y ahora había vuelto a partir. En el oscuro tren fue recordando su primera noche en el hogar.

En la puerta había un letrero en el que podía leerse Bienvenido a casa, Walter, y Mosca observó que en las otras dos puertas del rellano había carteles similares, aunque con nombres diferentes, claro está. Lo primero que vio al entrar en el apartamento fue una fotografía suya tomada justo antes de embarcar. Luego, su madre y Gloria se le echaron encima, mientras Alf le estrechaba la mano.

Pasado el primer momento, se produjo un embarazoso silencio.

—Pareces más viejo —dijo su madre, y todos se echaron a reír—. Bueno, quiero decir que pareces más viejo que tres años.

—No ha cambiado —dijo Gloria—. No ha cambiado en absoluto.

—El héroe conquistador regresa —dijo Alf—. Mirad todas esas cintas. ¿Hiciste algo grande, Walter?

—Lo normal —contestó Mosca—; la mayoría han hecho lo mismo.

Se quitó la guerrera, ayudado por su madre. Alf fue a la cocina y regresó con una bandeja de bebidas.

—¡Cristo! —exclamó Mosca, asombrado—. Pensaba que habías perdido una pierna.

Había olvidado por completo lo que su madre le había escrito acerca de Alf. Pero su hermano había estado esperando este momento. Se levantó la pernera.

—Está muy bien —dijo Mosca—. Mala suerte, Alf.

—Las dos quisiera tener así —dijo Alf—. No tendría problemas de infecciones ni debería cortarme las uñas, ¿comprendes?

—Comprendo —respondió Mosca; pasó una mano por el hombro de su hermano y sonrió.

—Se la ha puesto especialmente para ti, Walter —dijo su madre—. Cuando está en casa no suele llevarla, a pesar de que sabe que me disgusta verlo sin ella.

Alf levantó su vaso.

—A la salud del héroe conquistador —dijo, y luego, sonriente, miró a Gloria—. A la salud de la muchacha que lo ha estado esperando.

—Por nuestra familia —dijo Gloria.

—Por todos mis hijos —dijo su madre, afectuosamente. Su brindis incluía a Gloria. Todos miraron a Mosca, expectantes.

—Dejadme apurar este vaso; luego podré pensar en algo.

Se rieron todos y bebieron.

—Y ahora vamos a por la cena —dijo la madre—. Ayúdame a poner la mesa, Alf.

Madre e hijo se dirigieron a la cocina.

Mosca se sentó en uno de los sillones.

—Un viaje largo, muy largo —dijo.

Gloria se inclinó sobre el mantel y tomó en su mano la enmarcada fotografía de Mosca, dándole la espalda a éste.

—Todas las semanas he venido a contemplar esta foto. Ayudaba a tu madre a preparar la cena, comíamos juntas, y luego me sentaba en esta habitación, y dejaba pasar el tiempo contemplando esta fotografía y hablando de ti. Cada semana, durante tres años, como la gente que visita un cementerio, y ahora que estás de vuelta me doy cuenta de que no pareces el mismo de la foto.

Mosca se levantó y se acercó a Gloria. Con la mano en el hombro de la muchacha, miró la fotografía, preguntándose por qué aquel trozo de papel lo irritaba.

Aparecía con la cabeza echada hacia atrás, riéndose, y, evidentemente, había

querido que se vieran claramente las barras diagonales negras y blancas de su división. El rostro era juvenil y lleno de inocencia y de bondad. El uniforme era elegante y le caía muy bien. De pie bajo el sol meridional, aparecía como el típico soldado que se hace una foto para mandársela a su adorada familia.

—¡Qué sonrisa más artificial! —dijo Mosca.

—No te burles. Durante mucho tiempo ha sido lo único que hemos tenido de ti — la muchacha permaneció en silencio durante un instante—. ¡Si supieras, Walter, las lágrimas que hemos derramado sobre esta fotografía, cuando no escribías, cuando oíamos rumores de que un barco había sido hundido o de que se había desatado alguna cruenta batalla! El día del desembarco no fuimos a la iglesia. Tu madre permaneció sentada en el sofá y yo, aquí mismo, pegada a la radio. Estuvimos así durante el día. No fui a trabajar. Pasaba de una emisora a otra; en cuanto terminaba un boletín de noticias, buscaba otro, a pesar de que sabía que diría lo mismo. Tu madre se limitaba a permanecer sentada, con un pañuelo en la mano, pero sin llorar. Aquella noche me quedé a dormir aquí, en tu habitación, en tu cama, y me acosté con tu fotografía. La puse en la mesita de noche y le dije «buenas noches», y luego soñé que no volvería a verte. Y ahora estás aquí, Walter Mosca, en carne y hueso, y no te pareces en nada al hombre de la foto.

Trató de reír, pero sólo consiguió llorar.

Mosca se sentía embarazado. Besó suavemente a Gloria.

—Tres años es mucho tiempo —dijo.

Y pensó: El día D lo pasé en una ciudad inglesa, emborrachándome. Estaba con una rubia que me aseguraba que aquél era su primer *whisky*, y que yo era el primer hombre con el que se acostaba. Estaba celebrando el día D, pero lo que más celebraba era no estar allí. Tenía ganas de explicarle a Gloria toda la verdad, de decirle que aquel día ni uno solo de sus pensamientos había sido para ella ni para su familia, pero se limitó a replicar:

—Esta foto no me gusta. Además, en el primer momento has dicho que no había cambiado ni un tanto así.

—¿No es gracioso? —dijo Gloria—. En el momento de atravesar la puerta eras exactamente igual a la fotografía. Pero, al mirarte más detenidamente, pareció como si toda tu cara se transformara.

La madre llamó desde la cocina:

—¡A la mesa!

Y todos se dirigieron al comedor.

Todos los platos favoritos de Mosca estaban en la mesa; el sabroso asado con patatas fritas, una ensalada y una loncha de queso amarillo. El mantel era blanco como la nieve y, cuando hubo terminado, se dio cuenta de que junto al plato tenía una servilleta sin desplegar. La cena había sido buena, pero menos de lo que él había soñado que sería.

—Es algo diferente del rancho, ¿eh, Walter? —comentó Alf.

—Ya lo creo —contestó Mosca. Del bolsillo de su camisa sacó Walter un cigarro oscuro, grueso y corto, y estaba a punto de encenderlo cuando se dio cuenta de que todos le miraban, divertidos.

Hizo una mueca y, tras explicar: «Ahora ya soy mayor», encendió el cigarro, con exagerados gestos de placer. Los cuatro se echaron a reír. Parecía como si la extraña atmósfera provocada por su llegada a casa, con un aspecto y unos modales tan diferentes de los suyos de antes, se hubiese disipado de repente. La sorpresa, seguida de la diversión, al sacar él el cigarro, había roto la barrera. Pasaron al salón, las dos mujeres del brazo de Mosca, y Alf con la bandeja del *whisky* y la cerveza.

Las dos mujeres se sentaron junto a Mosca en el sofá, y Alf les sirvió bebidas, sentándose luego frente a ellos, en uno de los mullidos sillones. La lámpara de pie alumbraba suavemente la estancia, y Alf, en el tono paternal y semijocoso que había empleado durante toda la velada, comentó:

—Ahora nos será contada la historia de Walter Mosca.

Mosca bebió.

—Primero, los regalos —dijo.

Tomó del suelo la bolsa azul de gimnasia, y de la misma sacó tres cajitas envueltas en papel marrón, las cuales entregó a cada uno. Mientras abrían los regalos, Mosca se sirvió otra bebida.

—¡Por Cristo! —exclamó Alf—. ¿Qué es esto?

Y mostró cuatro enormes cilindros plateados.

Mosca se echó a reír.

—Cuatro de los mejores cigarros del mundo. Hechos especialmente para Hermann Goering.

Gloria abrió su paquetito, y al ver su contenido quedó boquiabierta. En la cajita, de terciopelo negro, había un anillo. Alrededor de una esmeralda cuadrada, color verde oscuro, había pequeños diamantes. Se levantó y rodeó con sus brazos el cuello de Mosca, y después se volvió para enseñar el anillo a la madre de su novio.

Pero la madre estaba fascinada por un rollo de seda roja, tan largo, que, al desplegarlo, formaba un alto montón en el suelo.

Era una enorme bandera cuadrada, en medio de la cual, superpuesta sobre un fondo blanco y circular, se veía una cruz gamada negra. Nadie hablaba. En la tranquilidad de aquella habitación acababan de ver, por vez primera, el símbolo del enemigo.

—¡Caramba! —exclamó Mosca, rompiendo el silencio—. No ha sido más que una broma. Pensé que debías verlo.

Cogió la pequeña caja que había en el suelo. Su madre la abrió, y al ver los diamantes azules y blancos, levantó la vista y le dio las gracias. Plegó la enorme bandera, se levantó y tomó la bolsa de gimnasia de Mosca, mientras decía:

—Voy a desempacar esto.

—Son unos regalos muy hermosos —dijo Gloria—. ¿Dónde los compraste?

—Botín de guerra —respondió, cómicamente. Todos se echaron a reír.

La madre regresó a la habitación, con gran número de fotografías en la mano.

—Estaban en tu bolsa, Walter. ¿Por qué no nos las has enseñado?

Se sentó en el sofá y comenzó a mirar las fotos, una por una. Las iba pasando a Gloria y a Alf. Mosca se sirvió una bebida, mientras los demás comentaban las fotografías y hacían preguntas acerca de dónde habían sido tomadas. Luego vio cómo su madre palidecía al mirar una de las fotos. Por un momento, Mosca sintió que le invadía una sensación de pánico, mientras se preguntaba si estaría allí alguna fotografía obscena. Pero estaba seguro de haberlas vendido todas en el barco. Vio a su madre pasar las fotos a Alf, y se irritó consigo mismo por haberse dejado dominar por el miedo.

—Bien, bien —dijo Alf—. ¿Qué es esto?

Gloria se inclinó y miró la foto. Mosca vio cómo se clavaban en él tres pares de ojos.

Mosca se acercó a Alf, y, cuando vio de lo que se trataba, dejó escapar un suspiro de alivio. Ahora lo recordaba. Había estado cabalgando a lomos de un tanque, cuando sucedió.

En la fotografía se veía la figura acurrucada del servidor alemán de un bazuca, tendido sobre la nieve, y desde su cuerpo hasta el extremo de la foto se veía una línea oscura. Sobre el cuerpo del alemán, de pie, aparecía Mosca, con la mirada fija en la cámara. Él, Mosca, se veía como desfigurado en su uniforme invernal de combate. La manta, en la que había hecho agujeros para los brazos y la cabeza, colgaba como una camisa hasta más abajo de la guerrera. Semejaba un cazador dispuesto a llevarse a casa su trofeo.

En la fotografía no se veían los tanques ardiendo en la llanura. Tampoco se veían los cadáveres desparramados por el campo, cual basura. El alemán había sido un buen bazuquero.

—Mi compañero tomó esta foto con la Leica del boche.

Mosca siguió bebiendo, pero al volverse observó que los demás esperaban más amplias explicaciones.

—Mi primera víctima —dijo, tratando de dar a sus palabras un acento jocoso. Pero sonaron como si hubiese dicho, por ejemplo, que el fondo de una foto suya hubiese estado constituida por la Torre Eiffel o las Pirámides.

Su madre estaba estudiando las otras fotografías.

—¿Dónde fue tomada ésta? —preguntó.

Mosca se sentó a su lado y respondió:

—En París, durante mi primer permiso.

Pasó el brazo por el talle de su madre.

—¿Y ésta? —preguntó la mujer.

—Fue en Vitry.

—¿Y ésta?

—En Aquisgrán.

¿Y ésta? ¿Y ésta? ¿Y ésta? Mosca fue nombrando las ciudades y contando graciosas anécdotas. Las repetidas bebidas le habían puesto de buen humor, pero pensaba: Ésta fue tomada en Nancy, donde tuve que esperar en la cola, durante dos horas, a que me «vaciaran»; ésta fue en Dombasle, donde encontré al alemán muerto y completamente desnudo, con los testículos que, de tan hinchados, parecían melones. En la puerta había un letrero que decía: Alemán muerto en el interior. Y había sido verdad. Aun ahora se preguntaba por qué tuvo alguien el humor de molestarse en escribir aquello, incluso en plan de broma. Y ésta fue en Hamm, donde cobró su primera pieza en tres meses y tomó su primera píldora. Y ésta, y ésta, y ésta eran las incontables ciudades donde los alemanes, hombres, mujeres y niños, descansaban en sus tumbas de piedra sin labrar, que despedían un desagradable olor.

Y en todas las imágenes semejaba un hombre fotografiado en el desierto. Él, el conquistador, de pie sobre los restos pulverizados de fábricas, hogares, huesos humanos: las ruinas, cual dunas de arena.

Mosca volvió a sentarse en el sofá. Chupó su cigarro.

—¿Os apetece un poco de café? —preguntó—. Lo haré yo mismo.

Se dirigió a la cocina, seguido por Gloria, y ambos pusieron las tazas sobre la mesa y cortaron el pastel de crema que la muchacha había sacado de la nevera. Y, mientras hervía el café, Gloria se le acercó y dijo:

—Te amo, querido, te amo.

Llevaron el café al salón, y entonces fueron ellos los que contaron historias a Mosca. Le explicaron que Gloria no había ido a fiesta alguna durante tres años, la forma cómo Alf perdió su pierna en un accidente de camión en el Sur, en un campamento del ejército, y cómo su madre había vuelto a trabajar, de oficinista, en unos grandes almacenes. Todos habían corrido sus aventuras, pero, gracias a Dios, la guerra había terminado ya, los Mosca habían logrado sobrevivir, aunque habían perdido una pierna. Pero, como decía Alf, con los modernos medios de transporte, ¿qué significaban las piernas? Lo importante era que estaban todos juntos, seguros, en la pequeña habitación.

El lejano enemigo, tan completamente aplastado, no podía inspirarles ya temor alguno. El enemigo estaba cercado, ocupado, muriéndose de hambre, sin fuerza física ni moral. Ya nunca más podría siquiera amenazarles.

Y cuando Mosca se quedó dormido en su silla, ellos, los que lo amaban, lo miraron durante unos minutos; en silencio y con ternura, casi sin poder creer que hubiera viajado tan lejos en el tiempo y en el espacio y regresado, gracias a algún milagro, sano y salvo.

Hasta la tercera noche no pudo Mosca estar a solas con Gloria. La segunda noche la pasaron en casa de ella, donde la madre de Mosca y Alf arreglaron, con la hermana y el padre de Gloria, los detalles de la boda. No es que quisieran entremeterse, sino que lo hicieron únicamente llevados por la alegría derivada del hecho de que todo

hubiera terminado bien. Todos juntos decidieron que la boda se celebraría cuanto antes, pero no mientras Mosca no encontrara un trabajo estable. A Mosca la idea le había parecido excelente. Y Alf sorprendió a Mosca. El tímido Alf se había convertido en un hombre seguro de sí mismo, en un joven que desempeñaba a la perfección el papel de jefe de la familia.

Aquella tercera noche, su madre y Alf habían salido, y Alf, haciendo una mueca, había dicho:

—Mira la hora; estaremos en casa a las once.

Su madre había empujado a Alf fuera del piso, mientras decía:

—Si sales con Gloria, no te olvides de cerrar la puerta.

A Mosca le había hecho sonreír el tono de duda en la voz de su madre, como si considerara inconveniente dejar solos en el piso a su hijo y a Gloria. ¡Dios del Cielo!, pensó Mosca, y se estiró en el sofá.

Trató de relajarse, pero la tensión lo dominaba. Por ello, se levantó y se preparó una bebida. De pie junto a la ventana, sonrió, preguntándose cómo sería. Él y Gloria habían pasado algunas noches juntos, en una habitación de un pequeño hotel, en el curso de las semanas que precedieron a su partida hacia el otro lado del mar, pero ahora le era casi imposible recordar los detalles. Se acercó al receptor de radio y lo puso en funcionamiento. Luego, se dirigió a la cocina, donde miró la hora. Eran casi las ocho y media. La muy zorra se había retrasado ya media hora. Volvió a situarse junto a la ventana, pero ahora la oscuridad le impedía ver nada. De pronto llamaron a la puerta y Gloria entró en el apartamento.

—Hola, Walter —dijo, y Mosca notó que su voz temblaba ligeramente. La muchacha se quitó el abrigo. Llevaba una blusa con unos pocos botones de gran tamaño y una falda ancha y plisada.

—Al fin solos —dijo él, y volvió a acomodarse en el sofá—. Prepara bebida para los dos.

Gloria se sentó en el sofá y se inclinó para besar a su novio. Él le puso las manos en los pechos, y ambos se besaron largamente.

—Ahora viene la bebida —dijo Gloria, y se puso de pie.

Bebieron. La radio dejaba oír una música suave, y la habitación estaba iluminada tenuemente por una lámpara de pie. Mosca encendió dos cigarrillos, uno para cada uno. Fumaron, y cuando él terminó el cigarrillo, vio que ella todavía tenía el suyo entre los labios. Con delicadeza, se lo quitó y lo aplastó en el cenicero.

Mosca hizo que Gloria se tendiera en el sofá. Desabrochó su blusa y, luego, la besó.

Gloria se sentó, separándose de Mosca. Éste no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—No quiero llegar hasta el final —dijo Gloria.

Estas palabras impacientaron a Mosca, que se acercó a la muchacha, pero ésta retrocedió.

—No, de veras. Hablo en serio —dijo.

—Las dos semanas anteriores a mi partida fueron estupendas. ¿Qué diablos ocurre ahora?

—Sí lo fueron —Gloria le sonrió tiernamente, y Mosca sintió que se le subía la sangre a la cabeza—. Pero entonces era todo muy diferente. Estabas a punto de marcharte muy lejos y yo te amaba. Si ahora obrara como entonces, sé que decrecería tu amor por mí. No lo tomes a mal Walter, pero este asunto lo he discutido con Emmy. Al regresar, te vi tan diferente, que sentí la necesidad de hablar de ello con alguien. Y juntas decidimos que así sería todo mejor.

Mosca encendió un cigarrillo:

—Tu hermana es estúpida.

—Te ruego que no digas estas cosas, Walter. Si no hago lo que tú deseas, es precisamente porque te amo de verdad.

Mosca apuró su vaso y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a reír.

—Mira —le dijo—, si no nos hubiésemos acostado juntos aquellas dos semanas, no te hubiese escrito ni me hubiera acordado de ti. Nada hubieses significado para mí.

La muchacha enrojeció. Se acercó a un sillón, frente a Walter, y se sentó.

—Yo te amaba ya antes de aquello —dijo la muchacha.

Mosca vio que los labios de ella temblaban, por lo que le pasó el paquete de cigarrillos. Seguidamente volvió a beber y trató de razonar fríamente.

Su deseo había desaparecido, y ahora se sentía extrañamente aliviado. ¿Por qué? No lo sabía. No le cabía la menor duda de que, de proponérselo, Gloria accedería. Sólo con decir: «Si te niegas, todo habrá terminado entre nosotros», la muchacha se rendiría. Sabía que había sido demasiado brusco, y que con un poco de paciencia y una cierta dosis de delicadeza la velada terminaría satisfactoriamente. Pero se daba cuenta, con sorpresa, de que no estaba dispuesto a efectuar tales esfuerzos. El deseo había desaparecido absolutamente.

—De acuerdo. Acércate.

La muchacha obedeció.

—¿No estás enfadado? —preguntó, con un hilo de voz.

Mosca la besó y sonrió.

—No, no importa —dijo. Y no mentía.

Gloria le pasó una mano por los hombros.

—Permanezcamos así y charlemos. En realidad no hemos tenido tiempo de hablar, desde tu regreso.

Mosca se levantó y tomó el abrigo de la muchacha.

—Vámonos al cine —dijo.

—Quiero permanecer aquí.

Mosca, con deliberada brutalidad, replicó:

—O el cine, o la cama.

Gloria se levantó y miró fijamente a Mosca.

—Y a ti te da igual una cosa que la otra.

—Exactamente.

Mosca esperaba que Gloria tomaría su abrigo y saldría del apartamento. Pero la muchacha, sumisa, aguardó a que él se peinara y se anudara la corbata. Fueron al cine.

Era casi mediodía, un mes más tarde, cuando Mosca, al entrar en el piso, encontró a Alf, su madre y la hermana de Gloria, Emmy, tomando café, en la cocina.

—¿Quieres una taza? —le preguntó su madre.

—Sí, pero antes deja que me lave un poco.

Mosca se dirigió al cuarto de baño y sonrió sarcásticamente mientras se secaba la cara, antes de regresar a la cocina.

Ya todos delante de sendas tazas de café, Emmy abrió el fuego.

—No tratas a Gloria como es debido. Te ha estado esperando durante tres años, no ha aceptado ni una sola cita y, además, ha perdido un montón de oportunidades.

—¿Un montón de oportunidades para qué? —preguntó Mosca; luego se echó a reír—. El acoplarse precisa de cierto tiempo, pero estamos en el buen camino.

Emmy dijo:

—Estabas citado con ella ayer por la noche, pero no te dejaste ver. Y no has llegado a casa hasta ahora. No es correcto lo que estás haciendo.

Su madre vio que Mosca estaba a punto de encolerizarse, por lo que, conciliadora, dijo:

—Gloria te estuvo esperando hasta las dos de la madrugada. Podías haber telefoneado, al menos.

—Y todos sabemos lo que estás haciendo —dijo Emmy—. Dejas plantada a una muchacha que te ha estado esperando durante tres años, y te vas con la ramera del barrio, que ha tenido tres abortos y Dios sabe qué otras cosas.

Mosca se encogió de hombros:

—No puedo ver a tu hermana todas las noches.

—No, eres demasiado importante para eso.

Mosca vio, con sorpresa, que Emmy lo odiaba de corazón.

—Hubo unanimidad en considerar que debíamos esperar hasta que yo tuviera un empleo estable —contestó Mosca.

—No sabía que te ibas a convertir en un perfecto bastardo. Si no quieres casarte con Gloria, díselo. No te preocupes, puede encontrar otro hombre.

Alf rompió su silencio:

—Eso es una tontería. Naturalmente que Walter quiere casarse con ella. Seamos razonables. Walter tiene que adaptarse a la vida civil. Lo que todos debemos hacer es ayudarle.

Sarcástica, Emmy dijo:

—Si Gloria se acostara con él, todo iría sobre ruedas. Entonces te sentirías completamente adaptado, ¿verdad, Walter?

—Eso es una estupidez —replicó Alf—. Vayamos a lo verdaderamente

importante. Tú estás irritada porque Walter tiene un asuntillo y no se preocupa de disimularlo, que es lo menos que podría hacer. Muy bien. Gloria está demasiado enamorada de Walter como para darle el pasaporte. Pienso que lo más sensato es fijar la fecha de la boda.

—Y mi hermana que siga trabajando mientras él se dedica a ir con putas, tal y como hacía en Alemania, ¿no es así?

Mosca miró a su madre, fríamente, y ésta bajó los ojos. Se produjo un embarazoso silencio.

—Sí —dijo Emmy, al fin—, tu madre habló a Gloria de las cartas que te escribe aquella alemana. Debería darte vergüenza, Walter, sinceramente.

—Esas cartas nada significan —dijo Mosca; y observó que todos respiraban aliviados.

—Conseguiré un empleo —dijo la madre de Walter—, y podrán vivir aquí hasta que encuentren un apartamento.

Mosca bebió un sorbo de café. Momentos antes estaba irritado, pero ahora sólo sentía deseos de salir de la habitación, de perder de vista a todos. El asunto había durado demasiado.

—Pero deberá dejar de mariposear alrededor de todas esas zorras —dijo Emmy.

Mosca, con suavidad, dijo:

—Sólo hay una pega. No estoy en disposición de fijar una fecha.

Todos lo miraron, sorprendidos.

—Y tampoco estoy seguro de querer casarme —añadió, sonriendo.

—¿Qué? —gritó Emmy—. ¿Qué?

Estaba tan enojada, que no le salían las palabras de la boca.

—Y no me hables de la espera de tres años. ¿Es que crees que me importa el hecho de que estuviera tres años sin acostarse con un hombre? ¿Es que crees que por ella he pasado noches sin dormir? ¿Piensas que se le ha convertido en oro, por no haberlo usado durante tres años? Tenía otras cosas en qué pensar.

—Por favor, Walter —dijo su madre.

—A la porra —contestó Mosca.

Su madre abandonó la mesa y se acercó a la estufa. Mosca se dio cuenta de que estaba llorando.

Todos estaban de pie, y Alf, apoyándose en la mesa, gritó, irritado:

—Muy bien, Walter; el reajuste puede ser acelerado.

—Pienso que te han mimado demasiado desde tu regreso —dijo Emmy, desdeñosa.

No le quedaba otro remedio que decirles a todos lo que pensaba.

—Puedes besarme el trasero, si quieres —dijo, y aunque se dirigió a Emmy, con la mirada los incluía a todos.

Se levantó, dispuesto a marcharse, pero Alf, apoyándose en la mesa, se situó delante de él, y con rabia, gritó:

—¡Te has pasado de la raya! Discúlpate, ¿me oyes?, discúlpate.

Mosca le dio un empujón y vio, demasiado tarde, que su hermano no llevaba la pierna ortopédica. Alf cayó, y su cabeza chocó contra el suelo. Las dos mujeres lloraban. Mosca se aprestó a levantar a Alf.

—¿Estás bien? —preguntó.

Alf hizo un gesto afirmativo, pero con las manos en la cara, continuó sentado en el suelo.

Mosca salió del apartamento. Siempre recordaría a su madre, de pie junto a la estufa, llorando y estrujándose las manos.

La última vez que entró en el apartamento, Mosca encontró a su madre, aguardándolo. No había salido en todo el día.

—Gloria te ha llamado —dijo.

Mosca asintió, con la cabeza.

—¿Vas a empacar ahora? —preguntó la madre, tímidamente.

—Sí —respondió Mosca.

—¿Quieres que te ayude?

—No.

Se dirigió a su dormitorio y tomó las dos maletas que había comprado. Se puso un cigarrillo en la boca y buscó un fósforo en sus bolsillos. Al no encontrarlo, fue a buscar uno a la cocina.

Su madre estaba todavía sentada en la silla. Se cubría el rostro con un pañuelo y lloraba en silencio.

Mosca tomó las cerillas y comenzó a salir de la cocina.

—¿Por qué me tratas de este modo? —preguntó la madre—. ¿Qué es lo que te he hecho?

No sintió piedad, y las lágrimas de su madre no despertaron en él emoción alguna, pero no quería histerismos. Trató de hablar con calma, ocultando su irritación.

—No me has hecho nada. Me limito a marcharme; eso nada tiene que ver contigo.

—¿Por qué siempre me tratas como si fuese una persona extraña?

Estas palabras le llegaron al alma, pero no podía permitirse el menor gesto de afecto.

—Es que estoy nervioso —dijo—. Si no quieres salir, ayúdame a empacar.

La madre acompañó a su hijo al dormitorio y plegó cuidadosamente sus trajes, para que él pudiera colocarlos en las maletas.

—¿Necesitas cigarrillos? —preguntó su madre.

—No; los compraré en el barco.

—Bajo a comprarte algunos paquetes, por si acaso.

—En el barco son más baratos —dijo él. No quería que su madre le diera nada.

—Unos paquetes de más nunca sobran —replicó la madre, y salió del apartamento.

Mosca se sentó en la cama y contempló las fotografías de Gloria, que colgaban de

las paredes. No sintió emoción alguna. No ha podido ser —pensó—. Lástima.

Y le maravilló la paciencia de todos, los esfuerzos que habían hecho, y pensó también en lo poco que él se había esforzado. Intentó hallar en su mente las palabras adecuadas para su madre, para demostrarle que nada podía ella hacer para variar las cosas, para explicarle que sus motivaciones no podían ser dirigidas por él ni por ella.

En la sala comenzó a sonar el teléfono, y se levantó para descolgarlo. La voz de Gloria, impersonal, pero amistosa, estaba al otro lado del hilo.

—He sabido que te marchas mañana. ¿Debo venir personalmente a decirte adiós, o puedo hacerlo por teléfono?

—Lo que prefieras —contestó Mosca—, pero te comunico que tengo que marcharme alrededor de las nueve.

—Vendré antes de esa hora —dijo Gloria—. No te preocupes; es sólo para decirte adiós.

Y Mosca supo que era verdad, que ella ya no se preocupaba por él; que él ya no era el hombre al que ella había amado, y que quería despedirse de él con un sentimiento mezcla de amistad y curiosidad.

Cuando su madre regresó, Mosca había tomado ya su decisión.

—Mamá —dijo—, voy a marcharme ahora. Gloria ha telefoneado. Vendrá esta noche, pero no quiero verla.

—¿Quieres decir ahora, en este mismo momento?

—Sí —respondió Mosca.

—Pero al menos puedes pasar tu última noche en casa —dijo su madre—. Alf no tardará en regresar; aguarda al menos a tu hermano, para despedirte de él.

—Hasta la vista, mamá —dijo; Mosca le dio un beso en la mejilla.

—Espera —dijo su madre—. Has olvidado tu bolsa de gimnasia.

Y, como tantas veces lo había hecho, cuando su hijo se iba a jugar al baloncesto y, finalmente, cuando partió para la guerra, tomó la pequeña bolsa azul y comenzó a llenarla con todo aquello que él iba a necesitar. Sólo que ahora, en vez de pantalones cortos de seda, rodilleras y zapatos de deporte, le puso la maquinilla de afeitar, ropa interior, una toalla y jabón. Luego, tomando una cuerda de uno de los cajones del tocador, ató la bolsa al asa de una de las maletas.

—No sé lo que va a decir la gente. Pensarán que es culpa mía, que no he sabido hacerte feliz. Y creo que, teniendo en cuenta la forma en que has tratado a Gloria, lo menos que podrías hacer es despedirte de ella, para que no guarde tan mal recuerdo de ti.

—El mundo es duro y difícil para todos —dijo Mosca; volvió a besarla, pero, antes de que pudiera salir del apartamento, la mujer le asió fuertemente del brazo.

—¿Es por aquella chica que vuelves a Alemania?

Mosca se dio cuenta de que si decía que sí, su madre comprendería que no era por su culpa que él abandonaba el hogar. Pero no podía mentirle.

—Nada de eso —dijo—. Probablemente estará ya ligada con otro militar.

Y al decirlo en voz alta, con toda sinceridad, quedó sorprendido de que sonara tan falso, como si la verdad que decía fuera una mentira para herir a su madre.

La mujer le dio un beso y lo dejó marchar. Una vez en la calle, Mosca miró hacia arriba y vio a su madre detrás de los cristales de la cerrada ventana, con un pañuelo en la cara. Colocó las maletas en el suelo y dijo adiós con la mano, pero al hacerlo se dio cuenta de que ya ella había abandonado la ventana. Temeroso de que bajara e hiciera una escena en plena calle, tomó las maletas y echó a andar rápidamente en dirección a la avenida principal, con la intención de tomar un taxi.

Pero su madre estaba sentada en el sofá, llorando, con lágrimas de vergüenza, dolor y humillación. Sabía que si su hijo hubiese muerto en una playa desconocida, y hubiese sido enterrado en tierra extranjera, con la cruz blanca sobre su pecho, entre miles y miles de otros soldados, su dolor hubiera sido mayor, tal vez. Pero no hubiese habido lugar para el sentimiento de vergüenza, y, pasados algunos años, mitigado en cierto modo el dolor, incluso hubiese podido llegar a experimentar una sensación de orgullo.

No hubiese existido esta tristeza tan profunda, esta sensación de pérdida definitiva, pues de haber muerto, hubiera podido llorar sobre su cuerpo y llevarle flores a la tumba.

En el tren que lo traía de vuelta a la tierra del enemigo, Mosca, adormilado, se balanceaba de un lado a otro del banco, al compás del movimiento lateral del vagón. Se echó sobre el banco, pero no podía evitar el oír los lamentos del hombre herido, el rechinar de dientes, a pesar de que el hombre estaba dormido. Mosca se levantó y se acercó al soldado que estaba en mitad del vagón. La mayoría de los soldados estaban dormidos, y el vagón estaba sólo iluminado por la débil luz de tres velas. Mulrooney, acurrucado en un banco, estaba roncando, y dos soldados, con sus armas al lado, estaban jugando a las cartas y bebiendo de una pequeña botella.

Mosca preguntó, en voz baja:

—¿Puede alguien prestarme una manta? Ese hombre tiene frío.

Uno de los soldados le dio una manta.

—Gracias —dijo Mosca.

El soldado se encogió de hombros.

—Debo permanecer aquí, quieto, vigilando a este buscabullas.

Mosca miró al dormido Mulrooney. La cara era pálida. Los ojos se abrieron lentamente, le miraron bestialmente, y, en ese momento, antes de que aquellos ojos volvieran a cerrarse, Mosca pensó: «¡Pobre y estúpido bastardo!».

Atravesó el vagón, echó la manta sobre el señor Gerald y volvió a acomodarse en su banco. Ahora se durmió fácilmente y con rapidez. Durmió sin pesadillas, hasta que el tren llegó a Francfort y alguien lo despertó.

El sol mañanero de principios de junio iluminaba todos y cada uno de los rincones de la terminal sin techo, convirtiéndola en un vasto estadio descubierto. Mientras descendía del tren, Mosca respiró profundamente el aire primaveral, mezclado con el polvo acre de las ruinas de la muy cercana ciudad. A todo lo largo del tren, Mosca pudo ver grupos de soldados de las fuerzas de ocupación. Con los otros civiles, siguió a un guía que los acompañó a un autobús que los aguardaba fuera de la estación.

Pasaron, como conquistadores, por entre la multitud, igual que en tiempos pretéritos los ricos pasaban por entre los pobres, sin mirar a derecha ni a izquierda y sabiendo que todos se apartarían para dejarlos pasar. Los conquistados, con sus ropas destrozadas, con sus cuerpos y rostros flacos, tenían el aspecto de hombres y mujeres acostumbrados a vivir en barracas, a comer a cargo de la caridad pública, y cedían el paso mansamente, mientras sus ojos envidiosos miraban a los elegantes y bien alimentados norteamericanos.

Al salir de la estación llegaron a una gran plaza. En el extremo opuesto se hallaba el Club de la Cruz Roja, y en los escalones, junto a la puerta de entrada, se veían algunos soldados. En la plaza estaban los hoteles —debidamente reconstruidos— que alojaban a las tropas de ocupación y a los funcionarios civiles. Los tranvías se cruzaban unos con otros, y las anchas calles se veían llenas de automóviles militares y de taxis. A pesar de lo temprano de la hora, los bancos de la estación estaban ya ocupados por soldados, cada uno de los cuales iba acompañado de una *fräulein*, que, a su vez, iba acompañada de la inevitable maleta de pequeño tamaño. Todo permanecía igual, pensó Mosca, nada había cambiado. Los soldados esperaban la llegada del tren del mismo modo que las esposas aguardaban la llegada de sus maridos; se ponían aquéllos al lado de una muchacha bonita y hacían su propuesta con más o menos delicadeza, con más o menos crudeza. Pasar la noche en una estación fría y sucia, durmiendo en un banco, en espera de otro tren; o una buena cena, licor, cigarrillos, una cama caliente. Además, la chica tenía la posibilidad de gozar de unos momentos de placer y, en el peor de los casos, debía soportar sólo unos minutos de asco y molestias. Normalmente, las muchachas escogían la solución más razonable.

En todas las calles que se extendían por los alrededores de la plaza operaban los del mercado negro, quienes utilizaban, para disimular, a niños de corta edad, los cuales acosaban a los soldados que venían de la estación y que llevaban azúcar, cigarrillos, jabón, etc. Por la forma en que el negocio se desarrollaba, más parecía que fueran buscadores de oro con un saco del noble metal en las espaldas.

Mosca, mientras esperaba el momento de subir al autobús, sintió una mano sobre su hombro. Al volverse vio una cara morena y huesuda, coronada por el gorro de la

Wehrmacht, que era el cubrecabezas normal de los alemanes.

El joven, en voz baja y tono de inquietud, preguntó:

—¿Tiene dólares americanos?

Mosca negó con la cabeza y echó a andar, pero volvió a sentir la mano en el hombro.

—¿Y cigarrillos?

Mosca comenzó a subir al autobús. Ahora la mano le apretó el hombro con más fuerza.

—¿Tiene algo, lo que sea, para vender?

Mosca dijo al alemán, con sequedad:

—Quíteme la mano de encima.

El hombre retrocedió, asombrado, y en sus ojos apareció una mirada de odio y desdén. Mosca terminó de subir en el autobús y se sentó. Vio cómo el hombre lo miraba a través de la ventanilla. Lo que en realidad miraba era su traje gris, su camisa blanca, su corbata de vivos colores. Y al ver la mirada del hombre, Mosca deseó por un momento encontrarse con su antiguo uniforme color verde oliva.

El autobús se alejó lentamente de la estación y enfiló por una de las más anchas calles que salían de la enorme plaza. Los trasladó a otro mundo. Fuera de aquella plaza central, que semejaba una fortaleza en medio de un desierto, todo eran ruinas, ruinas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, con sólo pequeños oasis de edificios milagrosamente en pie, de paredes y puertas solas, de esqueletos de piedra, mientras el suelo se veía lleno de cristales rotos, piedras y ladrillos, argamasa, etc.

La mayoría de los civiles descendieron del autobús en los suburbios de Francfort, y en el mismo quedaron sólo Mosca y algunos oficiales, que continuaron hasta el aeropuerto de Wiesbaden. Mosca era el único de los civiles, aparte del señor Gerald, a quien le había sido concedido su destino en los Estados Unidos. Los demás recibirían órdenes concretas en Francfort.

Cuando, finalmente, fueron comprobados sus documentos en el aeropuerto, tuvo que esperar, hasta después de comer, el avión para Bremen. Y cuando el aeroplano despegó, Mosca no tuvo la sensación de elevarse por encima del suelo, ni le pareció que el avión pudiera llegar hasta el extremo del continente, y ni siquiera se le ocurrió que pudiera estrellarse. Miró cómo la tierra se inclinaba, doblándose, de modo que parecía que llegaría a formar un muro de verde y marrón delante de sus ojos, y luego, cuando el avión volaba ya a buena velocidad, el continente se convirtió en un valle interminable y sin fondo.

Y después, con el aparato en vuelo horizontal, desapareció todo el misterio. Los pasajeros miraban abajo cual si estuvieran en un balcón, y sólo veían campos llanos, cuadrículados o rectangulares, y multicolores.

Ahora que estaba ya tan cerca de su punto de destino, ahora que su vuelta estaba a punto de completarse, pensó en los pocos meses que había pasado en su casa, y entonces sintió un leve remordimiento por la paciencia de que su familia había hecho

gala con él. Pero no sentía deseo alguno de volver a verlos. Su impaciencia crecía por momentos a causa de lo que él consideraba lentitud del aeroplano. Y se daba cuenta de que la verdad que había dicho a su madre no era sino una mentira; que había vuelto a Europa a causa de aquella muchacha alemana, como había adivinado su madre, aunque no tenía esperanzas de encontrarla; no confiaba en que sus vidas pudieran juntarse después de varios meses de separación. De todos modos, se sentía obligado a regresar al Viejo Continente. Sus esperanzas de hallarla eran tan escasas como lo hubieran sido de haberla dejado abandonada en la selva, desarmada, sin medios de subsistencia, indefensa ante las bestias salvajes. Y estos pensamientos le hicieron sentirse mal, como si por su sangre y su boca corriera un veneno hecho de vergüenza y tristeza. Vio claramente el cuerpo de la muchacha, su cara, el color de su pelo; pensó totalmente en ella, conscientemente, por vez primera desde que se separaron, y al cabo de unos momentos, como si hubiese estado hablando en voz alta, pensó en su nombre.

El presidio había volado un poco antes del mediodía, aquella calurosa mañana de verano, cerca de un año atrás, y Mosca, sentado en su *jeep* en la Hoch Allee, había sentido temblar la tierra. El oficial a quien había estado esperando, un joven teniente recién llegado de los Estados Unidos, salió unos pocos minutos después, y ambos se dirigieron al edificio del Gobierno Militar, en la Contrescarpe. Cuando, a gritos, alguien les dio la noticia, corrieron al edificio. La policía militar había ya acordonado la zona, pues sus *jeeps* y sus cascos blancos bloqueaban las calles que desembocaban en la plaza. El teniente que acompañaba a Mosca se identificó y ambos tuvieron paso libre.

El imponente edificio color verde oscuro se levantaba en una pequeña elevación del terreno en un extremo de la Am Wald Strasse. Era enorme y cuadrado, con un patio interior para el estacionamiento de vehículos. De la puerta principal seguían saliendo civiles alemanes, con sus rostros y ropas cubiertos de polvo. Algunas mujeres lloraban histéricamente. Del edificio salía mucha gente, pero el enorme caserón parecía silencioso, indemne.

Mosca siguió al teniente a una de las pequeñas entradas laterales. El paso estaba casi cerrado por los escombros. Como pudieron, pasaron al patio interior.

Ese patio, inmenso, estaba lleno de cascotes. Desparramadas por todas partes se veían capotas de *jeeps* y camiones, como mástiles de barcos hundidos flotando en las aguas. Las paredes, hasta una altura de tres pisos, habían sido destrozadas por la explosión, dejando a la vista mesas, sillas y relojes de pared de las oficinas del edificio.

Mosca oyó un sonido que nunca había oído antes, un sonido que se había convertido en algo corriente en las grandes ciudades del continente. Por un momento pareció llegar de todas partes un rugido animal bajo, constante, monótono, un grito no identificable como humano. Lo localizó, y mitad andando, mitad saltando sobre los cascotes, se dirigió al lado derecho del patio; vio la gruesa y roja nariz rodeada

por el cuello verde del uniforme de la policía alemana. Dada su rigidez, la nariz y la cabeza parecían sin vida, por lo que el grito forzosamente debía proceder de más allá del cadáver. Mosca y el teniente trataron de apartar los cascotes, pero éstos seguían cayendo sobre el muerto. El teniente retrocedió hasta la entrada, para conseguir ayuda.

Y, poco después, con más o menos dificultad, atravesaron las puertas que conducían al patio gran número de hombres. Médicos militares de los hospitales de la base, todavía con sus blancos uniformes; soldados; camilleros alemanes y hombres encargados de sacar los cadáveres. Mosca salió del patio.

En la calle el aire era puro. Se veía una larga fila de ambulancias y, frente al edificio, los bomberos alemanes, con sus mangueras, estaban listos para entrar en acción. Las entradas que conducían al patio estaban ya casi libres de cascotes, los cuales eran cargados en camiones. En la acera opuesta al edificio había sido instalada una mesa, la cual hacía las funciones de puesto de mando, y allí vio Mosca a su coronel, de pie y esperando pacientemente, con un grupo de oficiales a su alrededor. Mosca observó, divertido, que todos llevaban cascos de acero. Uno de los oficiales se dirigió a él.

—Vaya a montar la guardia en la oficina de Inteligencia —dijo; entregó a Mosca su pistolera—. Si se produce otra explosión, salga de allí con toda la rapidez de que sea capaz.

Mosca entró en el edificio por la puerta principal. La escalera estaba semibloqueada por los escombros, por lo que la ascensión fue lenta, penosa. Atravesó el corredor, con un ojo en el techo, cuidando de no pasar bajo los lugares en que éste estaba agrietado.

La oficina de Inteligencia estaba situada a mitad del corredor, y al abrir la puerta observó que ahora era sólo la mitad de una habitación; la otra mitad estaba abajo, en forma de escombros. Nada había que guardar, salvo un armario cerrado. Pero podía ver perfectamente el drama que estaba siendo representado debajo de él.

Sentado cómodamente en una silla, de su bolsillo sacó un cigarro y lo encendió. Su pie golpeó contra algo, y al dirigir la vista al suelo vio, con sorpresa, dos botellas de cerveza. Cogió una; el cristal estaba sucio a causa de los escombros. Mosca abrió la botella en la cerradura de la puerta y volvió a instalarse en su silla.

Debajo de él, en el patio, la escena era estática y, debido al aire lleno de polvo, casi dantesca. Debajo del cuerpo que había encontrado, los obreros alemanes estaban sacando ladrillos, lentamente. De pie, desde cierta distancia, un oficial norteamericano los miraba, y sus pantalones color cereza y su blusa verde tenían un color blancuzco, debido al polvo. A su lado había un sargento, que tenía en sus manos el cilindro que contenía plasma sanguíneo. Y esta escena se repetía por todo el patio, como calcada. Encima de sus cabezas, el polvo caía latente, tiñendo de blanco el cabello y la ropa de todos.

Mosca bebió su cerveza y se fumó su cigarro. Al oír los pasos de alguien en el

corredor, salió de la habitación.

Por el extremo del largo salón, que terminaba y desaparecía donde el suelo y el techo casi se encontraban, y procedente de la oscuridad, se acercaba un pequeño grupo compuesto de hombres y mujeres alemanes. Pasaron por su lado, sin verlo, ciegos y débiles a causa de la impresión y el terror. El último miembro de la fila era una muchacha delgada, vestida con pantalones caqui y una blusa de lana. Dio un traspies y cayó, y al ver que nadie se detenía para ayudarla, Mosca se acercó a levantarla. Hubiera seguido su camino, pero Mosca alargó el brazo, en cuyo extremo tenía la botella de cerveza, y le cerró el paso.

La muchacha levantó la cabeza y Mosca vio que tenía la cara, el cuello, blancos como la nieve, y que sus ojos estaban dilatados por el miedo. Entre lágrimas y en alemán, dijo:

—Por favor, déjeme ir.

Mosca apartó el brazo y la muchacha se marchó. Pero sólo dio unos pocos pasos, pues de pronto dio de bruces contra la pared.

Mosca se inclinó sobre ella y vio que tenía los ojos abiertos. No sabiendo qué otra cosa hacer, le puso la botella de cerveza en los labios, pero la muchacha la rechazó.

—No —dijo, en alemán—, lo único que me pasa es que estoy demasiado asustada para andar.

Apenas la entendió, pero sí notó el tono de vergüenza en su voz. Encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de la joven, luego levantó el delgado cuerpo y depositó a la muchacha en una silla de la habitación.

Mosca abrió la otra botella de cerveza y esta vez la chica bebió un poco. Debajo de ellos el ritmo era ahora más vivo. Los médicos trabajaban rápidamente; los hombres que llevaban el plasma estaban arrodillados sobre los escombros. Los camilleros andaban trabajosamente por entre los cascotes; los cadáveres, aplastados y cubiertos de polvo, eran trasladados fuera del patio a través de las múltiples arcadas.

La muchacha se levantó de la silla.

—Ahora ya puedo andar.

Comenzó a salir de la habitación, pero Mosca le impidió el paso.

En su pésimo alemán. Mosca dijo:

—Espéreme fuera.

La chica negó con la cabeza.

—Necesita usted beber algo —dijo él—; aguardiente, por ejemplo, para entrar en calor.

La muchacha hizo un nuevo gesto negativo.

—Nada de tonterías —dijo Mosca, en inglés—, no llevo dobles intenciones, se lo aseguro.

Y, jocosamente, se puso la botella junto a su corazón. La alemana sonrió y echó a andar. Mosca miró cómo la grácil figura atravesaba, lenta, pero firmemente, el corredor, en dirección a la maltrecha escalera.

Así fue cómo empezó; los muertos, ocupantes y enemigos, eran transportados fuera del patio, con las cejas cubiertas de polvo, y él, Mosca, estaba mostrándose piadoso y extrañamente tierno con aquella muchacha de cuerpo frágil y cara delgada. Por la noche, en la habitación de él, escucharon el pequeño aparato de radio, terminaron una botella de menta, y, cuando ella trataba de marcharse, el hombre la retenía con un pretexto u otro, hasta que, pasada ya la hora del toque de queda, la chica tuvo que quedarse. No le había permitido besarla ni una sola vez durante la velada.

La joven se desvistió debajo de las ropas de la cama, y él, después de fumar el último cigarrillo y bebido la última copa de licor, se unió a ella. La pasión de que hizo gala la muchacha fue tan intensa que Mosca quedó agradablemente sorprendido. Meses más tarde, ella le confesó que hacía casi un año que no había estado con un hombre. Mosca se echó a reír, y entonces la chica, con sonrisa triste, dijo:

—Si un hombre dice esto, todos sienten lástima de él; si lo dice una mujer, se ríen.

Pero él había comprendido aquella primera noche, y comprendió más aún que ella había tenido miedo de él, el enemigo. Pero la nueva música, el licor, los cigarrillos, los apetitosos bocadillos que había comprado al sargento de la cocina, lujos todos ellos que la chica hacía mucho tiempo que no podía permitirse, combinados con el deseo carnal, habían hecho que la chica demorara su partida hasta después del toque de queda. Todo había sido impersonal, pero delicioso, quizá porque físicamente se acoplaban a la perfección. La noche se convirtió en una larga oscuridad de placer sensual, y, al amanecer, con ella dormida y él fumando un cigarrillo, Mosca se dijo: Tengo que hacer que esto dure, y pensó con piedad, ternura y algo de vergüenza en cómo había castigado aquel frágil cuerpo, encontrando en el mismo una fuerza inesperada y tensa.

Cuando, más tarde, despertó, Hella estaba aterrorizada, sin recordar dónde se encontraba, y luego sintió vergüenza por haberse dejado vencer tan fácilmente por el enemigo. Pero sus piernas, entrelazadas con las de Mosca en la estrecha cama, llenaban su cuerpo todo de una cálida sensualidad. Entreabrió los ojos, para mirar la cara de Mosca, y se dio cuenta, con rubor, de que ni siquiera tenía en su mente una imagen clara del hombre que había dormido con ella.

La boca del enemigo era delgada y casi ascética; el rostro, delgado y fuerte; un rostro que ni el sueño había conseguido relajar. Dormía tieso, con su cuerpo rígido en la estrecha cama, y su sueño era tan silencioso que la muchacha se preguntaba si él estaría notando cómo ella lo miraba.

Hella salió de la cama tan silenciosamente como le fue posible y se vistió. Tenía hambre, y al ver los cigarrillos de Mosca encima de la mesa, tomó uno y lo encendió. Tenía muy buen sabor. Mirando por la ventana, se dio cuenta de que era muy temprano, pues no se oía ruido alguno procedente de la calle. Deseaba marcharse, pero esperaba que él tendría alguna lata de comida en la habitación, y confiaba en que

se la ofrecería en cuanto despertase. Pensaba, con mezcla de tristeza y placer, que se la había ganado.

Dio una mirada a la cama y quedó sorprendida al ver que los ojos del norteamericano estaban abiertos y la estaban estudiando cuidadosamente. La muchacha sintió una ridícula timidez y alargó la mano en movimiento de despedida. Mosca se echó a reír, alargó el brazo y obligó a la muchacha a sentarse en la cama. Burlonamente y en inglés. Mosca dijo:

—Somos demasiado buenos amigos para eso.

Hella no expendió las palabras, pero sí supo que él se estaba burlando, lo que la irritó. En alemán, le dijo:

—Debo marcharme.

Pero Mosca no le soltaba la mano.

—Cigarrillo —dijo él.

La chica le encendió uno. Mosca se sentó en la cama y apartó las sábanas. Hella vio entonces la cicatriz que, desde la ingle, le llegaba al pecho. En alemán, preguntó:

—¿La guerra?

Mosca se rio y, señalándola con el dedo, dijo:

—Tú.

Hella creyó, por un momento, que la estaba acusando personalmente, y volvió la cabeza, para que él no pudiera ver la expresión de su rostro.

En su mal alemán, Mosca preguntó:

—¿Tienes hambre?

Hella asintió con la cabeza. Él saltó de la cama, completamente desnudo. Con una modestia que Mosca encontró muy graciosa, la muchacha apartó los ojos mientras él se vestía.

A punto de marcharse, Mosca la besó tiernamente y luego dijo, en alemán:

—Vuelve a la cama.

Hella no dio muestras de haber comprendido, pero él supo que sí lo entendió, aunque, por alguna razón, no quería demostrarlo. Se encogió de hombros y salió de la habitación. Bajó las escaleras y se dirigió al garaje. En el comedor militar adquirió una cantimplora de café y algunos bocadillos de tortilla. De vuelta a la habitación halló a Hella sentada junto a la ventana, todavía vestida. Le dio la comida, y ambos bebieron de la cantimplora. La muchacha le alargó uno de los bocadillos, pero Mosca dijo que no. Se dio cuenta, divertido, de que ella no repitió la invitación.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó, en alemán.

Ella negó con la cabeza. Se miraron, y en los ojos de Mosca no aparecía ni una chispa de emoción. La chica se dio cuenta de que él no repetiría la pregunta; que estaba dispuesto a borrarla de su mente, convirtiendo en nada la noche que habían pasado juntos. Y debido a un sentimiento de vanidad y también al hecho de que el hombre había sido un amante considerado, dijo: «Mañana», y sonrió. Tomó un último sorbo de café, se inclinó para darle un beso y se marchó.

Todo esto se lo dijo la muchacha algún tiempo después. ¿Habían sido tres meses, cuatro? Un largo tiempo de diversión, de placer físico y de comodidad. Y un día, al entrar en la habitación, la encontró, cual perfecta mujer de su casa, remendando un par de calcetines.

—¡Ah! —dijo, en alemán—. La buena Hausfrau.

Hella sonrió, tímidamente, y lo miró fijamente, como tratando de penetrar en su mente, como queriendo darse cuenta de cuál había sido la impresión que le había causado. Había sido el principio de la campaña para lograr que él no deseara abandonarla, para tratar de que permaneciera con ella en la tierra del enemigo, enemiga también, y a pesar de entenderlo muy bien, el hombre no se sentía ofendido.

Y luego, más tarde, el ataque frontal, directo, el arma letal de la preñez, pero él no había sentido desdén ni piedad; sólo fastidio.

—Deshazte de él —dijo—. Iremos a ver a un buen doctor.

Hella negó con la cabeza.

—No —dijo—, quiero tenerlo.

Mosca se encogió de hombros.

—Me voy a casa. Nada puede impedírmelo.

—Muy bien —replicó Hella.

No hizo drama alguno.

Siguió entregándose a él de un modo total, sin reservas, hasta que un día, a pesar de que sabía que no era sincero, Mosca dijo:

—Volveré.

La muchacha lo miró con fijeza, dándose cuenta de la mentira, y él supo que no había conseguido engañarla.

Y ése había sido su error. Porque, con el tiempo, él siguió repitiendo la mentira, a veces con fervor de borracho, y así llegó el momento en que ambos llegaron a creérsela, ella con una fe nueva y testaruda, con una testarudez que la caracterizaba en muchísimas cosas.

El último día, cuando él llegó a la habitación, vio que ya Hella le había preparado el talego. Estaba cerca de la ventana, como un hinchado tambor de color verde. Era a primeras horas de la tarde, y el sol de octubre llenaba la habitación. El camión que lo llevaría a la zona de embarque saldría después de cenar.

Mosca temía las horas que le quedaban de estar con la muchacha, por lo que dijo:

—Vámonos a dar un paseo.

Hella negó con la cabeza.

La acercó a él, y ambos se desvistieron. Mosca observó el vientre ligeramente hinchado. No sentía ningún deseo, pero se esforzó para hacerlo nacer. La tremenda pasión de la muchacha le hizo sentirse avergonzado. Llegada la hora de la cena, Mosca se vistió y ayudó a Hella a ponerse el vestido.

—Quiero que te vayas ahora —dijo Mosca—. No quiero que aguardes la llegada del camión.

—Muy bien —contestó Hella, sumisa.

Recogió toda su ropa y la metió dentro de su pequeña maleta.

Mosca le dio todos los cigarrillos y todo el dinero alemán que tenía, y ambos salieron del edificio, juntos. En la calle, él le dijo: «Hasta la vuelta», y le dio un beso. Se dio cuenta de que la muchacha no podía hablar, de que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Pero Hella echó a andar con paso firme, calle abajo, por la Contrescarpe, en dirección a la Am Wald Strasse, sin ver nada, sin volverse ni una sola vez.

Mosca la miró hasta que desapareció de su vista, creyendo que nunca más volvería a verla y sintiendo un cierto alivio de que todo hubiera terminado; y tan fácilmente, sin dramas. Y luego recordó lo que ella le había dicho algunas noches antes, unas palabras de cuya sinceridad no podía dudar.

—No te preocupes por mí o por la criatura —le había dicho—. No quiero que te sientas culpable; si no regresas, seré feliz con la criatura, pues me recordará constantemente lo dichosos que hemos sido juntos. Y no vengas a buscarme, si no lo deseas.

Le irritó lo que él consideraba como falsa nobleza, pero la muchacha prosiguió:

—Te esperaré durante un año, dos tal vez. Pero si no vienes, seré feliz. Encontraré otro hombre y reharé mi vida; así es la vida. Y no me asusta tener el niño, ni cuidarlo sola. ¿Te das cuenta de que no estoy asustada?

Sí, se había dado cuenta de que no temía cualquier dolor o tristeza que él pudiera proporcionarle, como no temía la crueldad o la falta de ternura que ahora eran sus constantes características; pero lo que Mosca envidiaba de la muchacha era lo que ella ignoraba de sí misma, es decir, su aceptación de la crueldad del mundo que la rodeaba, su afán de dar amor, y su generosidad al sentir más tristeza por él que por sí misma.

Una pared verde parduzca le bloqueaba la visión, y, como a su mismo nivel, se veían grupos de edificios y pequeños puntos, que eran personas. Una vez el avión cerca del suelo, Mosca pudo ver ya toda la superficie del aeropuerto, los pequeños grupos de edificios constituidos por los hangares y la construcción baja y larga de la Administración, inmaculadamente blanca a la luz del sol. A lo lejos divisó los pocos edificios altos que todavía quedaban en pie en la ciudad de Bremen. Sintió que las ruedas del avión entraban en contacto con la pista, dubitativamente, como con desconfianza, y entonces le invadió el deseo de salir del aeroplano, de encontrarse con Hella. A punto de abandonar el avión, Mosca estaba seguro de que encontraría a la muchacha esperándolo.

Un porteador sacó las maletas de Mosca fuera del avión. Fue entonces cuando vio que Eddie Cassin bajaba la rampa del aeropuerto y se dirigía hacia él. Se estrecharon las manos, y Eddie Cassin dijo, en tono tranquilo y con la voz cuidadosamente estudiada que empleaba cuando era sincero:

—Me alegro de volver a verte, Walter.

—Gracias por arreglar lo de mi empleo y todos los papeles —dijo Mosca.

—No tiene importancia —replicó Eddie Cassin—. Me compensa de sobra el volver a tener conmigo a uno de los miembros de la antigua banda. Lo hemos pasado muy bien juntos, Walter.

Tomó en sus manos una de las maletas de Mosca, y éste tomó la otra y la bolsa de gimnasia, y ambos subieron la rampa, fuera de las pistas.

—Iremos a mi oficina, beberemos algo y te presentaré a algunos de los muchachos —dijo Eddie Cassin. Pasó su brazo libre por el hombro de Mosca y dijo, con absoluta naturalidad—: Estoy verdaderamente contento de volver a verte, viejo bastardo, puedes estar seguro.

Y Mosca sintió lo que no había sentido al llegar a su casa: la sensación de ser bienvenido, el convencimiento de haber llegado a su verdadero punto de destino.

Por una cerca de alambre llegaron hasta una casa de ladrillo que estaba situada a cierta distancia de las otras instalaciones de la base.

—Soy el dueño y señor de aquí —dijo Eddie—. Ésta es la oficina del Personal Civil, y mi cargo es el de ayudante del jefe del Personal Civil, quien se pasa los días viajando de un lado para otro. Quinientos alemanes están convencidos de que yo soy Dios, y ciento cincuenta de ellos son mujeres. ¿Qué te parece, Walter?

El edificio era de una sola planta. Había una gran oficina exterior llena de empleados alemanes, y una larga cola de otros alemanes, que esperaban pacientemente a ser entrevistados, con objeto de conseguir un empleo como mecánicos en los talleres, como ayudantes de cocina, etc. Había hombres de aspecto rudo, mujeres de edad madura, hombres jóvenes y un gran número de muchachas, algunas muy hermosas. Sus ojos seguían a Eddie, al pasar éste.

Eddie abrió la puerta que daba a la oficina interior. Se veían dos escritorios, uno frente al otro, de modo que sus ocupantes se pudieran mirar directamente a los ojos. Uno de ellos estaba totalmente vacío, salvo por un letrero, de fondo verde y letras blancas, en el que se leía Teniente A. Forte, y algunos papeles para la firma. En el otro se veían dos bandejas rebosantes de papeles. Casi tapado por otros documentos, un letrero indicaba que el ocupante era E. Cassin, Ayudante. En un rincón de la estancia había un pupitre ante el que estaba escribiendo a máquina una chica alta y muy fea, que cesó de teclear un momento, para decir:

—Buenas tardes, señor Cassin. Ha llamado el coronel; ha dicho que le telefonee.

Eddie guiñó un ojo a Mosca y descolgó el teléfono. Mientras Eddie hablaba, Mosca encendió un cigarrillo y trató de relajarse. Se esforzó en no pensar en Hella y miró a Eddie. Éste no había cambiado, pensó. Tenía el mismo cabello gris, que coronaba unas facciones delicadas y fuertes a la vez. La boca era tan sensible como la de una muchacha, pero la nariz era larga, imperiosa, y la barbilla reflejaba determinación. Los ojos eran sensuales y el tono grisáceo de su abundante pelo parecía dar una nueva tonalidad a su piel. Sin embargo, daba una impresión de juventud y aparentaba ser un hombre de extremada franqueza, completada con una fuerte dosis de calor humano. Pero Mosca sabía que cuando Eddie Cassin estaba ebrio, la boca sensible y delicada adoptaba una forma horrible, y que la agradable cara se tornaba vieja y viciosa. Y dado que esa propensión no estaba respaldada por fortaleza alguna, los hombres se reían de la misma, como Mosca lo había hecho muchas veces. Por ello, su rabia la volcaba sobre la amante de tumo. De Eddie Cassin opinaba Mosca que era un vicioso con las mujeres y un mal bebedor, pero que, por otra parte, era capaz de hacer cualquier cosa por un amigo. Y Eddie había sido siempre lo bastante prudente como para no hacer insinuación alguna a Hella. Deseaba preguntar a Eddie si había visto a Hella o si sabía lo que había sido de ella, pero no pudo decidirse a hacerlo.

Eddie Cassin colgó el auricular y abrió un cajón de su escritorio. Sacó una botella de ginebra y una lata de jugo de fruta. Volviéndose a la mecanógrafa, dijo:

—Ingeborg, ve a lavar los vasos.

La chica tomó algunos vasos y salió de la oficina. Eddie Cassin se dirigió a una puerta, la cual daba a una oficina más pequeña.

—Ven, Waltef —dijo—, quiero presentarte a unos amigos.

En la oficina interior, un hombre de baja estatura, fuerte y de rostro redondo, vestido con el mismo uniforme verde oliva de Eddie, estaba de pie junto a la mesa, con el pie en el travesaño de una silla y el cuerpo inclinado, de modo que su barriga descansaba en el muslo. En su mano tenía un fragebogen o cuestionario, y lo estaba estudiando. Delante de él, de pie, estaba un alemán no muy alto, con el inevitable gorro de la Wehrmacht debajo del brazo. Junto a la ventana estaba sentado una especie de gigante norteamericano, vestido de paisano, con la larga mandíbula y la pequeña boca, típicas del granjero norteamericano de pocos vuelos, pero con su aire de energía y seguridad en sí mismo.

—Wolf —dijo Eddie al hombre rechoncho—, éste es un viejo amigo mío, Walter Mosca. Mira, Walter, éste es nuestro hombre encargado de la seguridad. Es quien selecciona a los alemanes que entran a trabajar en la base.

Después de estrecharse las manos, Eddie continuó:

—Ése que está junto a la ventana es Gordon Middleton. No tiene ninguna misión concreta, por lo que ayuda en lo que hace falta. El coronel está tratando de deshacerse de él; quizá es por eso que no tiene nada especial que hacer.

Middleton no se levantó de su silla para dar la mano a Mosca, por lo que éste se limitó a hacer una ligera inclinación de cabeza, que el otro correspondió levantando el brazo.

Wolf señaló la puerta con el dedo, indicando al alemán que tenía delante que esperara fuera. El alemán dio un taconazo, hizo un gesto de asentimiento y se marchó, apresuradamente. Wolf se echó a reír y tiró el fragebogen sobre la mesa, con gesto desdeñoso.

—Nunca en el Partido, nunca en las SA, nunca en las Juventudes Hitlerianas. Os aseguro que tengo ganas de encontrar un nazi.

Se rieron todos. Eddie movió la cabeza, pensativo:

—Todos dicen lo mismo. Walter es un muchacho de tu misma pasta, Wolf. Era muy duro con los alemanes cuando estuvimos juntos en el Gobierno Militar.

—¿Es verdad? —Wolf enarcó una ceja—. Es la única manera de tratarlos.

—Sí —dijo Eddie—, en el Gobierno Militar teníamos un gran problema. Los krauts hacían las entregas de carbón a todas las instalaciones alemanas, pero cuando debían llevarlo a los campos de refugiados judíos de Grohn, los sábados, los camiones se estropeaban o el alemán encargado de la administración del carbón aseguraba que había agotado las existencias. Mi amigo resolvió el problema.

—Me gustaría conocer la historia —dijo Wolf. Tenía una forma de hablar simpática y, para demostrar a su interlocutor su comprensión de lo que le decían, hacía unos gestos sumamente expresivos.

Ingeborg trajo los vasos, la botella y el jugo de frutas. Eddie preparó cuatro bebidas, una de ellas sin ginebra. Se la dio a Gordon Middleton.

—El único miembro de las fuerzas de ocupación que no juega, no bebe ni va detrás de las mujeres. Es por eso que el coronel quiere deshacerse de él. Causa muy mala impresión a los alemanes.

—Oigamos la historia —dijo Gordon. En su voz había un tono de reproche, pero suave y paciente.

—Bien —dijo Eddie—, resulta que Mosca debía trasladarse todos los sábados al alejado campo, para asegurarse de que el carbón llegaba allí. Un sábado, como fuese que estaba en plena partida de naipes, dejó que los camiones partieran sin él. No hubo carbón. Se quedó muy pensativo. Nunca lo olvidaré. Lo acompañé al lugar donde los camiones se habían averiado, y allí dedicó a los camioneros un pequeño discurso.

Mosca estaba apoyado en la mesa, encendió un cigarro y lo chupó, nerviosamente. Recordaba el incidente y sabía el partido que del mismo iba a sacar Eddie. Daría de él la imagen de un hombre realmente duro, cuando todo había sido muy diferente. Había dicho a los conductores que si no querían llevar los camiones, procurarían que no sufrieran perjuicio alguno, aunque quedarían despedidos. Pero que si deseaban conservar su empleo, harían bien en llevar el carbón al campo de refugiados, aunque fuera sobre sus espaldas. Uno de los camioneros renunció al trabajo y Mosca, después de tomar nota de su nombre, invitó a fumar a todos. Eddie

hacía parecerlo todo como si Mosca hubiese sido un héroe solitario enfrentado a seis feroces enemigos.

—Luego se dirigió al domicilio del administrador del carbón y tuvo con él una pequeña charla en inglés. Cuando mi amigo terminó con él, el kraut estaba para el arrastre. Desde entonces, el campo recibió cada sábado su carbón. Un verdadero ejecutivo. —Eddie movió la cabeza, admirativamente.

Wolf movía también la suya, en señal de aprobación:

—Ésta es la clase de hombres que necesitamos aquí —dijo—. Estos alemanes se burlan hasta de la muerte.

—Pero ahora no podrías hacerlo, Walter —dijo Eddie.

—Sí, ahora les damos lecciones de democracia —dijo Wolf, pero en un tono tal que Mosca y Eddie soltaron la carcajada, y hasta Middleton sonrió.

Bebieron todos, y luego Eddie se acercó a la ventana para ver a una mujer que pasaba en dirección a la puerta de salida.

—No todo es desagradable, sin embargo —dijo—. ¿Os gustaría un trozo de ese pastel?

—Ésa es una pregunta para la fragebogen —dijo Wolf, y cuando estaba a punto de añadir algo se abrió la puerta, que daba al corredor y un muchacho alto y rubio fue introducido en la estancia. Iba amanillado y estaba llorando. Detrás de él iban dos hombres de baja estatura y vestidos con traje oscuro. Uno de los hombres se adelantó.

—Herr Dolman —dijo—, ya tenemos al individuo que ha estado robando el jabón.

Wolf soltó una sonora carcajada.

—Han desaparecido una serie de barras de jabón mandadas por la Cruz Roja —explicó a Eddie y a Mosca—. Era jabón destinado a los niños alemanes. Estos hombres son detectives de la ciudad.

Uno de los dos hombres comenzó a abrir las esposas. Puso el dedo índice debajo de la nariz del muchacho, en un gesto casi paternal, y dijo:

—Nada de trucos, ¿eh?

El muchacho hizo un gesto de asentimiento.

—Aguarden —dijo Wolf, secamente. El detective se unió a su compañero.

Wolf se acercó al muchacho y le tocó la cabeza:

—¿Sabías que el jabón era para los niños alemanes?

El muchacho bajó la cabeza y no respondió.

—Trabajabas aquí, gozabas de la confianza de todos. Ya jamás volverás a trabajar para los norteamericanos. No obstante, si firmas un papel confesando lo que has hecho, no serás encarcelado. ¿Estás de acuerdo?

El muchacho hizo un gesto afirmativo.

—Ingeborg —llamó Wolf. La mecanógrafa alemana entró en la habitación. Wolf, dirigiéndose a los dos detectives, dijo—: Llévelo a la otra oficina; la chica ya sabe lo que tiene que hacer —se volvió a Eddie y a Mosca—: Demasiado fácil —y les

dedicó la mejor de sus sonrisas—. Pero nos ahorra trabajo a todos, y el muchacho tendrá sus seis meses.

Mosca, despreocupadamente, dijo:

—¡Diablos! Le has prometido que no le ocurriría nada.

Wolf se encogió de hombros:

—De acuerdo, pero los policías alemanes lo detendrán por intervenir en el mercado negro. El jefe de la policía de Bremen es un viejo amigo mío. Cooperamos, ¿sabes?

—Tampoco es tan grave el robo de un poco de jabón —murmuró Eddie—. Podías haberte mostrado compasivo.

Wolf, secamente, replicó:

—Imposible; nos robarían hasta la camisa —se puso el gorro—. Bien, me espera una noche muy ocupada. Debo registrar cuidadosamente a todos los que trabajan en la cocina, antes de que puedan abandonar la base. No es ninguna tontería —les sonrió—. Tenemos a una mujer policía de Bremen que se encarga de registrar a las mujeres, y no hay día en que no encuentre algún par de guantes de goma y alguna que otra barra de jabón. Os asombraría ver dónde esas mujeres esconden a veces un trozo de mantequilla —escupió—. Espero no estar nunca tan hambriento.

Cuando Wolf se hubo marchado, Gordon Middleton se levantó y dijo, con su voz profunda y su laconismo peculiar:

—El coronel le aprecia —sonrió a Mosca, con naturalidad, como si aquello fuera algo que lo divirtiera. Antes de abandonar la oficina, se dirigió a Eddie—: Voy a tomar uno de los primeros autobuses —dijo, y, volviéndose a Mosca, en tono sencillo y amistoso, agregó—: Hasta la vista, Walter.

Era el fin de un día de trabajo. A través de las ventanas Mosca pudo ver a los trabajadores alemanes dirigirse en tropel a la puerta de salida, esperando turno para ser registrados por la policía militar, para poder salir de la base aérea. Eddie se colocó junto a él.

—Supongo que tendrás deseos de ir a la ciudad en busca de tu chica —dijo Eddie, sonriendo; su sonrisa era casi femenina por su suavidad y por la finura de los labios—. Ésa es la razón por la que procuré conseguirte un empleo aquí, cuando me escribiste. Pensé que querías volver a causa de la muchacha. ¿Me equivoqué?

—No lo sé —respondió Mosca—. Supongo que tienes razón, al menos en parte.

—¿Deseas solucionar primero lo de tu alojamiento en la ciudad o prefieres ver antes a la chica?

—Primero, lo del alojamiento —replicó Mosca.

Eddie se echó a reír a carcajada limpia:

—Si vas ahora, la encontrarás en casa. Si te ocupas del alojamiento, en cambio, ya no podrás verla hasta las ocho, al menos. Tal vez esté fuera, entonces.

Al decir estas palabras, Eddie miró fijamente a Mosca.

—Mala suerte —dijo éste.

Tomaron una maleta cada uno y salieron del edificio hasta donde Eddie tenía su *jeep*. Antes de poner el motor en marcha, Eddie se volvió a Mosca y dijo:

—No me lo has preguntado, pero te lo diré, de todos modos. Ni una sola vez la he visto en clubs militares ni paseando con soldados ni oficiales. De hecho, no he vuelto a verla.

Después de una pausa, añadió, socarronamente:

—Y supongo que no te hubiese gustado que yo vigilara sus pasos.

Mientras cruzaban la Neusladt, en dirección al Bremen propiamente dicho, Mosca vio la primera cosa que le resultaba familiar. Era la torre de una iglesia, una iglesia cuyo cuerpo parecía haber sido corroído por la enfermedad. El campanario, una fina aguja de piedra y yeso, parecía querer tocar al cielo. Luego pasaron junto al macizo edificio de la cárcel, en cuyas paredes color verde oscuro se veían las blancas heridas de la explosión. Pasaron por la *Schwachhauser Heer Strasse* en dirección al otro lado de la ciudad, en lo que en un tiempo fueron elegantes suburbios, y cuyas casas, casi intactas, eran utilizadas como pensiones y hogares de los miembros de las fuerzas de ocupación.

Mosca pensaba en el hombre que tenía a su lado. Eddie Cassin no era un individuo romántico. Por lo que Mosca sabía de él, era precisamente todo lo contrario. Recordaba el tiempo en que ambos habían sido soldados; Eddie había encontrado en la ciudad a una chica muy joven y muy desarrollada, de nacionalidad belga, y hermosa como una muñeca de Dresden. La había instalado en su alojamiento, en una pequeña habitación sin ventanas, y entonces dio una fiesta. La muchacha estuvo «sirviendo» a los treinta hombres que se alojaban en la casa, por lo que se pasó tres días y tres noches sin salir de la habitación. Los hombres jugaban a las cartas en la antecámara, una cocina, esperando su turno. La chica era tan hermosa y de tan buen temperamento que los hombres la trataron como se trata a una esposa en estado de buena esperanza. Preparaban huevos con jamón, que le llevaban a la habitación. Se preocupaban de traerle también el almuerzo y la cena. La muchacha se reía y bromeaba mientras comía, sentada en la cama y completamente desnuda. Todo el día había alguien en la habitación, y ella parecía sentir verdadero afecto por todos. Sólo se mostraba inflexible en una cosa: Eddie Cassin debía estar con ella una vez al día y durante una hora, al menos. Le llamaba siempre «papaíto».

—Era demasiado hermosa; no tenía derecho a guardarla sólo para mí —había dicho Eddie. Pero Mosca notaba siempre una nota de cruel satisfacción en su voz.

De la *Kurfürsten Allee* pasaron a la *Metzer Strasse*, con sus árboles grandes y frondosos. Eddie estacionó el *jeep* delante de una casa nueva, de cuatro pisos, que tenía un pequeño jardín.

—Aquí es —dijo—. Es el mejor alojamiento para los norteamericanos en Bremen.

El sol veraniego daba a los ladrillos de la casa una tonalidad roja, y las aceras y la calzada de la calle se beneficiaban de la sombra de los espesos árboles. Mosca tomó las dos maletas y la bolsa de gimnasia, mientras Eddie Cassin caminaba ya delante de él. Fueron recibidos en la puerta por la administradora de la casa, una alemana.

—Te presento a *Frau Meyer* —dijo Eddie Cassin, mientras pasaba el brazo por la

cintura de la mujer. *Frau Meyer* tenía cerca de cuarenta años, y su cabello era rubio platino. Tenía un tipo soberbio, moldeado por años de trabajo como entrenadora de natación en la Bund— *deutscher Maedel*. Su cara era amistosa, pero tenía algo de viciosa, impresión acentuada todavía más por unos dientes blancos y excesivamente grandes.

Mosca hizo una ligera inclinación de cabeza y ella dijo:

—Me alegro mucho de conocerle, señor Mosca. Eddie me ha hablado mucho de usted.

Subieron por las escaleras hasta el tercer piso, y *Frau Meyer* abrió la puerta de una de las habitaciones, cuya llave entregó a Mosca. Era una habitación muy grande. En un rincón había una estrecha cama y en otro un enorme armario pintado de blanco. Por dos amplias ventanas entraba la luz crepuscular. El resto de la habitación estaba vacío.

Mosca depositó las dos maletas en el suelo, y Eddie se sentó en la cama. Eddie dijo a *Frau Meyer*:

—Llama a Yergen.

Frau Meyer dijo:

—Me preocuparé de poner las sábanas y las mantas también.

Eddie y Mosca la oyeron subir las escaleras.

—Pues no parece tan excelente como me habías dicho —comentó Mosca.

Eddie Cassin sonrió:

—En la casa tenemos un mago. Me refiero a ese Yergen. Él lo arreglará todo.

Y mientras esperaban, Eddie habló a Mosca del alojamiento. *Frau Meyer* era una buena administradora, y se preocupaba de que no faltara agua caliente, de que las ocho sirvientas lo tuvieran todo bien limpio, y (por acuerdo especial con *Frau Meyer*) del perfecto lavado de la ropa. La mujer vivía en el ático, en dos cómodas habitaciones amuebladas.

—Paso allí arriba la mayor parte de mi tiempo libre —prosiguió Eddie—. Pero creo que se entiende también con Yergen. Mi habitación está en el segundo piso, por lo que no nos es fácil espíamos mutuamente, gracias a Dios.

Mosca, que se iba impacientando más a medida que caía la tarde, escuchaba a Eddie Cassin su perorata acerca del alojamiento, del que hablaba como si fuese su propietario. Yergen era indispensable, decía Eddie, para todos los norteamericanos alojados en la Metzger Strasse. Sabía arreglar la conducción del agua de modo que incluso los que habitaban el piso superior pudieran bañarse. Sabía empacar la porcelana que los norteamericanos compraban para enviar a su casa, de modo que los parientes nunca se quejaban de piezas rotas. *Frau Meyer* y Yergen formaban un excelente equipo. Sólo Eddie sabía que ambos, durante el día, registraban cuidadosamente todas las habitaciones. De una robaban unos pantalones de deporte, de otra, un par de calcetines, una toalla o algunos pañuelos. Los norteamericanos eran descuidados y no llevaban inventario de sus pertenencias. De las habitaciones de los

extremadamente descuidados podía sacarse incluso alguna que otra caja, más o menos completa, de cigarrillos. Todo, sin embargo, era hecho con discreción. Las mujeres que realizaban la limpieza de las habitaciones eran mantenidas en un estado de absoluta honradez gracias a una disciplina estricta.

—¡Por Cristo! —exclamó Mosca—, quiero que sepas que tengo ganas de alejarme de aquí. Estoy de estos krauts hasta el tuétano.

Eddie se acercó a la puerta y llamó:

—Eh, Meyer, acércate, ¿quieres? Probablemente ha aprovechado para acostarse un momento con Yergen. Le gusta, ¿sabes?

Mientras esto decía Eddie, los dos amigos oían a la mujer bajar las escaleras.

Se presentó con un bulto de ropa de cama debajo del brazo, y detrás de ella bajaba Yergen, quien llevaba un martillo en la mano y unos clavos en la boca. Era un alemán de mediana edad, bajo y vigoroso, vestido con un mono de mecánico y una camisa caqui del ejército norteamericano. Su aire digno y competente hubiera inspirado confianza a cualquiera, de no haber sido por el brillo de su mirada, demostrativo de una gran dosis de astucia.

Estrechó la mano de Eddie Cassin, y lo mismo, hizo con Mosca, quien, si le estrechó la mano, fue sólo para no mostrarse descortés. La ocupación estaba tomando un ñire realmente amistoso, pensó.

—Aquí soy el hombre de los mil oficios —dijo Yergen; pronunció estas palabras con mal disimulado orgullo—. Siempre que necesite algo, llámeme.

—Necesitaré una cama más grande —dijo Mosca—, algunos muebles, un aparato de radio y, seguramente, algunas cosas más.

Yergen se desabrochó el bolsillo de su camisa caqui y sacó un lápiz.

—Naturalmente —dijo—, entregan estas habitaciones muy mal amuebladas. Son las reglas. Pero he ayudado a otros de sus camaradas. ¿Quiere la radio pequeña o grande?

—¿Cuánto? —preguntó Mosca.

—Cinco o diez cajas.

—Dinero —dijo Mosca—. No tengo cigarrillos.

—¿Dólares o vales?

—Órdenes de pago.

—Mire —dijo Yergen, lentamente—, creo que necesita usted una radio, algunas lámparas de mesa, cuatro o cinco sillas, un sofá y una cama más grande. Me preocuparé de proporcionarle todas estas cosas, y del precio hablaremos, más tarde. Si en este momento no tiene cigarrillos, puedo esperar. Soy un hombre de negocios; sé cuándo debo conceder crédito. Y, además, es usted amigo del señor; Cassin.

—De acuerdo —dijo Mosca. Abrió la bolsa de gimnasia para sacar jabón y una toalla.

—Y si quiere que se ocupen de lavar su ropa, no dude en decírmelo. Se lo ordenaré a la criada —dijo, sonriéndole, Fray Meyer. A ella le gustaba su largo torso,

con Su decorativa herida blanca, que sospechaba le llegaba hasta la ingle.

—¿Cuánto va a costarme? —preguntó Mosca. Había abierto una maleta, de la que estaba sacando ropa limpia.

—Por favor, no hablemos de dinero. Deme unas cuantas pastillas de chocolate cada semana; creo que de este modo las criadas estarán contentas.

—Bien, bien —dijo Mosca, en tono de impaciencia.

Y luego, dirigiéndose a Yergen, agregó: Haga lo posible para que todo esté aquí mañana.

Una vez que se hubieron marchado los dos alemanes, Eddie Cassin movió la cabeza tristemente, como burlándose:

—Los tiempos han cambiado, Walter —dijo—. La ocupación ha entrado en una nueva fase. A la gente como *Frau Meyer* y Yergen la tratamos con respeto, estrechamos su mano y solemos darles un cigarrillo cuando hablamos de negocios con ellos. Pueden hacernos favores, Walter.

—Que se jodan —dijo Mosca—. ¿Dónde está el cuarto de baño?

Eddie Cassin lo acompañó al vestíbulo. El cuarto de baño era enorme, con tres bañeras, las mayores que Mosca había visto en su vida, y con una mesita llena de revistas y documentos.

—Primera categoría —dijo Mosca. Comenzó a lavarse y Eddie se sentó a hacerle compañía.

—¿Traerás a tu amiga aquí? —preguntó Eddie.

—Si la encuentro y desea volver conmigo, sí —contestó Mosca.

—¿Irás a verla esta noche?

Mosca se secó y puso una hoja de afeitar en la maquinilla.

—Sí —dijo, y miró a la ventana parcialmente abierta; era ya casi totalmente de noche—. Trataré de encontrarla esta noche.

Eddie se levantó y se dirigió a la puerta:

—Si no tienes suerte, sube a las habitaciones de *Frau Meyer* cuando regreses y tomarás una copa —dio una palmada a Mosca—. Si todo sale bien, te veré mañana por la mañana en la base aérea.

Una vez solo, Mosca hubiera querido dejar sin terminar su afeitado, irse a su habitación y meterse en la cama, o bien subir a ver a *Frau Meyer* y pasar la velada bebiendo con Eddie. Extrañamente, se resistía a abandonar el edificio para ir en busca de Hella, pero siguió afeitándose y luego se peinó. Se acercó a la ventana y la abrió; la calle estaba casi vacía. Pero abajo, entre las ruinas, vio a una mujer vestida de negro, una masa oscura a la luz crepuscular, que recogía la yerba que crecía entre los escombros. Y cerca de él, casi debajo mismo de la ventana, vio a una familia de cuatro miembros, un hombre, su esposa y dos niños pequeños, que construían un muro que no llegaba todavía a un metro de altura. Los niños llevaban en una carretilla los ladrillos rotos que habían encontrado en la devastada ciudad, y el hombre y la mujer se las ingeniaban para lograr que los ladrillos resultaran aprovechables. El

esqueleto de la casa enmarcaba di matrimonio, que quedó fijado en la mente de Mosca. Se desvaneció la postrera luz del día, y la calle y la gente no eran ahora sino masas oscuras que se movían dentro de una oscuridad todavía más profunda. Mosca regresó a su habitación.

De su maleta sacó una botella y tomó un trago. Se preocupaba por su forma de vestir, y pensaba: Es la primera vez que me verás sin uniforme. Se puso un traje gris y una camisa abierta de color blanco. Lo dejó todo como estaba: las maletas abiertas, la ropa en el suelo y los utensilios del afeitado echados descuidadamente sobre la cama. Bebió una vez más, bajó las escaleras y salió a encontrarse con el calor de la noche veraniega.

Tomó un tranvía, y el revisor le pidió un cigarrillo, pues adivinó que era norteamericano. Mosca se lo dio y luego se dedicó a mirar cuidadosamente todos los tranvías que pasaban en dirección opuesta, pensando que la muchacha habría quizá salido de su habitación para ir a divertirse. Tenso y nervioso, en varias ocasiones creyó haberla visto, pues la espalda o el perfil de alguna chica se parecía al de ella, pero nunca pudo estar seguro.

Cuando bajó del tranvía, siguió a pie hasta la calle donde Hella vivía, pero no recordaba cuál era la casa, por lo que tuvo que comprobar los nombres que figuraban en la puerta de cada edificio. Se equivocó por muy poco, pues en la segunda lista que leyó figuraba el nombre de la muchacha. Llamó, esperó unos minutos y volvió a llamar.

Se abrió la puerta, y a la tenue luz del rellano reconoció a la anciana propietaria de la casa. Su cabello gris, muy bien peinado, el viejo vestido negro, el pañolón de punto, le daban el aspecto triste que tienen las ancianas de todo el mundo.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer.

—¿Está Fráulein Hella en casa? —Mosca se sorprendió al observar la fluidez de su alemán.

La anciana no lo reconoció ni se dio cuenta de que no era alemán:

—Pase, por favor —dijo, y Mosca la siguió, a través del mal iluminado salón. La mujer llamó y dijo:

—Tiene usted visita, *Fraulein* Hella, un hombre.

Finalmente, Mosca oyó la voz de la muchacha, una voz tranquila, pero que tenía una nota de sorpresa:

—¿Un hombre? Espere un momento, por favor.

Mosca abrió la puerta y entró en la habitación.

Estaba sentada de espaldas a él, poniéndose horquillas en su pelo recién lavado. En la mesa, al lado de ella, había un trozo de pan moreno. Apoyada en la pared se veía una estrecha cama, con una mesita de noche al lado.

Mientras él la miraba, Hella terminó de peinarse y tomó el trozo de pan, dispuesta a meterlo en el armario. Fue entonces cuando se volvió; sus ojos vieron a Mosca de pie junto a la puerta.

Mosca vio la blanca y casi esquelética faz de la muchacha, cuyo cuerpo era todavía más frágil que en la época en que él la había conocido. Sus manos dejaron caer al suelo el trozo de pan. Su rostro no reflejaba sorpresa, y de momento Mosca pensó que la mirada de Hella reflejaba un ligero disgusto. Poco después su rostro mostraba una expresión de tristeza y dolor. Se acercó a ella, y su rostro no tardó en humedecerse, mojando la mano de Mosca, que le acariciaba la barbilla. Hella bajó la cabeza y la apretó contra el hombro de Mosca.

—Deja que te vea —dijo Mosca; trató de levantar su rostro, pero la muchacha se resistía—. No pasa nada —dijo—; sólo quería darte una sorpresa.

Hella siguió sollozando, y todo lo que él podía hacer era esperar, paseando la mirada por la habitación, observando la estrecha cama, el anticuado armario, y, sobre el tocador, ampliadas, las fotos que él le había dado. La luz procedente de la lámpara de mesa era débil y amarillenta, y las paredes y el techo estaban abombados debido al peso de los escombros que soportaban.

Hella levantó la cara; medio reía, medio lloraba:

—¿Por qué no escribiste? ¿Por qué no me has dejado saber de ti?

—Quería darte una sorpresa —repitió él.

La besó con ternura, y, apretada contra él, la muchacha dijo, con voz débil e incoherente:

—Al verte pensé que eras un fantasma, que estaba soñando o que me había vuelto loca. Siento que me veas desarreglada; acababa de lavarme la cabeza.

Se miró la bata y volvió a levantar la cabeza para mirar a Mosca.

El hombre vio los círculos oscuros debajo de sus ojos, como si el pigmento del resto de su cara hubiese sido secado y se hubiera concentrado allí, tiñendo la piel de un color casi negro. El cabello que tenía debajo de su mano parecía sin vida, todavía húmedo, y el cuerpo que se apretaba contra el suyo era duro y anguloso.

La muchacha sonrió y él vio el hueco entre sus dientes. Acarició su mejilla y preguntó: ¿Y esto?

Hella parecía molesta:

—La criatura —dijo—. Perdí dos dientes —le sonrió como una niña—: ¿Te parezco muy fea?

Mosca, lentamente, negó con la cabeza.

—No —dijo—, en absoluto. ¿Te deshiciste del niño?

—No, nació prematuramente —contestó Hella—. Vivió solamente unas horas. Hace un mes que salí del hospital.

Y luego, al darse cuenta de que él no la creía, fue al tocador y sacó unos papeles atados con un cordel. Le enseñó cuatro documentos oficiales.

—Léelos —dijo, sin mostrarse herida ni enojada, sabiendo que en el mundo y época en que vivían, era preciso aportar pruebas, pues la confianza no existía.

Los sellos oficiales de las diferentes oficinas disiparon sus dudas. Casi a pesar suyo, Mosca aceptó el hecho de que ella no le hubiese mentado.

Hella fue al armario y sacó una pila de prendas de vestir. Se las fue mostrando, las camisitas, las blusas, los pantaloncitos. Algunas de las telas y colores le resultaban familiares. Y luego comprendió que a la muchacha no le había quedado otro remedio que cortar sus vestidos, incluso sus prendas interiores, que tuvo que arreglar para adaptarlas a un cuerpo más pequeño.

—Sabía que sería un niño —dijo. Y de pronto Mosca sintió una profunda irritación. Le dolía el que la muchacha hubiese dado el color de sus mejillas, la carne de sus muslos y hombros, los dientes, la única ropa que tenía, y todo a cambio de nada. Y sabía que lo que le había hecho regresar era su propia necesidad, no la de ella.

—Fue una desgracia —dijo—, una verdadera desgracia.

Mosca estaba sentado en la cama, con Hella a su lado. Durante unos instantes ambos se sintieron embarazados y miraban la desnuda mesa, la única silla, las descoloridas paredes y el estropeado techo, y luego, con movimientos lentos, como si tomaran parte en un viejo rito tribal, como paganos cimentando su relación con un dios vago y terrible, sin saber si la ceremonia traería desastres o buena suerte, se unieron en la estrecha cama, él con una pasión inspirada por la bebida, la culpa, el remordimiento, y ella con amor, ternura y una fe absoluta en que el acto carnal les traería solamente felicidad. Y la muchacha aceptó el dolor que el hombre producía en su cuerpo todavía no curado, la crueldad de su pasión, su falta de fe en ella, en sí mismo y en todas las cosas, sabedora de que él la necesitaba, de que le era necesario su cuerpo, su fe, su confianza y su amor por él.

El segundo verano de paz transcurrió rápidamente para Mosca. El trabajo en la base aérea era tan ligero que parecía que consistía únicamente en hacer compañía a Eddie Cassin, escuchar sus historias y sustituirlo en las ocasiones en que estaba demasiado borracho para trabajar. Eddie Cassin tampoco tenía mucho que hacer. El teniente Forte acudía a la oficina unos minutos cada mañana, sólo para firmar papeles, después de lo cual se dirigía a la Sección de Operaciones para salir a volar durante un rato, y luego pasaba el resto del día hablando con sus camaradas, los pilotos. Terminado el trabajo, Mosca cenaba con Wolf y Eddie y, a veces, con Gordon, en el *Rathskellar*, el restaurante de los civiles y militares norteamericanos en Bremen.

Las noches las pasaba con Hella en su habitación, echados en el sofá, leyendo o escuchando la suave música de una emisora alemana. Después se miraban, sonreían y se iban a la cama. Dejaban que la radio funcionase hasta muy tarde.

El piso en el que vivían era muy tranquilo, pero en los pisos inferiores las fiestas se sucedían noche tras noche. En las noches de verano la música de los receptores llenaba la *Metzer Strasse*, y numerosos *jeeps* cargados de norteamericanos vestidos con sus uniformes color verde oliva, acompañados de hermosas muchachas alemanas sentadas en sus rodillas, se detenían frente al edificio y llenaban el aire con el sonido de las bocinas y los estridentes gritos de las jóvenes. El ruido y las risas llamaban la atención de los transeúntes, que volvían la cabeza curiosa y cautelosamente, mientras pasaban sin detenerse. Más tarde era corriente oír a Eddie Cassin, completamente borracho, gritar como un condenado, mientras discutía con una de sus amigas, fuera del edificio. En ocasiones, las fiestas terminaban a una hora temprana, y la fresca brisa de la noche llevaba hasta la habitación el rumor y el aroma que se desprendía de las hojas de los árboles.

Los domingos, Hella y *Frau Meyer* preparaban la cena en el ático, generalmente un conejo o un pato que Eddie y Mosca habían comprado en alguna granja cercana, y el animal solía ir acompañado de verduras adquiridas en la misma granja. La comida terminaba con café y helado. Terminado el ágape, Hella y Mosca dejaban solos a Eddie y a *Frau Meyer*, para que pudieran beber a sus anchas, y ellos se iban a dar un largo paseo por la ciudad, e incluso llegaban a veces hasta el campo.

Mosca, fumando su cigarro, y Hella, vistiendo una de sus camisas blancas, con las mangas arrolladas hasta más arriba del codo, pasaban por delante del edificio de la policía, cuyas macizas paredes verdes mostraban las huellas de la explosión, y luego seguían por el Edificio Glocke, situado un poco más allá, y que era la sede del club norteamericano de la Cruz Roja. En la plaza delante del mismo siempre había niños que pedían cigarrillos y chocolate. Hombres mal afeitados, con gorros de la Wehrmacht y viejas chaquetas militares cogían las colillas del suelo en cuanto los

soldados apoyados en el edificio las tiraban. Los militares se divertían mirando a las mujeres, silbando a las *fräuleins* que pasaban por la acera, lentamente, y que, poco después de dar la vuelta al edificio, volvían a pasar, una y otra vez, por lo que el espectáculo era lo más parecido a un tiovivo, pues ante los divertidos mirones desfilaban siempre las mismas caras. En las cálidas tardes veraniegas, la plaza semejava un alegre mercado, pero los domingos no parecía tal, pues la atmósfera tranquila de los días festivos era imposible encontrarla allí.

A la plaza llegaban cada pocos minutos autobuses militares y camiones cubiertos de barro, de los que descendían gran número de soldados procedentes de los cuarteles de los alrededores de Bremen, y algunos llegaban hasta de Bremerhaven. Los soldados se veían muy elegantes en sus uniformes verde oliva, con las perneras de los pantalones embutidas en lustrosas botas de combate. Había soldados ingleses con sus uniformes de lana y sus extraños gorros. Marineros mercantes norteamericanos, vestidos con pantalones viejos y jerséis sucios; y algunos de ellos llevaban barbas largas y descuidadas. Todos esperaban pacientemente a que la policía militar comprobara sus documentos, requisito indispensable para que pudieran entrar en el edificio.

Esporádicamente, la policía alemana, con sus uniformes parecidos a los de los soldados, limpiaba la plaza, ahuyentando a los chiquillos y acorralando a los mendigos en una de las esquinas. Luego los dejaban descansar en la escalinata del Palacio de Comunicaciones. Las *fräuleins*, en su deambular, aceleraban ligeramente el paso, pero nunca eran molestadas.

Mosca compraba algunos bocadillos en la Cruz Roja y, con Hella, se mezclaba con el gran número de personas que se dirigían a *Burger Park*. Los domingos, el enemigo seguía siendo fiel a sus paseos tradicionales. Los alemanes andaban con la dignidad de los jefes de familia, algunos con una pipa en la boca, pero sin tabaco. Las esposas empujaban los cochecillos de sus hijos pequeños, y los hijos un poco mayores brincaban y corrían, algo cansados, delante de ellos. El sol de verano capturaba el polvo levantado por la ligera brisa de la tarde, lo aprisionaba, y lo lanzaba sobre la ciudad, que aparecía cubierta de un casi imperceptible velo.

Y luego, finalmente, después de haber cruzado una gran pradera de ruinas, una tierra de hogares destrozados, un suelo de ladrillos rotos, de polvo y de hierro retorcidos, salían al campo y andaban hasta que, cansados, se sentaban sobre la verde yerba. Descansaban, dormían y se comían los bocadillos, y, si el lugar era lo suficientemente solitario, se hacían el amor, ya que el mundo que los rodeaba parecía, más que desierto, vacío.

Cuando los rayos del sol les herían el rostro, regresaban a la ciudad. Sobre la pradera de ruinas se cernía la oscuridad y, al llegar a la plaza, podían ver a los militares abandonando el edificio de la Cruz Roja. Los vencedores se habían tomado su ración de bocadillos, helados y cocas, habían jugado al *ping-pong* y habían gozado de la estéril compañía de las camareras. En la calle los soldados se comportaban

como si se encontraran en las esquinas cercanas a su hogar. Los grupos de *fräulein* eran ya más reducidos; el enemigo y el conquistador desaparecían juntos por las estrechas callejuelas, en dirección a medio destruidas habitaciones de igualmente maltrechos edificios o, si el tiempo apremiaba, a cualquier sótano. En la plaza, oscura y casi solitaria, había sólo algunos mendigos, un niño y unas pocas chicas con cara de cansancio. Como en un carnaval a punto de terminar, la música se filtraba fuera del edificio y llegaba hasta los oídos de las figuras silenciosas de la oscura plaza, y llegaba hasta el Weser, por cuyas orillas paseaban Mosca y Hella. Poco después ambos dejaban de oír la música, pero entonces se hallaban ya muy cerca de la ciudad, bañada por la luz de la luna.

En la *Metzer Strasse*, *Frau Meyer* y Eddie Cassin les tenían preparados té y pastelillos; a veces, Eddie estaba echado en el sofá, bajo los efectos del alcohol, pero cuando oía sus voces, se serenaba de repente. Bebían el té y charlaban tranquilamente, gozando de la paz de la suave noche veraniega, y de la lenta y creciente somnolencia que los llevaría a un sueño tranquilo y sin pesadillas.

En el alojamiento, la habitación próxima a la de Mosca estaba ocupada por un civil de facciones duras y corta estatura, que llevaba el clásico uniforme verde oliva. Pero en lugar bien visible se veía una placa azul y blanca con las letras AJDC. Le veían raras veces, y nadie del alojamiento lo conocía, pero por la noche, ya muy tarde, se podían oír sus pasos en su habitación, y también la música de su aparato de radio, que funcionaba siempre a un volumen muy bajo. Una noche llevó a Mosca en su *jeep*. Ambos se dirigían a cenar al Rathskellar. Se llamaba Leo y trabajaba para el American Joint Distribution Committee, una organización judía de ayuda. Las iniciales estaban también pintadas en su *jeep*, en grandes letras blancas.

Mientras atravesaban las calles, Leo preguntó a Mosca, con voz aguda y acento inglés:

—¿Nos hemos visto antes? Su cara me es familiar.

—Estaba en el Gobierno Militar al acabar la guerra —contestó Mosca. Estaba seguro de que no se habían conocido antes.

—¡Ah! —exclamó Leo—. Usted subió a Grohn con los camiones de carbón, ¿no es verdad?

—Es cierto —dijo Mosca, sorprendido.

—Estaba encerrado allí —dijo Leo, sonriendo—. No puede usted sentirse orgulloso de su labor. Más de un fin de semana nos quedamos sin agua caliente.

—Tuvimos problemas durante algún tiempo —respondió Mosca—. Después se solucionaron, sin embargo.

—Sí, lo sé —Leo sonrió—. Un método fascista, pero quizá necesario.

Cenaron juntos. En época normal, Leo hubiera sido un hombre gordo. Tenía la nariz aguileña, y la cara era amplia. El lado izquierdo de la misma temblaba espasmódicamente. Se movía nerviosa y rápidamente, pero con la falta de coordinación de la persona que jamás ha practicado deporte alguno. Apenas si conocía nada de lo relacionado con las actividades atléticas.

Mientras tomaban el café, Mosca le preguntó:

—¿A qué se dedican ustedes, concretamente?

—Trabajamos para la UNRRA —dijo Leo—. Distribuimos alimentos y otros productos a los judíos que están en campos de concentración, en espera de salir de Alemania. Yo mismo he estado ocho años en Buchenwald.

Mucho tiempo atrás, un tiempo que ahora parecía irreal, pensó Mosca, la existencia de los campos de concentración fue una de las razones principales que lo movieron a alistarse; pero no había sido él, sino el muchacho de la fotografía, el muchacho por el que Gloria, su madre y su hermano Alf tanto se preocupaban. No obstante, al recordar todo esto sintió una extraña emoción, mezcla de embarazo y

timidez.

—Sí —dijo Leo—. Entré allí cuando tenía trece años —se arremangó la camisa y, sobre el brazo, como impresa con tinta color violeta, aparecía un número de seis cifras, precedido de una letra—. Mi padre estaba allí conmigo. Murió años antes de que el campo fuera liberado.

—Habla muy bien el inglés —comentó Mosca—. Nadie diría que es usted alemán.

Leo lo miró, sonriendo, y dijo, con su voz nerviosa:

—No, no, yo no soy alemán. Soy judío —calló un momento—. Era alemán, naturalmente, pero ahora los judíos no pueden ya ser alemanes.

—¿Y cómo es que no se ha marchado usted? —preguntó Mosca.

—Tengo un buen empleo aquí. Tengo los mismos privilegios que los norteamericanos y gano bastante dinero. Además, debo decidir entre irme a Palestina o a los Estados Unidos. Y la elección es muy difícil.

Hablaron durante largo rato, Mosca bebiendo *whisky* y Leo café. En un momento dado, Mosca se encontró tratando de explicar diferentes deportes a Leo, y ello con su mejor voluntad, ya que el otro había pasado su niñez y juventud en el campo de concentración, perdiendo un tiempo que jamás podría ya recuperar.

Mosca trató de explicarle qué se sentía al encestar en el juego del baloncesto, la sensación de poderío que se experimentaba al saltar más que los defensas contrarios, el agradable ruido producido por el chocar de la pelota contra el suelo de madera, el cansancio al terminar cada partido, la agradable sensación de la ducha tonificadora, etcétera. Luego, ya en la calle, con el cuerpo enteramente relajado y la bolsa de gimnasia en la mano, las chicas aguardaban en la heladería cercana. Y los días de deporte terminaban con un sueño profundo y reparador.

Mientras se dirigían al alojamiento, Leo dijo:

—Siempre estoy en camino, pues mi trabajo me obliga a viajar mucho. Pero en invierno pasaré más tiempo en Bremen. Aprovecharemos para conocernos mejor, si no tienes inconveniente.

—Te enseñaré a jugar al béisbol —dijo Mosca, sonriendo—. ¡Ah! Y prepárate para trasladarte a los Estados Unidos. Y no digas «en camino»; en Norteamérica decimos «en ruta» o «viajando».

A partir de entonces, los dos se reunían algunas noches a tomar té y café en la habitación de cualquiera de ellos, y Mosca le enseñaba a jugar al póker, al casino y a otros juegos parecidos. Leo nunca hablaba de los años pasados en los campos, y nunca parecía deprimido, pero no tenía la paciencia necesaria para permanecer durante mucho tiempo en un mismo lugar, y la vida tranquila de Mosca y Hella no le atraía en exceso. Leo y Hella se hicieron buenos amigos, y él pretendía que Hella era la única muchacha que había conseguido enseñarle a bailar aceptablemente.

Y luego, cuando llegó el otoño y los árboles dejaron caer sus hojas, formando en las calles sombreadas una alfombra marrón y verde, Mosca sintió que le desaparecía

la letargia que lo había dominado durante los meses de verano. Se convirtió en un ser incansable; iba a comer más a menudo al Rathskellar y bebía en el Club de Oficiales —lugares todos ellos donde Hella no podía entrar, pues era enemiga—. Al regresar —muy tarde— al alojamiento, un poco ebrio, comía la espesa sopa que Hella calentaba para él en la olla eléctrica y luego dormía profundamente durante toda la noche. Muchas mañanas, Mosca se levantaba al amanecer y contemplaba cómo las nubes eran barridas por el viento mañanero de octubre. Miraba a los obreros alemanes andar rápidamente hacia la esquina donde paraban los strassenbahn que los conducirían al centro de la ciudad.

Una mañana, mientras Mosca estaba de pie junto a la ventana, Hella se levantó y se acercó a él. Llevaba el camisón de dormir. Pasó el brazo por la cintura de Mosca y ambos se dedicaron a mirar a la calle.

—¿No puedes dormir? —murmuró Hella—. Te levantas siempre tan temprano...

—Creo que deberemos acostumbrarnos a salir más a menudo. Esta vida tan hogareña es demasiado para mí.

Mosca se puso a contemplar la tosca alfombra de hojas que cubría el sendero para bicicletas entre los árboles.

Hella se apretó contra él:

—Necesitamos un hijo, un bebé maravilloso —dijo, suavemente.

—¡Por Cristo! —exclamó Mosca—. Fue el Fuhrer quien os metió esta idea en la cabeza.

—Los niños eran amados antes de Hitler —le enfurecía el hecho de que él pudiera reírse de lo que ella tanto deseaba—. Sé que es considerado como algo estúpido el querer tener hijos. En el Flak, las muchachas berlinesas se reían de nosotras, las provincianas, porque hablábamos de los niños y nos preocupábamos de ellos —se apartó de Mosca—. Muy bien, ve a trabajar.

Mosca trató de razonar con ella:

—Sabes que no podemos casarnos hasta que levanten la prohibición. Lo nuestro, hoy por hoy, es ilegal, especialmente tu permanencia aquí. Cuando naciera el niño deberíamos trasladarnos a un barrio alemán, y entonces sería yo quien estaría fuera de la legalidad. Podrían enviarme tranquilamente a los Estados Unidos, sin que nada pudiera hacer yo para impedirlo, y no podría llevarte conmigo.

Hella sonrió a Mosca, y en su sonrisa había un rictus de tristeza:

—Sé que no volverás a dejarme sola aquí.

A Mosca le sorprendió el hecho de que ella lo supiera. Había ya decidido pasar a la clandestinidad, con papeles falsos, si surgían problemas.

—Mira, Walter —dijo la muchacha—, no quiero ser como los que viven abajo; beber, bailar, ir al club, meterse en la cama y nunca tener nada que nos una, excepto nosotros mismos. La vida que llevamos no es vida.

Permanecía de pie, delante de él, con el camisón levantado entre la cadera y el ombligo, sin dignidad y sin vergüenza. Mosca quiso sonreír.

—No es conveniente —dijo él.

—Escúchame. Cuando te marchaste me sentí feliz, y es que iba a tener un hijo. Pensaba que tenía suerte. Porque, aun suponiendo que no hubieses regresado, hubiera tenido a otro ser humano a quien amar. ¿Lo comprendes? De toda mi familia, me queda sólo una hermana, y está muy lejos. Luego viniste tú, y al marcharte volvía a quedar sola. En todo el mundo no había una sola persona a la que yo deseara agradar y complacer, no había nadie que formara parte de mi vida. Nada hay más terrible que eso.

Debajo de ellos algunos norteamericanos salían del edificio hacia la fría calle. Quitaron las cadenas de seguridad de los *jeeps*, y pusieron en marcha los motores, cuyas vibraciones llegaban claramente a los oídos de Mosca y de la muchacha, a pesar de que las ventanas estaban cerradas.

Mosca pasó un brazo por la cintura de Hella:

—No te encuentras bien del todo —miró el delgado cuerpo desnudo—. No quiero que te ocurra nada.

Mientras pronunciaba estas palabras le invadió una oleada de temor. Algo le decía que se quedaría sin la muchacha, y que en las grises mañanas invernales debería permanecer solo junto a la ventana, con la habitación vacía, y que la culpa de todo, una culpa cuya forma ignoraba ahora, sería sólo suya. Volviéndose de pronto hacia ella, dijo, con ternura:

—No te enfades conmigo. Ten un poco de paciencia.

Descansaba en los brazos de él, y unos instantes después dijo:

—Tienes miedo de ti mismo. Creo que estarás de acuerdo. Veo cómo eres con los demás y cómo eres cuando estás conmigo. Todos piensan que eres tan poco sociable, tan —buscó una palabra que no hiciera daño— rudo. Sé que no eres así, al menos en el fondo. No podría desear un hombre mejor que tú, en todos los aspectos. A veces, *Frau Meyer* y *Yergen*, cuando digo algo bueno de ti, se miran. Sé lo que piensan —su voz era amarga, y su amargura era la de todas las mujeres que hablan en defensa de los suyos contra un mundo que no comprende la razón de su amor—. No lo entienden.

Mosca la tomó en brazos, la depositó en la cama y la tapó con una manta.

—Te vas a resfriar —dijo; se inclinó para darle un beso, pues debía marchar al trabajo—. Podrás tener todo lo que quieras —agregó, sonriendo—. Y no te preocupes por lo de si me van a hacer salir o no.

—No me preocuparé —dijo Hella, riendo—. Esta noche te estaré esperando.

En el club alemán una orquesta tocaba música de baile de ritmo rápido cuando ellos entraron. Era una larga sala rectangular, huérfana de ornamentos y fría, debido a la luz blanca y directa. Las paredes estaban burdamente encaladas, y el alto techo le daba un aspecto catedralicio. En otros tiempos había sido salón de actos de una escuela, pero el resto del edificio quedó destruido por las bombas.

Las sillas eran duras, de tipo plegadizo, y las mesas eran igualmente sencillas. Los elementos decorativos brillaban por su ausencia. El club estaba tan lleno de gente que a veces los camareros no podían servir directamente las mesas, sino que tenían que pedir a los clientes que hicieran pasar las bebidas. Wolf era conocido allí, y todos siguieron su compacta figura hasta una mesa cercana a la pared.

Wolf les ofreció cigarrillos y dijo al camarero:

—Seis aguardientes —al mismo tiempo deslizó el resto de los cigarrillos del paquete en la mano del camarero—. Que sea del bueno.

El camarero asintió y se alejó.

Frau Meyer volvió su rubia cabeza para mirar la sala.

—El aspecto no es muy bueno —dijo.

Eddie le dio un golpecito en la mano:

—Es para la gente que ha perdido la guerra, muñeca. Mosca sonrió a Hella:

—Tampoco está tan mal, ¿verdad?

La muchacha negó con la cabeza:

—Es un cambio —dijo—. Necesitaba ver cómo se divierten mis compatriotas.

A Mosca se le escapó el leve tono de queja en la voz de Hella, pero Eddie sí lo captó, y su delicada boca esbozó una sonrisa. Había encontrado un arma, pensó, y sintió un repentino júbilo, una repentina pasión.

—Este lugar tiene su historia —dijo Wolf—. Tuvieron que sobornar al oficial de Educación del Gobierno Militar, para que certificara que el local no reunía condiciones para las actividades escolares, y luego tuvieron que hacer lo mismo con el encargado de Bellas Artes, para que certificara que el local estaba en condiciones de ser dedicado a club de diversión. Nadie sabe si es realmente seguro —añadió—. Aunque importa poco, pues lo cerrarán dentro de un par de días.

—¿Por qué? —preguntó Hella.

—Espere y lo verá —dijo Wolf, sonriendo y con aire de entendido.

Leo dijo, con su humor habitual:

—Miradlos —con el gesto señaló toda la sala—. Nunca había visto gente tan triste en mi vida. Y lo bueno es que pagan para pasar un rato que nada tiene de divertido.

Todos se echaron a reír. El camarero les trajo las bebidas pedidas.

Eddie levantó su vaso. Su atractiva cara adoptó una expresión de burlona seriedad:

—Por la felicidad de nuestros dos amigos, una pareja perfectamente avenida. Miradlos. Ella, una princesa dulce y encantadora. Él, un bruto repelente. Ella le cose los calcetines y le tiene preparadas las zapatillas cuando él llega a casa, y su recompensa consiste en unas cuantas palabras duras y algún que otro golpe. Amigos míos, este matrimonio será perfecto. Durará cien años, si él no la mata antes.

Bebieron, y Mosca y Hella se sonrieron mutuamente, como si poseyeran una respuesta, un secreto que ninguno de los de la mesa pudiera sospechar.

Las dos parejas salieron a bailar a la pequeña pista situada delante del escenario elevado al otro extremo del local. Wolf y Leo quedaron solos. Wolf paseaba la mirada por la sala, con ojos de habitual.

El humo de los cigarrillos se elevaba, por encima de las cabezas, hacia el alto techo. Los asistentes formaban una mezcla curiosa: parejas ancianas que quizás habían vendido un mueble y decidido pasar una noche fuera de casa, para así aliviar la monotonía de sus vidas; jóvenes traficantes del mercado negro, buenos amigos de los sargentos de intendencia y de algún oficial del almacén; estaban sentados con muchachas que llevaban medias de nilón y olían a perfume; hombres de edad madura, que traficaban en diamantes y pieles, automóviles y otros artículos, y que iban acompañados de mujeres vestidas con lujo no excesivo, amantes fijas, féminas a sueldo.

La atiborrada sala no era muy ruidosa, pues el tono general de las conversaciones era más bien bajo. Las bebidas eran ordenadas a largos intervalos, y no había comida de clase alguna a la vista. La orquesta ponía su mejor empeño en tocar al estilo norteamericano, y la cuadrada cabeza del batería se movía frenéticamente de un lado para otro en voluntariosa imitación, no muy lograda, de los bateristas norteamericanos.

Wolf saludó con la cabeza a diversas personas sentadas en otras mesas, y que eran todos traficantes del mercado negro con los que él había hecho negocios a base de cigarrillos. Nada más entrar, todos supieron que eran norteamericanos, pensó, y seguramente, en primer lugar, a causa de sus corbatas. Las otras personas presentes en el salón iban tan bien vestidas como ellos, pero, por alguna misteriosa razón, en el mercado negro no se encontraban corbatas, y las que todos llevaban eran viejos trozos de paño. A Wolf se le acababa de ocurrir una idea: una nueva forma de conseguir dólares con facilidad.

Cesó la música y todos regresaron a las mesas. Eddie, excitado por el baile y por el contacto con el cuerpo de *Frau Meyer*, miró fijamente a Hella mientras ésta se sentaba. Hella se inclinó hacia la silla de Mosca, descansando la mano en el hombro de éste. En su mente vio el blanco cuerpo de la muchacha cubierto por una sábana del ejército. Su cara estaba cerca, muy cerca, de la cabeza rubia y pasiva. Estaba seguro de su éxito —cómo y cuándo, no lo sabía—, pero de pronto se quebró la imagen. Fue

cuando del círculo de luz rosa, debajo del cual tocaba la orquesta, salieron tres cortos y estridentes sonidos de trompeta.

El rumor de las conversaciones se apagó, las brillantes luces blancas palidecieron, y el local se convirtió en un lugar semioscuro, hasta el punto de que el techo se había hecho invisible.

En el escenario aparecieron un grupo de bailarinas, pero lo hicieron tan mal que el público no les dedicó ni siquiera unos aplausos de cortesía. A continuación salió un prestidigitador y, luego, unos acróbatas. Por último, una cantante de voz aguda y mala.

—Vámonos ya —dijo Mosca.

Wolf negó con la cabeza:

—Espera un poco.

El público seguía en actitud atenta, expectante. Se dejó oír nuevamente la trompeta, y las luces se apagaron un poco más; el escenario se convirtió en un cuadrado de luz amarilla, en el que entró, procedente de la oscuridad, un hombre pequeño y vivaracho, con la cara redonda y gomosa del comediante nato. Fue recibido con estruendosos aplausos. Se dirigió a la concurrencia en un tono coloquial, como si no hubiese barreras entre ellos.

—Esta noche no podré llevar a cabo una parte de mi famosa actuación, y les pido perdón por ello. Mi perro, Federico, no se encuentra por parte alguna —hizo una pausa, con cara triste, antes de proseguir, con fingida irritación—. Es una vergüenza, una verdadera vergüenza. Diez perros a los que he enseñado, diez perros que han desaparecido. En Berlín, se me marchan. En Düsseldorf, se me marchan, y ahora aquí. Siempre lo mismo... —una muchacha entró corriendo en el escenario, murmuró algo al oído del cómico; éste asintió y se volvió al público—: Amigos míos, la dirección de este establecimiento acaba de pedirme que les anuncie que dentro de un rato podrán servirles bocadillos de carne —parpadeó—. No se exigirá la cartilla de racionamiento, pero el precio será exorbitante, naturalmente. Ahora, como les iba diciendo... —calló; su cara adoptó una expresión cómica en su extrañeza y desaliento, que se trocó, instantes después, en una expresión tan astuta y socarrona que el público estalló en risas—. ¡Federico, Federico mío! —gritó el cómico, mientras salía fuera del círculo de luz. Regresó segundos después, comiendo un bocadillo. Al remitir los aplausos, dijo, tristemente—: Demasiado tarde. Pero ha sido un buen amigo hasta el fin. Un bocadillo muy sabroso.

Y de un tremendo bocado, terminó de tragárselo.

Mientras aguardaba a que cesaran los aplausos, se limpió la boca, y luego sacó de su bolsillo un trozo de papel.

Levantó una mano, pidiendo silencio, y comenzó:

—Hoy, todo el mundo se preocupa de las calorías. He leído que para vivir se necesitan mil trescientas calorías, y que la ración que nos proporciona el Gobierno Militar consiste en mil quinientas cincuenta. No quiero criticar a las autoridades, pero

sí quiero advertirles de lo cuidadosos que debemos ser con las doscientas calorías extra. Ahora voy a darles algunas reglas, muy sencillas todas.

Contó todos los chistes conocidos relacionados con las calorías, pero con tanta gracia que las carcajadas se sucedían sin cesar. Fue interrumpido por una muchacha escasamente vestida, que entró bailando en el escenario y revoloteaba alrededor de él. La miró con ojos golosos, y luego sacó de sus bolsillos una zanahoria, una cabeza de lechuga y un manojo de judías verdes. Contó con los dedos y meneó la cabeza. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Necesitaría mil calorías, al menos.

La muchacha se apretó contra él. El hombre le explicó, haciendo gestos, cuál era el problema. La chica buscó dentro de su pecho y sacó un pequeño racimo de uvas. El cómico siguió haciendo gestos: no era suficiente. La muchacha comenzó a buscar por entre sus *shorts*, pero él, con una mirada de noble admiración dijo, en voz alta:

—Por favor, no podría.

Mientras la chica salía, triste, del escenario, el cómico dijo:

—Si tuviera, al menos, un pedazo de carne caliente...

La sala estalló en risas.

En el escenario, la rubicunda faz del cómico expresaba la satisfacción que le producía su dominio sobre el público. Con gran dinamismo realizó una serie de imitaciones rápidas: Rudolph Hess, babeante, con expresión de demente, escapando en un avión a Inglaterra; Goebbels, explicando a su esposa, con las más ridículas mentiras, una noche pasada fuera del hogar; Goering, prometiendo que ninguna bomba caería sobre Berlín, mientras se metía debajo de una mesa para que no le alcanzaran los cascotes. Cuando el cómico abandonó el escenario, los aplausos fueron tremendos. Continuaron hasta que volvió o reaparecer. El público estaba encantado.

Tenía el cabello peinado sobre los ojos y una mancha negra sobre el labio superior, mancha que podía ser un pequeño bigote. Su cara habitual se había transformado y ahora parecía el doble de Hitler. Estaba de pie en un extremo del escenario, y tenía un aspecto mitad cómico, mitad serio. Irradiaba poder y magnetismo. Miró fijamente al público y, con un vozarrón que hizo temblar el techo, preguntó:

—¿Queréis que vuelva?

Hubo un momento de sorprendido silencio, y mientras permanecía allí, de pie, en su cara apareció la sonrisa mortal de un anticristo triunfante. El público comprendió.

La sala estalló. Algunos hombres, golpeando sillas y mesas, gritaron: «¡Sí, sí!». Las mujeres aplaudían furiosamente. Algunas golpeaban el suelo con los pies, y otras, las mesas, con los puños. El tumulto llenó la sala, y las paredes y el techo parecía que iban a desplomarse.

Wolf, de pie, miraba a la multitud, con sarcástica sonrisa. Mosca había comprendido; se apoyó en el respaldo de su silla, y bebió un poco. *Frau Meyer* estaba mirando la mesa y trataba de disimular una sonrisa de placer. Eddie le preguntaba:

—¿Qué pasa, qué diablos pasa?

Frau Meyer contestó:

—Nada, nada.

Hella miraba a Leo, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Su cara permanecía impasible, pero era incapaz de dominar el tic de su mandíbula izquierda. La muchacha enrojeció y, sin darse cuenta, meneó la cabeza, como para declinar cualquier responsabilidad en lo que estaba ocurriendo. Pero Leo apartó los ojos de ella y volvió a mirar al escenario.

El rostro del cómico tenía ya su aspecto habitual. La ilusión había desaparecido, y aceptó los aplausos aparentemente convencido de que iban dedicados a su arte.

La orquesta inició una canción. Wolf se sentó y su cara demostraba que comprendía muchas cosas. La gente se levantaba para salir a bailar. Muchos ojos se concentraban en su mesa. Dos jóvenes sentados en una mesa cercana no cesaban de murmurar, lo que hacía las delicias de las chicas que los acompañaban.

Leo, con la mirada baja, tenía la cara crispada. Estaba irritado y sumamente molesto. Esperaba que alguno de los otros sugiriera abandonar el local.

Mosca, al mirarlo, comprendió y dijo a Wolf y a los demás:

—Marchémonos.

Mientras se levantaba vio que uno de los jóvenes había cambiado la posición de su silla, de modo que ahora quedaba de cara a su mesa. Miraba fijamente a Leo, con sonrisa burlona. Tenía muchas entradas, los rasgos de su cara eran enérgicos, y daba la impresión de una enorme fuerza física.

Haciendo un gesto con la cabeza, Mosca dijo a Wolf:

—Llevémos a ese individuo.

Wolf estudió a Mosca, como si hubiese visto algo ya sospechado y esperado:

—De acuerdo; utilizaré mi tarjeta oficial para hacerlo salir. ¿Llevas un arma, por si acaso?

—Solamente una de esas cositas húngaras —contestó Mosca.

Leo levantó la cabeza:

—No, no quiero que hagáis nada. Marchémonos.

Hella dijo a Mosca:

—Sí, vámonos.

Los otros se levantaron. Wolf seguía moviendo la cabeza, como si entendiera algo que escapaba a los demás. Dirigió a Leo una mirada de piedad. Vio que Mosca había enarcado las cejas y que se encaminaba a la salida. Al pasar por delante de la otra mesa, Wolf se inclinó, acercó su cara a la del joven alemán y lo miró directamente a los ojos:

—La risa puede ser muy peligrosa, ¿me comprende usted?

Le mostró su tarjeta, sabiendo que el alemán comprendería lo escrito. Mientras seguía a los otros, sonrió, y no se oyó una sola carcajada.

Se dirigieron a la habitación de Mosca, para tomar una última copa. Hella

comenzó a preparar bocadillos de jamón en la parrilla eléctrica.

Estaban todos sentados alrededor de la amplia mesa cuadrada, excepto Eddie, que estaba echado en el sofá del extremo de la habitación. Mosca abrió el armario pintado de blanco y sacó licor y cigarrillos.

Eddie, desde el sofá, preguntó:

—¿Cómo reaccionan esos bastardos?

—Esta noche han ido demasiado lejos —dijo Wolf—. ¿Qué os ha parecido la forma en que lo han recibido? —Wolf movió su gruesa y blanca cabeza repetidas veces, y su cara tenía una expresión de cómica extrañeza—. Estos alemanes nunca aprenderán. Cuando los ves pasear por la calle piensas que nunca más tendrán deseos de luchar. Pero están deseando hacerlo. Lo llevan en la sangre.

En broma, Mosca dijo a Leo:

—Lo mejor será que vayas pensando en dónde, si a Palestina o a los Estados Unidos.

Leo se encogió de hombros y siguió bebiendo su café.

Wolf preguntó:

—¿Puedes ir a los Estados Unidos?

—Sí —dijo Leo—. Sí, puedo ir.

—Ve, pues —dijo Wolf—. Si lo de esta noche es una referencia, eres demasiado débil para convertirte en un guía.

Leo se puso la mano en el lado izquierdo de la cara.

—Dejadlo estar —dijo Mosca.

—No. No lo tomes a mal, Leo, si te digo que el principal problema de los de tu raza es que nunca habéis luchado. Algunos piensan que sois cobardes. Pero lo que ocurre, en mi opinión, es que sois demasiado civilizados. No creéis en la fuerza. Como esta noche. Si hubiésemos sacado fuera a aquel individuo y le hubiésemos pegado una buena paliza, ello hubiera servido, en muy pequeña escala, para solucionar el problema. Si tenéis un país propio, es gracias a vuestras organizaciones terroristas. El terror y la fuerza son armas muy valiosas. En todos los países son utilizados y nadie subestima su poder. Me sorprende que no sepas esto después de todo lo que has pasado.

Leo dijo, lentamente:

—No tengo miedo de ir a Palestina, y en cierto modo considero que es mi deber. Pero pienso, también, que debería pasar muchas penalidades. Y lo que ahora quiero es buena vida. Así es como pienso, y siento vergüenza por ello. Pero lo que sí te aseguro es que me iré de aquí.

—No demores mucho la partida —dijo Wolf—. Estos alemanes nunca cambiarán. Está en su sangre. Puedes verlo todos los días.

Leo prosiguió, como si no hubiese oído las anteriores palabras:

—Es verdad, no creo en el terror ni en la fuerza. Mi padre estaba en el campo conmigo; era alemán, pero mi madre era judía. Mi padre era prisionero político, y lo

pasó peor que yo.

La mandíbula de Leo se puso otra vez en movimiento, por lo que intentó inmovilizarla con la mano.

—Murió en el campo, pero me enseñó algo. Me dijo que un día sería yo un hombre libre y que lo más terrible que podría ocurrirme es que me convirtiera en un ser como los que nos mantenían encerrados. Considero que sus palabras siguen siendo válidas. Me resulta un poco difícil, pero sigo creyendo en ellas.

Wolf movió la cabeza:

—Te comprendo. Conozco gente igual que tu padre.

Su voz era inexpresiva.

Hella y *Frau Meyer* distribuyeron los bocadillos calientes. Leo rehusó el suyo.

—Me voy a la cama —dijo. Se despidió y pudieron oírlo en su habitación. De su receptor de radio sintonizado con una emisora alemana salían las notas de una suave música de cuerda.

Frau Meyer se inclinó sobre Eddie y le hizo cosquillas:

—Deja de soñar —le dijo.

Eddie sonrió y en su cara delicada se veía una expresión de soñadora ternura. Mientras Hella estaba arrodillada junto a la parrilla eléctrica, Eddie la miraba a través de su vaso y pensaba: Será en esta habitación. Veía solamente a la muchacha y los muebles; los demás no existían. Su mente se recreaba siempre creando escenas con mujeres a las que nunca se había aproximado.

Wolf comenzó a comer su bocadillo.

—Son graciosas las ideas de la gente —bajó la voz—. Los hombres que dirigían el campo de Leo eran probablemente muchachos normales, como tú y yo. Se limitaban a cumplir órdenes. Durante la guerra, cuando estaba en contraespionaje, hacíamos algunos prisioneros, y el comandante miraba su reloj y nos decía: «A las dos en punto quiero esta información, y ésta, y ésta». Y la conseguíamos —Wolf aceptó un cigarro de Mosca y lo encendió—. Fui a los Estados Unidos con permiso antes de empezar en este trabajo, y vi algunas películas de guerra. Lo de siempre: el héroe es torturado, pero muere sin decir una sola palabra, sin revelar ni un secreto. —Wolf blandió su cigarro, exasperado—. Naturalmente, no pueden ni siquiera imaginar lo que realmente sucede —hizo una pausa y miró a Mosca, con fijeza—. Les avergüenza admitirlo: un hombre pierde todo dominio si le son aplicados los métodos adecuados.

Mosca llenó los vasos; todos estaban soñolientos, excepto Wolf. *Frau Meyer* estaba sentada sobre las rodillas de Eddie, y Hella se había acostado en el sofá de la pared opuesta a la cama.

Wolf sonrió:

—Poseía una técnica especial. No comenzaba a preguntar sino hasta después de haberlos sometido a un pequeño castigo. Algo parecido al chiste aquél de los recién casados. El marido le da un puñetazo en la boca, tan pronto como se encuentran a

solas, y dice: «No tengo motivo alguno; solamente es para que vigiles lo que haces». La idea es la misma —esbozó una sonrisa encantadora, y es que, evidentemente, estaba de buen humor—. Sé lo que piensas: que soy un hijo de puta. Pero debes comprender que tiene que haber personas que realicen esta clase de trabajo. Son cosas que deben hacerse, si se quiere ganar una guerra. Créeme, esto no me produce placer alguno, no es como en las películas. Pero es necesario. ¡Diablos!, incluso me dieron una condecoración por este trabajo. Pero, naturalmente, nunca fuimos tan rudos como los alemanes —añadió, en tono sincero.

Eddie bostezó:

—Muy interesante todo, pero me voy a mi habitación.

Wolf se rio:

—Sospecho que es demasiado tarde para una conferencia.

Dejó que Eddie y *Frau Meyer* salieran delante de él. Terminó su copa y dijo a Mosca:

—Baja, quiero hablar contigo.

Bajaron a la calle y se sentaron en el *jeep* de Wolf.

—Eddie piensa sólo en hacer el amor —dijo Wolf con voz irritada y desdenosa.

—Lo que pasa es que tenía sueño —respondió Mosca.

—¿Cómo es que llevas un arma? —preguntó Wolf.

Mosca se encogió de hombros:

—Me acostumbré a llevarla. Y no hace tanto tiempo que ha terminado la guerra.

Wolf asintió:

—Tampoco a mí me gusta salir de noche sin armas.

Se produjo otro momento de silencio. Mosca se impacientaba.

Wolf dio una chupada a su cigarro:

—Quería hablar contigo a solas porque tengo una idea que puede darnos un montón de dinero. Pienso que todos tenemos algo de inteligencia. Ahora, a través de una serie de contactos, es posible cambiar cigarrillos por diamantes, por ejemplo. Creo que deberías entrar en el asunto.

—Bien —dijo Mosca, en tono impaciente—, pero no me es posible conseguir tantos cigarrillos.

Wolf dudó por unos instantes, y luego prosiguió:

—Sabes perfectamente que puede llegar el día en que necesites mucho dinero. Por ejemplo, si te sorprenden con Hella en tu habitación, te enviarán a los Estados Unidos —levantó la mano—. Sí, ya sé, pasarás a la clandestinidad, como muchos lo hacen. Pero necesitarás dinero. Y hasta es posible que tuvieras que llevarla fuera de Alemania. Puedes conseguir documentos falsos, pero cuestan un ojo de la cara. Y vayas a donde fueres, Escandinavia, Francia, etcétera, la vida es cara. ¿Habías pensado en esto?

—No, no había pensado —dijo Mosca, con lentitud.

—Bien, tuve una idea. Necesito ayuda y es por eso que me dirijo a ti. No soy un

filántropo. ¿Te interesa?

—Adelante —respondió Mosca.

Wolf hizo una nueva pausa, que aprovechó para fumar.

—¿Conoces el dinero que utilizamos, los vales del ejército? Los del mercado negro se rompen las narices para conseguirlos. Luego los venden a los soldados a cambio de órdenes de pago. Pero deben hacerlo poco a poco. Podemos cambiar todos los vales que podamos conseguir por órdenes de pago, y eso es algo que no podíamos hacer con los viejos marcos de la ocupación.

—¿Y bien?

—No te impacientes. Desde hace dos semanas los traficantes alemanes parecen tener grandes cantidades de vales. Estoy haciendo un buen negocio cambiándoselos por órdenes de pago. Si es preciso, ya te daré más detalles. Y ahora viene lo importante: Al despertarse mi curiosidad decidí poner atención a todo lo que se decía a mi alrededor, y supe una historia terrible. Cuando los vales llegaban desde los Estados Unidos, el barco atracaba en Bremerhaven. Y aunque todo era llevado muy en secreto, lo cierto es que desapareció una caja de vales, por un valor de más de un millón de dólares. El ejército no hace nada, porque quedaría en muy mal lugar. ¿Qué te parece? —al relatar la historia, Wolf se había ido excitando—. Un millón de dólares —repetía una y otra vez.

Mosca sonrió al notar el tono de avidez de Wolf.

—Mucho dinero —dijo.

—Y ahora, vayamos con mi idea. El dinero está esparcido, seguramente, por todo el país, pero debe de haber por aquí alguna banda con una buena parte del mismo. Se trata sólo de descubrir a dicha banda, ¿comprendes?

Mosca dijo:

—¿Y cómo vamos a encontrarlos? ¿Cómo vamos a hacernos con los vales?

—Encontrar el dinero es asunto mío —dijo Wolf—, pero necesitaré tu ayuda. La cosa no es tan difícil como parece, y recuerda que soy un hombre experimentado. Tengo muchos contactos. Te presentaré como un alto empleado de Correos, que intenta vender cigarrillos a tres o cuatro dólares la caja. Al oír el precio, darán un salto, ya lo verás. Por este sistema venderemos treinta o cuarenta cajas. Será suficiente. Correrá la voz. Luego diremos que necesitamos deshacernos de cinco mil cartones, pero de una sola vez. Una operación importante. Nos inventaremos una historia. Si todo sale bien, alguien se acercará a nosotros, y entonces cerraremos el trato. Se presentarán con veinte mil dólares en vales. Nos los quedaremos. No podrán acudir a la policía, ni a la suya ni a la nuestra. Los habremos jodido —Wolf calló, y dio una última chupada al cigarro, que tiró al suelo. Luego añadió, con voz tranquila—: Será un trabajo duro. Debemos vagar por la ciudad un par de noches a la semana. Y para llevar a cabo la última parte del negocio se necesitan pelotas.

—Como policías y ladrones —dijo Mosca, y Wolf sonrió. Mosca paseó la mirada por la oscura calle y por las ruinas. A lo lejos, como separado de ellos por un lago o

una pradera, pudo ver un solitario tranvía moverse lentamente, con su luz amarilla, por entre la negrura de la ciudad.

Wolf dijo, lentamente y con semblante serio:

—Debemos preparar nuestro futuro. A veces pienso que mi vida antes de ahora ha sido sólo un sueño, algo carente de importancia, y tal vez tú pienses lo mismo. Ahora debemos prepararnos para nuestra vida real, y la cosa va a ser dura, terriblemente dura. Ésta es nuestra última oportunidad de asegurarnos el porvenir.

—De acuerdo —dijo Mosca—, pero todo parece excesivamente complicado.

Wolf movió la cabeza.

—Puede que no salga bien. Pero de momento te dejaré participar en mi negocio de intercambio. Ganarás unos cientos de dólares, de todas formas. Si tenemos suerte, sólo un poco de suerte, nos haremos con quince o veinte mil. Quizá más.

Mosca saltó del *jeep* al poner Wolf el motor en marcha, y luego lo vio alejarse. Al mirar arriba vio la oscura cabeza de Hella en el cuadro de luz que era su ventana. La saludó con la mano, y luego entró en el edificio y subió, corriendo, las escaleras.

Mosca subió al *jeep*, tratando de escapar del frío viento de la tarde de octubre. El helado metal del suelo del vehículo hizo estremecer todo su cuerpo.

Calle arriba, bastante más allá, había una importante intersección; tranvías que se cruzaban entre sí, para luego dirigirse unos a la derecha, a la izquierda otros; vehículos militares que se detenían un momento para leer los carteles indicativos, los cuales mostraban el camino hacia los diferentes cuarteles de la ciudad. Las ruinas se extendían por doquier, y más allá del cruce, en una calle en la que se veían algunas casas en pie, abría sus puertas un local cinematográfico, y una larga cola de personas iba entrando lentamente en él.

Mosca estaba hambriento e impaciente. Miró cómo tres camiones militares tapados, que conducían a prisioneros de guerra alemanes, se detenían en la intersección. «Criminales de guerra, probablemente», pensó. Detrás seguía un *jeep* con dos soldados armados. Leo apareció en la puerta de la sastrería, y Mosca se sentó en el *jeep*.

Ambos vieron cómo una mujer, al otro lado de la calle, echaba a correr antes de lanzar un agudo chillido. Bajó de la acera y emprendió veloz carrera en dirección a la intersección. Movía un brazo y gritaba un nombre, pero no era posible entenderlo claramente. Desde el último camión de prisioneros, un hombre movía también su brazo, como diciendo adiós a la mujer. El camión tomó velocidad, con el *jeep* detrás, cual perro fiel. La mujer comprendió que no había esperanza alguna y cesó de correr y de gritar. Luego cayó de rodillas, para después desplomarse sobre la calle bloqueando la circulación.

Leo saltó al *jeep*. El ruido del motor en marcha le dio la sensación de calor. Esperaron a que la mujer fuera trasladada a la acera, y luego, Leo arrancó. No hablaron una sola palabra de lo que acababan de ver. No era cosa suya, pero en un rincón de la mente de Mosca, muy vagamente, comenzó a formarse una imagen familiar, una imagen que, poco a poco, iba tomando forma.

Muy poco antes del final de la guerra, hallándose en París, Mosca se encontró un día en medio de un inmenso gentío. El tratar de escapar de allí había sido como una pesadilla y, contra su voluntad, fue llevado al centro, al punto focal. Allí, moviéndose poco a poco a través de la multitud que llenaba las calles, las aceras y los cafés, había una hilera de camiones abiertos, ocupados por franceses; prisioneros de guerra liberados, hombres condenados a trabajos forzados, gente rescatada de la muerte. La alegría y el clamor de la muchedumbre ahogaba los gritos de júbilo de los ocupantes de los camiones. Se inclinaban fuera de la caja de los vehículos, para recibir besos, para aceptar las flores que les eran ofrecidas y echadas por la multitud. De pronto, uno de los hombres cayó del camión y se estrelló contra el suelo. Una mujer se abrió

paso y se abrazó al caído, fiera y posesivamente. Desde el camión alguien lanzó una muleta y gritó obscenas palabras de felicitación, palabras que, en otro tiempo y ocasión, hubieran hecho enrojecer a la mujer, quien, en cambio, coreó las risas generales.

Y ahora, Mosca sentía el mismo dolor y la misma congoja que entonces había sentido.

Cuando Leo detuvo el *jeep* frente al Rathskellar, Mosca saltó:

—No tengo ganas de comer —dijo—. Te veré en casa, más tarde.

Leo, ocupado en poner el candado a la cadena de seguridad, levantó la cabeza, sorprendido. —¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Me duele un poco la cabeza. Ya se me pasará.

Sentía frío y encendió un cigarro; el humo del fuerte tabaco calentó su cara. Echó a andar por callejuelas laterales, vías por las que los vehículos no podían pasar debido a la ingente cantidad de cascotes y escombros que llenaban calzadas y aceras. Mosca procuraba ir sorteando los obstáculos, vigilando dónde ponía los pies, para evitar caerse.

Al entrar en su habitación se sentía enfermo, y la cara le ardía. Tenía fiebre, evidentemente. Sin encender la luz, se desnudó, tiró la ropa sobre el sofá y se metió en la cama. Las sábanas eran frías, y Mosca sentía el olor del puro que, a medio consumir, había dejado en el borde de la mesa. Curvó el cuerpo —las rodillas le tocaban casi la barbilla—, pero seguía sintiendo frío. Tenía la boca seca y sentía un martilleo en la cabeza, un martilleo monótono y apenas doloroso.

Oyó una llave introducirse en la cerradura. Se encendió la luz. Hella acababa de entrar. La muchacha se sentó en la cama.

—¿No te sientes bien? —preguntó, preocupada. El verlo así la desazonaba.

—No es más que un resfriado —dijo Mosca—. Dame una aspirina y saca ese cigarro de aquí.

Hella fue al cuarto de baño a por un vaso de agua y, cuando se lo dio, puso la mano sobre la frente de Mosca y murmuró:

—Es gracioso verte enfermo. ¿Quieres que duerma en el sofá?

—No —respondió Mosca—. Estoy más frío que el hielo. Acuéstate conmigo.

Ella apagó la luz y comenzó a desnudarse. En la oscuridad de la habitación, Mosca pudo ver cómo la muchacha colgaba sus prendas de vestir en el respaldo de una silla. Sentía que su cuerpo ardía de fiebre y de lujuria, y, cuando Hella entró en la cama, él se apretó contra su cuerpo. La muchacha tenía fríos los senos, los muslos, la boca, las mejillas, pero él la abrazaba con todas sus fuerzas.

Cuando, después, descansó su cabeza sobre la almohada, Mosca sintió que el sudor mojaba todo su cuerpo. El dolor de cabeza había desaparecido, pero le dolían todos los huesos. Alargó el brazo para coger el vaso de agua que había en la mesita de noche.

Hella pasó una mano por la cara ardiente de Mosca.

—Espero, querido, que lo que hemos hecho no haya servido para empeorar tu estado.

—No, ya me siento mejor —contestó él.

—¿Quieres que me vaya al sofá, ahora?

—No, quiero que estés aquí, a mi lado.

Encendió un cigarrillo, pero después de algunas chupadas lo apagó en la pared, y vio cómo las rojas chispas caían sobre la manta.

—Trata de dormir —dijo Hella.

—No puedo. ¿Ha sucedido algo especial, hoy?

—No, estaba cenando con Fray Meyer. Yergen te vio entrar en el edificio y vino en seguida a decírmelo. Dijo que no tenías buen aspecto, y pensó que yo querría bajar inmediatamente. Es un hombre muy amable.

—Hoy he visto algo gracioso —dijo Mosca, y le explicó lo de la mujer.

En la oscuridad de la habitación, él podía sentir el silencio. Hella estaba pensando: De haber estado yo en el *jeep*, seguramente la hubiese consolado y hubiese intentado aliviarle la congoja producida por lo que había visto. Los hombres eran más duros, no había en ellos tanta piedad.

Pero nada dijo. Lentamente, como en otras noches oscuras, pasó las puntas de sus dedos sobre el cuerpo de él, sobre la cicatriz. Recorrían la grieta de la herida, como un niño recorre con su juguete la acera.

Mosca se sentó en el lecho, y sus hombros descansaban contra la madera vertical de la parte superior de la cama. Entrelazó las manos en la nuca, a modo de cojín, y dijo:

—Tuve la suerte de que me hirieran en un lugar oculto.

—No tan oculto; yo la veo —dijo Hella.

—Bueno, ya me entiendes. Sería diferente, si la tuviera en la cara.

Con sus dedos siguió acariciando la cicatriz:

—No para mí —respondió.

La fiebre hacía que Mosca se sintiera a disgusto. Los dedos se movían suavemente sobre su cuerpo, y sabía que ella aceptaría lo que había hecho.

—No te duermas —dijo Mosca—. Siempre quiero contarte cosas, pero nunca las considero lo suficientemente importantes —burlonamente, dio a su voz la inflexión cantarina de quien va a contar un cuento de hadas a un niño—. Te voy a relatar una pequeña historia —dijo. A tientas, buscó el paquete de cigarrillos en la mesita de noche.

El depósito o vertedero de municiones se extendía sobre una superficie de kilómetros y kilómetros, y las granadas estaban apiladas en grupos. Mosca, estaba sentado en la cabina de un camión a prueba de balas y miraba a los prisioneros cargar los camiones en frente de él. Los prisioneros llevaban monos color verde, de sarga, y, en la cabeza, gorros del mismo material. Se hubieran confundido fácilmente con el bosque circundante, de no haber sido por una letra P pintada en sus espaldas y en

cada una de las perneras de sus pantalones.

Desde algún lugar del bosque se oyeron tres golpes de silbato. Mosca saltó de la cabina del camión y gritó:

¡Eh, Fritz, ven aquí!

El prisionero a quien había hecho una especie de capataz de los cargadores de los tres camiones se acercó.

—¿Tenemos tiempo de cargar este camión antes de regresar?

El alemán, un hombre de baja estatura, de unos cuarenta años de edad y una cara que lo mismo podía pertenecer a un joven que a un viejo, permanecía de pie ante él, sin servilismo. Se encogió de hombros y dijo, en un inglés deficiente:

—Faltará tiempo.

Se sonrieron mutuamente. Cualquiera de los otros prisioneros hubiera asegurado a Mosca que la carga podría estar terminada a tiempo, sólo para no enemistarse con él.

—Bien —dijo Mosca—, que vuelvan a sacar lo que llevan cargado. A esos bastardos no les vendrá mal cansarse un poco.

Dio un cigarrillo al alemán, que se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta de sarga. Las ordenanzas prohibían fumar en la zona del depósito de municiones, aunque, naturalmente, Mosca y los otros guardias fumaban.

—Preocúpate de que el resto de los Fritz suban a los camiones, y cuéntalos.

El alemán se alejó y los prisioneros comenzaron a concentrarse junto a los camiones.

Se pusieron en marcha, lentamente, a través de la polvorienta carretera del bosque. En un cruce de caminos, a la procesión se unieron más vehículos, hasta que, finalmente, la larga línea de camiones descubiertos, en fila india, dejó la oscuridad del bosque para entrar en campo abierto, iluminado por el suave sol de comienzos de primavera. Lo mismo para los guardianes que para los prisioneros, la guerra quedaba muy lejos. Estaban seguros, pues entre ambas partes parecía haberse establecido un acuerdo tácito. Con lentitud, y aparentemente contentos, los hombres se iban alejando del campo de municiones, en dirección a los barracones, rodeados por cercas de alambre.

Los guardianes, hombres que, debido a heridas graves sufridas en el campo de batalla, no podían estar en primera línea, estaban ya cansados de la guerra. Los prisioneros lamentaban su destino únicamente al anochecer. Cuando veían a los guardianes subir en los *jeeps* para irse a la ciudad cercana. Detrás de las alambradas, las caras de los prisioneros semejaban las de los niños al ver a sus padres prepararse para ir a divertirse fuera de casa.

Luego, con las primeras luces del alba, eran llevados al bosque. Durante los descansos o pausas, los prisioneros se sentaban sobre la hierba y comían el poco pan que habían economizado en el desayuno. Mosca daba a sus hombres descansos más largos que los habituales. Fritz estaba sentado a su lado, sobre una pila de granadas.

—No es mala vida, ¿eh, Fritz? —preguntó Mosca.

—Podría ser peor —respondió el alemán—; hay tranquilidad aquí.

Mosca asintió. Sentía simpatía por el alemán, a pesar de que nunca se había esforzado en recordar su nombre verdadero. Sus relaciones eran amistosas, aunque era imposible olvidarse de que uno era el vencedor y el otro el vencido. Incluso ahora, aunque sólo fuera como símbolo, Mosca tenía su fusil en las manos. Nunca había balas en la recámara, pero llevaba el arma.

El alemán se hallaba en uno de sus momentos de depresión. De pronto comenzó a lanzar un torrente de palabras en alemán, idioma que Mosca comprendía sólo imperfectamente:

—¿No es ridículo que usted esté aquí, procurando que no nos movamos a nuestro antojo? ¡Qué trabajo para un ser humano! Nos herimos y nos matamos mutuamente. ¿Y para qué? Dígame, si Alemania hubiese permanecido en Francia y en África, ¿hubiese ganado algo yo, personalmente? ¿De qué me sirve a mí que Alemania, por ejemplo, conquiste el mundo? Aun triunfando, lo único que consigo es un uniforme para toda la vida. Cuando éramos niños recuerdo cómo nos gustaba leer cosas acerca de la edad de oro de nuestra nación, cómo nos emocionaban las historias relacionadas con el dominio mundial ejercido por Francia, Alemania o España. Todos estos países dedicaron estatuas a personas que habían matado a millones de seres humanos. ¿Qué es lo que ocurre? Pues lo siguiente: Como nos odiamos, nos matamos. Podría entenderlo si ganáramos algo. Si después dijeran: «Aquí tienes este trozo de tierra. Antes era de Francia; ahora es tuyo». Sabemos perfectamente que ustedes son los vencedores. Pero ¿cree usted que va a ganar algo?

Bajo el cálido sol, los otros prisioneros estaban echados sobre la fresca hierba. Mosca, que sólo comprendía a medias las palabras del alemán, no se dejaba impresionar. Es más, el monólogo le desagradaba. El alemán hablaba como un perfecto vencido, es decir, sin autoridad. Se había paseado por las calles de París y de Praga y por varias ciudades escandinavas, con alegría y orgullo. Era evidente que el sentido de la justicia llegaba sólo detrás de una alambrada.

Por vez primera, el alemán puso la mano en el brazo de Mosca:

—Amigo mío —dijo—, hombres como usted y como yo, puestos frente a frente, se matan. Nuestros enemigos están detrás de nosotros —dejó caer la mano—. Nuestros enemigos están detrás de nosotros —repitió, amargamente— y cometen los crímenes por los que nosotros morimos.

Pero el alemán estaba casi siempre de buen humor. Había mostrado a Mosca una fotografía de su esposa y de sus dos hijos, y otra de él mismo y sus compañeros, tomada en el exterior de la fábrica donde había trabajado. Y se puso a hablar de mujeres.

—¡Ah! —decía con vicioso deleite—. De mi estancia en Francia y en Italia, por ejemplo, recuerdo lo maravillosas que eran las mujeres. Debo admitirlo, me gustan más que las alemanas, diga lo que dijere el Führer. Las mujeres nunca dejan que la política interfiera en asuntos de más importancia. Ha sido siempre así, desde la

creación del mundo —sus ojos azules centellearon—. Lo que siempre he sentido es que no llegáramos a América. ¡Cómo me gustan aquellas hermosas chicas de largas piernas y piel color mazapán! Son insuperables. Las conozco solamente por las películas y las revistas. Sí, fue una lástima.

Y Mosca, siguiéndole la corriente, le replicaba:

—Ni siquiera se hubiesen dignado miraros, cabezas cuadradas.

El alemán movía la cabeza, lentamente, pero con decisión.

—Las mujeres son muy duras de mollera —decía—. ¿Cree usted que se dejarían morir de hambre antes que usar su cuerpo con el enemigo? En esas cosas las mujeres piensan con claridad. Tienen valores más fundamentales. Sí, decididamente, creo que la ocupación de Nueva York hubiera sido maravillosa.

Mosca y el alemán se dedicaban una mutua sonrisa, y Mosca solía decir:

—Ocúpate de que el resto de los Fritz sigan trabajando.

La última noche, cuando sonó el silbato, los prisioneros se concentraron rápidamente, procedentes de los lugares en que habían estado trabajando, y los camiones fueron cargados en pocos minutos. Los conductores pusieron en marcha los motores.

Mosca casi se dio cuenta del ardid. Mecánicamente, sus ojos buscaron a Fritz. Todavía sin sospechar, se acercó un poco a los tres vehículos más próximos, y luego, al ver la extraña expresión de la cara de algunos de los prisioneros, se dio cuenta de lo que había sucedido.

Corrió hacia el punto donde comenzaba la polvorienta carretera e hizo una señal a los conductores, para que se bajaran de sus vehículos. Mientras corría, Mosca colocó un cartucho en la recámara de su arma. Luego, sacando de su bolsillo el silbato que nunca había utilizado, lo hizo sonar seis veces. Esperó un momento y lo hizo sonar seis veces más.

Seguidamente, hizo que todos los prisioneros se bajaran de los camiones, y los hizo sentarse sobre la yerba, formando un círculo. Permaneció de pie, a cierta distancia, vigilándolos, aunque sabía que ninguno trataría de escapar.

El *jeep* de las fuerzas de seguridad vino directamente a través del bosque, y pudo oír el ruido de las ramas y la maleza al ser atravesadas por el vehículo. El sargento que mandaba a los recién llegados llevaba un bigote estilo inglés, y era muy alto y fuerte. Cuando vio la pacífica escena, bajó del *jeep* y, lentamente, se acercó a Mosca. Los otros dos soldados se situaron a una distancia prudencial. El conductor tomó su metralleta y se sentó, con un pie colgando y el otro apoyado en el suelo.

El sargento estaba de pie frente a Mosca, esperando. Mosca dijo:

—Que yo sepa, falta uno. El capataz. No los he contado.

El sargento llevaba pistola y cartucheras. Pasó entre los prisioneros y les ordenó formar en filas de a diez. Había cinco filas y dos hombres. Éstos mostraban una expresión culpable, como si se avergonzaran por los hombres que faltaban.

—¿Cuántos faltan? —preguntó el sargento a Mosca.

—En total, cuatro —respondió Mosca.

El sargento lo miró.

—Una buena papeleta para usted.

Y por vez primera desde que se dio cuenta de que faltaba alguno de los prisioneros, Mosca sintió vergüenza y temor. Pero no podía sentirse irritado.

El sargento suspiró:

—Todo fue bien mientras duró. Habrá lío, eso es inevitable. Supongo que sabrá usted que se verá en serios, apuros —agregó más suavemente. Ambos pensaron en lo cómoda que había sido su vida hasta entonces, sin guardias nocturnas, sin formaciones, sin inspecciones y sin miedo: una vida casi civil. El sargento estaba evidentemente enojado:

—Veamos lo que procede hacer con estos bastardos, Achtung! —gritó, mientras pasaba por entre las filas de alemanes en posición de firmes. Durante unos minutos nada dijo, y luego comenzó a hablarles en inglés, con voz tranquila.

—Muy bien. Sabemos cuál es nuestra respectiva posición. La luna de miel ha terminado. Habéis sido bien tramitados. Se os daba buena comida, dormíais cómodamente. ¿Os hemos tratado mal alguna vez? Si no os encontrabais bien, os dejábamos permanecer en los barracones. ¿Quién tiene alguna queja? Quien sea, que dé un paso al frente.

El sargento hizo una pausa, como si esperara que alguien se adelantara, y luego prosiguió:

—Bien, veamos si sabéis apreciar este buen trato. Algunos de vosotros sabéis cuándo se produjo la huida y sabéis dónde se ocultan los fugitivos. Decidlo. Sabremos apreciarlo.

El sargento se detuvo y los miró a la cara, uno por uno. Esperó, mientras los prisioneros hablaban entre sí, algunos explicando a los otros lo que el sargento había dicho. Pero después ninguno hizo señal alguna de que deseara hablar.

El sargento dijo, en un tono diferente:

—Muy bien, bastardos.

Volvió la cabeza en dirección al *jeep* y le habló al conductor:

—Ve a los barracones y trae veinte picos y palas. Consigue cuatro hombres y otro *jeep*. Si ningún oficial se entera de esto, podremos solucionarlo. Y si el sargento de intendencia pone algún impedimento a que te lleves los picos y las palas, dile que le voy a romper su maldita cabeza.

Luego hizo que los prisioneros se sentaran sobre la yerba.

Cuando regresaron los *jeeps* con los cuatro hombres y un remolque cargado de picos y palas, el sargento hizo formar a los prisioneros en dos filas, una frente a la otra. Hizo sacar los picos y las palas, y, como no había bastantes para todos, obligó a los hombres sobrantes a tenderse sobre la hierba, cara abajo.

Nadie hablaba. Unos prisioneros, cavaban; los otros, picaban. Pero todos trabajaban con lentitud. Los guardianes, apoyados en los árboles alrededor, parecían

indiferentes a todo.

El sargento guiñó un ojo a Mosca y dijo en voz baja:

—Una buena fanfarronada siempre da resultado. Ahora lo comprenderá.

Dejó que siguieran cavando un rato más, y luego les ordenó que pararan.

—¿Desea alguien hablar?

Les dedicó una sarcástica sonrisa.

Nadie respondió.

—Muy bien —el sargento hizo un gesto con el brazo—. Seguid cavando.

Uno de los alemanes dejó caer su pala. Era joven y de mejillas sonrosadas.

—Por favor —dijo—. Quiero decir algo.

Se separó de sus compañeros, andando en dirección a los guardianes.

—Desembucha —dijo el sargento.

El alemán permanecía de pie, pero sin pronunciar palabra. Temeroso volvió la cabeza hacia los otros prisioneros. El sargento comprendió. Tomó al alemán por el brazo y se lo llevó hacia el *jeep*. Se pusieron a hablar en voz baja, con la mirada de los prisioneros y de los guardias encima de ellos. El sargento escuchaba con atención, con el cuerpo inclinado y un brazo sobre el hombro del prisionero. Luego hizo un gesto afirmativo. Hizo que el informador subiera al *jeep*.

Los prisioneros fueron obligados a subir a los tres camiones y la caravana echó a andar a través del ahora desierto bosque; los caminos que se cruzaban con el suyo estaban vacíos. En el último *jeep* viajaba el sargento, que conducía, y sus largos bigotes ondeaban al viento. Salieron del bosque y, al entrar en campo abierto, resultaba extraño ver la tierra familiar bañada por una luz diferente, por el rojo sol crepuscular.

El sargento volvió un momento la cabeza y dijo a Mosca:

—Tu capataz lo tenía planeado desde hace mucho tiempo. Pero no ha tenido suerte.

—¿Dónde está? —preguntó Mosca.

—En la ciudad. Conozco la casa.

La caravana entró en el campamento, y luego los dos *jeeps* se alejaron de los camiones en dirección a la ciudad. Enfilaron la calle principal, y en la esquina en la que había una iglesia, giraron a la derecha. Se detuvieron delante de una pequeña casa de piedra. Mosca y el sargento se acercaron a la puerta. Dos de los hombres del otro *jeep* se dirigieron lentamente a la parte trasera de la casa. Los otros permanecieron en los *jeeps*.

La puerta se abrió antes de que ellos llamaran. Fritz estaba delante de ellos. Llevaba unos viejos pantalones azules, una camisa blanca sin cuello y una chaqueta oscura. El alemán sonrió vagamente.

—Los otros están arriba —dijo—. Tienen miedo de bajar.

—Llámalos —ordenó el sargento—. Sube y diles que no les haremos nada.

Fritz se acercó al pie de la escalera y gritó, en alemán:

—Todo está en orden. Bajad. No tengáis miedo.

Oyeron cómo se abría una puerta, y los otros tres prisioneros bajaron lentamente las escaleras. Llevaban ropas civiles muy usadas. En sus caras aparecía una expresión aborregada y casi culpable.

—Bajad —dijo el sargento. Luego, preguntó a Fritz—: ¿De quién es esta casa? El alemán levantó la vista. Por vez primera miró a Mosca.

—Una mujer que conozco. Déjala ir; lo hizo porque se encontraba sola. Nada tiene que ver con la guerra.

—Salid —dijo el sargento.

Salieron todos. Con el silbato, el sargento llamó a los dos hombres que se hallaban detrás de la casa. Mientras los *jeeps* se alejaban, una mujer iba calle abajo llevando un grueso bulto envuelto en un papel. Vio a los prisioneros en el *jeep*, se volvió y echó a andar en la dirección de la que había venido. El sargento sonrió a Mosca.

—Malditas mujeres —dijo.

En un sector solitario de la carretera, aproximadamente a mitad del camino del campo, el *jeep* del sargento se arrimó a la cuneta y se detuvo. El otro *jeep* hizo lo mismo. En un lado de la carretera había un pedregal que llegaba hasta la línea oscura del bosque, a doscientos metros más allá.

—Que se bajen todos de los *jeeps* —ordenó el sargento. Descendieron todos y, con expresión asustada, permanecieron de pie en la desierta carretera. El sargento, por unos momentos, pareció concentrado en sus pensamientos. Luego se acarició el bigote y dijo—: Dos de vosotros podéis llevar a estos alemanes de vuelta al campamento. Sacad picos y palas del remolque y traedlo —señaló a Fritz—. Tú, quédate aquí.

—Yo me marchó —dijo Mosca, con voz inquieta.

El sargento lo miró de arriba abajo, lentamente, con insolente desdén.

—Escucha, hijo de perra, tú te quedas aquí. De no haber sido por mí, te la hubieses cargado. Comprenderás que no he cazado a estos cerdos por cuenta tuya para que ahora te marches tranquilamente. Lo dicho: te quedas aquí.

Dos de los guardias se alejaron silenciosamente con los tres prisioneros. Subieron al *jeep* y desaparecieron carretera adelante. Fritz volvió la cabeza para verlos marchar.

Los cuatro hombres, uniformados de color verde oliva, estaban de pie frente al solitario alemán, y detrás de ellos quedaba el pedregal. El sargento volvió a acariciar su mostacho. La cara del alemán estaba pálida, pero el hombre parecía tranquilo.

—Empieza a correr —ordenó el sargento; con un dedo señaló al pedregal.

El alemán no se movió. El sargento le dio un empujón.

—Corre —dijo—. Nosotros te ayudaremos.

Obligó al alemán a dar la vuelta, por lo que quedó de cara al bosque. El sol se había ocultado, y los colores habían desaparecido de la tierra; sólo se veía el apagado

color del crepúsculo. El bosque, a lo lejos, era una larga pared oscura.

El alemán se volvió, quedando de nuevo frente al sargento y Mosca. Con la mano se tocó la camisa sin cuello, como buscando amparo. Miró a Mosca, luego al sargento y a los soldados. Dio un paso hacia ellos. Las piernas le temblaban, y parecía a punto de desplomarse, pero su voz era firme. Dijo:

—*Herr Mosca, Ich hab' eine Frau und Kinder.*

En la cara del sargento apareció una expresión de odio y rabia:

—¡Corre, bastardo, corre!

Se acercó al alemán y lo golpeó en el rostro. Cuando el alemán empezaba a caer lo levantó.

—Corre, alemán bastardo.

Lo repitió tres o cuatro veces.

El alemán cayó y se levantó, y volvió a ponerse frente a ellos. Y ahora, no en tono de súplica, sino de la forma más natural, repitió: *Ich hab' eine Frau und Kinder.* Uno de los guardias se adelantó rápidamente y, con la culata de su fusil, le dio un golpe en la ingle, y luego, con la mano libre, golpeó el rostro del alemán.

La cara de Fritz se llenó de sangre, y entonces, antes de echar a andar por el pedregal, en dirección al bosque, les dirigió una última mirada. Era una mirada desesperada, una mirada de horror, como si hubiese visto algo terrible y vergonzoso, algo que nunca hubiese podido creer.

Lo miraron marchar lentamente por el pedregal. Esperaban que corriera, pero seguía andando despacio. Cada pocos metros, el alemán se detenía, daba la vuelta y los miraba fijamente, como si todo aquello se tratara de un juego y desconfiara de los que habían quedado en la carretera. Éstos podían ver la blancura de su camisa sin cuello.

Mosca se dio cuenta de que cada vez que el alemán se volvía para mirarlos, al echar a andar de nuevo, se desviaba un poco hacia la derecha. Vio la ligera elevación del terreno que conducía al bosque. La artimaña era evidente. Los hombres se arrodillaron en la polvorienta carretera y levantaron los fusiles, cuya culata apoyaron en sus hombros. A Mosca se le cayó su arma al suelo.

Cuando el alemán, de repente, echó a correr para situarse al otro lado de la elevación, el sargento hizo fuego y el cuerpo había comenzado a caer cuando de los fusiles salieron los otros disparos. La parte superior del cuerpo quedaba oculta al otro lado del montículo, pero los pies quedaban a la vista.

En el silencio que siguió al ruido de los disparos, bajo las espirales de humo gris, los hombres que habían disparado temblaban. El acre olor de la pólvora se fue desvaneciendo.

—Marchaos —dijo Mosca—. Yo voy a esperar el remolque. Vosotros podéis marcharos.

Nadie se había dado cuenta de que él no había disparado. Les dio la espalda y se alejó unos pasos.

Pudo oír cómo el *jeep* abandonaba el lugar; se apoyó en un árbol, mirando, a través del pedregal y de los pies del alemán muerto, el negro muro del bosque que ahora, totalmente de noche casi, parecía muy cercano. Encendió un cigarrillo. No sentía emoción alguna; sólo un ligero malestar físico y una dejadez interna. Esperó, confiando en que el remolque llegara antes de que fuera noche cerrada.

En la ahora completa oscuridad de la habitación, Mosca alargó el brazo hacia la mesita de noche, en busca del vaso de agua. Bebió y volvió a tenderse.

Quería ser completamente sincero:

—El recuerdo no me molesta —dijo—. Sólo me afecta cuando, como hoy, veo, por ejemplo, a aquella mujer corriendo detrás del camión. Recuerdo lo que dijo el alemán, lo dijo dos veces: «Tengo mujer e hijos». Esta frase no tenía entonces significado alguno para mí. No puedo explicarlo, pero viene a ser lo mismo que cuando gastamos todo nuestro dinero, porque el ahorrarlo no tiene sentido.

Esperó a que Hella hablara.

Prosiguió:

—Tenía miedo de entrar otra vez en combate, y sospecho que tenía miedo de aquel sargento. Y el otro era alemán, y los alemanes han hecho cosas mucho peores. Pero lo más grave fue que no sentí piedad alguna cuando fue herido, ni cuando suplicaba, ni cuando fue muerto. Después sentí vergüenza, pero no piedad, y sé que eso es malo.

Mosca buscó con la mano la cara de Hella y notó que tenía las mejillas húmedas. Por un momento sintió náuseas y, de repente, de su cuerpo desapareció el deseo. Quería decir a la muchacha cómo sucedió todo realmente, que fue algo distinto a todo lo conocido, que fue como un sueño, algo mágico. En las extrañas y desiertas ciudades, llenas de tumbas, la lucha proseguía; negras nubes de humo se elevaban por encima de edificios destruidos. Todo era ruina y destrucción. En todas partes se veían cruces blancas, hechas con tiza: alrededor del tanque enemigo destrozado, para señalar que no había sido comprobada la posible existencia de minas; fuera de las puertas de las casas, como en un juego infantil, pues la señal indicaba que uno no podía acercarse allí. La marca de tiza figuraba también alrededor de la iglesia, alrededor de los cadáveres de la plaza, en los toneles de vino de las granjas, etc.; y quería explicarle cómo, una mañana cualquiera, la ciudad amanecía quieta y tranquila, y cómo, por alguna razón, él había sentido miedo, a pesar de que la lucha se desarrollaba a varios kilómetros de distancia. Y luego, repentinamente, repicaban las campanas de la iglesia, y podían ver que la plaza se llenaba de gente, signo seguro de que era domingo. En el curso de aquel mismo día, desaparecido el temor, en algún lugar donde no habían sido vistas las cruces blancas, donde algún muchacho había olvidado hacer la marca de tiza, donde por un error humano la mágica cruz blanca no estaba donde hubiese debido de estar, él, Mosca, había sufrido la primera violación de su carne y huesos, y había aprendido a conocer el significado, el terror de la aniquilación.

No dijo nada. Sintió cómo Hella se colocaba sobre su estómago y enterraba su cara en la almohada. Le dio un empujón y dijo:

—Vete a dormir al sofá.

Apretó el cuerpo contra la pared, sintiendo el frío penetrar en su cuerpo roído por la fiebre.

En su sueño, los camiones corrían a través de tierras extrañas. Incontables mujeres salían del suelo, andaban de puntillas por las calles, y todas tenían una expresión de hambre en la cara. Los hombres emancipados bailaban como espantajos, en señal de alegría, y luego, mientras las mujeres, delante de ellos, comenzaban a llorar, se inclinaban para que les dieran un beso. Las cruces blancas rodeaban los camiones, a los hombres, a las mujeres, todo. El terror nacido de la culpabilidad estaba por todas partes. Las flores blancas se marchitaron y murieron.

Mosca despertó. La habitación estaba aún dominada por las sombras y por los últimos fantasmas de la noche, pero le era posible, aunque vagamente, ver el armario. El aire era frío, pero la fiebre y los escalofríos habían abandonado ya su cuerpo. Sentía un suave cansancio... Tenía hambre, y pensó con deleite en cómo disfrutaría con el desayuno, más tarde. Se movió y sintió el cuerpo de Hella, que todavía dormía. Sabiendo que la muchacha no se había movido de su lado, apoyó su mejilla en su cálida espalda y se durmió.

Gordon Middleton miraba a los niños pasar por la calle en una columna de a dos. Balanceaban rítmicamente sus linternas de papel al compás de una lenta cantilena, la cual llegaba débilmente a los oídos de Gordon, a través de la cerrada ventana. Luego las dos filas se deshicieron, formándose un grupo. Las linternas, de luz rojo-amarilla, semejaban luciérnagas en el frío anochecer de octubre. Gordon sintió nostalgia del pueblecito de New Hampshire, del lugar que había abandonado hacía tanto tiempo. Añoraba la desnuda belleza de sus campos, el aire de la noche, iluminado sólo por las luciérnagas, y donde todo parecía, igual que aquí, morir a la llegada del invierno.

Sin volver la cabeza, Gordon preguntó al profesor:

—¿Qué es lo que cantan los niños de las linternas?

El profesor estaba sentado delante del tablero de ajedrez, disfrutando de la mala posición de su adversario. En la cartera de cuero que tenía a su lado estaban los dos bocadillos y los dos paquetes de cigarrillos que se llevaría a casa, y que constituían el pago semanal de las lecciones de alemán que daba a Gordon Middleton. Los cigarrillos los guardaría para su hijo, y se los entregaría el día en que pudiera ir a visitarlo, en Nuremberg. Pediría nuevamente permiso para hacerle una visita. Después de todo, si los grandes hombres podían recibir visitas, ¿por qué no su hijo?

—Están cantando una canción dedicada a la Fest de octubre —dijo el profesor, con aire ausente—. Para señalar que las noches se están haciendo más largas.

—¿Y las linternas? —preguntó Gordon Middleton.

—La verdad es que no lo sé. Es una costumbre muy antigua. Para iluminar el camino, supongo.

El profesor contuvo su irritación. Quería que el norteamericano volviera a situarse frente al tablero, completar su derrota. Y es que, si bien el norteamericano nunca hacía gala de su condición de conquistador, el profesor nunca olvidaba que él era uno de los conquistados, como no olvidaba, aunque la tuviera oculta en un lejano rincón de su mente, la vergüenza relacionada con su hijo.

Gordon Middleton abrió la ventana y, desde la calle, elevándose por encima de la luz de las linternas, llenando la habitación con un tono cristalino, como el aire de octubre, llegaba el canto de los niños. Escuchaba atentamente, poniendo a prueba su alemán, y la simplicidad de las palabras y la claridad con que eran pronunciadas hacían que la comprensión fuera fácil y completa. Cantaban:

Brenne auf mein Licht Brenne auf mein Licht Aber nur meine liebe Láteme nicht.

—Me imagino que sus padres tienen cosas más importantes por las que preocuparse, en lugar de hacer linternas.

Gordon esperó, con el oído atento a la continuación del canto:

Da oben leuchten die Sterne Hier unten leuchten wir y luego, sin tristeza, aunque aparentando lo contrario en la naciente noche:

Mein Licht ist aus, wir geh' nach Haus Und kommen Morgen wieder.

Gordon Middleton vio a Mosca cruzar la Kurfürsten Allee, pasando a través de las linternas y de los niños, que todavía cantaban, dispersando la luz.

—Ahora llegará mi amigo —dijo Gordon al profesor. Gordon se acercó al tablero de ajedrez y, con su dedo índice, hizo caer su rey.

El profesor, sonriendo, le dijo, por cortesía:

—Todavía hubiera podido vencer.

El profesor temía a todos los jóvenes —los duros y adustos jóvenes alemanes, con sus años de guerra y derrota—, pero a quienes más temía era a todos esos norteamericanos jóvenes y borrachos, capaces de golpear o matar sin haber sido provocados, únicamente por diversión y por el hecho de saber que estaban a salvo de represalias. Pero un amigo de Middleton seguramente no resultaría peligroso. *Herr* Middleton se lo había asegurado, y *Herr* Middleton era un hombre que inspiraba confianza. Era casi una caricatura del Yanqui Puritano, con su figura alta y desgarrada, su prominente nuez de la garganta, su nariz larga y huesuda y su boca cuadrada.

Y su profesión, en una pequeña localidad de Nueva Inglaterra, era la de maestro de escuela. El profesor sonrió pensando cómo, en el pasado, los maestros de primera enseñanza habían considerado al *Herr* Professor, mientras que ahora, en cambio, su saber y su título nada significaban.

Sonó el timbre y Gordon fue a abrir la puerta. El profesor se puso en pie y, nerviosamente, se arregló la chaqueta y la raída corbata. Atiesó el cuerpo, intentó disimular su prominente estómago, y se puso de cara a la puerta.

El profesor vio a un muchacho alto y moreno, de no más de veinticuatro años, es decir, no mayor que su propio hijo. Pero este muchacho tenía una mirada seria en los oscuros ojos, y su cara era grave, casi hosca, aunque no fea. Iba elegantemente vestido con su traje color verde, y en las solapas y en la manga izquierda llevaba el distintivo azul y blanco de los funcionarios civiles. Se movía con atlética despreocupación, la cual hubiera sido desdeñosa de no haber sido tan impersonal.

Cuando Gordon hizo las presentaciones, el profesor dijo: «Me alegro de conocerle», y le tendió la mano. Trataba de mantener su dignidad, pero se daba cuenta de que las palabras le habían salido en un tono obsequioso, y sabía también

que había intentado disfrazar su nerviosismo con una sonrisa. Vio cómo se endurecía la mirada del joven, y se dio cuenta de la rapidez con que retiró la mano, después de estrecharle la suya. El saber que había ofendido al joven hizo temblar al profesor, quien se sentó para colocar las piezas de ajedrez sobre el tablero.

—¿Quiere usted jugar? —preguntó a Mosca, pero procurando que sus palabras y su sonrisa no traslucieran servilismo.

Gordon miró a Mosca y, señalando la mesa, le dijo:

—Mira a ver qué puedes hacer, Walter; es demasiado bueno para mí.

Mosca se sentó frente al profesor.

—No espere demasiado de mí; Gordon me enseñó a jugar hace sólo un mes.

El profesor hizo un gesto de asentimiento y murmuró:

—Por favor, juegue con las blancas.

Mosca hizo el primer movimiento.

El profesor se concentró en el juego y el nerviosismo le desapareció. Estos norteamericanos realizan todos una apertura muy sencilla, pero, donde el maestro de escuela había jugado con cautela, con lógica y sin inspiración, su adversario de ahora jugaba con todo el ímpetu de la juventud. No sin talento, pensaba el profesor, que con unos cuantos movimientos expertos había roto el decidido ataque del norteamericano. Luego, rápida y cruelmente, se lanzó sobre las piezas del enemigo, completamente desguarnecidas.

—Es usted demasiado bueno para mí, profesor —dijo el muchacho, y el profesor notó, aliviado, que no había rencor alguno en la voz.

De pronto, sin transición, Mosca dijo, bruscamente, en alemán:

—Me gustaría que diera usted lecciones de inglés a mi prometida, dos veces por semana. ¿Cuánto me costaría?

El profesor enrojeció. Era humillante, pues el norteamericano lo trataba como si hubiese tratado a un tendero.

—Lo que usted quiera —dijo, fríamente—, pero usted habla muy bien el alemán. ¿Por qué no le da las lecciones usted mismo?

—Lo hago —respondió Mosca—, pero ella quiere aprender la estructura, la gramática de la lengua. ¿Un paquete de cigarrillos por cada dos lecciones?

El profesor asintió.

Mosca pidió un lápiz a Gordon, y escribió algo en un trozo de papel. Se lo dio al profesor y dijo:

—Si en el alojamiento le hacen preguntas, deles esta nota. He puesto la dirección, además.

—Gracias —el profesor hizo casi una reverencia—. ¿Quiere que vaya mañana por la noche?

—De acuerdo —dijo Mosca.

Fuera de la casa la bocina de un *jeep* se dejó oír repetidas veces.

—Debe ser Leo —dijo Mosca—. Nos vamos al club de oficiales. ¿Quieres venir,

Gordon?

—No —respondió Gordon—. ¿Es ése el muchacho que estuvo en Buchenwald? Dile que suba, aunque sólo sea por un momento; me gustaría conocerlo.

Mosca se acercó a la ventana, la abrió, y entonces cesaron los bocinazos.

—Sube —gritó Mosca. La oscuridad era ahora muy intensa, y no había rastro de los niños ni de sus linternas.

Cuando Leo entró, estrechó la mano de Gordon y dijo al profesor, fríamente:

—Angenehm.

El profesor se inclinó, tomó su cartera de mano y dijo a Gordon:

—Debo irme.

Gordon lo acompañó hasta la puerta y ambos se estrecharon las manos. Luego, Gordon se dirigió a la cocina, en la parte trasera de la casa.

Su esposa estaba sentada junto a la mesa, con Yergen, discutiendo acerca del precio de algunos artículos del mercado negro. Yergen se mostraba educado, digno y firme; ambos sabían que la mujer conseguía una buena ganga. Yergen creía en la calidad. En una silla, junto a la mesa, había una rima de tela de vivos colores.

—¿No es adorable, Gordon? —preguntó Ann Middleton, con voz satisfecha. Era una mujer rolliza, de facciones simpáticas y amables, a pesar de su enérgica barbilla y sus astutos ojos.

Gordon, en tono lento y circunspecto, murmuró unas palabras de asentimiento, y luego dijo:

—Si no te importa, me gustaría presentarte a unos amigos.

Yergen apuró su taza de café y comenzó a llenar su maleta de cuero con los redondos botes de grasas y carnes que descansaban encima de la mesa.

—Debo irme —dijo.

—Espero que se acuerde de la ropa para el abrigo de mi marido —dijo Ann Middleton.

Yergen hizo un gesto de protesta.

—No se preocupe, señora. La traeré la próxima semana, a más tardar.

Cuando Yergen se hubo marchado, Ann Middleton abrió un armario y sacó una botella de *whisky* y algunas botellas de Coca-Cola.

—Es un placer hacer negocios con Yergen; nunca hace perder el tiempo con tonterías —dijo.

Después de las presentaciones, Gordon se sentó a descansar en uno de los sillones, sin prestar atención a las palabras de su esposa. Sentía sobre sí la extraña atmósfera del hogar requisado, viviendo con pertenencias que nada le recordaban y que a nada podía asociar, pues no sabía quién había adquirido los cuadros que colgaban de las paredes; nada le decían los muebles de las distintas habitaciones, ni sabía quién había tocado el piano situado en el extremo del salón. Pero estos sentimientos no eran nuevos para él. Los había sentido en su visita a la casa de sus padres, antes de entrar en el ejército. Allí, rodeado de muebles de antepasados

muertos muchos años antes, mientras besaba las secas mejillas de su madre y de su padre, mejillas secadas y endurecidas por el riguroso clima septentrional, había sabido que nunca volvería, como muchos otros, como tantos jóvenes que habían ido a la guerra y a las fábricas; y sabía que esa tierra, glacial en su belleza dura, sería habitada solamente por ancianos de cabello blanco, tan blanco como la nieve que cubría las montañas cercanas. Y en su dormitorio, el retrato de Marx, que su madre había creído que era sólo una pintura. ¡Cuán orgulloso se había sentido de su listeza, y cómo se había burlado de la ignorancia de ella! El cuadro, probablemente, debía estar todavía allí.

Su esposa había preparado bebidas no alcohólicas, ya que el *whisky* estaba racionado y, además, Ann lo vendía a veces en el mercado negro. Gordon preguntó a Leo:

—¿No fue en su campo donde algunos prisioneros fueron muertos por un bombardeo aliado?

—Sí —respondióle—. Lo recuerdo. Pero el asunto no dejó resentimiento entre nosotros, créame.

—Leí que Thalman, el jefe comunista, murió en ese bombardeo. ¿Lo conoció usted?

Por una vez, la voz de Gordon había perdido su calma. Había en ella un tono vibrante.

Fue una cosa curiosa —dijo Leo—, Thalman fue traído al campo dos días después del bombardeo en el que se supone que había muerto. Luego, un día desapareció. Entonces corrió el rumor de que había muerto; naturalmente, la mentira fue muy comentada entre nosotros.

Gordon respiró profundamente:

—¿Lo conoció usted personalmente?

—No —dijo Leo—. Me acuerdo porque muchos de los kapos eran comunistas. Fueron los primeros en ser internados en los campos y, naturalmente, consiguieron los mejores empleos. De cualquier modo, oí que se las habían arreglado para conseguir buenos manjares y licores, y que planeaban obsequiar a Thalman con un banquete de gala. Pero no lo volvimos a ver. Estuvo siempre incomunicado.

Gordon movía la cabeza con orgullo solemne y triste. Con rabia dominada, dijo a su esposa:

—¿Te das cuenta de quiénes fueron los verdaderos enemigos del fascismo?

Leo dijo, irritado:

—Los comunistas no eran ángeles. Uno, un kapo, disfrutaba apaleando a los viejos, hasta causarles la muerte. Hizo también otras muchas cosas, las cuales no puedo decir por respeto a su esposa.

Gordon se enojó tanto que la ira se le notaba en su normalmente impasible cara, y su esposa dijo a Mosca:

—¿Por qué no viene usted a cenar alguna noche, en compañía de su chica? Y Leo también.

Arreglaron los detalles, dando tiempo a que Gordon se recobrara. De pronto, Gordon dijo a Leo:

—No creo que aquel hombre fuera comunista. Pudo haberlo sido anteriormente. Pero era un renegado o un Impostor.

Al oír esto, Ann y Leo se echaron a reír, pero Mosca volvió su morena cara hacia Gordon y dijo:

—Estuvo en el campo durante mucho tiempo. ¿Es que no sabes lo que eso significa?

Y Leo dijo, casi con orgullo:

—Sí, era uno de los huéspedes más antiguos.

En una habitación del piso superior una criatura comenzó a llorar. Gordon subió las escaleras, y al cabo de un rato bajó con un niño en brazos, un niño robusto y de aspecto saludable, que aparentaba tener más de seis meses, que era su edad. Gordon le cambió los pañales, haciendo gala de gran habilidad.

—Lo hace mejor que yo —dijo Ann Middleton—, y es un trabajo que le gusta, cosa que no me ocurre a mí.

—¿Por qué no nos quedamos aquí, en lugar de ir al club? —preguntó Gordon.

—Sí —dijo Ann—, me gustaría.

—Podemos quedarnos un rato —dijo Mosca—, pero debemos encontrarnos con Eddie Cassin en el club, a las diez. Ha ido a la ópera.

Ann Middleton se burló:

—Seguro que estará en la ópera.

—Y además —añadió Mosca—, el espectáculo de esta noche en el club es para hombres solos. Leo nunca ha visto nada parecido. No puede perderse.

Cuando Gordon los acompañó a la puerta, dijo a Mosca:

—Nunca utilizamos totalmente nuestra cartilla. Si alguna vez necesitas algunos artículos y quieres utilizarla, dímelo.

Gordon cerró la puerta y regresó a la sala. Ann le dijo:

—Creo, sinceramente, que fue algo vergonzoso; te mostraste muy rudo con Leo.

Gordon, que sabía que tales palabras significaban, en boca de su mujer, una severa reprimenda, dijo, sin arrogancia pero con firmeza:

—Sigo pensando que el hombre era un impostor.

Su esposa, esta vez, no sonrió.

Las luces, suaves y de color rosado, se apagaron. Eddie Cassin, entusiasmado, aplaudió, mientras el anciano director de la orquesta entraba en el escenario y levantaba su batuta.

Al iniciarse los primeros compases, lentos pero apasionados, Eddie Cassin se olvidó del lugar donde se encontraba, como se olvidó también de los alemanes que lo

rodeaban y de los dos monstruosos oficiales rusos que casi le impedían la visión. Los personajes que se movían en el escenario eran ahora toda su vida, y se apretó la mandíbula y la boca con las manos, para controlar los espasmos emocionales de su rostro.

En el escenario, el hombre y la mujer que al principio se habían cantado mutuamente su amor, ahora cantaban su odio. El hombre, vestido de aldeano, gritaba su enojo en un tono bellísimo, alzando más y más la voz, respaldada por la orquesta. Luego, poco a poco, su tono descendía, hasta convertirse casi en un susurro. La voz ' de la mujer, aguda, se mezclaba con la de él, y la música rodeaba y envolvía el canto de ambos. El hombre empujó a la mujer con tanta fuerza, que ésta cayó al suelo. Sé levantó al instante y reprochó, siempre cantando, al hombre su proceder. Él la amenazaba, y ella negaba sus acusaciones. De pronto, la voz del hombre, el coro y la orquesta, enmudecieron, y la mujer, cantando sola, admitió su culpa, en tono de desafío. Seguidamente, dando a su canto un tono más suave y dulce, habló de la muerte, de la tristeza y del amor carnal que domina a todos los hombres y a todas las mujeres. Ante los ojos de Eddie Cassin, el hombre asió a la mujer por el pelo y le atravesó el cuerpo con una daga. Con una nota alta y clara, la mujer pidió ayuda, y su amante murió con ella; elevándose por encima del sonido de las trompetas y los violines, la voz del hombre emitió una aguda y clara nota de venganza, pasión e inconsolable dolor. Descendió la cortina.

Los oficiales rusos, con sus uniformes verde y oro, aplaudían entusiasmados. Eddie Cassin salió del local. Una vez fuera, apoyó la espalda en su *jeep*, sintiéndose a la vez cansado y contento. Esperó hasta que todos hubieran salido, esperó hasta que la mujer que había muerto en el escenario hubo salido a la calle. Vio que era gruesa, con acusadas facciones alemanas y vestida toda de negro, con descuido; su aspecto era el de un ama de casa de cincuenta años. Una vez que se hubo perdido de vista la mujer, Eddie subió al *jeep*, lo puso en marcha y, a través del puente, se dirigió a la Altstadt, en el Bremen propiamente dicho, y, como siempre, las ruinas que encontraba a su paso despertaron en él un sentimiento de majestad. Mezclado con este sentimiento estaba el recuerdo de la ópera, y se daba cuenta de cómo este mundo real se parecía, con el mismo elemento de ridículo, al mundo falso que había visto en el escenario. Ahora que no estaba influenciado por la música, se avergonzaba de las lágrimas que había derramado, lágrimas por una historia sencilla, directa; por una historia infantil.

El Club de Oficiales había sido antes una de las casas privadas más elegantes de Bremen. Lo que antes había sido jardín era ahora estacionamiento de *jeeps* y turismos militares. En la parte trasera de la casa aún había flores, destinadas a los hogares de los oficiales de alta graduación.

Cuando Eddie entró en el club la pista de baile estaba desierta, pero alrededor de la misma, sentados en el suelo y apoyados en la pared, los oficiales formaban tres filas. Otros miraban desde la barra del bar, de pie sobre las sillas, de modo que podían

ver la pista por encima de las cabezas de los que estaban delante de ellos.

Alguien pasó junto a Eddie y entró en la pista. Era una muchacha sin ropas. Bailaba sin gracia, acercándose al máximo a los oficiales sentados en el suelo, por lo que algunos de los jóvenes oficiales no podían evitar volver la cabeza. La bailarina se reía, y seguía riéndose, mientras se alejaba, cuando alguno de los oficiales de más edad intentaba, medio en broma, tocarla. Era una exhibición curiosamente poco sexual, sin nada de lujuria. Alguien tiró un peine sobre la pista, y la muchacha continuó bailando, cual un caballo de tiro tratando de galopar. Los oficiales comenzaron a bromear a gritos, pero ella no les entendía. La humillación hizo que su danza se hiciera más y más ridícula, hasta que todo el mundo se reía, echaba peines, pañuelos, cuchillos, aceitunas, etc., sobre la pista. Un oficial gritó: «¡Oculta eso!», y a partir de entonces todos a una repitieron lo mismo, sin parar.

Uno de los oficiales entró en la pista, llevando en las manos unas enormes tijeras. La muchacha, corriendo, salió de la pista, en dirección a su camerino. Eddie se fue al bar. Al ver a Mosca y a Wolf, que estaban en un rincón, se acercó a ellos.

—No me digas que Leo se ha perdido el espectáculo —dijo Eddie—. Me garantizaste que no se lo perdería, Walter.

—Ya se ha liado con una de las bailarinas —respondió Mosca—. Está dentro.

Eddie sonrió y se volvió a Wolf:

—¿Buscando la mina de oro?

Sabía que Wolf y Mosca traficaban en el mercado negro.

—El negocio anda mal —dijo Wolf, moviendo la cabeza, como apesadumbrado.

—¡No me digas! —replicó Eddie Cassin—. Me han dicho que tu *fraulein* lleva diamantes en el pijama.

Wolf estaba indignado.

—¿Y por qué diablos tiene que llevar pijama? —se echaron todos a reír.

Vino el camarero y Eddie pidió un *whisky* doble. Wolf señaló la pista y dijo:

—Creíamos que estarías en primera fila esta noche.

—No —contestó Eddie Cassin—. Soy un hombre culto; he ido a la ópera. De todos modos, hasta las putas tienen mejor aspecto que esa bailarina.

El bar se llenó de oficiales, pues el espectáculo había terminado. La sala del bar estaba atiborrada. Mosca se levantó y dijo:

—Vayamos a jugar un rato.

La mesa de juego estaba casi completamente rodeada. Era una mesa sencilla, sin pintar, con un paño verde encima. En todo su borde había unas tablas, de unos veinte centímetros de altura, que impedían que los dados cayeran fuera de la mesa.

El coronel, un hombre regordete y de baja estatura, bigote rubio y aspecto distinguido, estaba tirando los dados, y se le notaba que no tenía mucha práctica. Todos los otros jugadores eran oficiales, aviadores en su mayoría. A la derecha del coronel estaba el ayudante, que se limitaba a mirar, sin intervenir para nada en el juego.

El ayudante, un joven capitán, era un hombre de aspecto ingenuo y sonrisa atractiva, que, sin embargo, se transformaba cuando quería amenazar. Disfrutaba de su posición como ayudante, y era consciente de su poder, que le permitía seleccionar a los oficiales que debían realizar los trabajos más duros de la base, especialmente los fines de semana. El coronel confiaba en él, y el ayudante no era hombre que olvidara fácilmente una afrenta. Pero solía portarse bien, y sólo se mostraba vengativo cuando la ofensa era hecha a su posición, no a su persona. La rigidez de la vida militar y las ordenanzas del ejército eran su religión, y cualquier transgresión era considerada por él como un sacrilegio o una blasfemia. Si alguien trataba de conseguir algo sin pasar por los canales adecuados, canales muy estrechos y claramente definidos en las ordenanzas militares, topaba con su oposición, y no encontraba nunca el momento de dar curso a la petición. Agregaba a su religión el fanatismo de los jóvenes; no tenía más edad que Mosca.

El pequeño bar situado en un rincón de la sala estaba a cargo de un camarero con chaqueta blanca. Cuando los jugadores pedían una bebida, la preparaba, y el interesado se levantaba para ir a buscar el vaso, llevándose la mesa de juego.

Wolf, que no jugaba, estaba sentado en una de las butacas, y Eddie Cassin y Mosca estaban en la mesa de Juego. Cuando llegó el turno de Eddie, Mosca apostó con él. Eddie, jugador cauteloso, separó los billetes de U dólar del clip metálico, casi con pesar. Tuvo una buena racha e hizo cinco pases antes de perder. Mosca había ganado aún más dinero que Eddie.

Dado que estaban uno al lado del otro, llegó el turno, de Mosca, pues el orden de las tiradas se hacía en el Mentido de las manecillas del reloj. Como se sentía seguro, pues ganaba, puso veinte dólares en vales sobre el tapete. Cuatro oficiales diferentes tomaron cinco dólares cada uno. Mosca tiró los dados. Sumaron siete.

—Perfecto —dijo.

Ahora se sentía todavía más seguro. Los mismos cuatro oficiales apostaron contra él diez dólares cada uno. Eddie Cassin dijo:

—Y diez dólares a su favor.

El coronel dijo:

—Juego contra sus diez.

Depositaron el dinero sobre la mesa.

Mosca echó los dados contra un rincón de la mesa, con todas sus fuerzas. Los dados comenzaron a rodar hasta que, finalmente, se pararon. Otro siete.

—Juego los ochenta pavos —dijo Mosca.

—Y mis veinte a su favor —dijo Eddie Cassin, dejando el dinero sobre la mesa. El coronel lo cubrió.

Esta vez, Mosca tiró los dados con suavidad, por lo que no tardaron en quedarse quietos.

Era otro siete. Uno de los oficiales dijo:

—Cambiad esos dados.

Lo dijo sin malicia, evidentemente, y sólo en señal de fastidio por la buena suerte de Mosca.

Mosca sonrió al oficial y dijo:

—Van los ciento sesenta.

El ayudante, con un vaso en la mano, miraba a Mosca y a los dados. Eddie Cassin dijo, cautelosamente:

—Diez a su favor.

Y se guardó los otros treinta dólares que había ganado.

El coronel dijo:

—Le apuesto veinte.

Eddie, de mala gana, dejó sobre la mesa otro billete de diez dólares y, encontrándose con la mirada de Mosca, se encogió de hombros.

Mosca tomó los dados, los agitó y los tiró hacia el extremo opuesto de la mesa. El dado rojo con puntos blancos salió cuatro.

Uno de los oficiales dijo:

—Diez contra cinco a que no lo logra.

Mosca aceptó la apuesta y otras varias. Dejó caer el dado sobre el tapete y, arrogante, seguro de su suerte, sostenía en su otra mano los billetes necesarios para cubrir todas las apuestas. Era feliz, gozaba de la emoción del juego, y era raro que tuviera suerte.

—Apuesto ciento contra cincuenta —dijo, y al ver que nadie respondía, cogió el dado.

Cuando iba a tirarlo, el coronel dijo:

—Apuesto veinte a que no lo logra.

Mosca colocó sobre la mesa un billete de diez dólares y dijo:

—Acepto.

—Veo que usted sólo pone diez dólares —dijo el coronel.

Mosca dejó de agitar el dado y se apoyó en la mesa. No podía creer que el coronel, un militar veterano, desconociera las reglas del juego.

—Tiene que apostar dos a uno contra un punto cuatro, coronel —dijo, tratando de dominar su indignación.

El coronel se volvió a uno de los oficiales que estaban a su lado y le preguntó:

—¿Es eso cierto, teniente?

—Es cierto, señor —respondió el oficial, embarazado.

El coronel sacó veinte dólares.

—Muy bien, tire.

Los cubitos rojos chocaron contra los cuatro lados de la mesa, corrieron veloces por el verde tapete y luego se detuvieron con sorprendente rapidez. En cada uno de los dados aparecían dos pequeños agujeros blancos. Mosca los miró durante unos instantes antes de recoger el dinero, y expresó en voz alta lo que sentía:

—Nunca había visto nada tan hermoso.

El poner excesivamente a prueba su buena suerte carecía de sentido, pensó. Depositó un par de billetes sobre la mesa, y, después de unas pocas tiradas, falló. Continuó jugando, con suerte mediocre. Cuando el coronel tomó los dados, Mosca, le igualó la apuesta. El coronel sacó un punto, pero falló a la segunda tirada. Mosca recogió el dinero. El coronel dijo, sin rencor:

—Tiene usted demasiada buena suerte para mí.

Seguidamente, sonriendo, salió de la sala, y todos lo pudieron oír bajar las escaleras. Mosca se dio cuenta de que el coronel realmente desconocía las reglas de las apuestas y que, por consiguiente, no había querido abusar de su graduación.

La atmósfera alrededor de la mesa se suavizó, y la conversación de los oficiales se hizo más natural. El camarero se las deseaba para atender todas las peticiones. El ayudante se acercó a la barra, se sentó en uno de los taburetes, bebió un sorbo de la bebida que le acababan de servir, y llamó:

—Venga aquí un momento, Mosca.

Mosca volvió la cabeza en dirección a la barra. Ahora tiraba Eddie, por lo que a continuación debería hacerlo él.

—Cuando haya tirado —dijo.

Eddie realizó una buena tirada, pero Mosca falló rápidamente, y entonces se acercó al ayudante que, paciente, lo aguardaba.

El capitán ayudante lo miró fijamente a los ojos, con calma, y le dijo:

—¿A qué vino que le dijera aquello al coronel?

Mosca estaba sorprendido y un poco confuso.

—El hombre quería apostar. Y las reglas son las reglas.

El ayudante, con voz tranquila, como si se dirigiera a un chiquillo estúpido, dijo:

—Había al menos diez oficiales en la mesa. Y ninguno le dijo nada. Además, de habérselo dicho, hubiesen empleado un tono más correcto. ¿Por qué cree usted que no se lo dijeron?

Mosca sintió cómo sus mejillas enrojecían. Por vez primera se dio cuenta de que no se sentía el rodar de los dados, de que todos los hombres que antes estaban alrededor de la mesa, ahora los escuchaban. La incomodidad e inquietud que ahora sentía le recordaban sus primeros días en el ejército. Se encogió de hombros.

—Supuse que lo desconocía; por eso se lo dije.

El ayudante se levantó.

—Tal vez crea que por el hecho de ser un civil puede hacer cosas como la que ha hecho. Actuó usted como si el coronel quisiera servirse de su grado para estafarle diez dólares. Y ahora recuerde una cosa: podemos hacerle regresar a los Estados Unidos rápidamente, si nos parece, y creo que tiene usted buenas razones para no desear que ello suceda. Por lo tanto, mire lo que hace. Si el coronel desconoce algo, sus oficiales pueden decírselo. Usted ha insultado al coronel y a todos los oficiales presentes en esta sala. Procure que no vuelva a suceder una cosa así.

Inconscientemente, Mosca bajó la cabeza. La vergüenza y la cólera llenaban su

mente. Pudo ver a Eddie Cassin mirándolo, y Eddie mostraba una sonrisa de complacencia. Mosca, a pesar de su ira, sintió cómo el ayudante le decía, en tono desdeñoso:

—Si de mí dependiera, ustedes, los civiles, no podrían ‘entrar en el Club de los Oficiales. No saben lo que el ejército significa.

Mosca levantó la cabeza. El ayudante tenía los mismos ojos grises de siempre, pero ahora su mirada era distinta, más dura.

—¿Cuántas condecoraciones logró usted en el campo de batalla, capitán? —preguntó Mosca—. ¿En cuántos desembarcos ha participado?

El ayudante había vuelto a sentarse en su taburete, y ahora bebía. Mosca casi levantó el brazo cuando el ayudante habló.

—No me refiero a eso. Algunos de los oficiales de esta sala han realizado mayores hazañas de las que imagino que ha realizado usted, pero no se les ocurrió hacer lo que usted hizo.

La voz del ayudante era mortalmente fría y razonable, pero no conciliadora.

Mosca reprimió su ira y adoptó la fría calma del otro, como imitándolo, como se imitaban mutuamente en edad, peso y ademanes.

—Muy bien —dijo—, hice mal al advertir al coronel, lo reconozco. Pero retire lo que ha dicho de los civiles.

El ayudante sonrió. Aquellas palabras no le afectaban, era como un cura sufriendo por su religión.

—Bien, en tanto usted reconozca lo otro —dijo.

Mosca dijo:

—De acuerdo, lo reconozco.

Y, a pesar suyo, las palabras significaban una sumisión. Al regresar a la mesa de juego, Mosca sentía que su cara le ardía de vergüenza. Vio cómo Eddie Cassin intentaba disimular otra sonrisa, mientras se le acercaba. El oficial que tiraba los dados, un sureño alto y campechano, dijo, con su voz suave y cadenciosa, lo bastante alto como para que el ayudante lo oyera:

—Fue una suerte que no ganara usted otros diez pavos; hubiésemos tenido que llevárnoslo fuera y matarlo.

Los oficiales que estaban alrededor de la mesa se echaron a reír, pero Mosca no lo hizo. Detrás de él podía oír al ayudante hablar y reír tranquilamente, mientras bebía con sus amigos, como si nada hubiese ocurrido.

Mosca y Gordon Middleton dejaron de trabajar para dedicarse a escuchar; a través de la entreabierta puerta de la oficina de Eddie podían oír la voz de una muchacha:

—Eddie, quería verte sólo un momento; es muy importante —su voz era un poquito vacilante.

La voz de Eddie, fría y educada, dijo:

—Bien, adelante.

La muchacha dijo, en un balanceo:

—Sé que me dijiste que no debía venir a tu oficina, pero es que ya nunca vienes a verme.

Gordon y Mosca se miraron, sonriendo. Gordon meneó la cabeza. Escucharon.

La chica dijo:

—Necesito una caja de cigarrillos.

Se produjo un silencio. Luego, Eddie preguntó, con sarcasmo:

—¿De qué marca?

Pero la muchacha no captó la ironía.

—Da lo mismo —dijo—. Lo necesito para el médico. Es el precio que pide.

La voz de Eddie era cortés, impersonal:

—¿Estás enferma?

La muchacha rio, tímidamente.

—Lo sabes muy bien, Eddie. Voy a tener un hijo. Por una caja de cigarrillos, el médico me ayudará a perderlo —dijo. Luego, en tono seguro, como si la preocupación del hombre por la salud de ella pudiera hacerla rehusar, explicó—: No hay peligro alguno.

Mosca y Gordon se miraron, riendo silenciosamente, no de la chica, sino de Eddie, a quien imaginaban preocupado por el hecho de que el asunto fuera a costarle una caja de cigarrillos. Pero las palabras que seguidamente pronunció Eddie borraron su sonrisa.

La voz seguía siendo fría y educada, pero había en ella una nota de alegre sadismo:

—Que te ayude tu amigo alemán. No vas a conseguir de mí ni un solo cigarrillo. Y si vuelves a esta oficina, te aseguro que no volverás a trabajar en la base. Ahora, vuelve a tu trabajo.

La muchacha estaba llorando. Finalmente, con voz débil, protestó:

—No tengo ningún amigo. Se trata de tu hijo. Estoy de tres meses, Eddie.

—Eso es todo —dijo Eddie.

La muchacha había recuperado el valor, por lo que ahora se mezclaban en su voz el enojo y el desprecio:

—Hace un mes que no has venido a verme. No sé si algún día volverás. Ese hombre del que hablas se ha limitado a llevarme a bailar algunas veces. Te lo juro. Sabes que el hijo es tuyo. ¿Qué representa para ti una caja de cigarrillos?

Gordon y Mosca oyeron a Eddie descolgar el teléfono y pedir por el capitán preboste de la base. La voz de la chica, con acento de terror, dijo:

—Ayúdeme, señor Cassin, se lo ruego.

Luego, pudieron oír cómo la puerta de la sala se abría, para cerrarse poco después, y a Eddie, diciendo a la operadora:

—Ya no es necesario.

Eddie Cassin entró en la habitación en la que estaban ambos, y en su pálida y atractiva cara aparecía una suave sonrisa.

—¿Os ha gustado la escena? —preguntó.

Mosca apoyó la espalda en el respaldo de su silla y dijo, desdeñosamente:

—Eres venenoso como una serpiente, Eddie.

Gordon Middleton dijo:

—Yo te daré la caja de cigarrillos, Eddie.

Lo dijo sin el desprecio de que había hecho gala Mosca, con naturalidad, como si el motivo de la negativa de Eddie fuera el valor de los cigarrillos.

Eddie los miró, sonriente y con expresión burlona:

—Sois unos excelentes muchachos. Os desvivís por ayudar a una pobre muchacha. Escuchad: la muy zorra ha tenido siempre un amigo, que era quien se fumaba mis cigarrillos y se zampaba el chocolate y la comida que yo daba a la chica —se rio—. Además, he vivido otras situaciones similares. Y sé que la tarifa para los abortos es de media caja.

Se abrió la puerta de la oficina y entró Wolf. Dijo:

—Hola, muchachos —puso su cartera de mano sobre la mesa y se sentó, lanzando un suspiro de cansancio—. ¡Qué pandilla de pillos! —sonrió, y su blanco rostro era la imagen misma de la felicidad—. Hemos sorprendido a dos alemanes que robaban café. ¿Habéis oído hablar de Id sopa que el oficial de cocina les deja llevarse a su casa? Pues bien, colocaban el café en grano en el fondo de las marmitas, arena en medio, y luego, en la parte superior, la sopa. No me preguntéis cómo se las arreglaban para sacar después la arena.

Por alguna razón, estas palabras irritaron a Eddie. Lúgubrementemente, dijo:

—Wolf Tracy siempre encuentra a su hombre. Dinos cómo lo haces, Wolf.

Wolf sonrió.

—Pues muy sencillo, muchachos. Como siempre. A base de espías.

Middleton se levantó:

—Quiero llegar temprano a casa. ¿De acuerdo, Eddie?

—De acuerdo —contestó Eddie.

Wolf levantó la mano:

—Espera un minuto, Gordon —éste se paró junto a la puerta—. No digas que he

sido yo quien te lo ha dicho, y vosotros mantened también el pico cerrado. Pero sé que recibirás la orden de regresar a los Estados Unidos dentro de una semana, más o menos. ¿Qué te parece?

Gordon bajó la cabeza y miró al suelo. Wolf dijo, amablemente:

—Lo deseabas, ¿no es verdad, Gordon?

Gordon levantó la vista y sonrió, ambiguamente.

—Supongo que sí —dijo—. Gracias, Wolf.

Y salió de la estancia.

Eddie, en voz baja, preguntó a Wolf:

—¿Ha llegado ya la respuesta de los Estados Unidos?

—Sí —contestó Wolf.

Eddie Cassin comenzó a recoger los papeles que había encima de la mesa. La oficina, a aquella hora, estaba casi completamente a oscuras. Abrió su cartera de mano y la llenó con dos botellas de ginebra, un pote de jugo de frutas y algunas pastillas de chocolate, que sacó de uno de los cajones de la mesa.

Wolf dijo:

—¿Por qué no me das los cigarrillos y las botellas, Eddie? Acabarás podrido de dinero.

Eddie se puso la cartera bajo el brazo y se dirigió a la puerta.

—Vivo mi vida —dijo—. Os deseo suerte, carroña. Me voy a domesticar a una gorila.

Durante la cena, Wolf dijo a Mosca:

—Supongo que he sido el primero en darme cuenta de lo de Gordon. Un día fui a la ciudad con él, y en la carretera me dijo que parara. Bajó del *jeep* y retrocedió unos metros. Luego, recogió una pieza metálica dentada, que se había caído de una de las ruedas del vehículo. La tiró lejos, fuera de la carretera, y dijo, con su sonrisa amable y tranquila: «Hemos evitado que alguien sufra un pinchazo». Seguro que piensas que hizo bien, y es Verdad. Gordon es un buen muchacho, demasiado buen muchacho, pienso yo. Se toma demasiadas molestias por los demás. Por ello, cuando mi jefe me dijo que vigilara a Gordon, porque era miembro del Partido, no tuve ninguna sorpresa. Se alimentan de tipos como Gordon.

¡Pobre estúpido!

Mosca encendió un cigarro y tomó un sorbo de café.

—Tiene narices el tipo, ¿eh? —dijo.

Wolf se dedicó a masticar la comida que tenía en la boca.

—Una actividad equivocada —dijo, al fin—. Utiliza tu cerebro. ¿Cuántas veces al día nos encontramos con alemanes que quieren unirse a nuestro ejército? Quieren luchar contra los rusos. ¿Cuántas veces ha corrido el rumor de que los rusos habían invadido los sectores británico y norteamericano? Veo los informes secretos. No creo que la actual situación dure mucho. Es más, creo que antes de dos años habrá estallado todo. Por ello, los muchachos como Gordon tienen que ser decapitados aquí

y ahora —con el borde de la mano se golpeó la nuca—. En cuanto a mí, voy a regresar a los Estados Unidos. No quiero llevar un uniforme de prisionero allá en Siberia.

Mosca dijo, lentamente:

—Espero que lograré salir de aquí antes de que suceda lo que dices.

Wolf se enjuagó la boca y se apartó un poco, para que el camarero le sirviera café.

—No te preocupes —dijo—. Sé de buena tinta que tienen intención de abolir la ley que nos prohíbe convertir en honestas señoras casadas a las *fräuleins*. La presión eclesiástica, supongo.

Salieron a la cantina y subieron al *jeep* de Wolf. Una vez fuera de la alambrada de la base aérea, tomaron la carretera que conducía a la Neustadt. El trayecto era corto, y Wolf detuvo el *jeep* frente a una casa solitaria y extraordinariamente estrecha, como si tuviese sólo la anchura de una sola habitación. En las cercanías estaban estacionados otros tres *jeeps* y algunos coches Opel cuyos motores iban movidos por leña. Algunas bicicletas estaban encadenadas a una barra de hierro fijada en los escalones de piedra.

Wolf tocó el timbre y, cuando se abrió la puerta, Mosca quedó asombrado. Ante él se encontraba el alemán más alto y corpulento que había visto en toda su vida. —Tenemos una cita con *Frau* Vlavern —dijo Wolf—. El gigante se hizo a un lado, para que pudieran pasar. La habitación estaba casi llena. Dos soldados norteamericanos estaban sentados juntos, con una maleta verde entre ellos. Había tres oficiales, cada uno con una combada cartera de mano de lustrosa piel de cerdo. En la estancia se hallaban también cinco alemanes, con sendas carteras vacías de cuero negro. Todos esperaban pacientemente; todos debían aguardar su turno, lo mismo los alemanes que los norteamericanos. En casa de *Frau* Vlavern no había conquistadores.

El gigante los llevaba, uno por uno, a la habitación siguiente, y cuidaba también de la puerta a medida que iban llegando más soldados norteamericanos y más alemanes. En algunos reconoció Mosca a personal de la base: pilotos, un sargento de cocina, el oficial de Correos. Después de saludarse con un leve gesto, todos actuaban como si no se conocieran.

Las ventanas de la habitación estaban cerradas, pero desde la misma se oía perfectamente el ruido del motor de los *jeeps* que arrancaban o que se detenían. Cuando alguien se marchaba en compañía del gigante, no volvían a verlo. En el otro extremo de la casa había una puerta, la cual era utilizada exclusivamente para salir. Llegó su turno, y el gigante los acompañó a la otra habitación. Les dijo que deberían esperar. El único mobiliario de la estancia consistía en dos sillas de madera y una pequeña mesa, encima de la cual había un cenicero. Cuando estuvieron solos, Mosca comentó:

—Es un tipo impresionante.

—El guardaespaldas de la *Frau* —dijo Wolf—, pero si la mujer tiene los vales, de nada le servirá. Ese gigante es casi un deficiente mental. Lo tiene aquí para asustar a

los soldados borrachos y a los alemanes. Pero ante hombres duros de verdad, no creo que pueda hacer gran cosa —sonrió a Mosca.

Después de unos minutos de espera volvió a presentarse el gigante. Dijo, en alemán y con una voz que en modo alguna correspondía a su cuerpo, por lo aguda:

—Tengo algo que quiero vender yo mismo, personalmente, ¿quieren verlo? — sacó un anillo de oro, el cual llevaba un enorme diamante; lo dio a Mosca—. Sólo diez cajas.

Mosca pasó la joya a Wolf:

—Parece una buena compra.

Wolf sonrió.

—No vale nada —dijo—. Mira, por debajo es completamente plano. Ya te he dicho que este tipo es deficiente mental —tiró el anillo al gigante, que no pudo cogerlo al vuelo, por lo que se vio obligado a agacharse para recogerlo del suelo; luego, con gesto decidido, volvió a entregar el anillo a Mosca.

—Diez cartones, una ganga, pero no se lo digan a la vieja *Frau* —con gesto infantil, el hombre se colocó un enorme dedo en los labios.

Mosca trató de devolverle el anillo, pero el gigante rehusaba tomarlo.

—Diez cajas, quédeselo por diez cajas —repitió varias veces.

Mosca dejó el anillo sobre la mesa. Con ademanes lentos y expresión triste, el gigante se lo guardó.

Luego les indicó que lo siguieran y abrió la puerta de la habitación siguiente. Se situó junto a la puerta, para dejarles pasar, primero Mosca y después Wolf. Pero mientras Wolf entraba, le dio un fuerte empujón, y el norteamericano, dando traspiés, fue a parar al centro de la pieza. Luego, el gigante cerró la puerta y se quedó junto a ella.

Una mujer baja, fuerte y de cabello gris estaba sentada en un sillón de mimbre, junto a un escritorio, sobre el que se veía abierto un libro mayor. Había allí dentro paquetes de productos de la intendencia militar, centenares de cajas de cigarrillos, barras amarillas de chocolate, pastillas de jabón, todo adosado a las paredes. Un alemán de corta estatura estaba separando por grupos los diversos artículos. Los bolsillos de su mugrienta y deshilachada chaqueta estaban llenos de dinero alemán, y, cuando se volvió para mirarlos, se le cayó un fajo al suelo.

La mujer fue la primera en romper el silencio. Lo hizo en inglés.

—Lo siento mucho —dijo—. Johann sólo hace esto muy de vez en cuando, y únicamente cuando alguien le desagrada especialmente. Y nada se puede hacer para impedirselo.

Wolf, que había sido cogido por sorpresa, no había reaccionado. Pero ahora, su cara, habitualmente pálida, enrojeció. El tono insolente de la mujer terminó de irritarlo. Vio que Mosca sonreía, pero que, al mismo tiempo, se había colocado disimuladamente junto a una de las paredes. Desde su posición estaría en situación de dominarlos a todos, si sacaba un arma. Wolf movió la cabeza, luego se volvió hacia la

mujer, y fue entonces cuando vio la expresión divertida de los astutos ojos de ésta.

—El asunto carece de verdadera importancia —dijo Wolf, tranquilamente—. Usted sabe el motivo de mi visita. ¿Puede usted ayudarnos?

La mujer lo miró de arriba abajo y, en inglés todavía; dijo:

—Mi querido señor, su historia huele mal, muy mal. Nada sé de ese millón de dólares en vales. Y si supiera algo, me lo pensaría dos veces antes de tratar con usted y su amigo. Realmente, usted está insultando mi inteligencia.

Había desprecio en la voz de la mujer, y desdén en sus carnosas mejillas.

—Soy una mujer de negocios, y nunca tomo parte en asuntos como ése. Además, tenga la seguridad de que pondré a mis amigos en guardia contra usted —se echó a reír—. Usted tiene cinco mil cajas.

Wolf seguía sonriendo. Preguntó:

—¿Comprenden el inglés estos dos hombres? Es importante.

La mujer, sorprendida por la inesperada pregunta, dijo:

—No, ninguno de los dos lo entiende.

La sonrisa se borró de la cara de Wolf, y la misma fue sustituida, como si fuese una máscara siempre a punto, por una mirada de poder, por una expresión dura y segura.

Puso su cartera de mano sobre la mesa y apoyó los codos en la misma, a la vez que miraba fijamente los cansados ojos de la mujer.

—Es usted excesivamente lista y altanera —dijo, con estudiada dureza—. Piensa que tiene algo de poder, que está segura, que su edad y sus hombres la protegen. No me gustan los alemanes insolentes. Ni usted ni su gigante comprenden a los norteamericanos.

La mujer estaba alerta ahora, y sus ojillos eran como dos ascuas. El pequeño alemán de la chaqueta raída mostraba una expresión asustada. El gigante comenzó a acercarse a Wolf. Mosca sacó de su maletín la pistola húngara y quitó el seguro. Todos se volvieron hacia él.

Apuntaba en dirección al suelo. En alemán, dijo al gigante:

—Vuélvase.

El gigante se dirigió hacia él. Mosca dio un paso adelante, y la vieja, al ver su rostro, dio una orden al gigante. El hombre la miró, perplejo, retrocedió hasta la pared y les dio la espalda.

Wolf se inclinó nuevamente hacia la mujer.

—¿Le gusta mi amigo? —le preguntó.

Ella no respondió. Tenía los ojos fijos en Mosca. El alemán de baja estatura, sin recibir orden alguna para ello, se puso también de cara a la pared. Wolf continuó:

—Mi amigo es un hombre muy orgulloso e irritable. Si su gigante lo hubiera empujado a él en vez de a mí, no habría discursos, se lo aseguro. Ninguno de ustedes podría escuchar mis tranquilas palabras. Escuche: soy un hombre razonable, y esta afirmación queda demostrada por el hecho de que no siento rencor alguno contra

usted ni contra el gigante, a causa del incidente. Pero si algún día me entero de que ha dicho algo acerca de mí, le aseguro que verá entonces el otro lado de mi cara.

Calló y miró a la mujer directamente en los ojos. No había miedo en ellos. Lo miraba con serenidad, sin sumisión. Wolf pensó que aquél era su terreno, que aquello ocurría en su vida profesional, que la actitud de la mujer era un desafío a sus cualidades. Comprendió que las palabras nada significaban, que no lograría torcer la voluntad de la alemana, si no variaba su método. Sin embargo, sonrió, porque sabía lo que debía hacer. Se acercó al gigante, le dio un empujón y le hizo dar media vuelta sobre sí mismo.

—Tú, montaña de carne: quítate el cinturón y ponte delante de tu amante —dijo. El gigante obedeció. Wolf se alejó un poco. Sacó su pistola, para impresionar, únicamente, y dijo a la mujer—: Dígale que le dé tres fuertes golpes en la espalda —dio a su voz un tono siniestro—. Si grita, los mato a los tres. Vamos, dígale que la golpee tres veces.

La vieja seguía conservando la calma:

—Usted no lo entiende —dijo—. Si le ordeno esto, lo tomará muy en serio y me hará daño de verdad. Me pegará con todas sus fuerzas.

Wolf replicó, de buen humor:

—Lo entiendo perfectamente.

Las gruesas mejillas de la mujer se plegaron en una tenue sonrisa:

—Se ha salido usted con la suya; no es necesario llevar las cosas más lejos. No diré una sola palabra, se lo prometo. Y ahora, por favor, hay gente que me está esperando.

Wolf nada replicó durante unos segundos, y luego, con una sonrisa deliberadamente cruel, dijo:

—Un golpe. Para sellar nuestro trato.

Por vez primera, la mujer pareció asustada. Su rostro palideció y la voz le temblaba ligeramente, al contestar:

—Gritaré pidiendo ayuda.

Wolf, dirigiéndose a Mosca, pero hablando con lentitud, para asegurarse de que la mujer lo entendía, dijo:

—Cuando la mujer caiga, mata al gigante.

Apuntó el arma a la cara de la mujer.

La vieja volvió la cabeza. Dijo al gigante, en alemán:

—Johann, dame un golpe con el cinturón en la espalda.

Se sentó en la silla, con la cabeza apoyada en la mesa y la espalda redondeada, en espera del golpe. El gigante levantó el brazo y golpeó, y se pudo oír el chocar del cuero contra la carne, a través de la ropa. La mujer levantó la cabeza. Su cara estaba mortalmente pálida, a causa del dolor, evidentemente, pero más aún debido al miedo.

Wolf la miró, fríamente:

—Ahora espero que habrá comprendido —dijo. Luego, imitando la voz y los ademanes de la mujer, prosiguió: —Nada puede hacerse para evitarlo —se dirigió a la puerta—. Vamos, Walter.

Atravesaron las habitaciones que habían cruzado al entrar y salieron a la calle.

Ya en el *jeep*, en el camino de regreso a la ciudad, Wolf se echó a reír y dijo a Mosca:

—¿Hubieses disparado contra el gigante, si te lo hubiese pedido?

Mosca encendió un cigarrillo. La tensión no lo había abandonado todavía.

—Sabía que era todo una comedia. Lo reconozco, Wolf, eres un gran actor.

Wolf comentó, con voz satisfecha:

—Experiencia, muchacho. Algunos de nuestros oficiales eran demasiado gallinas para apretar de verdad a los prisioneros. Por eso nos vimos obligados a emplear la técnica del miedo. Y tú estabas encantador allí, junto a la pared.

—La cosa me cogió por sorpresa —dijo Mosca—. Cuando el gigante te empujó y vi que la mujer se mostraba tan segura de sí misma, pensé que habíamos caído en una trampa. Luego me enojé. Pero ¿es que no sabe que algunos de los soldados los matarían a todos por un empujón como el que te dieron a ti?

Wolf dijo, lentamente:

—Voy a decirte cómo es la gente, Walter. Esta vieja cree ser muy lista. Y se hace respetar por el gigante y por todos estos oficiales y soldados, porque puede convertirles a todos en hombres ricos. Y ahora piensa en lo que voy a decirte: ella olvida; olvida que hay quien es más fuerte que ella. Y ese golpe se lo ha recordado. Sin ese golpe, la vieja no hubiera sentido miedo. La gente es así.

Después de atravesar el puente, entraron en Bremen. Pocos minutos después estaban delante del alojamiento.

Estacionaron el *jeep* y, sin moverse de su interior, fumaron un cigarrillo.

Wolf dijo:

—En una semana, poco más o menos, estableceremos los contactos más importantes. Debemos estar fuera la mayor parte de la noche. Así, pues, procura estar preparado en cualquier momento. ¿De acuerdo?

Dio una palmada en la espalda de Mosca.

Éste bajó del *jeep* y dio la última chupada a su cigarrillo.

—¿Crees que dirá algo a sus amigos?

Wolf negó con la cabeza:

—Estoy plenamente seguro de que nunca abrirá la boca —sonrió a Mosca—. Nunca olvidará la marca que lleva en la espalda.

Walter Mosca, vestido de paisano, miraba por la ventana de la Oficina de Personal Civil. Contemplaba al personal de la base, a los mecánicos, con sus pantalones verdes y chaqueta de cuero, a los aviadores, de pantalones verde oscuro y gabanes violeta, y a los obreros alemanes, con sus ropas maltrechas, todos soportando el helado viento de noviembre. Detrás de él, Eddie Cassin dijo:

—Walter.

Mosca se volvió.

Eddie Cassin apoyó la espalda en el respaldo de su silla:

—He conseguido un trabajo para ti. Tuve una idea, y el teniente piensa que es excelente. Hacemos una campaña alimenticia por todo el sector europeo; concretamente, tratamos de decir a los glotones que deben aprender a comer, si desean conservar la salud. No deben pasar hambre, pero tampoco atiborrarse. Bueno, la idea es ésta: queremos una foto de un soldado con un plato lleno hasta el borde. Al pie de la fotografía pondremos: «No hagas esto». Además, nos interesa una foto de dos niños alemanes, en la que se les vea recogiendo colillas en la calle. Al pie, como en la de los soldados, figurará también la inscripción: «No hagas esto». ¿Qué te parece?

—Una pérdida de tiempo —dijo Mosca.

Eddie sonrió:

—Muy bien. Pero la idea es buena. Un trabajo de relaciones públicas. En las altas esferas caerá muy bien.

Y hasta es posible que aparezca en la revista Barras y Estrellas. ¿Quién sabe? Puede llegar a ser una gran cosa.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Mosca.

Eddie Cassin parecía un poco enojado:

—Cuídate de conseguir la foto de los recoge-colillas. El *jeep* está fuera, y puedes disponer de ese fotógrafo, el cabo, que está en el laboratorio.

—Muy bien —dijo Mosca. Al salir, estuvo un rato contemplando la llegada del avión procedente de Wiesbaden, que apareció, de pronto, como por arte de magia, en el firmamento. Luego subió al *jeep*.

Moría la tarde cuando Mosca atravesó el puente, en dirección al Bremen propiamente dicho. El cabo había estado dando vueltas por los hangares, por lo que perdió una hora en localizarle.

Las calles de la ciudad estaban llenas de alemanes que tenían prisa, y el tránsito era, en las Strassenbahns, muy intenso. Mosca estacionó el *jeep* frente al Glocke.

En la tarde del grisáceo día laborable todo estaba en calma. Delante del Club de la Cruz Roja no se veían mendigos, ni caminantes, ni niños; la actividad comenzaría

después de la hora de cenar. Dos miembros de la policía femenina alemana paseaban por la acera, de arriba abajo, con lentitud, como adormecidas por el melodioso sonar de las campanillas de los tranvías.

Mosca y el cabo, dentro del *jeep*, esperaban la aparición de chiquillos mendigos. Fumaban, pero no hablaban. Finalmente, el cabo dijo:

—También es mala suerte. Es la primera vez que no veo niños alemanes por aquí.

Mosca saltó del *jeep*:

—Echaré un vistazo —dijo. Hacía mucho frío, por lo que se levantó el cuello de la chaqueta. Fue hasta la esquina, y al no ver a ningún niño, siguió andando hasta encontrarse en la parte trasera del edificio Glocke.

De pie en un montículo de escombros, mirando las ruinas que se extendían delante de sus ojos, había dos niños. Llevaban sendos abrigos que les llegaban hasta los pies y se cubrían la cabeza con gorras que les tapaban las orejas. Se entretenían tirando trozos de ladrillo y cascotes, esforzándose en lanzarlos lo más lejos posible. Sin embargo, su esfuerzo no era tal como para que corrieran el peligro de perder el equilibrio y caer de la pequeña elevación.

—¡Eh! —los llamó Mosca, en alemán—, ¿queréis ganáros un poco de chocolate?

Los niños lo miraron serios, como estudiándolo, e indudablemente reconocieron en él a un enemigo, a pesar de sus ropas civiles. Sin embargo, sin dar muestras de temor, bajaron de donde estaban. Lo siguieron, dejando su vasto, silencioso y vacío terreno de juegos, y se cogieron de la mano al llegar a la bulliciosa plaza delante del Glocke.

El cabo estaba fuera del *jeep*, esperándolos. Colocó una placa en su cámara y ajustó el telémetro. Después, dijo a Mosca:

—Bien, dícales lo que tienen que hacer.

El cabo no sabía alemán.

—Coged estas colillas —dijo Mosca a los niños—. Ahora, mirad hacia la cámara, para que este hombre pueda haceros una fotografía.

Obedecieron, pero sus gorras les tapaban la cara.

—Écheles la gorra hacia atrás —dijo el cabo. Mosca lo hizo, y quedaron al descubierto dos caras sonrientes y graciosas.

—Estas colillas son demasiado pequeñas —dijo el cabo—. No se verán.

Mosca sacó algunos cigarrillos enteros y los tiró al suelo.

El cabo había tirado algunas fotos, pero no estaba satisfecho. Se estaba preparando para tirar otra fotografía, cuando Mosca sintió que alguien lo cogía del brazo, obligándolo a volverse.

Ante él se encontraban las dos policías. La que lo había obligado a volverse era casi tan alta como él, y seguía asiéndole el brazo. Mosca le dio un empujón tan fuerte, que casi podía ser considerado como un golpe, y sintió el suave pecho debajo de la áspera lana azul de su uniforme. La policía retrocedió involuntariamente unos pasos y soltó el brazo de Mosca. Luego, defensivamente, dijo:

—Eso no está permitido aquí.

Se volvió a los niños y les dijo, como advertencia:

—Iros inmediatamente de aquí.

Mosca asió a los niños por el abrigo:

—Quedaros —dijo. Se volvió a las dos mujeres, y ahora su morena cara tenía una expresión de cólera—: ¿Ven ustedes ese uniforme? —dijo, señalando al cabo—. Denme su tarjeta de identificación.

Las dos mujeres comenzaron a excusarse, diciendo que su obligación era procurar que los niños no pidieran limosna. Un alemán que pasaba por allí se paró. Los niños, disimuladamente, se iban alejando del teatro de la disputa, y el hombre les dijo algo, en tono irritado, y entonces los niños, asustados, echaron a correr. El cabo dio un grito de aviso y Mosca volvió a cogerlos. El hombre comenzó a andar rápidamente, en un intento de esconderse entre los que, en la esquina, aguardaban la llegada de un tranvía. Mosca corrió detrás de él, y, cuando el alemán oyó ruido de pasos, quedó paralizado por el miedo.

—¿Ha dicho usted a los niños que se fueran? —le gritó Mosca.

El alemán dijo, en tono de disculpa:

—Es que pensé que estaban pidiendo limosna.

—Deme su salvoconducto —ordenó Mosca. Alargó la mano. El alemán, temblando, se metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta y sacó una enorme cartera llena de papeles. Nervioso, buscaba el papel que Mosca le había pedido, pero, al mismo tiempo, procuraba mirar al norteamericano, hasta que éste le quitó de la mano todos los papeles y buscó él mismo la tarjeta azul.

Mosca le devolvió la cartera:

—Venga a buscar el salvoconducto a la comisaría de policía, mañana por la mañana —dijo, y regresó al *jeep*.

En el otro extremo de la plaza, iluminados por la luz crepuscular, vio que un grupo de alemanes lo miraban; eran altos, como gigantes, y formaban una masa negra como el interior de un espeso bosque. Por un momento sintió miedo, como si ellos pudieran ver dentro de su corazón y de su mente, y luego su rostro volvió a encenderse de irritación. Caminó lentamente hacia el *jeep*. Los dos niños estaban todavía allí, pero las dos mujeres policías habían desaparecido.

—Vámonos —dijo al cabo; al llegar a la Metzger Strasse se bajó—. Haga el favor de llevarme el *jeep* a la base —dijo al cabo.

El militar asintió y dijo:

—Pienso que las tomas que hemos hecho serán suficientes.

Y Mosca se dio cuenta entonces de que se había olvidado de tomar más fotos y que había dejado a los niños frente al edificio Glocke, sin haberles dado el chocolate que les había prometido.

Cuando Mosca entró en la habitación, Hella estaba calentando sopa en la olla eléctrica. Una cacerola llena de carne cocida esperaba su turno. Leo estaba sentado en

el sofá, leyendo.

El aroma de la comida llenaba la cómoda y amplia habitación. En un rincón estaba la cama y la mesita de noche, y, encima de la mesita, una lámpara y un pequeño aparato de radio; en el rincón cercano a la puerta, el armario blanco, y en medio de la estancia, una gran mesa redonda rodeada de sillas de mimbre. Ocupando toda una pared, la enorme alacena vacía contribuía a dar a la habitación una intimidad acogedora. «Una habitación realmente grande», pensaba siempre Mosca.

Hella estaba ocupada con la comida.

—Has venido pronto —le dijo, y se acercó para darle un beso. Su cara cambiaba siempre cuando lo veía, y a Mosca, el verla tan feliz le producía cierto remordimiento, pues se daba cuenta de que la muchacha dependía excesivamente de él. Y es que Hella parecía no darse cuenta de los muchos peligros que él presentía en el mundo que los rodeaba.

—Tenía cosas que hacer en la ciudad, por lo que ya no he regresado a la base —explicó Mosca. Leo levantó la cabeza y lo saludó, y luego siguió leyendo. Mosca buscó un cigarrillo en el bolsillo, y sus dedos tocaron el salvoconducto del alemán.

—¿Te importaría llevarme hasta la comisaría de policía, después de comer? —preguntó a Leo. Tiró la tarjeta azul sobre la mesa.

Leo hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—¿Qué se te ha perdido allí?

Mosca les explicó lo que había ocurrido. Notó que Leo lo miraba con sonrisa curiosa y divertida. Hella sirvió la humeante sopa y nada dijo. Luego colocó la carne en el fogón eléctrico.

Comieron la sopa, a la que previamente habían echado galletas. Hella tomó el salvoconducto:

—Está casado —dijo—. Tiene los ojos azules y el pelo marrón. Trabaja como impresor. Es un buen oficio —estudió la fotografía—. No tiene aspecto de mala persona; me pregunto si tendrá hijos.

—¿No lo dice en el documento? —preguntó Mosca.

—No —respondió Hella—. Tiene una cicatriz en el dedo —volvió a dejar la tarjeta encima de la mesa.

Leo terminó su sopa, luego se inclinó un poco hacia delante. El tic de su cara comenzaba a trabajar.

—Dime, ¿por qué no fuiste a la comisaría en seguida, en compañía de aquel hombre? Estaba muy cerca.

Mosca le sonrió:

—Quería asustarlo. No voy a hacer nada. Ya te digo, quería únicamente asustar a aquel hijo de perra.

—Pasaré una noche muy mala —dijo Hella.

—Bien merecido lo tiene —replicó Mosca, encolerizado y a la defensiva—. ¿Quién lo autorizó a meter las narices en aquel asunto?

Con sus ojos grises y pálidos, Hella le miró:

—Estaba avergonzado —dijo—, y pienso que debía sentirse algo culpable de que aquellos niños tuvieran que pedir limosna y recoger colillas.

—¡Qué diablos! Dejadlo que sude un poco —contestó Mosca—. ¿Comemos un poco de carne antes de ir a la comisaría?

Hella puso la cacerola y un trozo de pan gris encima de la mesa. Cuando hubieron terminado de comer, Leo y Mosca se levantaron. Leo fue a buscar en su maleta las llaves del *jeep*. Hella tomó la tarjeta azul y miró la dirección.

—Mira —dijo—, vive en la *Rubsam Strasse*. Está más cerca que la comisaría de policía.

Mosca replicó, secamente:

—No me esperes. Al terminar nos iremos al club —y mientras ella se inclinaba para que él la besara, Mosca sonrió al fijarse en su delgado pelo castaño, peinado casi en forma de casco; este gesto sentimental siempre enternecía a Mosca, que, sin embargo, nunca tomaba la iniciativa—. ¿Quieres que te traiga un helado de crema?

Hella asintió. Mientras él se dirigía a la puerta, la muchacha le dijo:

—Te viene de paso para ir al club.

En el *jeep*, Leo le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Bien, de acuerdo, llévame a casa de ese individuo —Mosca meneó la cabeza—. Tú y ella me lleváis por donde os da la gana.

Me importa un comino este asunto —contestó Leo—, pero nos viene de paso para ir al club. Y, además, sé lo que es «sudar», como tú dices. Es una palabra muy acertada.

Miró a Mosca y sonrió con expresión triste.

Mosca se encogió de hombros:

Ni siquiera deseo ver al bastardo ése. ¿Por qué no entras tú en la casa, Leo?

—Ni hablar —respondió Leo, sonriendo—. Tú se lo quitaste, y tú eres quien debe devolvérselo.

No les fue difícil localizar la casa, pequeña, de sólo dos pisos, pero convertida en una serie de apartamentos, para poder alojar a más familias. En el vestíbulo había una lista de todos los inquilinos, con indicación del aparcamiento que ocupaban. Mosca miró el salvoconducto y comparó sus nombres. Luego subió al segundo piso. Llamó y la puerta se abrió de inmediato. Supuso que lo habían visto desde la ventana y que, en consecuencia, esperaban su llamada. El hombre tenía las mismas facciones, pero mostraba una expresión de angustia, acentuada por su calvicie, aparente ahora por llevar la cabeza descubierta. El alemán se hizo a un lado y Mosca entró en el apartamento.

Había interrumpido la cena familiar. En la mesa de la amplia habitación había cuatro platos, llenos de un caldo negro, en el que flotaban trozos de verduras y algunas patatas. En un rincón se veía una cama, y, más allá, un fregadero, sobre el

que colgaba un cuadro de grandes dimensiones, y en el que dominaban los colores verde y marrón. Una mujer, con el pelo gris recogido en la nuca, trataba de que dos niños de corta edad pasaran a la otra habitación del apartamento. Pero al ver a Mosca, dejó de ocuparse de los chiquillos. Todos miraron a Mosca, expectantes.

Entregó al alemán su salvoconducto. El hombre lo tomó y dijo, con voz vacilante:

—¿Sí?

—No tiene usted que acudir a la comisaría de policía —dijo Mosca—. Olvide el asunto.

El duro rostro palideció. En su espíritu se combinaban ahora el alivio, la brusca desaparición de la tensión, la seguridad de que la detención del *jeep* frente a su casa no le iba a acarrear mal alguno. Y todo esto fue superior a sus fuerzas. Temblaba visiblemente, por lo que su esposa acudió a sostenerlo, y le ayudó seguidamente a sentarse en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa. Mosca, alarmado, preguntó a la mujer:

—¿Qué le pasa, qué es lo que le ocurre?

—Nada —respondió la mujer, con voz neutra, completamente vacía de emoción y de vida—. Pensábamos que venía usted para llevárselo —su voz temblaba ligeramente.

Uno de los niños comenzó a llorar, con llanto de terror, como si la fortaleza y las paredes de su mundo hubiesen sido destruidas. Mosca, pensando calmarlo, dio unos pasos hacia él, con una pastilla de chocolate en la mano. El niño ahora comenzó a lanzar gritos histéricos, con todas sus fuerzas. Mosca se detuvo y miró a la mujer, sin saber qué hacer. Estaba dando a su marido un vasito de aguardiente. Mientras el hombre bebía, la mujer corrió hacia el chiquillo, le dio una bofetada en pleno rostro y luego lo tomó en brazos. El niño dejó de llorar. El padre, todavía tremendamente agitado, dijo:

—Espere, por favor, espere.

Y corrió al armario a buscar la botella de aguardiente y un vaso.

Obligó casi a Mosca a coger el vaso:

—Todo fue un error. Pensé que los chiquillos le molestaban. En modo alguno quería interferir, se lo juro.

Mosca recordó el tono irritado del hombre al increpar a los niños delante del Glocke, su rabiosa vergüenza, como si fuera personalmente culpable de la degradación de aquellos chiquillos.

—De acuerdo. Todo está aclarado —dijo Mosca. Trató de dejar el vaso encima de la mesa, pero el alemán le asió el brazo y se lo impidió.

Olvidándose de que su esposa y sus hijos lo miraban, como si pidiera por su vida, el padre prosiguió, enfebrecido:

—Nunca he sido nazi. Me afilié al Partido sólo para conservar mi empleo; todos los impresores nos vimos obligados a hacerlo. Pero me limité siempre a pagar la cuota. Nada más. Jamás he sido nazi. Beba. Es bueno, bébalo. Lo guardo para cuando

me siento mal —Mosca bebió y comenzó a encaminarse a la puerta, pero el alemán lo alcanzó y le estrechó la mano—. Le agradezco su amabilidad. Se lo digo de corazón. Nunca olvidaré su gesto. Siempre he dicho que los norteamericanos son buenos. Tienen buen corazón; nosotros, los alemanes, podemos decir que hemos tenido suerte —volvió a estrechar la mano de Mosca, mientras movía la cabeza de arriba a abajo, con nerviosismo y apasionado alivio.

En aquel preciso momento, Mosca sintió la casi indomable necesidad de darle un puñetazo en pleno rostro, de hacer brotar la sangre de aquella cabeza calva y contraída, y volvió la cara, para ocultar su desagrado y su desdén.

En el marco de la puerta de la otra habitación, contemplándolo fijamente, Mosca vio la cara de la mujer. Tenía las mandíbulas apretadas. La piel era extremadamente blanca, y su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia el suelo, como inclinados estaban sus hombros, por el peso del chiquillo que sostenía en sus brazos. Sus ojos grises, casi negros ahora, eran como pozos de odio. Su cabello, también, parecía negro al lado del pelo rubio de la criatura. No pestañeó al encontrarse su mirada con la de Mosca. No se movió ni un músculo de su cara.

Mientras la puerta se cerraba detrás de él, Mosca oyó su voz, suave y firme a la vez, que hablaba a su marido. En la calle, gracias a la luz de la lámpara de la habitación, Mosca pudo ver cómo la mujer lo miraba, con el niño todavía en sus brazos.

Wolf tomaba su cena fría, al estilo campesino alemán; cogió la larga y colorada salchicha y cortó un trozo con su navaja de bolsillo. Luego, cortó un trozo del enorme pan moreno que tenía delante de él. La muchacha alemana con la que vivía, Úrsula, y su padre, tomaron a su vez la salchicha y el pan. Los tres tenían delante de sus respectivos platos una lata de cerveza americana, con la que, de vez en cuando, llenaban sus vasos.

—¿A qué hora tienes que irte? —preguntó Úrsula. Era Vina muchacha morena y de baja estatura, y su temperamento era explosivo. Wolf había disfrutado intentando domarla. Había arreglado ya los papeles para su matrimonio, pero lo hizo sólo cuando se le permitió trasladarse a vivir en la casa de su padre. Había otras consideraciones.

—Tengo que encontrarme con Mosca en el Rathskellar dentro de una hora, más o menos —dijo Wolf, mirando el reloj que había quitado al refugiado polaco, después de la guerra. El muerto Polack, pensó Wolf.

—Me disgusta ese hombre —dijo Úrsula—. No tiene modales. No sé qué es lo que una chica puede ver en él.

Wolf cortó otro trozo de salchicha y dijo, bromeando:

—Lo mismo que tú ves en mí.

La esperada reacción fue inmediata:

—Vosotros, los norteamericanos, pensáis que somos capaces de hacer cualquier cosa por vuestro tabaco y vuestra comida. Intenta tratarme como tus amigos norteamericanos tratan a sus chicas. Verás si te aguanto. Te irás de esta casa en seguida.

El padre, sin dejar de comer, dijo, apaciguador:

—Úrsula, Úrsula —pero sus palabras las dictaba únicamente la fuerza de la costumbre, pues seguramente estaba pensando en otra cosa.

Cuando Wolf hubo terminado de cenar, se dirigió al dormitorio y llenó de chocolate, cigarrillos y algunos puros su amplio maletín de cuero marrón. El chocolate y el tabaco los sacó de un armario cerrado del cual sólo él tenía la llave. Cuando estaba a punto de salir, entró el padre de Úrsula.

—Antes de que te vayas, Wolfgang, quisiera hablarte —el padre se mostraba siempre educado y respetuoso, recordando siempre que el amante de su hija era norteamericano. Y a Wolf eso le gustaba.

El padre condujo a Wolf a la fría bodega, situada en la parte trasera del apartamento, el cual, más que una planta baja, era un semisótano, pues quedaba a un nivel inferior al de la calle. El padre abrió la puerta y, en tono dramático y preocupado, exclamó:

—Mira.

De las vigas de madera colgaban los huesos desnudos de algunos jamones, además de un queso blanco, que parecía una luna en cuarto menguante.

—Tenemos que hacer algo, Wolfgang —dijo el padre—, nos queda ya muy poca cosa. Apenas nada.

Wolf suspiró. Se preguntaba qué era lo que el viejo zorro había hecho con los comestibles. Ambos sabían perfectamente que no se los habían comido. Ni todo un regimiento hubiera podido acabar con todo. Como siempre que el viejo entonaba la conocida canción, Wolf pensaba: Espera a que Úrsula y yo estemos en los Estados Unidos. Os voy a dar una buena lección a los dos. El anciano esperaba paquetes. Puñetas recibiría. Wolf movió la cabeza, como si hubiese resuelto el problema.

—Muy bien —dijo; regresaron al dormitorio, y Wolf entregó al padre cinco cajas de cigarrillos—. Son los últimos que podré darle en algunos meses —dijo Wolf, en tono serio—. Los demás voy a necesitarlos para un gran negocio que tengo entre manos.

—No te preocupes —respondió el padre—, bastarán para una buena temporada. Mi hija y yo nos arreglamos con muy poco, Wolfgang, tú lo sabes.

Wolf movió la cabeza, en signo de asentimiento y, también, de admiración por la desfachatez del hombre, y pensó: El viejo ladrón todavía se hará rico a costa mía.

Antes de abandonar la habitación, Wolf sacó de un cajón de su mesa la pesada pistola Walther y se la metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Esto siempre atraía la atención del padre, que se volvía aún más respetuoso, lo que agradaba a Wolf.

Mientras salían de la habitación, el viejo pasó, paternalmente, un brazo por el hombro de Wolf:

—La semana próxima recibiré una buena cantidad de tela de gabardina, de colores marrón y gris. Haré que te confeccionen unos cuantos trajes, como regalo. Y si alguno de tus amigos quiere comprar, les haré un precio especial, por ser amigos tuyos.

Wolf, con expresión grave, asintió. Mientras se dirigía a la puerta, Úrsula le dijo:

—Ten cuidado.

Abandonó el apartamento y salió a la calle, después de subir unos pocos escalones. Luego, andando con rapidez, tomó el camino hacia el Rathskellar. Estaba a sólo quince minutos, por lo que disponía de tiempo más que suficiente. Mientras caminaba, pensaba, maravillado, en el padre. Una gran cantidad de tela de gabardina. Su tela, en realidad. Y no parecía tener intención alguna de darle comisión. Tendría que poner los puntos sobre las íes. Tenía que ganar algo. A Mosca, a Cassin y Gordon les daría algunos metros, y hasta al judío tal vez, pero aun así, querría obtener algún beneficio. La vendería directamente. Y se quedaría algún corte para él. Bueno, era poca cosa, pero todo ayudaba.

En el Rathskellar, el gran restaurante subterráneo que antes de la guerra había sido uno de los mejores de Alemania, encontró a Eddie Cassin y a Mosca en una mesa situada junto a unos gigantescos toneles de vino. Los enormes barriles, que

llegaban hasta el techo, formaban una sombra sobre los dos hombres, aislándolos del resto de los oficiales y de las pocas mujeres presentes en la vasta y cavernosa sala. Una orquesta de cuerda tocaba suave y melodiosamente; la iluminación era escasa, y las pequeñas mesas con mantel blanco se extendían hasta donde alcanzaba la vista; y, además, había las alcobas y los pequeños comedores privados.

—Wolf, el hombre de los cigarrillos —gritó Eddie Cassin. Su voz se elevó por encima de la música y hasta el casi invisible techo, y allí se perdió; nadie prestó la menor atención. Eddie se inclinó sobre la mesa y murmuró:

—¿Qué es lo que habéis planeado para esta noche, perdonavidas?

Wolf se sentó:

—Sólo deseamos dar una vueltecita por la ciudad. Ver si conseguimos alguna ganga. Si dejáis de hacer tonterías, es posible que pueda haceros ganar algunos centavos.

Aunque hablaba en broma, Wolf estaba preocupado. Se daba cuenta de que Mosca estaba casi tan borracho como Eddie, y eso le sorprendía. Nunca antes había visto borracho a Mosca. Se preguntaba si sería mejor cancelar el asunto por aquella noche. Pero estaba ya todo dispuesto; era la primera noche en que entrarían a formar parte del engranaje del mercado negro, pero a lo grande. Cabía incluso la posibilidad de que logran saber quién tenía los vales. Wolf pidió una bebida, mientras miraba a Mosca, tratando de darse cuenta de si estaría en condiciones.

Mosca, que se había dado cuenta del examen a que era sometido, sonrió:

—Dos minutos al aire libre y me encontraré bien. No té. preocupes.

Trataba de hablar con normalidad, pero las palabras se, negaban casi a salir de su boca. Wolf no pudo ocultar una mueca de disgusto.

Eddie movió la cabeza, con mímica de beodo:

Lo que te pasa, Wolf, es que te crees listo. Quieres ser millonario. Pero nunca lo serás, Wolf. Ni que vivieras un millón de años. Primero, porque no tienes cerebro, lino sólo un poco de astucia. Segundo, porque te faltan cojones. Eres capaz de golpear a un prisionero alemán, pero eso es todo. Eso es todo, eso es todo.

—¿Cómo puedes aguantar a este desgraciado? —preguntó Wolf a Mosca, en tono deliberadamente tranquilo e insultante—. Son tantas las mujeres que se han sentado encima de su cabeza, que se le ha reblandecido el cerebro.

Eddie, irritado, se levantó y gritó: ¡Tú, sucio buscavidas...!

Mosca lo obligó a sentarse nuevamente. Algunos de los ocupantes de las otras mesas se habían vuelto para mirarlos.

—Tómalo con calma, Eddie, está bromeando. Y tú, también, Wolf. Está borracho. Cuando bebe, odia a todo el mundo. Y, además, su esposa le ha escrito desde Inglaterra, diciéndole que viene hacia aquí, con el niño. Y, claro, Eddie no puede soportar la idea de prescindir de todas sus damas.

Eddie se volvió a Mosca, y, en tono de reproche, le dijo:

—No es eso, Walter; comprendo que me he portado bastante mal con ella —

movió la cabeza, con gesto de aflicción.

Mosca, para alegrarlo, dijo:

—Háblale de tu gorila a Wolf.

Wolf se bebió su *whisky*, con lo que recuperó parcialmente su buen humor. Sonrió a Eddie Cassin.

Eddie dijo, solemnemente y casi con reverencia:

—Estoy acostándome con una* gorila.

Esperó la reacción de Wolf.

—No me sorprende —dijo Wolf, y se rio con Mosca—. Pero explícate mejor, ¿quieres?

—De veras, me entiendo con una gorila —insistió Eddie.

Wolf miró a Mosca, interrogativamente.

—Es una mujer —dijo Mosca—, pero él pretende que es una gorila, de tan fea como es.

Eddie bajó la vista, y luego se volvió a Mosca. En tono de profunda seriedad, le dijo:

—Debo confesarte una cosa, Walter: se trata realmente de una gorila. Me daba vergüenza admitirlo, pero es una gorila. Te mentí. Vive cerca de la base aérea y trabaja en el Gobierno Militar. Es intérprete.

Sonrió a sus dos compañeros, y Wolf, ya de un humor normal, se rio, pero tan fuerte que los de las mesas vecinas volvieron a mirarlos nuevamente.

—¿Qué os parece si vamos a buscarla, para divertirnos un poco? —preguntó Wolf, en plan de guasa.

Eddie se encogió de hombros:

—¡Cielos! Pero si ni siquiera pie atrevo a salir a la calle con ella. Sólo entro en su casa amparado en la oscuridad de la noche.

—Es hora de marcharnos, Walter —dijo Wolf, secamente—; ésta es la noche señalada, y va a ser muy larga.

Mosca acercó su cara a la de Eddie y le preguntó:

—¿Estás bien? ¿Podrás llegar a casa?

Eddie dijo algo así como que no se preocupara, y mientras se dirigían a la puerta lo oyeron pedir a gritos, al camarero, otra bebida.

Wolf dejó que Mosca andara delante de él, observando qué su paso era poco firme. Mientras subían los escalones, no pudo evitar decirle:

—Has escogido una buena noche para emborracharte.

En la boca de Mosca entró el aire fresco de la noche, hiriendo sus encías y su paladar, dañados ya por el exceso de alcohol y tabaco. Para calentarse la boca y la garganta, encendió un cigarrillo y pensó: Que te zurzan, Wolf. Si este hijo de perra me hace otra alusión, le pego un puñetazo, o me marchó. Sentía el aire frío atravesarle la garganta y notaba que se le helaban las rodillas, los muslos y hasta el torso. Al llegarle el aire fresco al estómago, sintió enormes deseos de vomitar. La

mente se le nublaba. Hizo un supremo esfuerzo para que Wolf no notara su estado. Estaba de acuerdo con Wolf en que había escogido una mala noche para embriagarse. Pero es que, por vez primera, había discutido con Hella. No había sido una de aquellas peleas que le hacen a uno perder los estribos y que dejan resentimientos, sino una disputa en la que ambos habían hablado lenguajes distintos. Era triste y deprimente.

La calle que tomaron Wolf y Mosca al salir del Rathskellar hacía pendiente. Pasaron por delante del Club de la Cruz Roja, y la música procedente del interior del local les estuvo siguiendo un rato, cual un fantasma. Un poco más allá del edificio de la policía, con su potente reflector que encerraba los *jeeps* en un cegador mar de luz, dejaron el centro de la ciudad y se confundieron en la oscuridad de la noche. Aunque debieron de haber andado un buen rato, a Mosca le pareció que sólo había transcurrido un instante cuando Wolf llamó a una puerta. De pronto se encontraron ambos dentro de algún lugar, al amparo del frío.

En la habitación había una mesa de grandes proporciones, con cuatro sillas a su alrededor. Eran los únicos muebles. Adosadas a la pared había montañas de diversos productos, sobre los cuales, aprisa y corriendo, habían colocado mantas del ejército. No había ventanas, y la habitación estaba llena de humo.

Mosca oyó que Wolf decía algo, mientras le presentaba al alemán —un enano casi— que tenía delante de él. A pesar de que el humo acentuaba su necesidad de vomitar, hizo un esfuerzo por centrarse, por darse cuenta de todo.

—Usted sabe qué es lo que a él le interesa —decía Wolf—. Dinero, sólo dinero. Vales norteamericanos.

El alemán movió la cabeza:

—He preguntado, he preguntado a todo el mundo. Nadie tiene la cantidad que usted dice. Yo, personalmente, puedo comprar por unos cientos de dólares, pero no más.

Mosca abrió la boca para enunciar, muy lentamente, lo que Wolf le había dicho que dijera:

—Me interesa vender de golpe una importante partida. Cinco mil cajas, como mínimo.

El pequeño alemán le dirigió una mirada de respeto y deferencia, y en su voz había una nota de envidiosa voracidad, al decir:

—¡Cinco mil cajas! ¡Vaya!

Al pensar en ello, sus ojos adquirieron una expresión soñadora, pero inmediatamente, en plan de hombre de negocios, dijo:

—No obstante, seguiré investigando, ténganlo por seguro. ¿Una copa, antes de despedirnos? ¡Freidl! —llamó; apareció una mujer, procedente de una habitación interior—. ¡Aguardiente! —gritó el alemán, como quien llama a un perro por su nombre. La mujer desapareció para, poco después, reaparecer con una botella blanca y tres vasitos. Detrás de ella entraron dos criaturas, un niño y una niña, de cabellos

rubios y cara sucia.

—¡Qué niños tan hermosos! —exclamó. De su cartera de mano sacó cuatro barras de chocolate e hizo ademán de entregar dos a cada uno.

El padre se interpuso entre Wolf y los niños y tomó en sus manos el chocolate:

—No —dijo—, es demasiado tarde para comer dulces» —se acercó a un armario, abrió uno de los cajones, y luego se volvió, pero ya con las manos vacías—. Mañana, hijos míos —dijo.

El niño y la niña, tristes, se marcharon. Mientras Wolf y Mosca bebían, la mujer dijo algo, en tono cortante y en un dialecto que ninguno de los dos entendía. El hombre contestó algo, y sus palabras fueron acompañadas de una mirada amenazadora:

—He dicho que mañana. Mañana; no se hable más. Mosca y Wolf se fueron, y en la oscura calle, iluminada sólo por la luz procedente de una ventana, pudieron oír las encolerizadas voces del hombre y de la mujer, unas voces que expresaban, además de enojo, miedo y odio.

El blanco aguardiente hecho de patatas, casi tan fuerte y seco como el alcohol, calentó el cuerpo de Mosca, pero hizo que la oscura noche de invierno le pareciera más negra todavía. La cabeza le daba vueltas y daba algún que otro traspies. Finalmente, Wolf se detuvo y le preguntó, en tono preocupado y asiéndole del brazo:

—¿Quieres que lo dejemos por esta noche, Walter? ¿Prefieres irte a casa?

Mosca, su cara muy cerca de la pálida faz de Wolf, negó con la cabeza. Echaron a andar nuevamente, Mosca un paso o dos detrás de Wolf. Luchaba contra el frío y contra sus deseos de vomitar. Recordó que Hella le había dicho las mismas palabras, aquella tarde.

Llevaba uno de los vestidos que él le había regalado en las últimas Navidades. Ann Middleton le había prestado su tarjeta, lo que le permitió comprar en el almacén militar. Hella le había mirado meterse su pequeña pistola húngara en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego le preguntó, con voz suave:

—¿Quieres regresar a tu casa?

Mosca sabía lo que la muchacha quería decir. La prohibición de los matrimonios entre norteamericanos y alemanas había sido levantada unos días antes de Navidad, y ahora, más de un mes después, él nada había hecho para conseguir el permiso de boda. Y Hella sabía que ello era debido a que una vez casados, tendrían que salir de Alemania y trasladarse a los Estados Unidos. Y respondió:

—No, no puedo ahora; me faltan seis meses para terminar mi contrato de trabajo.

Hella había estado dudando, había tenido miedo casi, y cuando se acercó a dar un beso a Mosca, como siempre hacía cuando él salía, incluso por unas pocas horas, le dijo:

—¿Por qué no lees las cartas de tu familia? ¿Por qué no les envías algo más que una simple nota?

Mosca sentía contra su cuerpo el suave contacto de su estómago y de sus

redondos pechos.

—Deberemos marcharnos algún día —dijo Hella.

Y él sabía que esto era verdad. Pero no podía decirle por qué le era imposible regresar a casa ahora. No podía decirle que no sentía verdadero afecto por su madre ni por Alf, y que la lectura de sus cartas sería como oír sus lloriqueos. No podía decirle que le gustaba la ruinoso ciudad, los destrozados edificios, la línea del horizonte, que parecía cortada con un hacha. Que, cuando estaba en su hogar, las calles sólidas, interminables y monótonas le producían un sentimiento de angustia.

—Tenemos tiempo —dijo—. En junio, una vez haya nacido el niño, arreglaré los papeles y nos casaremos.

Hella permanecía de pie a unos pasos de él:

—No es eso lo que me preocupa. Pero creo que no deberías tratar así a tu familia; pienso que, al menos, deberías leer sus cartas.

Mosca, irritado, replicó:

—Mira, no me gusta que me digas lo que tengo o no tengo que hacer.

Y ella, después de darle un beso, le había dicho:

—Ten cuidado esta noche.

Y él sabía que lo esperaría, a pesar de haberle dicho que no lo hiciera.

Pudo oír la voz de Wolf, que decía:

—Ya hemos llegado.

Se encontraban frente a una escalinata y debajo de un círculo de luz formado por una bombilla fijada en la fachada de la casa. Su luz débil y amarillenta era lo único que quebraba la oscuridad de la noche. Mosca, vacilante, los escalones, sin dejar de cogerse fuertemente a la barandilla de hierro.

—Este individuo es un pájaro —dijo Wolf mientras tocaba el timbre—. Pero quiero que lo conozcas. Es joyero, y si quieres algo para tu chica, se portará bien.

Se abrió la ventana situada encima de la bombilla. Wolf levantó la cabeza y dijo:

—Buenas noches, *Herr Furstenberg*.

—Un momento, *Herr Wolfgang* —la voz era triste y se adivinaba que pertenecía a un hombre de cierta edad.

Cuando se abrió la puerta, un hombre calvo y de baja estatura, piel morena y enormes ojos negros, los esperaba para saludarles, y cuando Wolf presentó a Mosca, el alemán hizo chocar sus talones y efectuó una ligera reverencia.

—Suban, por favor —dijo.

Subieron las escaleras y atravesaron una puerta que los condujo a un amplio salón con muchos muebles, entre los que figuraban dos grandes sofás, tres o cuatro sillas tapizadas y un magnífico piano. Había una mesa en el centro de la habitación, y algunas otras, más pequeñas, contra las paredes. En uno de los sofás estaban sentadas dos muchachas de no más de dieciséis años; no estaban muy juntas, sino que quedaba un espacio entre ambas. *Herr Furstenberg* se sentó en dicho espacio.

—Por favor —dijo, señalando las sillas vacías más cercanas a él. Wolf y Mosca se

sentaron.

—Quería presentarle al hombre de quien le he hablado —dijo Wolf—. Es un excelente amigo mío, y sé que usted le tratará bien, si algún día necesita su ayuda.

Herr Furstenberg, sus brazos alrededor de la cintura de las dos muchachas, inclinó su calva cabeza cortésmente, con igual formalismo y seriedad:

—No le permito que lo dude —dijo, mirando directamente a Mosca, con sus hundidos ojos negros—. Le ruego que acuda a mí, en todo lo que considere que puedo serle útil.

Mosca asintió y apoyó la espalda en la cómoda silla, sintiendo una gran fatiga en las piernas. Confusamente, a través de la niebla de su cansado cerebro, observó que las dos muchachas tenían muy buen aspecto, a pesar de que no iban maquilladas. Llevaban unos calcetines de lana que les llegaban hasta las rodillas. Estaban sentadas recatadamente al lado de *Herr Furstenberg*; una de ellas llevaba unas largas trenzas que, cayendo por los hombros, le llegaban hasta el regazo. *Herr Furstenberg* jugaba distraídamente con una de las trenzas.

—En lo que se refiere al otro asunto —dijo el alemán, dirigiéndose nuevamente a Wolf—, lo siento mucho, pero no puedo ayudarle. Ninguno de mis amigos ha oído hablar del robo de un millón de dólares en vales. Es una listona fantástica —el alemán les dedicó una amable sonrisa.

—No —dijo Wolf, con firmeza—, la historia es cierta —se levantó y alargó la mano—. Siento haberle molestado a una hora tan intempestiva. Si consigue alguna información, le ruego que me la comunique.

—Naturalmente —dijo *Herr Furstenberg*. Se levantó y estrechó la mano de Mosca, diciendo:

—Le ruego acuda a mí siempre que quiera.

Las dos muchachas se levantaron del sofá y *Herr Furstenberg*, cual padre amatísimo, les rodeó la cintura con los brazos, y los tres acompañaron a Mosca y a Wolf hasta el rellano. Una de las chicas, la que no tenía el pelo largo, los acompañó hasta la puerta de la calle. Pudieron oír cómo la muchacha echaba el cerrojo. Luego se apagó la bombilla de la fachada y todo quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

Mosca, mortalmente cansado, y disgustado por haber tenido que abandonar la cómoda habitación, preguntó a Wolf:

—¿Piensas que llegaremos a encontrar a esos bastardos?

—Espero lograr algo esta noche —respondió Wolf—. De momento, considero interesante que te vean. Eso es lo principal...

En las oscuras calles vieron *jeeps* estacionados frente a casas aparentemente desiertas.

—Todo el mundo está de caza esta noche —comentó Wolf—. ¿Qué te ha parecido *Furstenberg*?

Ya no hacía viento, por lo que podían hablar con facilidad:

—Parece un buen sujeto —contestó Mosca.

—Excelente, para ser un judío. Y no quiero ofender a tu amigo —dijo Wolf; al ver que Mosca no decía nada, prosiguió, Furstenberg estuvo también en un campo de concentración. Su esposa e hijos están en los Estados Unidos. Quería reunirse con ellos, pero padece de tuberculosis, por lo cual no le permiten la entrada. Y la pescó en el campo. Gracioso, ¿eh?

Mosca no contestó. Cruzaron una avenida bien iluminada, y se encontraron en el corazón de la ciudad.

—Está algo loco —casi gritó Wolf; volvía a soplar el viento, que levantaba nubes de polvo; doblaron una esquina y el viento volvió a desaparecer—. ¿Has visto a las dos muchachas? Las consigues en zonas rurales, y cada mes, aproximadamente, le envían otras dos. Fue su agente quien me lo contó; tenemos negocios en común. Furstenberg pasa unas semanas viviendo con las chicas, las cuales disponen de su propia habitación. Y luego, después de haberlas tratado como hijas durante todo este tiempo, una noche entra en su dormitorio y las desvirga.

A la mañana siguiente las pone de patitas en la calle, no sin entregarles alguna joya de valor, y una semana más tarde recibe otro par de muchachas. Las que has visto son nuevas, pues no las había visto antes. Debe ser de película la escena que se desarrolla en la habitación de las jovencitas. Algo realmente salvaje. Como cuando uno persigue a un par de gallinas para cortarles la cabeza.

«Otro sinvergüenza», pensó Mosca. Todo el mundo iba a lo suyo. Y él no era mucho mejor. Así que no permitían la entrada del pobre bastardo porque sufría de tuberculosis. Era una ley que estaba en los libros. Una ley sensata, como todas las leyes. Pero siempre fastidiaban a alguien. En este caso, al hijo de puta de Furstenberg. Pero él, Mosca, tenía sus propios problemas, y eso es lo que había querido explicar a Hella. Que cada día quebrantaba una ley. Era ilegal tenerla en el alojamiento, comprarle vestidos con la tarjeta militar de Middleton, dormir con ella, etc., y por amarla podía dar con sus huesos en la cárcel. Y no se quejaba, no se indignaba, pues así era el mundo. Pero cuando intentaban que se sintiera avergonzado, cuando trataban de convencerlo de que todo aquello era justo, su espíritu se sublevaba. Cuando querían que se condujera como ellos pensaban que debía conducirse, los enviaba mentalmente a hacer gárgaras. El escuchar a su madre, a Alf y a Gloria era superior a sus fuerzas. No podía resistir la lectura de los periódicos, pues su contenido lo asqueaba. Ayer decían que una cosa era buena y hoy dicen que es mala. Hoy te consideran bueno, pero mañana te harán creer que eres un asesino, un animal salvaje. La muerte de Fritz podía quedar sin castigo, pero uno podía ir a parar a la cárcel por amar a una mujer. Una semana atrás había visto cómo ejecutaban a los polacos, en el campo de juego situado detrás de la base aérea. Los tres valientes polacos habían hecho una matanza en una aldea alemana; cayeron hombres, mujeres y niños, pero aquellos pobres polacos habían cometido un error; la matanza la habían realizado pocos días después de haber comenzado la ocupación, en

lugar de unos días antes. Por ello, en lugar de ser condecorados por el general, como valientes guerrilleros, la mitad superior de sus cuerpos había sido cubierta por unas capuchas oscuras, y habían sido atados a unos palos de madera. El pelotón de ejecución, desde pocos metros, los acribilló. Unos creerán que la ejecución era necesaria y justa, mientras otros creerán todo lo contrario, pero la realidad es que a nadie le preocupan mucho estas cosas. ¿No se tomó él un buen desayuno después de ver morir a los polacos?

Pero no podía explicar a Hella el motivo por el cual odiaba a su madre, a su novia, y a su hermano; y por qué, en cambio, la amaba a ella. Quizá porque ella había tenido miedo, como lo había tenido él; tal vez porque ella temía a la muerte tanto como la temía él; y quizás, en realidad, era porque ella lo había perdido todo, igual que él; con la diferencia de que él había perdido todo lo que antes había tenido en su interior, en su espíritu, y la muchacha, en cambio, no. Tampoco podía explicar a Hella que odiaba a todas las madres, y padres, y hermanos, y hermanas, a todas las novias y esposas que veía en los periódicos, en los noticiarios y en las brillantemente coloreadas revistas, recibiendo medallas por sus hijos muertos, por sus héroes. Odiaba las orgullosas sonrisas, el orgulloso llanto, los serios vestidos que se ponían para la ocasión, y su dolor, verdadero pero dulce. Y lo mismo le sucedía con las solemnes caras de los erguidos dignatarios, con sus camisas inmaculadamente blancas y sus negras corbatas. Imaginaba también a los seres queridos de los enemigos, recibiendo las mismas medallas por sus hijos muertos y sus héroes, aceptando en cambio, entre sonrisas y lágrimas, el disco metálico colocado en una cajita tapizada en seda. Y de pronto, a su confuso y fatigado cerebro llegaba la imagen, monstruosa, de miles de muertos que levantaban la cabeza para inclinarse, agradecidos, ante los dignatarios, las madres, los padres, los hermanos y las novias.

Pero no se les podía reprochar nada, porque nuestra causa era justa; eso es cierto, pero ¿y lo de Fritz? Eso fue un accidente, nada más que un accidente. Y todos lo perdonarían, sus propios superiores, su madre, Alf y Gloria. Todos dirían que no había podido hacer otra cosa. Los gusanos lo perdonarían también. Hella había llorado, pero lo aceptó también, porque no le quedaba otro remedio. Y él no podía echarles nada en cara. Pero no tratéis de decirme lo que está mal, no me digáis que debo leer sus cartas, no me digáis que no debe llegar el fin del mundo porque los hombres son sagrados y tienen un alma inmortal, no digáis que debo sonreír ni ser amable con todos los hijos de perra que me hacen un favor y se dignan saludarme. Todas las insinuaciones de Hella para que me muestre más amable con *Frau Meyer*, con Yergen y con mis amigos, y para que lea y conteste las cartas de mi familia. Todo forma una confusa mezcla de la que nadie es culpable. En consecuencia, ¿cómo podemos reprocharles el hecho de que estén vivos?

Tuvo que detenerse, se sentía realmente enfermo; la cabeza le daba vueltas y ni siquiera sentía sus piernas. Wolf lo sostenía del brazo, y él se apoyaba en su hombro, hasta que, finalmente, su cabeza ya un poco más clara, pudo volver a andar.

La noche se veía turbada por el paso de sombras, y Mosca, siguiéndolas, levantó la cabeza y vio por vez primera la fría y distante luna invernal, y se dio cuenta también de que se hallaban en el parque Contrescarpe, que se extiende alrededor de un pequeño lago. La luz de la luna brillaba en el agua y daba a los árboles un aspecto fantasmagórico. Mientras miraba, grandes sombras azules atravesaban el firmamento, y ahora, de repente, se dio cuenta de que no podía ver nada. Luego Wolf le dijo:

—Pareces realmente enfermo, Walter; sigamos andando un poco más y luego nos detendremos.

De pronto se encontraron en la ciudad, concretamente en una plaza. En un extremo se alzaba una iglesia, cuyas Agrandes puertas de madera estaban cerradas. Se encaminaron a una entrada lateral y subieron por una estrecha escalera. Al final de la misma había una puerta que parecía formar parte de la pared. Wolf llamó y, a pesar de su estado, Mosca se asombró al ver a Yergen y pensó: Wolf sabe que Yergen no se va a creer que tengo los cigarrillos. Pero se sentía demasiado mal como para preocuparse.

Mosca se apoyó en una de las paredes de la habitación, y luego Yergen le dio una píldora verde y café caliente; mejor dicho, le puso la pastilla en la boca y el vaso en los labios.

Ahora veía perfectamente a Yergen y a Wolf, y también la habitación. El malestar desapareció de su cuerpo, y sintió un sudor frío entre sus piernas. Wolf y Yergen lo miraban, sonrientes, y Yergen le dio una palmada en el hombro mientras, amablemente, le preguntaba:

—¿Se encuentra mejor?

La habitación era fría. Era grande, cuadrada, con el techo muy bajo, y estaba partida en dos gracias a una especie de biombo de madera cubierto con ilustraciones recortadas de un cuento de hadas:

—Mi hija duerme al otro lado —dijo Yergen, y mientras el alemán hablaba pudieron oír la respiración de la pequeña, que luego despertó, comenzando entonces a llorar, como si se hallara sola y el sonido de su propio miedo la asustara. Yergen se dirigió al otro lado del biombo y regresó poco después con su hijita en brazos.

La niña estaba envuelta en una manta del ejército norteamericano, y los miró gravemente con sus ojos húmedos. Tenía el cabello de un negro intenso, y una cara madura y triste.

Yergen se sentó en el sofá, con Wolf a su lado. Mosca ocupó la única silla libre.

—¿Puede usted venir con nosotros esta noche? —preguntó Wolf—. Iremos a ver a Honny. Es el hombre que me interesa.

Yergen negó con la cabeza:

—Esta noche me es imposible —apretó su mejilla contra la de su hijita—. Mi pequeña ha sufrido un susto antes de que vinieran ustedes. Alguien llamó a la puerta, y ella sabía que no era yo, porque tenemos una señal especial. Debo dejarla sola muchas veces, y la mujer que cuida de ella se marcha a las siete. Cuando regresé, la

niña estaba tan asustada que tuve que darle una de las píldoras.

Wolf meneó la cabeza:

—Es muy pequeña. No le convienen las píldoras. Pero espero que no piense que fuimos nosotros. Usted sabe que respeto sus deseos y que vengo solamente cuando así lo hemos acordado usted y yo.

Yergen seguía con la niña en brazos:

—Lo sé, Wolfgang, sé que es usted muy razonable.

Y sé que no debería darle pastillas. Pero se encontraba en un estado tal que me asusté.

Mosca se sorprendió al ver la mirada de amor en la orgullosa cara de Yergen, y su tristeza y desesperación.

—¿Piensa que Honny puede tener ya alguna noticia? —preguntó Wolf.

Yergen movió la cabeza:

—Creo que no. Perdóneme por decir esto: sé que usted y Honny son muy buenos amigos. Pero si tiene alguna noticia, no estoy seguro de que la comunique inmediatamente.

Wolf sonrió:

—Lo sé. Por eso me hago acompañar por Mosca, para convencerlo de que tengo un hombre con cinco mil cajas.

Yergen miró fijamente a Mosca, y por vez primera éste se dio cuenta de que Yergen era su cómplice, un socio.

Y vio que en los ojos de Yergen había una mirada de temor, como si mirara a alguien de quien supiera que iba a cometer una muerte. Ahora se daba cuenta del papel que sus dos socios le habían asignado. Devolvió la mirada a Yergen, hasta que éste bajó la cabeza.

Salieron. En la calle, la oscuridad no era tan intensa como antes, como si la luna hubiese disuelto en parte las sombras, pero sin dar luz. Mosca se sentía como nuevo, y el aire fresco le había aclarado la cabeza. Caminaba, rápidamente, al lado de Wolf. Encendió un cigarrillo, y el suave humo le calentó la lengua. Andaban en silencio. En un momento dado, Wolf dijo:

—Es una larga caminata, pero nos queda ya sólo una parada. Luego tendremos el premio. Combinaremos los negocios con el placer.

Tomaron diversos atajos a través de edificios en ruinas, hasta que Mosca perdió su sentido de la orientación, y de pronto se encontraron en una calle que parecía desgajada del resto de la ciudad, una pequeña aldea rodeada de un desierto de escombros. Wolf se detuvo en la última casa del final de la calle y dio una serie de rápidos golpes en la puerta.

Se abrió, y frente a ellos vieron a un hombre bajo y rubio. La parte delantera de su cabeza era completamente calva, y parecía como si el cabello del centro y de la parte posterior no fuera tal cabello, sino un casquete dorado. Iba muy correctamente vestido.

El alemán estrechó la mano de Wolf y dijo:

—Wolfgang, llega usted a punto para el tentempié de medianoche —los hizo pasar y cerró la puerta; pasó el brazo por los hombros de Wolf—. Me alegro muchísimo de verle. Pasen, pasen.

Pasaron a una lujosa sala, en la que se veía un chinero lleno de copas y vasos de cristal y piezas de vajilla; el suelo estaba ricamente alfombrado en rojo. Una de las paredes estaba tapada por una estantería llena de libros, y había lámparas de pie y suaves sillones. En uno de ellos, los pies sobre un cojín amarillo, estaba sentada una mujer de formas opulentas, labios carnosos y brillante pelo rojo. Estaba leyendo una revista norteamericana de modas. El hombre rubio le dijo:

—Aquí están nuestro Wolfgang y el amigo de quien nos habló.

La mujer extendió una mano flácida, que ambos estrecharon. Dejó la revista en el suelo.

Wolf se quitó la chaqueta y dejó su cartera de mano en la silla que tenía al lado.

—¿Ha habido suerte, Honny? —preguntó al hombre rubio.

—Creo que se está usted burlando un poco de nosotros —dijo la mujer—. No hemos podido encontrar nada.

Hablaba a Wolf, pero miraba a Mosca. Su voz era extremadamente dulce, una voz que suavizaba el sentido de cualquier cosa que dijera. Mosca encendió un cigarrillo, sintiendo que su cara ardía debido al deseo que la mujer había despertado en él con su mirar, con la absoluta franqueza de sus ojos, y con el recuerdo de su mano, ardiente cuando Mosca la estrechó. Y, sin embargo, al levantar los ojos vio, a través del humo del cigarrillo, que era fea; a pesar del maquillaje, no podía ocultar la voracidad de su boca ni la crueldad de sus ojos azules.

—Es una historia completamente cierta —decía Wolf—. Me consta. Necesito únicamente ponerme en contacto con las personas adecuadas. Quienquiera que me ayude obtendrá una buena recompensa.

—¿Y éste es su rico amigo? —preguntó el hombre, sonriendo. Mosca observó que tenía pecas en la cara, lo que le daba un aspecto juvenil.

Wolf se rio y contestó:

—Aquí está sentado un hombre con cinco mil cajas.

Lo dijo en tono burlesco y, a la vez, con admiración. Mosca, que comenzaba a disfrutar de la situación, dedicó los dos alemanes una sonrisa que parecía indicar que igual podía tener un camión cargado de cigarrillos estacionado frente a la casa. Le devolvieron la sonrisa. Veremos si después os reís también, cabezas cuadradas, pensó.

Se abrió la puerta corrediza que daba a la otra habitación y apareció otro alemán, delgado, vestido con un traje oscuro. Detrás de él, Mosca pudo ver una mesa con mantel y servilletas blancas, cubiertos de plata y bonicas copas de cristal.

El hombre rubio dijo:

—Por favor, acompáñennos en nuestra tardía cena. En el asunto que le interesa, Wolfgang, no puedo ayudarle. Pero imagino que un hombre qué, como su amigo, tiene

una fortuna tal en cigarrillos, podrá hacer algún negocio conmigo, aunque no sea a cambio de vales.

Mosca dijo, gravemente:

—Es muy posible.

Sonrió, y los otros se echaron a reír, como si su respuesta hubiese sido muy graciosa. Pasaron al comedor.

El sirviente trajo una fuente llena de jamón, de un hermoso color rojo oscuro, y que era evidente que procedía de los almacenes militares norteamericanos. En otra fuente, de plata, había rebanadas de pan blanco, de procedencia militar norteamericana, también. Todavía estaba caliente. Wolf puso mantequilla sobre una de las rebanadas, enarcó las cejas, como asombrado, y dijo:

—Veo que lo reciben incluso antes que el comisariado norteamericano.

El hombre rubio hizo un gesto de complacencia y se echó a reír. Trajeron varias botellas de vino, y Mosca, muy sediento a causa de la larga caminata, y encontrándose ya mucho mejor, apuró su vaso de un solo trago. El alemán rubio pretendía estar pasándolo muy bien.

—Un hombre, como los que a mí me gustan. No como usted, Wolfgang, que es cauteloso en todo, lo mismo en la bebida que en los negocios. Ahora comprendo por qué él tiene cinco mil cajas y usted, en cambio, no.

Wolf sonrió y replicó, en tono zumbón:

—Psicología superficial, amigo mío, muy superficial. Se olvida de lo que como —comenzó a servirse lonjas de jamón y salchichas de diversas clases; también se mostró liberal con el queso y la ensalada—. Bien, Honny, ¿qué me dice ahora?

Honny, con sus ojos azules centelleantes de placer, gritó casi, con excelente buen humor:

—Sólo puedo decir una cosa. Buen apetito.

La mujer de cabellos rojos se rio, como lo hicieron también los demás, y se inclinó para dar de comer al enorme perro que estaba echado debajo de la mesa. Le dio un buen trozo de jamón, y luego tomó un gran plato de madera, que le entregó el sirviente, y vació en el mismo una botella de leche. Mientras se inclinaba puso descuidadamente su mano libre sobre la pierna de Mosca, y luego le apretó el muslo para poder levantarse. Lo hizo abiertamente, sin disimulo.

—Estás demasiado encariñada con ese perro —dijo Honny—. Lo que necesitas es un hijo. Tu vida se llenaría.

—Mi querido Honny —replicó ella, mirándolo a los ojos—, entonces será preciso que cambies tus gustos amorosos.

Pero la dulzura de su voz suavizó las palabras.

Honny murmuró:

—Y ése es un precio demasiado alto para mí —guiñó un ojo a Wolf—. Cada uno tiene sus gustos, ¿eh, Wolfgang?

Wolf asintió, sin dejar de ocuparse del enorme emparedado que él mismo se había

preparado.

Comieron y bebieron. Mosca, vigilante, comió más y bebió menos. Se sentía bien. Hubo un largo silencio, roto al fin por la mujer, que, con súbita energía y entusiasmo, dijo:

—Oye, Honny, ¿por qué no les mostramos nuestro tesoro?

Desde detrás del emparedado la cara de Wolf mostró un súbito, y algo cómico, interés. Honny se echó a reír y exclamó:

—No, no, Wolfgang, eso nada tiene que ver con negocios. Y además es muy tarde. Pienso que tal vez estarán ustedes demasiado cansados.

Tratando de disimular su interés, Wolf dijo, cautelosamente:

—Explíqueme de qué se trata.

El alemán le sonrió:

—No hay ganancias de por medio. Es sólo una curiosidad. En el patio trasero estoy construyendo un pequeño jardín. La casa del otro lado de la calle está destruida, y parte de la misma cayó sobre mi propiedad. Comencé a quitar los escombros, tarea a la que tomé afición. Pero de pronto encontré algo muy extraño. Descubrí un agujero entre los escombros. Debajo del mismo está el sótano, completamente intacto, y el resto de la casa ha caído sobre el mismo. Y ahora viene lo interesante: por alguna rara casualidad, algunas de las vigas cayeron de un modo tal que sostienen el edificio, formando una gran sala debajo —sonrió, y las pecas de su cara se hicieron más aparentes de lo normal—. Les aseguro que es algo único. ¿Quieren verlo?

—Desde luego —dijo Mosca, y Wolf asintió, simulando indiferencia.

—No necesitarán ponerse la chaqueta. Está al otro lado del jardín, y una vez allá abajo, se tiene calor.

Pero Mosca y Wolf hicieron caso omiso de las palabras del alemán, pues no querían salir fuera inermes y tampoco deseaban que Honny supiera que llevaban armas. Honny se encogió de hombros.

—Esperen a que tome mi linterna y algunas velas. ¿Quieres venir, Erda? —preguntó a la mujer.

—Naturalmente —dijo Erda.

Los cuatro atravesaron lo que sería el jardín; el alemán iba delante, con la linterna en la mano, para mostrar el camino. El jardín era cuadrado y estaba rodeado de una valla de ladrillo, pero tan baja, que podía ser saltada sin dificultad. Subieron a un pequeño montículo de escombros, desde el que podían ver, detrás de ellos, la parte superior de la casa. La ciudad, situada debajo, era, en cambio, invisible, pues la luna había quedado oculta detrás de una nube. Descendieron al valle formado por dos terraplenes de esquisto y de fragmentos de ladrillos, y llegaron a la pared que sostenía y protegía otro montón de ruinas.

El hombre rubio se agachó:

—Por aquí —dijo, y les mostro un agujero en la pared, el cual parecía tan negro y opaco como una profunda sombra. Entraron en fila india; el alemán iba delante,

seguido de la mujer, de Wolf y de Mosca.

Inesperadamente, cuando sólo habían dado unos pasos, se encontraron con una escalera descendente. Honny lanzó un grito de aviso a quienes le seguían.

El alemán los esperaba al final de la escalera. La mujer encendió dos velas y entregó una a Mosca.

A la amarillenta luz de las velas pudieron ver ante ellos, como el mar contemplado desde los acantilados, una gran sala subterránea, iluminada por tres velas, que derramaban profundas sombras sobre la estancia. Ni el suelo ni las paredes estaban lisos. En el centro de la sala había una escalera ascendente, pero semibloqueada por los cascotes que habían caído sobre ella.

—Esto era un refugio de las SS poco antes de terminar la guerra, cuando su aviación bombardeaba la ciudad —dijo Honny—. Hace ya más de un año que están todos aquí enterrados. ¡Glorioso!

—Puede haber algo de valor —dijo Wolf—. ¿Lo han mirado?

—No —respondió Honny.

Sus pies se hundían en el suelo. La mujer permanecía junto a la pared, apoyada en el extremo de una enorme viga de madera, uno de cuyos extremos había caído, quedando trabada en el suelo; el otro extremo de la viga... estaba acuñado contra el techo. Sostenía la vela en lo alto, y los tres hombres se adentraron en la enorme sala.

Se movían con cautela, sus pies sobre una alfombra irregular de vidrios rotos, polvo y fragmentos de ladrillos; parecía como si estuviesen atravesando una rápida corriente de agua. A veces, cuando sus pies se hundían en los escombros, los movimientos de sus brazos para guardar el equilibrio eran asombrosamente similares a los que hubiesen hecho en el agua.

Delante de él, Mosca vio una bota negra, muy lustrosa. La cogió; era inesperadamente pesada. Se dio cuenta de que dentro de ella había una pierna. Su parte superior estaba cubierta de polvo y trocitos de piedra, mezclados con sangre seca y tuétano de huesos quebrantados. Dejó caer la bota y se dirigió al extremo opuesto de la sala, hundiéndosele a veces media pierna en los escombros. Cerca de la puerta tropezó con un cuerpo humano al que le faltaba la cabeza, las piernas y los brazos. Lo apretó con los dedos, y notó la carne, en la que ya no quedaba ni un gramo de grasa ni nada de sangre estrujada por la enorme presión de los escombros. Las extremidades del cuerpo aparecían, como la bota, cubiertos de una argamasa de polvo y piedras.

Nada había de horrible en estos restos de seres humanos. No se apreciaba rastro alguno de sangre ni de carne. Habían sido aplastados de una forma tal que las ropas parecían sustituir a la piel. La sangre había sido absorbida por las toneladas de ladrillos convertidos en polvo seco. Mosca apartó con un pie parte de los escombros que lo rodeaban, pero cuando su otro pie comenzó a hundirse, se alejó rápidamente. Wolf estaba ocupado, solo, en un rincón, sin iluminación, casi invisible. De repente, Mosca sintió un calor agobiante. Se levantó una polvareda caliente, de la que se

desprendía un curioso olor, como dé carne quemada, y tal parecía que en el subsuelo de la destrozada ciudad estuviese encendida una enorme hoguera.

—Necesito luz —dijo Wolf, desde su rincón. Su voz semejaba un murmullo hueco. Mosca le tiró su vela, encendida. Describió un gran arco de luz amarilla y cayó a los pies de Wolf. La dejó allí, en posición vertical.

Pudieron ver la sombra de Wolf ocupada con un torso. Honny, con voz tranquila, comentó:

—Es curioso el hecho de que estos cuerpos no tengan cabeza. He encontrado seis o siete; algunos tienen una pierna o un brazo, pero no se ve ni una sola cabeza. Además, ¿cómo es posible que no se hayan descompuesto?

—¡Eh! —resonó la voz de Wolf—. He encontrado algo.

Levantó una funda de cuero de la que colgaba una pistola. Sacó el arma de la funda y cayeron al suelo pequeños trozos. Wolf echó la funda lejos de él y siguió buscando, mientras hablaba con el alemán.

—Como las momias, como las momias de la antigüedad —dijo—. El polvo y los escombros han quedado prensados en sus cuerpos. Y la cabeza les quedó partida en miles de trozos, trozos que ahora, con toda seguridad, estamos pisando. He visto cosas así anteriormente —se había alejado de la vela, adentrándose aún más en la sala, y volvió a decir:

—Luz, por favor.

La mujer, sin moverse de donde estaba, levantó más la vela que tenía en la mano, y entonces vieron, a la débil y amarilla luz de la candela, que Wolf tenía algo en las manos. En el mismo momento, el alemán lo enfocó con su linterna.

El grito de Wolf fue corto, más de sorpresa que de otra cosa, pero el de la mujer fue histérico. A la luz de la linterna y de la vela vieron una mano gris, de dedos extremadamente largos y cubierta por una pátina de polvo. La luz de la vela se apagó casi en el instante mismo en que Wolf arrojó la mano lejos de sí. Permanecían todos en silencio, sintiendo ahora el fuerte calor, la opresión del polvo que ellos mismos habían levantado con sus pies. Luego, Mosca dijo a Wolf, en tono de reprobación:

—¿No te da vergüenza?

El alemán rio quedamente, pero su risa resonó por todo el subterráneo. Wolf dijo, como disculpándose:

—Es que pensé que se trataba de una rata.

La mujer, todavía junto a la pared, dijo:

—Vayámonos en seguida, necesito aire.

Mientras Mosca comenzaba a andar delante de ella, se derrumbó parte de la pared.

Una gran cantidad de cascotes cayó a sus pies. Su cabeza fue a chocar contra uno de los torsos. Sus labios lo tocaron, y el contacto le dijo que no había ropa sobre el cuerpo, sino piel quemada, dura como el cuero. Debajo de la piel, el cuerpo se notaba caliente, como si se estuviera ya quemando en el infierno. Cuando trató de levantarse,

notó la imperiosa necesidad de vomitar. Oyó cómo los otros se acercaban para ayudarlo y casi gritó:

—¡Apártense de mí, apártense!

Se arrodilló e inmediatamente vomitó todo lo que había comido y el alcohol, ahora convertido en bilis, que había bebido.

Su estómago había quedado totalmente vacío. Se levantó. La mujer lo ayudó a salir de allí. A la luz de la vela que ella sostenía en la mano, Mosca pudo ver en su rostro una extraña expresión de excitación y de placer. Mientras subían las escaleras, la mujer se cogía a la parte trasera de la chaqueta de Mosca.

Salieron al aire libre, muy frío, y respiraron profundamente.

—Es una gran cosa estar vivo —dijo el alemán—. Eso de abajo es lo que viene después de la muerte.

Desde el desfiladero por el que caminaban, subieron el montículo de escombros. La luna bañaba la ciudad y la hacía parecer como un fantástico desierto gris, con niebla y polvo en vez de arena. Su aspecto era fantasmagórico, como si fuera morada de muertos vivientes. Más allá, junto a la Polzeihaus, vieron la luz amarilla de un tranvía que, lentamente, subía por la empinada calle, y oyeron, apagadamente, el sonido de su campanilla. Mosca pensó que debían hallarse muy cerca de su alojamiento, en la Metzger Strasse, pues a menudo había visto aquel tranvía, subiendo por la misma calle y haciendo sonar la misma campanilla.

Mientras permanecían de pie sobre aquel montón de escombros, la mujer se colgó del brazo del alemán y preguntó:

—¿Quieren entrar a tomar una copa?

—No —respondió Mosca, quien, a continuación, dijo a Wolf:

—Vámonos a casa.

Se sentía solo y asustado, temeroso de todos los que lo rodeaban, incluido Wolf, temeroso de que hubiese sucedido algo a Hella, mientras se encontraba sola en el alojamiento. Ahora, completamente sobrio, tenía la impresión de que hacía mucho que había dejado a Eddie Cassin, completamente borracho, en el *Rathskellar*. Con Wolf a su lado, Mosca comenzó a andar el largo camino de regreso.

Se preguntaba si Eddie había podido llegar a casa, y estaba casi seguro de que era muy tarde, bastante más de medianoche, probablemente. Hella lo estaría esperando, sola, leyendo en el sofá. Por vez primera pensó con emoción en su madre, en Alf y en Gloria, en las cartas que no había querido leer. Por vez primera supo que no sentían la seguridad que él había creído que sentían. De repente, imaginó que estaban todos en peligro, que lo estaban todas las personas a las que conocía, y que él nada podía hacer por ayudarlas. Recordó a su madre yendo a la iglesia y supo lo que él había querido siempre decirle, lo que lo explicaba todo, lo que hacía que lo aceptara todo, porque era una gran verdad: «No estamos hechos a imagen y semejanza de Dios». Ahora podía seguir viviendo, ahora estaba en situación de buscar su felicidad y la de Hella.

El cansancio borró de su mente todos los pensamientos. Comenzó a bajar la

colina de escombros, con la barbilla protegida por las solapas de su chaqueta, sintiendo el frío y doliéndole el cuerpo. Mientras, con Wolf, andaba por las calles, la pálida luz de la luna mostraba las heridas de la ciudad tan cruelmente como el sol, pero sin color ni piedad, de una forma neutra; como si su luz procediera de un instrumento sin vida, reflejando su propia imagen en la tierra, sus propios áridos cráteres y sus mortales heridas.

El brillante sol matinal de comienzos de la primavera bañaba la destrozada ciudad en colores dorados, disimulando los rotos ladrillos rojos; el azul intenso del firmamento hacía que en el horizonte resaltaran los mutilados edificios.

La hija de Yergen empujaba el cochecito color crema. Su carita triste tenía una expresión orgullosa y, en cierto modo, feliz, pero, a la vez, preocupada; su bonito vestido era tan azul como el cielo. Yergen caminaba a su lado, mirándola, disfrutando de su felicidad, sintiendo cómo la ciudad volvía a la vida después de un largo y terrible invierno.

Los Strassenbahnen hacían mucho ruido mientras atravesaban las calles, llenando el aire de la mañana con el sonido de sus campanillas. Al doblar la esquina a la Metzger Strasse, Yergen vio, a lo lejos, que Mosca y sus amigos estaban trabajando en un *jeep*. Luego vio a Hella debajo de un árbol. Al hallarse más cerca vio que Mosca, Leo y Eddie estaban cargando en el *jeep* las pertenencias de Mosca. Había maletas llenas de ropa, una caja de madera con alimentos enlatados y, entre otras cosas, una pequeña estufa de carbón, la cual, él, Yergen, les había proporcionado.

Yergen tocó el hombro de su hija:

—Lleva el cochecito hasta debajo mismo de sus narices, Giselle; dales una sorpresa.

La niña sonrió, contenta, y empujó el cochecito más aprisa. Hella fue quien primero vio al padre y a la hija, y Yergen pudo oír su exclamación de asombro al ver el cochecito. Luego, Hella corrió hacia ellos.

—¿Qué le parece? —preguntó Yergen, con orgullo.

—¿No es tan bonito como le prometí?

—Ya lo creo, Yergen, es maravilloso —contestó Hella. La fina y serena cara de la muchacha mostraba una alegría tal que Yergen se emocionó. Volvió a mirar el coche — cito y vio que era hermoso, de bellas líneas, y su color parecía todavía más bonito, enmarcado entre el verdor de la hierba y el azul del firmamento.

—Mi hija Giselle —dijo Yergen— ha querido traerlo personalmente.

La tímida niña bajó la cabeza. Hella se arrodilló, torpemente, y se le cayó al suelo la chaqueta, pues la llevaba sobre los hombros.

—Muchas gracias —dijo, y besó a la pequeña en la mejilla—. ¿Quieres ayudarme a llevarlo a mi nueva casa?

La chiquilla asintió.

Mosca se acercó. Llevaba unos pantalones viejos.

—Le pagaré después, Yergen —dijo; apenas si miró el cochecito—. Nos mudamos a la Kurfürsten Allee. ¿Por qué no va hacia allí con Hella y el cochecito? No tardaremos mucho nosotros, pues ya casi hemos terminado de cargarlo todo.

—Desde luego, desde luego —contestó Yergen. De buen humor saludó a Hella, levantándose levemente el sombrero, y dijo, en alemán:

—¿Me permite acompañarle, mi querida señora?

Hella, sonriendo, aceptó el brazo que él le ofrecía. Dejaron que la niña fuera delante de ellos.

El aire olía a flores y hierba. Hella se abrochó la chaqueta. Yergen observó que le apretaba bastante a la altura del estómago, y sintió una gran alegría, pero, a la vez, una profunda tristeza. Su esposa muerta, su hija sin madre... Ahora, andando al lado de la amante del enemigo, pensó en cómo hubiera sido su vida, si Hella le hubiera pertenecido a él, si su ternura y su amor fuesen suyos, y si el hijo que llevaba en sus entrañas les perteneciera a ambos. ¡Cuán dulce sería esta hermosa mañana! ¡Cómo desaparecerían el miedo y la tristeza!, también Giselle se sentiría segura y feliz. Y mientras pensaba esto, Giselle volvió la cabeza y les sonrió.

—Tiene mucho mejor aspecto —comentó Hella.

Yergen movió la cabeza, tristemente:

—Hoy mismo la enviaré al campo. Estará fuera un mes. Es una orden del médico.

Yergen se puso a caminar más despacio, para que Giselle no pudiera oír las siguientes palabras:

—Creo que está muy enferma. Ha sido un invierno muy duro para ella.

Giselle, bastante por delante de ellos, empujaba el cochecito a través de un trecho de la calle iluminado por el sol. Hella volvió a colgarse del brazo de Yergen, quien prosiguió:

—Tengo que sacarla de las ruinas, alejarla de todo lo que pueda recordarle a su madre muerta, alejarla de Alemania —pareció como si dudase; y luego, de pronto, como repitiendo algo en lo que no creyera ni remotamente, añadió:

—El médico dice que existe el peligro de que se vuelva loca.

Giselle los esperaba donde la sombra de la calle comenzaba de nuevo, como si temiera andar sola entre la sombra de los árboles. Hella andaba un poco por delante de Yergen, para así llegar antes junto a la niña, a quien dijo, alegremente:

—¿Quieres montar en el cochecito?

Giselle hizo un gesto afirmativo. Yergen la ayudó a subir. Las largas piernas de la niña colgaban de los lados del cochecito. Hella empujaba, mientras decía, bromeando:

—¡Qué niña más grande tengo!

Luego trató de correr, pero no podía. Giselle no se rio, pero sonreía, a la vez que emitía unos débiles sonidos, que podían ser considerados como las sombras de la risa.

Llegaron a una larga hilera de casas blancas, de piedra. Hella se detuvo junto a la primera casa, frente a un portal que cerraba un sendero pavimentado, el cual llegaba hasta la puerta de entrada. Hella llamó:

—*Frau* Saunders.

En la ventana abierta apareció una mujer. Tenía el rostro triste, y su pelo estaba

peinado muy sencillamente, y pudieron ver que llevaba un vestido negro.

—Perdone por llamarla —dijo Hella, sonriendo—. Es que ando con bastante dificultad. ¿Puede usted echarme la llave? Estarán aquí dentro de unos minutos.

La mujer desapareció para, instantes después, aparecer nuevamente. Tiró las llaves, las cuales fueron cogidas al vuelo por Yergen. Luego volvió a meterse dentro de la casa.

—Pienso que tal vez tengan problemas en este barrio. Parece muy respetable.

Luego, dándose cuenta de lo que acababa de decir, hizo una pausa, embarazado, pero Hella se echó a reír y dijo:

—Es una mujer muy amable; lo comprenderá. Ha perdido a su marido hace poco, víctima del cáncer. Es por eso que tiene dos habitaciones vacías. Gozaban de privilegios especiales, debido a la enfermedad de él.

—¿Y cómo fue que tuvieron la suerte de encontrarlas? —preguntó Yergen.

—Acudí al oficial encargado de la vivienda —contestó Hella—. Pero antes de pedirle nada le regalé cinco paquetes de cigarrillos.

Ambos esbozaron una ancha sonrisa.

Yergen vio cómo el cargado *jeep* bajaba por la avenida. Leo estacionó como lo hacía siempre, es decir, chocando contra un árbol. Mosca saltó y Eddie y Leo, que ocupaban los asientos delanteros, se bajaron también. Empezaron a acarrear bultos hacia el interior de la casa. Hella les mostraba el camino. Cuando Hella volvió a salir, llevaba en la mano un paquete marrón, que entregó a Yergen.

—Son diez cajas, ¿no? —dijo. Yergen asintió. Hella se acercó a Giselle, que estaba apoyada ahora en el cochecito. Sacó del bolsillo de su chaqueta unas pastillas de chocolate y se las dio a la niña—: Gracias por haberme traído un cochecito tan hermoso —le dijo—. ¿Vendrás a verme cuando nazca el bebé?

Giselle dijo que sí con la cabeza y entregó el chocolate a Yergen, quien tomó una pastilla y la rompió en pequeños pedazos, para que la niña pudiera tenerlos en la mano mientras comía. Luego, mientras Hella los miraba alejarse, vio que Yergen tomaba a la niña en brazos. El paquete marrón lo llevaba la pequeña. Hella entró en la casa y subió hasta el segundo piso.

El alojamiento consistía en un apartamento de cuatro habitaciones: un dormitorio, una sala-comedor, otro dormitorio y una pequeña habitación que haría las veces de cocina. Mosca y Hella tendrían el dormitorio pequeño y la cocina» y se les permitiría utilizar el comedor en ocasiones especiales. *Frau* Saunders tendría el otro dormitorio y dispondría habitualmente del comedor, el cual emplearía también como cocina.

Hella encontró a Mosca, Leo y Eddie esperándola. En la pequeña mesa había dos botellas de coca y dos vasos de *whisky*. El dormitorio estaba lleno a rebosar con las maletas y paquetes que habían traído. Hella observó que *Frau* Saunders había colocado bonitas cortinas floreadas en ambas ventanas.

Mosca levantó su vaso; Hella y Leo, sus botellas de coca. Eddie estaba ya bebiendo su *whisky*, pero luego los esperó.

—Por nuestro nuevo hogar —dijo Hella. Todos bebieron. Eddie Cassin miró a Hella beber su coca y abrir luego las maletas, y colocar su ropa en un gran armario de caoba.

Nunca había hecho insinuación alguna a la muchacha, a pesar de que había estado a solas con ella muchas veces en la habitación de Mosca. Maravillado, se preguntaba por qué, y llegó a la conclusión de que, en parte, era debido a que ella nunca le había dado la oportunidad de hacerlo. Hella nunca se le había acercado excesivamente y, ni verbal ni físicamente, le había dado ocasión de desplegar sus masculinos encantos. La muchacha carecía de coquetería; era muy natural y no provocaba. Y en parte, también, tuvo que reconocer Eddie, si no se había lanzado al ataque era por el miedo que Mosca le inspiraba. Al tratar de analizar este temor, pensó que se fundaba en lo poco que los demás importaban a Mosca y en las historias que de él había oído a otros hombres del equipo, como, por ejemplo, la relativa a la lucha que había sostenido con un sargento, a resultas de la cual fue trasladado al Gobierno Militar. El asunto, además, estuvo muy cerca de llevarlo a un consejo de guerra. El sargento quedó tan mal herido que tuvo que ser trasladado a los Estados Unidos para ser hospitalizado. Pero se trataba de una historia no comprobada, es decir, de simples rumores. La base del miedo que Mosca le inspiraba, se dijo Eddie, residía en su falta de interés por los demás, tan absoluta que resultaba estremecedora. Sus amigos, pensó Eddie, yo mismo, Leo, Wolf y Gordon, pensamos que somos sus compañeros. Si nos mataran a todos mañana, no le importaría un comino.

—El cochecito —exclamó Hella, de pronto—, ¿dónde lo habéis puesto?

Se echaron todos a reír. Leo se golpeó la frente con la mano y dijo, en alemán:

—¡Vaya por Dios! ¡Lo he dejado en la calle!

Pero Mosca dijo, rápidamente:

—Está en la habitación pequeña, Hella, en la cocina.

Y Eddie Cassin pensó: Ni en broma puede soportar el verla angustiada.

Hella se dirigió a la otra habitación. Leo terminó su coca.

—La semana próxima me voy a Nuremberg —dijo—. Quieren que declare en un proceso contra una serie de personas que fueron guardianes y oficiales en Buchenwald. En el primer momento dije que no, pero luego me dijeron que entre los acusados estaba cierto médico. Es el que nos decía: «No estoy aquí para curar vuestros males. Ni siquiera estoy aquí para manteneros con vida. Mi tarea consiste en procurar que podáis trabajar». Contra ese bastardo sí que declararé.

Mosca volvió a llenar los vasos y dio a Leo otra botella de coca:

—Si yo estuviese en tu lugar, quisiera verlos muertos a todos.

Leo se encogió de hombros:

—No sé por qué, pero ya no siento odio alguno hacia ellos. Sólo desprecio. Y te repito que no sé por qué. Lo único que ahora me importa es marcharme de este país.

Tomó un largo sorbo de coca.

—Te echaremos de menos en el alojamiento, Walter —dijo Eddie—. ¿Cómo

crees que te sentará el vivir al estilo alemán?

Mosca hizo un gesto de indiferencia:

—Me da lo mismo —llenó el vaso de Eddie—. El último, Eddie. No quiero que luego te metas con mi nueva casera. No más bebida.

—Me he reformado —contestó Eddie Cassin—. Mi esposa y el niño están a punto de venir desde Inglaterra —los miró con burlón orgullo—. Mi familia viene a reunirse conmigo.

Mosca meneó la cabeza:

—¡Pobre mujer! Estaba seguro de que se libraría de ti cuando estuviste en el ejército. Y ahora, ¿qué van a hacer todas tus amiguitas?

—Saldrán adelante —dijo Eddie—. No te preocupes por ellas; siempre consiguen salir adelante —de repente, sin motivo aparente, se sintió profundamente irritado—. Me gustaría darles a todas una patada en el culo.

Tomó su chaqueta y se marchó.

Eddie Cassin bajó por la Kurfürsten Allee, andando lentamente. En la avenida, bajo la sombra de los árboles, se estaba bien aquella tarde de primavera. Decidió ir al alojamiento, a ducharse, y dirigirse luego al Rathskellar, a cenar. Pasó la vista por la Allee antes de doblar la esquina que daba a la Metzger Strasse. Vio a una joven, de pie bajo la sombra de un árbol de hojas verdes, y vio también a cuatro niños de corta edad que brincaban alrededor. A través de la ancha avenida, Eddie pudo ver los delicados rasgos de su cara, la pureza juvenil de su expresión. Mientras él la miraba, la joven levantó la cabeza y clavó sus ojos en los del hombre.

Vio en sus ojos aquella mirada que, mezcla de inocencia y de conocimiento instintivo de gran poder sexual, siempre le excitaba. Era una sonrisa de juventud, pensó Eddie, la sonrisa clásica de la mujer que se siente adulada; pero era, a la vez, una sonrisa inocente, como si su poseedora desconociese en qué consistía el poder sensual que poseía. Aquella sonrisa era para Eddie un signo seguro de pureza mental y corporal, y en su opinión era signo, primordialmente, de una inocencia que él había visto y corrompido antes. Y es que con mujeres como aquélla, la lucha y el asedio le causaban más placer que la posesión.

Ahora, al mirar al otro lado de la avenida, se sentía invadido por una suave tristeza, y le extrañaba que la muchacha de la blusa blanca hubiese podido impresionarle tanto. Dudaba en acercarse a ella; estaba sin afeitarse y podía incluso oler su propio sudor. ¡Diablos! No puedo acostarme con todas, pensó, sabiendo que desde el otro lado de la avenida, a pesar del brillante sol, la muchacha podía ver únicamente los delicados rasgos de su rostro, pero no las arrugas de la edad.

La chica se había vuelto a los niños, y el gracioso movimiento de su cabeza y de su cuerpo, la imagen que componían sobre la verde alfombra de césped, le quemaba en el cerebro. Debajo del frondoso árbol, con su blusa blanca y las mangas remangadas casi hasta los hombros; con los dos bultos de sus senos y con la dorada cabeza inclinada sobre los cuatro niños, la muchacha resultaba soberanamente

tentadora. Eddie Cassin no podía limitarse a seguir su camino y olvidarla. Corriendo, más que andando, Eddie se dirigió al alojamiento, en la Metzer Strasse.

Apresuradamente, Eddie se duchó y afeitó, y después, a pesar de la prisa, se puso un poco de oloroso talco en el cuerpo y en la cara. Se peinó cuidadosamente, doliéndose de sus sienes grises, y se puso el uniforme color verde oliva con el distintivo civil en la solapa, sabiendo que así se vería más joven que con un traje de paisano.

Llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, *Frau Meyer* entró en la habitación. Llevaba una bata de baño. Era su truco de siempre. Cuando sabía que Eddie se estaba bañando, se bañaba ella también, y, oliendo a perfume, entraba en la habitación de Eddie, mientras éste se vestía. Normalmente, la artimaña daba resultado.

—¿Tienes un cigarrillo, Eddie? —preguntó y se sentó en la cama, con las piernas cruzadas. Eddie, ocupado en anudarse los cordones de sus zapatos, le señaló la mesa. *Frau Meyer* tomó un cigarrillo, lo encendió y volvió a sentarse en el lecho.

—Te has acicalado mucho; ¿vas a ver a alguien?

Eddie se detuvo y miró el cuerpo casi perfecto y la bonita cara, afeada sólo por unos dientes de macho cabrío. Era la vieja comedia, tantas veces repetida. La levantó de la cama, la llevó fuera de la habitación y la dejó en el salón.

—Hoy no, muñeca —dijo, y bajó, corriendo, las escaleras, en dirección a la calle. Se sentía tremendamente excitado y el corazón latía en su pecho a gran velocidad. Corrió por la Metzer Strasse y aflojó un poco el paso al llegar a la esquina que daba a la Kurfürsten Allee.

Por lo que pudo ver, los árboles de la avenida estaban completamente solos, sin niños debajo de ninguno de ellos. La alfombra de hierba formaba una línea verde continua, sin nada extraño que quebrara su armonía con los árboles. Sus ojos localizaron el punto exacto en la hilera de árboles del otro lado de la avenida, y fue como si contemplara un cuadro conocido, del que, por arte de magia, hubiesen sido borradas las figuras humanas que siempre había visto en él. Eddie Cassin cruzó la Allee y se dirigió a la casa más cercana. Llamó a la puerta y preguntó, en mal alemán, por la muchacha que cuidaba de cuatro niños, pero nadie sabía nada de ella, ni en aquella casa ni en las otras. La última casa era un apartamento destinado a funcionarios civiles norteamericanos, y el hombre que abrió la puerta reconoció a Eddie, por haberlo visto en el Rathskellar.

—No —dijo el hombre—, no es de esta calle. Los hombres de esta casa se entienden con todas las «damas» de esta manzana, y yo mismo las conozco a todas. No ha tenido usted suerte, compañero.

Y sonrió con simpatía a Eddie Cassin.

Estaba de pie, en el centro de la Allee, sin saber qué camino tomar. Se ocultó el sol, y con él desapareció el calor de la tarde. Al otro lado de la avenida, un poco más allá, vio los jardines con su nuevo césped, los estrechos senderos, y los barracones en los que los jardineros guardaban sus instrumentos de trabajo, y en algunos de los

cuales vivían. Pudo ver a algunos hombres trabajando en aquella zona y sintió el olor del agua del río detrás de la colina, la cual se elevaba junto a los jardines. Sabía que no volvería a ver a la muchacha y estaba seguro de que no la reconocería si se topaba con ella, pero de pronto recuperó los ánimos e inició la larga caminata por la Kurfürsten Allee, hasta que llegó al punto donde terminaba la ciudad, y allí pudo ver el campo en todo su esplendor, las suaves y tranquilas colinas, cubiertas por una alfombra verde y húmeda. Eddie Cassin se encontraba en un lugar donde las ennegrecidas ruinas no empañaban la belleza del día.

Aquella noche, Hella clavó con tachuelas las ilustraciones de cuentos de hadas en las paredes. Las había comprado para el hijo que iba a nacer, dijo a Mosca, pero éste pensó que era una especie de superstición, algo mágico que haría que todo saliera bien. Cuando terminó, Hella dijo:

—Creo que deberíamos ir a ver a *Frau* Saunders.

—Estoy muy cansado esta noche —dijo Mosca—. Hemos trabajado una barbaridad.

Hella estaba todavía sentada en la cama, con las manos juntas, inspeccionando con la vista la casi cuadrada habitación. El cochecito color crema descansaba junto a una de las cortinas floreadas, y parecía un cuadro en la pared. La pequeña mesa redonda estaba cubierta con un mantel azul, y las dos sillas estaban pintadas en color gris claro. En el suelo había una alfombra color castaño, que se veía muy vieja. Tanto la cama como el armario eran de caoba, y en cada una de las paredes había una pintura representando escenas campestres. En los cuadros dominaban los verdes claros, los azules y los violetas, y para las corrientes de agua había sido utilizado el color blanco plateado. Sentía una intensa alegría. Luego observó que Mosca estaba serio, y adivinó, por la expresión de su rostro, que se sentía incómodo. La muchacha le tomó la mano.

—Ahora sí que tengo verdaderamente la impresión de que estaremos siempre juntos.

—Vamos a presentar nuestros respetos a la casera —dijo Mosca.

Todas las habitaciones tenían puertas que daban al recibidor, y en éste había una puerta que daba a la escalera. Para ir de una habitación a la otra era preciso pasar al recibidor y llamar a la puerta de la sala-comedor. Oyeron una voz que les indicó que entraran.

Frau Saunders estaba sentada en el sofá, leyendo un periódico. Cuando Hella los presentó, se levantó y estrechó la mano de Mosca. Éste se dio cuenta de que no era tan vieja como había creído al verla antes, sólo durante un momento y desde cierta distancia. Llevaba un peinado muy serio y tenía arrugas en la cara, pero en los movimientos de su delgadísimo cuerpo se notaba una agilidad casi juvenil y un gran caudal de energías.

—No es necesario que les diga que pueden utilizar esta sala siempre que lo consideren necesario —dijo *Frau* Saunders. Su voz era suave y dulce, pero era

evidente que sus últimas palabras las había dictado únicamente la educación.

—Gracias —contestó Hella—. Quería darle las gracias por las cortinas y demás cosas que ha colocado en nuestras habitaciones. Si en algo podemos serle útil, rogamos que nos lo diga.

Frau Saunders carraspeó:

—Sólo espero que no haya problemas con las autoridades.

Miró a Mosca con extraña expresión, como si hubiese deseado añadir algo más.

Hella comprendió perfectamente.

—Somos personas muy tranquilas. Él no es uno de estos norteamericanos que siempre están dando fiestas —sonrió a Mosca, pero éste no devolvió la sonrisa—. Hemos venido sólo por unos minutos, pues hemos tenido un día muy duro. Por ello...

Frau Saunders se levantó y los dos jóvenes le dieron las buenas noches, algo atropelladamente. Mosca, además, dedicó a la mujer una sonrisa cortés, y cortés fue también la sonrisa que le devolvió *Frau Saunders*. Entonces pensó Mosca que la alemana era una mujer tímida, a pesar de su edad, y que le asustaba un poco el hecho de tener al enemigo viviendo en su propia casa.

Mientras se desvestían en su habitación, Mosca informó a Hella de algo que ya casi había olvidado.

—Ha llegado la orden de que los Middleton regresen a los Estados Unidos. Se marchan la semana próxima.

Hella quedó muy sorprendida.

—Eso sí que es una mala noticia —dijo.

—No te preocupes —contestó Mosca—. Ya encontraré a alguien que me preste su tarjeta. Además, podremos comprar fuera de la ciudad como los alemanes.

Ya en la cama, Hella le preguntó:

—¿Por qué parece tan preocupado hoy?

Mosca no respondió. Cuando la muchacha se durmió, Mosca estuvo aún mucho rato despierto.

Le parecía extraño que ahora comenzase a vivir como el enemigo. La casa estaba llena de alemanes, como lo estaban todas las casas de la misma calle y las de las calles próximas. Y Alemania estaba representada también en su cama, en la persona de la muchacha que llevaba en el vientre a su hijo. Añoraba el ruido de las fiestas que se celebraban en el alojamiento, el roncar de los motores de los *jeeps*, los aparatos de radio sintonizados a la emisora de las fuerzas armadas, que daba siempre música norteamericana. Aquí, en cambio, todo era tranquilidad. Del cuarto de baño procedía un leve rumor; era agua corriente. *Frau Saunders*, pensó. Entonces se levantó, pues sentía la necesidad de ir al retrete, pero esperó un poco, para dar tiempo a la mujer a regresar a su dormitorio. Luego fumó un cigarrillo junto a la ventana, tratando de ver a través de la oscuridad de la calle. Pensó en el día en que le habían dado su primer arma, su primer casco de acero, la primera conferencia de orientación para el combate, para protegerse del enemigo. Pero eso le parecía ahora irreal y carente de

importancia. Lo que sí era real era la habitación donde ahora se encontraba, el cochecito, la mujer que dormía en la cama.

La noche anterior al día señalado para la partida de los Middleton, Hella y Mosca salieron a dar un paseo por la ciudad antes de ir a visitarlos. Al salir de la casa de la Kurfürsten Allee, Hella se detuvo un momento a decir buenas noches a las mujeres que estaban frente a los portales de sus casas. Mosca, a su lado, mostraba en su cara una sonrisa cortés.

Empezaron a andar en dirección al centro de la ciudad.

—Vamos al Club de la Cruz Roja a buscar un helado para *Frau* Saunders —dijo Hella. Mosca la miró.

—Parece que os habéis convertido en muy buenas amigas en sólo una semana. ¿Con qué objeto? Sé que le das parte de tu comida y también café y azúcar. Cuando no estén los Middleton deberás ser menos generosa, querida. Todos esos productos serán difíciles de obtener.

Hella lo miró, divertida.

—Si supiera que realmente te disgusta, no lo haría. Sé que lo dices porque quieres que me lo quede todo para mí. Pero no puedo hacerlo, Walter. Cuando cocino, el olor de los alimentos se extiende por todo el recibidor, y pienso en ella, en el comedor, con sólo unas patatas. Además, estoy demasiado gorda. Mírame.

—Eso no es por causa de la comida —dijo Mosca.

Hella se rio y dio un leve empujón a Mosca.

Éste sonrió y dijo:

—Pero lo cierto es que estás bastante gorda. Al menos ahora no puedes ponerte mis camisas.

Llevaba un vestido adecuado a su estado, regalo de Ann Middleton.

Siguieron andando; Mosca la tomaba del brazo cuando tenían que caminar sobre escombros. Los árboles estaban llenos de hojas, por lo que sólo muy de vez en cuando les daba el sol. Hella dijo, muy seria:

—*Frau* Saunders es realmente amable. Su aspecto no lo indica, pero la verdad es que da gusto hablar con ella. Aparte, se ocupa de casi todo mi trabajo. Y no porque le doy cosas, sino porque le gusta ayudar. ¿Le comprarás un helado?

—Claro que sí —contestó Mosca, riendo.

Hella tuvo que aguardar fuera mientras él entraba en el Club de la Cruz Roja. De regreso a casa pasaron por delante de la Polizeihaus, y cuando se hallaban en el extremo del Contrescarpe Park vieron cerrado el camino por un numeroso grupo de gente que escuchaba a un hombre que estaba de pie sobre uno de los bancos del parque. Estaba hablando a gritos y agitaba los brazos. Se detuvieron. Mosca pasó el helado de crema a su mano derecha y Hella se apoyó en su hombro.

«¡La culpa está en cada uno de nosotros! —gritaba el hombre—. Ésta es una

época y un país sin Dios. ¿Quién piensa en Cristo, en Jesús? Aceptamos su sangre, que nos ha, salvado, pero no creemos. Pero yo os digo, yo os digo que esta sangre que ha lavado tantos pecados, está cansada; que Dios Nuestro Señor está cansado de nosotros, de nuestra conducta. ¿Cuánto durará su paciencia? ¿Por cuánto tiempo seguirá salvándonos la sangre de Jesús? —hizo una pausa, y su voz, al continuar su monólogo, era suave, plañidera—. El amor de Jesús ya no es suficiente, la sangre de Jesús ya no basta. Por favor, creedme. Salvaos, salvadme a mí, salvemos a nuestros hijos y a nuestras esposas, a nuestras madres, a nuestros padres, hermanas, hermanos, y a nuestro país».

Su voz se hizo todavía más tranquila, más razonable, y su cuerpo se relajó.

«Veis esta tierra en ruinas, este continente destrozado, pero Cristo ve más allá que nosotros, ve la destrucción de nuestras almas, el triunfo del demonio. Ve a Satanás, contento por la muerte del hombre y de todo lo que la humanidad ha hecho desde el principio de los tiempos».

Por encima de sus cabezas pasó un avión, en dirección a la base. El rugido de los motores lo hizo callar. Era un hombre de baja estatura y pecho de paloma buchona, acentuado por el modo cómo echaba atrás la cabeza, para mirar con sus ojos inquietos y brillantes. Prosiguió:

«Imaginaos un mundo inocente. Las regiones polares, la nieve y el hielo jamás hollados, siempre inmóviles.

O África, en la selva, donde el sol da, procedente de Dios, innumerables y diversas formas de creación; todo está quieto». La voz era ahora retórica, pomposa, y los ojos del orador parecían querer salirse de sus órbitas: «Los cuerpos de las bestias muertas yacen, putrefactos, en la corrompida vegetación. En las llanuras chinas, junto a los fértiles ríos, ni siquiera el cocodrilo levanta la cabeza para devolver a Satanás su sonrisa sarcástica.

Y en nuestras ciudades, en los muchos corazones de lo que es conocido como civilización, no hay nada más que ruinas. Colinas de piedra en las que jamás volverá a haber vida, un suelo de vidrios rotos. Por toda la eternidad».

Se detuvo, como esperando un signo de aprobación pero en lugar de eso se oyó un grito, procedente de distintos sectores del grupo:

—¿Dónde está su permiso? ¿Dónde está la autorización del Gobierno Militar?

Los gritos procedían de tres o cuatro voces masculinas. El predicador estaba perplejo.

Hella y Mosca se encontraron casi en el centro del grupo. A su izquierda estaba un joven vestido con camisa azul y pantalones de obrero. Sostenía en brazos a una niña de seis o siete años cuyos ojos parecían sin vida y cuya manga, en el lado próximo a ellos, estaba prendida con alfileres a su vestido estampado. A su derecha tenían a un trabajador viejo que fumaba en pipa. El joven era uno de los que gritaba «¿Dónde está su permiso, dónde está la autorización del Gobierno Militar?». Luego se volvió a Mosca y al anciano obrero y dijo:

—Todo el mundo nos regaña ahora que hemos perdido; incluso un cerdo como éste.

Mosca, vestido de paisano, sonrió a Hella, divertido por el hecho de que lo confundieran con un alemán.

El predicador apuntó al cielo con uno de sus dedos y dijo, con voz solemne:

—Tengo permiso de nuestro Creador.

Los últimos rayos del sol bañaron el brazo levantado del orador con una luz carmesí. El sol comenzó a ocultarse, y las ruinas de la ciudad, grises bajo el crepúsculo veraniego, adoptaron a sus ojos un aspecto mágico e irreal. El predicador bajó la cabeza en acción de gracias.

Momentos después levantó el hombre la cabeza hacia el firmamento. Abrió los brazos, como queriendo dar un abrazo a todos. «Volved a Jesucristo —gritó—. Volved a Jesús. Dejad atrás vuestros pecados. Abandonad la bebida. Abandonad la fornicación. Renunciad al juego, al orgullo del éxito mundano. Creed en Jesús y os salvaréis. Habéis sido castigados por vuestros pecados. El castigo está ante vuestros propios ojos. Arrepentíos antes de que sea demasiado tarde. No pequéis más».

La atronadora voz hizo una pausa para tomar aire. La gente estaba perpleja; les parecía imposible que un hombre tan pequeño pudiera poseer aquel tremendo vozarrón. El predicador reinició su monólogo, gritando, pero menos que momentos antes:

«Pensad en la vida que llevabais antes de la guerra. ¿No creéis que el sufrimiento y la ruina que veis es el castigo que Dios os ha enviado por los pecados que entonces cometisteis?

»Y ahora las muchachas fornican con los soldados enemigos, y los jóvenes mendigan cigarrillos —sacó de su boca un humo imaginario, con odio maníaco—. En nuestro Sabbath, la gente se va al campo a robar o mendigar comida. La casa del Señor está vacía. Es como si invitáramos a la destrucción. Arrepentíos, os digo otra vez. Arrepentíos —las palabras tenían ahora un tono histérico—. ¡Creed en Nuestro Señor Jesucristo! ¡Creed en el Señor, el Dios único y verdadero! ¡Creed en el Señor! ¡Creed en Cristo!».

Hizo una nueva pausa y luego, con voz amenazadora, les gritó, con rabia, acusadoramente.

—Sois todos pecadores, seréis condenados al fuego eterno. Veo que alguno de vosotros sonríe. Mejor sería que temblarais. ¿Por qué Dios nos ha enviado este castigo? ¿No os lo preguntáis?

Una voz, en tono de burla, gritó:

—No fue Dios, sino las bombas americanas.

La muchedumbre se rio.

El predicador esperó a que volviera a hacerse el silencio, y entonces, bañado por la decadente luz del sol, señaló, salvaje y vengativamente, a una mujer vestida de negro:

—¿Tú, mujer, te ríes de Dios? ¿Dónde está tu marido, dónde están tus hijos? —apuntó con el dedo al joven que estaba al lado de Mosca—. Mirad —dijo a la multitud, y todos siguieron con la cabeza al punto que señalaba el dedo—. Es otro de los que se burlan, uno de los jóvenes, la esperanza de Alemania. Por sus pecados su hija está mutilada, pero él se ríe de la ira de Dios. Espera, burlón, en la cara de tu hija veo otro castigo. Espera. Mira a tu hija y espera.

Con rencor y malicia apuntó a otros miembros del grupo.

El joven puso a su hija en el suelo y dijo a Hella:

—Vigílela, por favor.

Luego, pudieron ver cómo se abría paso hasta el pie del banco donde estaba el predicador. De un fuerte puñetazo dio con el predicador en tierra. Se arrodilló sobre el pecho del caído; con una mano lo asió por los cabellos y le golpeó la cabeza contra el cemento. Luego, se levantó.

La multitud desapareció. El joven volvió a tomar a su hija en brazos y echó a andar por el Contrescarpe Park. Como por arte de magia, la mayoría de la gente se había esfumado. El predicador seguía en el suelo, inmóvil y solo.

Algunos hombres lo ayudaron a levantarse. De su revuelto pelo salía sangre, la cual, en estrechos hilos, caía por su frente y formaba en su cara una máscara roja. Hella había vuelto la cabeza. Mosca la tomó del brazo y echaron a andar calle abajo. Vio que la muchacha tenía mal aspecto. Ha sido la visión de la sangre, pensó.

—Esta noche será mejor que te quedes en casa con *Frau* Saunders.

Y luego, como si le debiera una excusa por no haber intervenido, añadió:

—No es asunto nuestro.

Mosca, Leo y Eddie Cassin estaban sentados en la sala de los Middleton. El mobiliario pertenecía a la casa, por lo que había sillas donde sentarse. Todo lo demás fue colocado en cajas de madera, las cuales estaban apoyadas en la pared.

—¿Así que mañana te vas a Nuremberg, a declarar en los juicios? —preguntó Gordon a Leo—. ¿A qué hora te marchas?

—Por la noche —respondió Leo—. Es cuando más a gusto conduzco.

—Sé duro con esos bastardos —dijo Ann Middleton—. Miente, si es necesario, pero asegúrate de que reciban su merecido.

—No tendré que mentir —respondió Leo—. Mi memoria es muy buena.

—Quiero disculparme por el modo en que me conduje la última vez que estuviste aquí —dijo Gordon Middleton—. Temo que me porté muy rudamente.

Leo hizo un gesto con la mano.

—No, lo comprendo. Mi padre era prisionero político, y comunista además. Mi madre era judía, y es por eso que me internaron. Pero mi padre era un político. Naturalmente, después del pacto Stalin-Hitler perdió toda su fe. Se dio cuenta de que el uno no era mejor que el otro.

El profesor, que estaba sentado en un rincón, delante de la mesa de ajedrez, y mostraba una educada sonrisa de interés, se asustó ante el comentario de Leo. Vio,

con pánico y desazón, que Gordon Middleton se encolerizaba, y en modo alguno deseaba ser testigo de una violenta escena verbal. La violencia le desagradaba profundamente.

—Debo irme —dijo—. Me esperan para una lección —estrechó la mano de Gordon y la de Ann—. Permítanme que les desee un buen viaje a América y también, claro está, buena suerte. Ha sido un verdadero placer el conocerles.

Gordon le acompañó a la puerta y le dijo, formalmente:

—Espero que no se olvidará de escribirme, profesor. Confío en usted para enterarme de lo que suceda en Alemania.

El profesor hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—No se preocupe, no se preocupe.

Había ya decidido firmemente no tener correspondencia, alguna con Gordon Middleton. Cualquier relación con un comunista, por inocente que fuera, podría, en un imprevisible futuro, resultarle muy perjudicial.

—Espere un minuto, espere un minuto —Gordon condujo al profesor nuevamente a la sala—. Acabo de recordar, Leo, que el profesor tiene que ir a Nuremberg a finales de semana. ¿Puedes llevarle? Si no va contra las ordenanzas, claro.

—No, no —dijo el profesor, presa de gran agitación—. No es necesario, se lo aseguro.

—No es ninguna molestia —dijo Leo.

—No —insistió el profesor, y ahora su cara reflejaba un miedo casi histérico—. Tengo ya los billetes del tren, lo tengo todo dispuesto. Por favor, sé que sería demasiada molestia para usted.

—De acuerdo, profesor, de acuerdo —dijo Gordon, conciliador, y lo acompañó a la puerta.

Cuando Gordon regresó a la habitación, Mosca preguntó:

—¿Qué diablos fue lo que lo puso tan excitado?

Gordon miró de reojo a Leo:

—Es un hombre muy correcto. Su hijo está detenido por criminal de guerra; de ínfima categoría, sin embargo. No sé cuál es exactamente su situación, pero sí sé que va a ser juzgado por un tribunal alemán, no por uno de la ocupación, por lo que la cosa no debe de ser muy grave. Sospecho que le aterrorizaba la posibilidad de que Leo pudiera llegar a saberlo, pues podría relacionarla con los campos de concentración, aunque, lógicamente, no puede tratarse de algo de esa índole. ¿Te importaría llevarlo, Leo?

—No —dijo Leo.

—Te diré por qué —dijo Gordon—. Iré a su casa, mañana. Tendré tiempo. Le diré que pasarás a recogerlo mañana por la noche. Una vez sepa que estás enterado de todo, seguro que no pondrá inconvenientes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Leo—. Es conmovedor que te preocupes tanto por ese anciano.

Ann Middleton lo miró vivamente, pero no había ironía en la expresión de Leo. Era sincero. Ann sonrió.

—Gordon se preocupa siempre por sus conversos —dijo.

—No lo he convertido, Ann —dijo Gordon, lentamente y con suavidad—, pero pienso haberle metido algunas ideas en la cabeza. Es un hombre que escucha — Gordon hizo una pausa. En tono de sereno reproche, prosiguió—: No creo que «converso» sea la palabra adecuada.

Nadie hizo comentario alguno.

—¿Cuándo crees que estarás de vuelta? —preguntó Mosca a Leo.

Leo sonrió.

—No te preocupes; no faltaré.

—¿Faltarás dónde? —preguntó Ann Middleton.

—Voy a ser padrino —dijo Leo—. Ya tengo el regalo.

—Sentiré no estar aquí cuando nazca el bebé —dijo Ann—. Y siento también que Hella no esté aquí esta noche. Supongo que no se sentirá muy mal.

—No —dijo Mosca—. Lo que pasa es que ha andado mucho hoy. Quería venir, pero le he dicho que sería mejor que se quedara en casa.

—Después de todo, no somos personas muy importantes, Walter —dijo Ann en tono jocoso, pero con un deje de malicia. Eddie Cassin, en su sillón del rincón, abrió los ojos. Se había adormilado. El visitar a un matrimonio era algo que le desagradaba profundamente. Detestaba casi siempre a las esposas si estaban con el marido y en su propio hogar. Y Ann Middleton no le gustaba. Era fea, tenía una voluntad de hierro y lo trataba con desdén.

Mosca sonreía a Ann.

—Sabes muy bien que tengo razón.

—Es que tu falta de consideración hacia los demás es algo que la irrita —dijo Gordon—. Me gustaría ser así, a veces.

Mosca dijo:

—Tal vez diré una tontería, Gordon, pero voy a arriesgarme. En la base todo el mundo sabe que te mandan a casa porque eres miembro del Partido Comunista. No sé nada de política. Era un niño cuando entré en el ejército.

Y pienso que en algunas cosas lo soy todavía. Lo que trato de decirte es esto: siento por ti un profundo respeto, porque tienes valor. Sabes que las cosas pintan mal. Pienso que estás equivocado, sin embargo, porque yo no podría confiar en nadie que tratara de obligarme a hacer lo que él deseara, no importa por qué razón. Eso incluye al ejército de los Estados Unidos, al Partido Comunista, a Rusia, a ese bastardo y gordo coronel, etc. —Se volvió a Eddie Cassin—: ¿Qué diablos estoy tratando de decir?

Eddie contestó, secamente:

—Que sientes simpatía por él, a pesar de no haber traído a Hella.

Se echaron todos a reír.

Todos menos Gordon. Con cara inexpresiva, dijo a Mosca:

—Ya que has hablado, tal vez pueda decirte algo que siempre he deseado que supieras, Walter —hizo una pausa, juntando las manos—. Sé lo que sientes o, al menos, pienso que lo sé; quizá no puedas evitar ser así. Dices que estoy equivocado, pero por lo menos tengo una creencia, algo que nadie podrá arrancarme, pase lo que pase. Creo en la raza humana, pienso que la vida puede ser en este mundo extraordinariamente hermosa. Y pienso que todo ello puede conseguirse a través de los esfuerzos del Partido Comunista. Tú lo construyes todo alrededor de las escasas personas que te importan. Créeme, el tuyo es un modo de vida muy engañoso.

—¿Sí? ¿Por qué? —Mosca inclinó la cabeza, y, cuando volvió a levantarla para mirar a Gordon, su cara estaba enrojecida por la ira.

—Porque las personas como tú sois movidas por fuerzas que intentáis no ver. No ejercitáis vuestra voluntad cuando lucháis en vuestro estrecho círculo, en vuestra arena, pequeña y personal. Al obrar así, ponéis a la gente que os importa en un peligro terrible.

Mosca replicó:

—En lo que se refiere a esas fuerzas que dominan mi vida, Gordon, debo decirte que sé de su existencia. Pero nada puedo contra ellas. Y nadie va a lograr que un día piense de un modo y, al día siguiente, de un modo radicalmente diferente. Y no me preocupa si está bien o está mal. Todos los días, en la base, en el alojamiento o en el Rathskellar encuentro a algún alemán que me habla de lo feliz que se sentirá cuando todos juntos marchemos contra los rusos; y espera que, a cambio de sus palabras, le dé un cigarrillo. Y, por otra parte, pienso que es lo mismo. ¿Sabes lo que me pone contento? —se inclinó hacia Gordon, con la cara encamada por la excitación y el licor—. El darme cuenta de que existe la posibilidad de que todo se convierta en humo. Todos recibiríamos nuestra parte.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Ann Middleton, batiendo palmas.

Eddie Cassin, riendo, dijo:

—¡Vaya discursito!

Leo parecía perplejo.

Mosca soltó una sonora carcajada y dijo a Gordon:

—Mira lo que me has obligado a hacer.

Gordon, sonriente también, había estado pensando en la facilidad con que se olvidaba de lo joven que era Mosca, y se sentía siempre sorprendido cuando la sinceridad juvenil e inmadura de Mosca rompía su natural reserva. Tratando de aliviar la tensión, Gordon preguntó:

—¿Cómo está Hella, pues?

Mosca no respondió. Ann se levantó para llenar los vasos. Leo dijo:

—No cree en lo que él mismo acaba de decir.

Y luego, como si no hubiese oído las palabras de Leo, Mosca dijo a Gordon:

—Me hago responsable de mis palabras.

Y sólo Eddie Cassin se dio cuenta de que había pronunciado la frase con una firmeza y una convicción absolutas. Sus palabras eran para él, pensó Eddie, como un dogma, como una norma de vida. Mosca sonrió a todos y dijo, esta vez en tono jocoso:

—Me hago responsable de mis palabras —movió la cabeza—. ¿Qué más puedo hacer?

—¿Y cómo es que tú no piensas así? —preguntó Ann Middleton a Leo.

—No lo sé —fue la respuesta—. Entré en Buchenwald cuando era muy joven, y allí encontré a mi padre. Estuvimos juntos durante largo tiempo, y la gente es diferente. Además, Walter está cambiando. Lo sorprendí dando las buenas noches a sus vecinos alemanes.

Los otros se rieron, pero Mosca dijo, impaciente:

—Que alguien pase ocho años en un campo de concentración y salga con las ideas que tú tienes, Leo, es algo que nunca podré comprender. Si yo estuviese en tu lugar, cuando un alemán me mirara de reojo, lo mandaría al hospital. Y cada vez que me respondiera de un modo que no me gustase, le pegaría una patada en los cojones.

—Por favor, por favor —exclamó Ann, burlescamente y como escandalizada.

—Lo siento por ti —dijo Mosca, sonriendo. La mujer empleaba un lenguaje peor cuando se dirigía a algún traficante del mercado negro que la había estafado.

Leo dijo, lentamente:

—Olvidas que en parte soy alemán. Y las cosas que los alemanes hicieron, no las hicieron por el hecho de ser alemanes sino por el hecho de ser seres humanos. Eso es lo que siempre me decía mi padre. Y ahora, por otra parte, me lo paso muy bien, vivo una vida completamente nueva. Y si me mostrara cruel con los demás, no podría disfrutar de esta vida de ahora.

—Tienes razón, Leo —comentó Gordon—. Es preciso considerar las cosas de un modo intelectual, no emocional. Hemos de razonar; el mundo debe cambiar a base de acciones presididas por la lógica. El Partido Comunista cree en eso.

No cabía la menor duda de su sinceridad, de la pureza de su creencia.

Leo lo miró, fijamente.

—Del comunismo sólo conozco una cosa. Mi padre era comunista. Los campos de concentración no lograron derrumbar su espíritu. Cuando por el campo corrió el rumor del pacto entre Hitler y Stalin, mi padre no tardó ya en morir.

—¿Y si dicho pacto era necesario para salvar a la Unión Soviética? —preguntó Gordon—. ¿Y si el pacto era necesario para salvar al mundo del nazismo?

Leo bajó la cabeza y se puso la mano en la mejilla para evitar el tic.

—No —dijo—, si mi padre tuvo que morir como lo hizo, no vale la pena salvar al mundo. Eso es emocional, lo sé. No tiene nada que ver con la frialdad mental con que tú ves todo lo referente al Partido.

En el silencio que siguió, todos pudieron oír el llanto de la criatura que dormía arriba.

—Voy a cambiarle —dijo Gordon. Su esposa le dedicó una sonrisa de gratitud.

Cuando él hubo marchado, Ann dijo:

—No le hagas mucho caso, Leo.

Lo dijo con voz totalmente exenta de inflexión, por lo que en modo alguno podía nadie considerar que estaba siendo desleal con su marido. Se dirigió a la cocina, a preparar el café.

Cuando la velada terminó, se estrecharon todos las manos. Ann dijo a Mosca:

—Pasaré por tu casa mañana; sólo un momento, para despedirme de Hella.

Y Gordon dijo a Leo:

—No te olvides del profesor, Leo, te lo ruego. Te deseo buena suerte —añadió, con tono de absoluta sinceridad.

Gordon cerró la puerta tras ellos y regresó a la sala. Encontró a Ann sentada en su silla y en actitud pensativa.

—Quiero hablarte, Gordon —dijo.

Gordon le sonrió.

—Bien, aquí estoy; hablemos.

Sentía un vago temor. Pero podía hablar con Ann, sin irritarse, incluso de política, a pesar de que ella nunca estaba de acuerdo con él.

Ann se levantó y comenzó a pasear, nerviosamente, de un extremo al otro de la habitación. Gordon la miró a la cara. Amaba sus facciones anchas y vulgares, su roma nariz y sus pálidos ojos azules. Era netamente sajona, pensó, pero a pesar de ello, parecía casi eslava. Se preguntó si es que podía existir alguna relación. Tendría que leer algún libro sobre el particular.

Las palabras de Ann golpearon su cerebro.

—Tendrás que dejarlo; no te queda otra solución que dejarlo.

—¿Qué es lo que tengo que dejar? —preguntó Gordon, inocentemente.

—Lo sabes perfectamente —contestó Ann. Y el dolor que le produjo la comprensión del significado de las palabras de su esposa, el dolor producido por el hecho de que ella hubiese podido pronunciar tales palabras, fue tan profundo que no le causó irritación alguna, sino sólo un gran vacío en el estómago y una profunda desesperación. Cuando Ann vio su expresión, se arrodilló a su lado, pues era únicamente cuando estaban a solas que ella abandonaba su energía y se convertía en una mujer tierna y suplicante—: No estoy enfadada por el hecho de que hayas perdido este empleo a causa de tus ideas políticas —dijo—, pero ¿qué vamos a hacer? Debemos pensar en nuestro hijo. Debes poder trabajar y ganar dinero, Gordon. Además, pierdes a todos tus amigos debido a la forma en que te irritas al hablar de política. Eso no puede seguir así, querido, compréndelo.

Gordon se levantó de su silla y se alejó un poco de Ann. Lo que más le afectaba no era el hecho de que Ann pudiera hablarle como lo hacía, sino el que demostrara conocerlo tan poco, a él, que era el ser humano más cercano a ella. Lo que más le dolía era que ella pudiera pensar que el Partido fuese algo que pudiese abandonarse

como se abandona el tabaco o el alcohol. No le quedaba otro remedio que hablarle seriamente.

—Pienso en nuestro hijo —dijo Gordon—. Es por eso que soy comunista. ¿Es que te gustaría verle sufrir un día todo lo que ha sufrido Leo? ¿Es que te agradaría que, de mayor, fuese como Mosca, que no siente la menor preocupación por los seres humanos, por sus hermanos? No me ha gustado la forma en que ha hablado delante de ti, pero eso no le preocupa, a pesar de que dice apreciarme. Quiero que mi hijo crezca en el seno de una sociedad sana, de una sociedad que no lo envíe a guerras ni a campos de concentración. Quiero que viva en una sociedad moral. Por eso lucho. Y tú sabes que nuestra sociedad está corrompida. Ann, lo sabes perfectamente.

Ann se levantó y lo miró directamente a los ojos. Ya no se mostraba tierna ni suplicante. Le habló con crudeza:

—Tú no crees nada de lo malo que se ha escrito sobre Rusia. En cambio, yo sí creo algunas, bastantes cosas, de las que se han publicado. Ellos no darán seguridad alguna a mi hijo. Tengo fe en mi país, del mismo modo que la gente tiene fe en sus hermanos y hermanas. Siempre dices que eso es nacionalismo. No lo sé. Tú estás dispuesto a hacer cualquier sacrificio en aras de tus creencias, pero yo no quiero que nuestro hijo sufra a causa de ellas. Y, Gordon, si creyera que vale la pena, no te exigiría que te apartaras de ellos, pero estoy convencida de que acabarás igual que el padre de Leo. Sentí que era así cuando Leo lo dijo, y pienso que si lo dijo fue para advertirte. Y hasta es posible que te conviertas en un ser corrompido. Debes darte de baja, créeme.

Su ancha cara reflejaba una profunda obstinación, una obstinación que él sabía que era invencible.

—A ver si nos entendemos —dijo Gordon, lentamente—. Quieres que consiga un buen empleo, que viva como un buen ciudadano de la clase media y que no comprometa mi futuro permaneciendo dentro del Partido. ¿No es así?

Al no obtener respuesta, prosiguió:

—Sé que tus motivos son irreprochables. En lo fundamental, ambos estamos de acuerdo. Queremos lo mejor para nuestro hijo. Disentimos únicamente en el método. La seguridad que tú deseas para él es sólo temporal, una seguridad a merced de los capitalistas que gobiernan al país. En cambio, yo lucho por una seguridad permanente, una seguridad que no pueda ser hecha añicos por unos cuantos miembros de la clase dominante. ¿Ves la diferencia?

—Tendrás que dejarlo —dijo Ann, con testarudez—. Es preciso que lo dejes.

—¿Y si no puedo?

—Si no me prometes dejarlo... —Ann hizo una pausa, y luego prosiguió, en tono firme—. Me iré con el niño a Inglaterra, en vez de a América.

Ambos estaban asustados por las palabras que Ann acababa de decir. Luego, la mujer, en voz apenas audible y con lágrimas en los ojos, continuó:

—Sé que cumplirás tu palabra, una vez me la hayas dado. Puedes darte cuenta de

que tengo absoluta confianza en ti.

Por vez primera desde que estaban juntos, Gordon sintió irritación contra ella, porque sabía que la fe que Ann tenía en él estaba justificada. Nunca le había dicho una mentira, nunca había roto una promesa. Su estricta conciencia de nativo de Nueva Inglaterra había siempre funcionado en sus relaciones personales. Y ahora se aprovechaba Ann de su honradez para tenderle una trampa.

—Pongamos las cosas en claro —dijo Gordon, midiendo las palabras—. Si no te prometo abandonar el Partido, te irás con nuestro hijo a Inglaterra. Me dejarás —su voz no delataba el enojo y el dolor que sentía—. Si prometo lo que tú quieres, vendrás conmigo a los Estados Unidos.

Ann asintió con un gesto.

—Lo que me planteas no es muy noble, y tú lo sabes —dijo Gordon, sin poder ocultar el dolor que la actitud de su esposa le producía. Se acercó a la silla y volvió a sentarse. Con calma, pacientemente, examinó mentalmente la situación. Sabía que Ann había hablado en serio. Sabía, por otra parte, que jamás podría abandonar su partido, pues si lo hacía no podría dejar de sentir profundo odio contra su esposa; y sabía, también, que le resultaría extremadamente difícil vivir sin Ann, y que no podría soportar vivir sin su hijo.

—Te lo prometo —dijo, sabiendo que mentía. Y cuando ella se le acercó, con lágrimas en los ojos y expresión aliviada, cuando Ann se arrodilló y descansó la cabeza sobre sus rodillas, Gordon sintió por ella piedad y compasión, y sintió también odio hacia sí mismo. Sabía que, una vez en los Estados Unidos, su esposa tardaría un tiempo en darse cuenta de la realidad, y que, para entonces, le sería imposible marcharse a Inglaterra, pues carecería del dinero y de la fuerza de voluntad necesarios. Sus raíces comunes serían ya demasiado fuertes. Sabía que su vida en común estaría llena de odio, desconfianza y desdén hasta el día de su muerte, y no ignoraba que entre ambos se desarrollaría una lucha incruenta, pero interminable y cruel. Pero nada podía hacerse. Pasó la mano por los cabellos de Ann, cosa que siempre le excitaba, como le excitaba su fuerte y robusto cuerpo de campesina. Le pasó las manos por su rostro eslavo y le dio un beso.

No puedo hacer otra cosa, pensó Gordon; y el beso que dio a su esposa le causó terrible dolor.

Al atardecer, las ruinas de Nuremberg tenían una tranquila grandeza, como si toda la destrucción fuera cosa de mucho tiempo atrás, debido a fuerzas de la naturaleza: fuego, terremotos, o siglos de lluvia y sol. Algunas zonas eran de color alquitranado, como si la tierra hubiese ardido y la lava solidificada hubiera formado enormes montículos.

Al pasar Leo por las desoladas calles sintió, por vez primera, un extraño placer a la vista de tanta destrucción. En los suburbios se detuvo delante de una casa pequeña pintada de blanco, absolutamente igual a las casas próximas. Confiaba en que el profesor estaría a punto; estaba ansioso por abandonar Nuremberg, para dejar el juicio atrás. Había hecho una declaración honrada y precisa contra los guardianes y los kapos que había conocido. Había encontrado a algunos viejos amigos del campo, y compartió su satisfacción por la largamente esperada venganza. Pero, curiosamente, le había disgustado estar con sus antiguos camaradas, como si no hubiesen sido todos víctimas, como si hubiesen participado en un acto vergonzoso, del cual fueran todos igualmente culpables. Tratando de encontrar una explicación, llegó a la conclusión de que no deseaba estar con personas que le traían a la memoria la degradación, el terror, la miseria. La visión de una cara relacionada con aquella época bastaba para que la misma volviera a hacerse realidad. Pulsó la bocina del *jeep* y rompió el silencio de la noche.

Casi inmediatamente vio la pequeña figura del profesor salir de la casa y acercarse al *jeep*. Tenía una pequeña sorpresa para el profesor, pensó Leo, con sarcasmo, pero se esforzó por mostrarse educado.

—¿Ha sido agradable la visita a su hijo? —preguntó.

—Sí, sí —dijo el profesor—, muy agradable.

Dijo las palabras con educación e indiferencia. Tenía mal aspecto, con grandes ojeras y una tremenda palidez.

Leo conducía con lentitud, para que pudieran charlar y para recibir la caricia de la suave brisa. Más tarde pondría el coche a toda marcha, porque, debido a la fuerte velocidad del viento nocturno, entonces no les sería posible seguir hablando. Con su mano derecha sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa, tomando el volante con la mano izquierda. Dio uno al profesor, quien encendió un fósforo, protegiéndolo con el hueco de su mano, y dio lumbre a Leo, encendiendo después su cigarrillo. Después de unas cuantas chupadas, Leo dijo:

—Sé lo de su hijo, pues un amigo mío declaró contra él el mes pasado.

Vio que la mano del profesor temblaba al llevarse el cigarrillo a la boca, pero el anciano nada dijo.

—Si hubiese sabido lo que ahora sé, no le hubiese llevado, profesor —dijo Leo.

Pero en seguida se preguntó cómo, pues, lo llevaba de vuelta a Bremen.

El profesor, nervioso y excitado, replicó:

—Yo no quería que usted me ayudase. Sabía que no era correcto. Pero *Herr Middleton* dijo que se lo había contado todo; me aseguró que usted había comprendido.

—¿Cuándo ejecutarán a su hijo? —preguntó Leo, cruelmente; y luego, se sintió avergonzado.

—Dentro de unas semanas —dijo el profesor; había perdido su cigarrillo y tenía las manos entrelazadas, para evitar que Leo se diera cuenta de cómo le temblaban—. Ésta ha sido mi última visita.

Era evidente que el viejo esperaba piedad, que confiaba en que no siguieran haciéndole preguntas.

Leo siguió conduciendo en silencio. Estaban en campo abierto, donde el olor de la hierba y de las hojas de los árboles no estaba estropeado por el polvo. El *jeep* avanzaba muy lentamente. Leo volvió la cabeza hacia el anciano. Habló con lentitud:

—Fue condenado por un tribunal alemán, por matar a un compatriota, no por sus crímenes como guardián de un campo. La situación tiene su dosis de ironía. Nunca podrá pensar que han sido los malditos judíos quienes lo han matado. Este pensamiento nunca podrá servirle de consuelo. Una lástima.

El profesor bajó la cabeza y se miró las manos.

—Nunca he pensado tales cosas —respondió—. De verdad; soy un hombre civilizado.

—Su hijo merece la muerte —dijo Leo—. Es un monstruo. Si algún hombre se ha hecho acreedor a ser ejecutado, es ese monstruo. ¿Sabe usted las cosas que hizo? Una criatura diabólica; el mundo estará mejor sin él. Tengo conciencia clara de lo que digo. ¿Sabe usted las barbaridades que hizo?

El odio acumulado en su voz y en su corazón hizo que detuviera el *jeep* y se volviera para esperar respuesta.

Pero el profesor nada dijo. Escondía la cabeza entre las manos, como si quisiera ocultarse. Su cuerpo era víctima de fuertes espasmos. De su boca no salía una palabra ni un sonido, pero su cuerpo se movía violentamente, como impelido por el motor de su cerebro.

Leo esperó a que el profesor se calmara, y cuando la piedad y la compasión comenzaban a imponerse al odio, pensó no, no, y se esforzó por traer a su memoria la imagen de su padre, su enflaquecida figura, su cabeza afeitada, andando por el camino de grava; y él, Leo, con su uniforme, que iba en dirección opuesta, no lo reconoció, hasta que su padre, deteniéndose, le dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Recordó entonces el día en que fue sorprendido en el Tiergarten, cuando se suponía que debería estar en clase; su padre le preguntó: Was machst Du hier? Sólo que en el enarenado sendero el horizonte estaba constituido por alambradas y que su

padre no era el mismo hombre de cuando la tarde de novillos. La diferencia estaba en las lágrimas de sus ojos y en la barra roja que cruzaba su pecho, como distintivo de los prisioneros políticos. Y Leo, en el *jeep*, al recordar todo esto, sólo ahora, sabiendo lo que su padre debió de haber sufrido diez años antes, únicamente sintió desdén hacia aquel anciano que, con su dolor, no hacía sino pagar el que antes había sufrido su padre. Este hombre bien educado, que distinguía el bien del mal, por miedo y cobardía no había acudido en ayuda de su padre. Cuando el uno sufría en el campo, el otro dormía tranquilamente en su cama, comía bien, y lo aceptaba todo con cómoda resignación. Leo apartó la vista del profesor y se puso a contemplar un verde valle, oscurecido por las nacientes sombras de la noche. Sabía que no podría quedarse en Alemania, que no sería capaz de vivir con aquella gente que había encerrado su juventud detrás de unas alambradas, que había grabado a fuego un número en su brazo, un número que se llevaría a la tumba, con aquellas personas que habían matado a su padre y deportado a su madre, la que, incapaz de vivir separada de los suyos, enloqueció, primero, para morir después, debido a no poder dormir.

Y ahora, en esta tierra, y con esta gente, vivía en paz, sin odio ni rencor. Dormía con sus hijas, daba chocolate a sus hijos pequeños, les daba cigarrillos a ellos, los llevaba en su *jeep*. Menospreciándose a sí mismo, Leo se desprendió totalmente de la piedad que sentía por el viejo profesor. Puso el *jeep* en marcha y apretó a fondo el acelerador, deseoso de llegar cuanto antes a Bremen. El profesor se había secado la cara con un pañuelo y estaba sentado pasivamente, con los pies apoyados rígidamente en el suelo del vehículo.

En las primeras horas de la mañana, cuando la luz del día comenzaba a ahuyentar las sombras, Leo detuvo el vehículo en uno de los cafés que los norteamericanos habían construido en la autobahn. Se llevó con él al profesor, y ambos se sentaron en una larga mesa de madera. En la misma había varios conductores de camiones militares, que, con la cabeza apoyada en los brazos, dormían.

Bebieron en silencio su primera taza de café, pero cuando Leo regresó con las tazas llenas por segunda vez, acompañadas por unas rosquillas, el profesor empezó a hablar, lentamente primero y más rápidamente después. Sus manos temblaban visiblemente:

—Usted no puede saber lo que un padre siente, Leo. Un padre se encuentra totalmente indefenso. Lo sé todo acerca de mi hijo, y me confesó algo más. Cuando su madre estaba moribunda, él se hallaba en el frente ruso. Me las arreglé para que consiguiera un permiso —era un héroe, tenía muchas condecoraciones—, pero nunca vino a casa. Escribió que el permiso había sido cancelado. Y ahora, en el curso de esta última visita, me lo ha dicho todo: que se fue a París, que deseaba pasarlo bien. Me explicó que le era imposible sentir piedad y amor por su madre. Y fue después de esto que todo comenzó a marchar mal, que empezó a hacer todas esas cosas terribles. Pero —el profesor hizo una pausa, como si se asustase de sus propias palabras— ¿cómo es posible que un hijo no llore la muerte de su madre? Siempre había sido un

muchacho como los demás; quizá más guapo e inteligente, pero, básicamente, como todos los muchachos de su edad. Le enseñé a ser generoso, a compartir sus cosas con los compañeros, a creer en Dios. Su madre y yo lo quisimos mucho, pero nunca lo mimamos con exceso. Era un buen hijo. Aún ahora me resultaría imposible creer que haya hecho esas cosas, pero fue él mismo quien me lo confesó, a mí personalmente —los cansados ojos se llenaron de lágrimas—. Me dijo todas estas cosas, y la última noche, abrazado a mí, dijo, llorando: «Me alegro de morir, papá, me alegro». Estuvimos toda la semana hablando de los años pasados juntos, y durante la última noche lloró, como cuando era niño.

El profesor se detuvo en seco, y Leo se dio cuenta de que su cara debía estar reflejando la mezcla de repulsión y piedad que sentía.

El profesor reinició su monólogo, pero ahora su voz era serena, razonable y ligeramente apologética, como si el hecho de haber demostrado su dolor hubiese sido el colmo de la mala educación:

—Repaso toda nuestra vida juntos y trato de descubrir cómo y cuándo empezó... Pero no descubro nada. No veo nada. Se convirtió en un monstruo de un modo natural, por sí mismo. Es terrible. Es algo que obliga a meditar. Usted dijo de él que era un monstruo, y es verdad. También un hijo suyo, Leo, podría convertirse en un monstruo.

El profesor sonrió, para dar a entender que sus palabras eran impersonales, simples digresiones, y su sonrisa era tan lívida, y tan artificial la mueca de su boca, que Leo inclinó la cabeza para no verla.

Y la sonrisa del anciano profesor se hizo, gracias a un gran esfuerzo, más intensa aún.

—Le digo todo esto porque usted es la víctima. Mi hijo y yo, sí, también yo, fuimos los que le hicimos sufrir. ¿Qué puedo decir? Que fue un accidente, como si, por ejemplo, conduciendo yo un automóvil, le atropellara. Sin malicia. Mi hijo cogió unas fiebres malignas, como si hubiese vivido en una ciénaga, ¿me comprende? Debe morir de esta enfermedad, lo sé. Pero pienso que es bueno, a pesar de todo, pienso que es bueno —el profesor comenzó a llorar y dijo, en voz muy alta, histéricamente—: ¡Que Dios se apiade de él! ¡Que Dios se apiade de él!

Uno de los conductores levantó la cabeza y dijo:

—¡Cállese, por Dios!

El profesor dejó de hablar.

Leo dijo:

—Duerma un poco y luego seguiremos, pero antes fumémonos un cigarrillo.

Una vez terminado, con los brazos por almohada, ambos intentaron dormir. El profesor concilio el sueño en seguida, pero no así Leo.

Leo levantó la cabeza y miró los pedazos de rosquillas encima de la sucia mesa. No sentía piedad alguna por el anciano; no podía. Su propio sufrimiento obraba en su sangre como antídoto. Pero ahora sabía lo mucho que su padre y su madre debieron

sufrir por él. Semidormido, imaginó un gran número de hombres malvados condenados a muerte con toda justicia, pero vio cómo la muerte alcanzaba también a infinidad de inocentes. Antes de dormirse del todo, sin embargo, imaginó una solución maravillosa; en cada ejecución, a los familiares del condenado se les inyectaba una droga, una droga que les hacía olvidarlo todo. Ya completamente dormido, sumergió una larga aguja dentro de la cafetera que había encima de la mesa, llenó el tubo inyectable con el negro líquido, y clavó luego la aguja en la nuca del profesor, vaciando el líquido dentro de su cuerpo. El profesor volvió la cara hacia él y, agradecido, le sonrió.

Era casi completamente de día cuando despertaron, y efectuaron el largo viaje hacia Bremen hablando sólo lo indispensable. El sol acababa de iniciar el viaje hacia el Oeste cuando llegaron a los suburbios de Bremen. Leo detuvo el *jeep* delante de la casa donde el profesor tenía su habitación.

Leo aceleró el motor, para cortar las palabras de gratitud del anciano profesor. Se alejó a gran velocidad. Sentía frío y fatiga, pero no tenía sueño. Cruzó diversas calles, pasó por delante de la *Polizeihaus* y por la *Schwachhauser*, y luego entró en la *Kurfürsten Allee*. Al pasar por la larga y sombreada avenida, Leo aminoró la marcha, y el sol y la suave brisa de la tarde le dieron nuevas energías. Al hallarse cerca de la casa de Mosca fue apretando el freno, pero condujo de modo que un lado del *jeep* quedara sobre la calzada y el otro sobre la acera. Como siempre, quiso detener el coche contra un árbol, pero llevaba más velocidad de la que él creía, por lo que el topetazo le echó la cabeza hacia atrás. Después de lanzar una maldición, encendió un cigarrillo e hizo sonar tres veces la bocina del *jeep*.

La ventana se abrió inmediatamente, pero no fue la cabeza de Hella la que se asomó, sino la de *Frau Saunders*.

—*Frau Mosca* no está aquí —dijo la mujer—. Esta mañana ha sido trasladada al hospital. El niño no tardó en nacer.

Leo, excitado, se puso de pie sobre el asiento del *jeep*.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí, muy bien —contestó *Frau Saunders*—. Ha sido un niño. Todo se desarrolló a la perfección. *Herr Mosca* está allí, ahora.

Leo no perdió tiempo en responderle. Puso el *jeep* en marcha y se dirigió al hospital. Como le venía de paso, se detuvo en el Club de Oficiales y entregó a un camarero alemán un paquete de cigarrillos a cambio*de un hermoso ramo de flores.

Mosca oyó la voz de Inge que le decía que acudiera al teléfono de la oficina exterior. Acudió y descolgó el auricular. Oyó una voz que le hablaba en alemán:

—*Herr Mosca*, soy *Frau Saunders*. Su esposa ha sido trasladada al hospital hace una hora. Sospecho que se trata del bebé.

Mosca miró a Inge y a Eddie, como si pudieran oír la voz de *Frau Saunders*. Estaban ocupados, inclinados sobre sus mesas respectivas.

—Pero si todavía faltan dos semanas —dijo Mosca, quien vio que Eddie e Inge estaban con la cabeza vuelta hacia él, mirándolo.

—Creo que se trata del bebé —estaba diciendo *Frau Saunders*—. Esta mañana, poco después de marcharse usted, comenzó a sentir dolores. Llamé al hospital y mandaron una ambulancia.

—Gracias —dijo Mosca—. Voy para allá inmediatamente.

—¿Me telefonará en cuanto sepa algo? —preguntó *Frau Saunders*.

—De acuerdo —contestó Mosca, y luego, antes de colgar el auricular, *Frau Saunders* dijo:

—Me encargó que le dijera que no se preocupara.

Eddie Cassin enarcó las cejas cuando Mosca le dio la noticia. Eddie cogió el teléfono y pidió un vehículo del parque militar.

Cuando llegó el *jeep*, Eddie dijo:

—Nos veremos en el Rathskellar a la hora de cenar; si te es posible, claro. Si ocurre, algo, llámame.

—Quizá no se trate del niño —explicó Mosca—, pues no está demasiado gorda.

—Todo irá bien —dijo Eddie, tranquilizador—. Llegan temprano y llegan tarde. Sé lo que son estas cosas —alargó la mano, para estrechar la de Mosca—. Suerte.

Camino de la ciudad, Mosca comenzó a sentirse intranquilo, preocupado. Sin previo aviso sintió que su interior había sido invadido por una oleada de temor. Estaba seguro de que Hella estaba enferma.

—Vaya más aprisa —dijo al conductor.

El conductor respondió:

—Lo siento, no puedo saltarme las ordenanzas.

Mosca tiró al alemán el paquete, medio lleno, de cigarrillos, que llevaba en el bolsillo. Inmediatamente, la velocidad del *jeep* aumentó sensiblemente.

El hospital de la ciudad estaba formado por un conjunto de edificios de ladrillos rojos, desparramados por una amplia zona de paseos con árboles y de verdes campos. El área estaba toda rodeada y protegida por una cerca de hierro, pero con yedra disimulando las púas. A lo largo del perímetro de la cerca había pequeñas puertas metálicas. La entrada principal, sin embargo, era enorme, y a través de ella entraban

vehículos y peatones. El *jeep* atravesó esa puerta, y avanzó lentamente.

—Averigüe dónde está el pabellón de maternidad —dijo Mosca. El *jeep* se detuvo. El conductor sacó medio cuerpo fuera del vehículo, habló con una enfermera que pasaba, y luego puso el vehículo en marcha. Mosca se acomodó en el asiento y trató de relajarse, mientras rodaban despaciosamente por los terrenos del hospital.

Ahora se hallaba en un mundo completamente alemán. Aquí no había uniformes, como no había tampoco vehículos militares, a excepción del *jeep* en el que iba él. La gente que lo rodeaba era toda enemiga; lo eran sus ropas, su lenguaje, su forma de andar y la atmósfera toda. Mientras rodaban por los sombreados senderos, Mosca podía ver, de cuando en cuando, las púas metálicas que cerraban dicho mundo. El edificio de la maternidad se encontraba muy cerca de la valla.

Mosca entró y encontró una pequeña oficina, en la cual estaba sentada una enfermera de bastante edad. Apoyados en la pared había dos hombres, quienes, si bien llevaban monos del ejército norteamericano, cubrían su cabeza con gorros de la Wehrmacht. Eran conductores de ambulancias.

—Busco a Hella Broda; ha entrado aquí esta mañana —dijo Mosca; la enfermera consultó un libro-registro que tenía encima de la mesa. Por un momento, Mosca tuvo miedo de que la enfermera dijera que no estaba en el pabellón; tuvo miedo de que sus temores se convirtieran en realidad. Pero la mujer lo miró, sonriendo:

—Sí —dijo—. Espere, preguntaré por ella.

Mientras la enfermera hablaba por teléfono, uno de los conductores de ambulancias dijo a Mosca:

—La trajimos nosotros.

Ambos hombres le sonrieron. Les devolvió la sonrisa, cortésmente, y entonces se dio cuenta de que los dos hombres esperaban que, en recompensa, les diera algunos cigarrillos. Buscó en sus bolsillos; el último paquete lo había entregado al conductor del *jeep*. Se encogió de hombros y esperó a que la enfermera terminara de hablar.

Colgó el auricular:

—Ha sido un niño —le dijo.

Mosca, impaciente, preguntó:

—¿Está bien mi esposa?

Luego le extrañó haber pronunciado la palabra esposa.

—Sí, desde luego —dijo la enfermera—. Si lo desea, puede esperar; podrá verla dentro de una hora, más o menos. Ahora está durmiendo.

—Esperaré —contestó Mosca. Salió al exterior y se sentó en un banco de madera.

Sentía el aroma de las flores de un jardín cercano, una ardiente dulzura mezclada con la roja luz del cálido sol de mediodía. Por delante de él pasaban enfermeras y médicos, todos con sus batas blancas. Cruzaban el verde césped y entraban en los edificios de ladrillos rojos, los cuales, aparentemente, no habían sufrido los zarpazos de la guerra. El aire estaba lleno de minúsculos insectos. Mosca se sintió invadido por una tranquilidad absoluta, por una paz serena, pues la cerca metálica constituía una

barrera contra el ruido, las ruinas y el polvo de la cercana ciudad.

Los dos conductores de ambulancias salieron del edificio y vinieron a sentarse junto a él. Estos tipos nunca se dan por vencidos, pensó Mosca. Hubiera dado cualquier cosa por tener un cigarrillo en los labios. Se volvió a uno de los dos hombres y le preguntó:

—¿Tiene usted un cigarrillo?

Los dos alemanes no salían de su asombro, y uno de ellos se quedó, literalmente, con la boca abierta. Mosca sonrió:

—No llevo ni uno. Cuando vuelva les daré a ustedes algunos paquetes.

El hombre que estaba más próximo a él sacó de uno de sus bolsillos un paquete oscuro de cigarrillos alemanes y lo alargó a Mosca, diciendo:

—Si es que se atreve con uno de éstos...

Mosca encendió el cigarrillo, pero inmediatamente después de la primera chupada comenzó a toser. Los dos alemanes se echaron a reír, y uno de ellos comentó:

—Es preciso acostumbrarse, primero.

Después, Mosca lo encontró aceptable. Con la espalda apoyada en el respaldo del banco, Mosca descansaba, dejando que el sol de la tarde le diera de lleno en el rostro. Estaba agotado.

—¿Cómo estaba, cuando ustedes la trajeron? —preguntó, con los ojos cerrados.

—Bien, como todas —dijo el conductor que le había dado el cigarrillo; su cara presentaba una perenne expresión de buen humor, una media sonrisa, y ello era debido a la estructura misma de su cara y de su piel—. Hemos visto centenares de casos como el suyo; no se preocupe.

Mosca abrió los ojos y lo miró:

—No debe ser agradable transportar continuamente mujeres embarazadas, ni oír sus lloros y gritos.

Mientras pronunciaba estas palabras, Mosca se dio cuenta de que sentía celos de aquellos dos hombres, porque habían visto a Hella indefensa; porque había estado, durante un rato, completamente en sus manos.

El mismo conductor dijo:

—Es bueno transportar gente que puede gritar. Durante la guerra, yo formaba parte de un pelotón de enterradores. Salíamos con un camión y recogíamos a los muertos. En invierno, los cadáveres estaban tiesos, y teníamos que cargarlos cuidadosamente, para que ocuparan el mínimo de espacio; a veces era preciso forzarles un poco los brazos, si los tenían más o menos extendidos, y entonces se oía un desagradable crujir de huesos.

El otro conductor abandonó el banco y entró en el edificio:

—Ha oído antes estas historias —continuó el alemán—. Él estaba en la Luftwaffe; soltaban un cargamento de bombas, y luego sufrían horribles pesadillas durante semanas enteras. En verano, terrible. Terrible. Antes de la guerra, yo empacaba fruta, y tal vez fue por eso que en el ejército me destinaron al pelotón de

enterramiento. Empacaba naranjas, que a veces estaban podridas; teníamos que importarlas, como usted puede imaginar, por lo que teníamos que reempacarlas. Las malas las metía en una bolsa y me las llevaba a casa. En verano, ése era el sistema empleado con los cadáveres. Estaban reblandecidos, por lo que los apretábamos unos contra otros. Era como una gran pila de basura en un camión. Por ello, considero que este trabajo de ahora es estupendo. En el otro, fuera en invierno o en verano, no teníamos conversación, como puede usted suponer —dedicó a Mosca una ancha sonrisa.

Mosca pensó: ¡Vaya con el hombre! Sentía verdadera simpatía por él, pues se daba cuenta de que su amabilidad no era forzada.

—Me gusta la conversación —prosiguió el hombre—, por lo que no añoro mi trabajo en el ejército. Ahora, para mí, el trabajo constituye un verdadero placer. Me siento al lado de la mujer, y, cuando se pone a gritar, le digo que grite y llore cuanto quiera, que nadie va a oírla ni a reñirla. Cuando lloran, como su esposa, les digo: «Llore, le hará bien. Es preciso que las madres se acostumbren al llanto». Es una pequeña broma. Pero no siempre digo lo mismo. En cada ocasión invento cosas nuevas, y siempre son ciertas. No hablo mucho, sólo lo justo para que no se sientan solas, como si fuese su marido.

Mosca cerró los ojos:

—¿Por qué lloraba mi esposa?

—Es que es un asunto muy doloroso, amigo —el alemán trató de mirarle reprobadoramente, pero únicamente le salió una mueca amable y graciosa—. El dolor la hacía llorar, pero eso nada significa, pues era evidente que se sentía muy feliz. Entonces pensé que su marido ora un hombre afortunado. No le dije nada, pues no encontré nada que decirle. Le sequé la cara, porque el dolor la hacía sudar, y gritó y lloró mucho. Pero cuando la sacaron de la ambulancia, me sonrió. No, se sentía bien, no había nada que decirle.

Un golpecito en los cristales de la ventana detrás de ellos hizo que el conductor de la ambulancia volviera la cabeza; la enfermera le hacía señas de que entrara en el edificio. El alemán se marchó, y momentos después, los dos conductores de ambulancias volvieron a salir. El alemán estrechó la mano de Mosca.

—Le agradeceré se acuerde de los cigarrillos, cuando vuelva —dijo. Entraron en su ambulancia y, lentamente, rodaron hacia la puerta principal.

Mosca cerró los ojos, apoyó la espalda en el respaldo del banco, y el calor del sol de junio hizo que se adormeciera. Le pareció haber dormido durante mucho rato, incluso soñó, y luego despertó. Alguien golpeaba la ventana detrás de él. Al volver la cabeza vio que la enfermera le hacía señas para que entrara.

Le indicó el piso y el número de la habitación. Mosca corrió escaleras arriba. Cuando llegó a la habitación, vio, en el pasillo, una larga mesa con ruedas, y, sobre la misma, casi veinte pequeños bultos envueltos en ropas blancas. Las criaturas armaban un tremendo alboroto. Una de ellas podía ser la suya, pensó, y se detuvo un momento

a mirar. De la habitación salió una enfermera, que se llevó la mesa:

—Puede entrar —le dijo.

Abrió la puerta y entró en una habitación grande y cuadrada, de paredes pintadas de verde, en la cual vio seis camas, ocupadas todas por mujeres, ninguna de las cuales era Hella. Luego, en un rincón, vio otra cama, pero tan baja que estaba casi al nivel del suelo.

Hella estaba acostada, con los ojos abiertos, mirándole, y se veía más hermosa que nunca. Tenía los labios de un rojo intenso, pero su cara era blanca como la nieve, excepto por dos manchas carmesí en las mejillas. Los ojos le brillaban, y si no hubiese tenido el cuerpo completamente inmóvil, nadie hubiera podido adivinar que había tenido un niño pocas horas antes. Consciente de las otras mujeres de la habitación, se acercó a ella, y se inclinó, para darle un beso en la mejilla, pero la muchacha le ofreció su boca:

—¿Eres feliz? —murmuró ella.

Su voz era particularmente ronca, como si sufriera un fuerte resfriado. Mosca le sonrió e hizo un gesto afirmativo.

—Es una criatura muy hermosa, tiene mucho pelo —murmuró Hella—. Igual que el tuyo.

Mosca no sabía qué decir y permanecía de pie, extrañándose de que aquello pudiera emocionar tanto a Hella, dejándole a él, en cambio, tan tranquilo e impassible.

Entró una enfermera y dijo:

—Eso es todo. Puede usted volver mañana, a las horas de visita.

Mosca acercó su cara a la de Hella y dijo:

—Vendré mañana, ¿de acuerdo?

La muchacha asintió y levantó un poco la cabeza, para que él pudiera darle otro beso.

Fuera de la habitación, la enfermera le preguntó si deseaba ver al niño, y Mosca la siguió por un largo corredor, que terminaba en una pared de cristal. Había hombres que miraban a través del mismo, pues al otro lado estaba una enfermera de aspecto desenvuelto, que iba ^yantando bebés recién nacidos, por turno, para goce de los, evidentemente, nuevos padres. La enfermera que acompañaba a Mosca abrió una pequeña ventanilla que había en el muro de vidrio y dijo:

—El niño de Broda.

La enfermera al otro lado del cristal desapareció, pero no tardó en regresar. Llevaba en brazos un pequeño bulto... Le quitó la ropa que tapaba su cara y alzó en brazos, orgullosamente, a la criatura.

Mosca le impresionó la fealdad del bebé. Era la primera vez que veía a un recién nacido. Tenía la cara arrugada y sus rasgos eran feos; los ojos, casi cerrados lanzaban maliciosos destellos contra el mundo hostil en el que acababa de entrar. En la parte superior de su cabeza, un mechón de pelo negro le daba un aspecto animal.

Al lado de Mosca, un alemán calvo y de baja estatura estaba prácticamente en

éxtasis, contemplando un bebé sostenido en brazos por otra enfermera. Aliviado, Mosca observó que la criatura era casi exactamente igual que su hijito. El alemán exclamaba, arrobado:

—¡Qué criatura tan dulce! ¡Qué niño tan hermoso!

Y hacía extraños gestos con la boca y los brazos, en inútil intento por conseguir una sonrisa del bebé. Mosca, divertido, lo miraba, y luego contempló a su propio hijo, tratando de sentir alguna emoción. En vista de que no lo conseguía, hizo una seña a la enfermera para que se lo llevara. La enfermera le dirigió una mirada de irritación; había estado esperando, curiosa, el número de Mosca.

Bajó las escaleras y, una vez fuera del pabellón, se dirigió a la puerta principal. Vio a Leo conduciendo su *jeep*, lentamente, entre la oleada de alemanes que entraban y salían. Leo detuvo el vehículo frente a él, y Mosca saltó dentro. Vio el gran ramo de flores en el regazo de Leo, y al sentir su suave fragancia se encontró, repentinamente, libre de la tensión que hasta entonces lo había dominado. Ahora se sentía extraordinariamente feliz.

Cuando, finalmente, se encontraron con Eddie en el Rathskellar, Eddie Cassin estaba ya completamente borracho.

—¿Por qué no llamaste, hijo de perra? Hice que Inge telefonara al hospital, y fue así como lo supe. Luego llamó tu casera y le di la noticia.

—¡Vaya, por Dios! Me olvidé de telefonarte —se excusó Mosca, sonriendo.

Eddie le pasó un brazo por los hombros:

—Felicidades, muchacho. Esta noche lo celebraremos.

Comieron y se dirigieron luego a una de las mesas del bar.

—¿Quién paga las bebidas, nosotros o Walter? —preguntó Leo, con absoluta seriedad.

Eddie les dedicó una sonrisa entre divertida y paternal:

—Esta noche, yo lo pago todo. O mucho me equivoco, o Walter es incapaz de invitarnos ni siquiera a fumar. Fíjate en lo triste que está.

—¿Cómo puedo comportarme como un padre normal si ni siquiera estamos casados? En el hospital llaman al niño por el apellido de su madre. No deja de ser gracioso, ¿verdad? De todos modos, será cuestión de arreglar los papeles cuanto antes.

—Vamos a ver —dijo Eddie—. El papeleo puede durar tres meses, más o menos. Pero después, cumplidos treinta días de la fecha de vuestro matrimonio, tendrás que marchar a los Estados Unidos. ¿Vas a abandonar este paraíso?

Mosca meditó durante unos segundos:

—Supongo que puedo arreglar los papeles y demorar, por algún tiempo, la boda. Pero quiero tenerlo todo dispuesto, por si acaso.

—Puedes hacerlo —contestó Eddie—, pero es evidente que tendrás que regresar algún día. Ahora que los Middleton se han ido, concretamente, el conseguir dinero para una esposa y un hijo te va a resultar tarea difícil —dirigió a Mosca una mirada

extraña y escrutadora—. Estoy seguro de que quieres arreglar esos papeles, Walter, pero ¿estás dispuesto a regresar?

Mosca dijo a Leo:

—¿Te has decidido ya? ¿Por qué país te inclinas: Palestina o Estados Unidos?

—Estoy bien aquí —respondió Leo; pensó en el profesor—. Pero pronto tendré que decidir.

—Deberías marcharte conmigo —dijo Mosca—. Podrías vivir con Hella y conmigo hasta que encontraras algo conveniente. Es decir, si consigo encontrar un apartamento.

Eddie preguntó, con curiosidad:

—¿Qué vas a hacer cuando regreses a los Estados Unidos?

—No lo sé —contestó Mosca—. Quizá vaya a la universidad. Soy un tipo ignorante, pues pasé directamente de la escuela secundaria al ejército —sonrió a sus dos compañeros—. Os resultará difícil creerlo, pero siempre fui un buen estudiante. Cuando me alisté, Eddie, tú te encargabas de recordármelo muy a menudo, cuando éramos soldados. Y ahora tengo curiosidad por saber más —hizo una pausa, como intentando traducir a palabras su pensamiento—. A veces siento la necesidad de luchar, pero no sé contra qué. Parece como si algo me frenara. Como ahora. Quiero hacer algo, pero me impiden hacerlo. Quiero labrarme un porvenir. No puedo casarme con una alemana, y sé por qué el ejército pone dificultades a este tipo de matrimonios. Nada me importan los alemanes, pero eso es lo que me detiene. Bueno, yo me entiendo.

Tomó otra copa.

—Cuando era niño —volvió a decir Mosca—, creía que todo el mundo era estupendo. Tenía una serie de ideas concretas, pero ahora no puedo ni siquiera recordarlas. En las peleas callejeras solía siempre luchar como los héroes de las películas, siempre con nobleza, y nunca golpeaba al adversario cuando estaba caído o perdía el equilibrio. Era un verdadero tonto. Aquello, al recordarlo, no me parece real. De hecho, nada de mi vida anterior a la entrada en el ejército me parece real. Me parecía también que la guerra no iba a terminar nunca. Uno sabía que iría al Japón, y que luego lo enviarían a luchar contra un nuevo enemigo, los rusos tal vez. Y después era posible que nos enfrentaran a los marcianos. Pensaba que nunca podría regresar a casa. Ahora, por primera vez, creo de verdad que la guerra ha terminado, que deberé volver a la encantadora vida de antes de la guerra. Sí, es posible que inicie la nueva vida yendo a la universidad.

Leo y Eddie se sentían embarazados. Era la primera vez que Mosca les había hablado de sus sentimientos, y ambos estaban sorprendidos por lo juvenil de las emociones de su amigo, escondidas hasta entonces dentro de un rostro adusto, moreno y casi cruel. Leo dijo:

—No te preocupes, Walter, cuando lleves una vida formal, con esposa e hijos, todo irá bien.

—¿Qué demonios sabes tú? —dijo Eddie con airada voz de borracho—. Once años en un campo de concentración sin mujeres. ¿Qué diablos puedes saber?

Leo dijo, con sereno desdén:

—Sólo sé una cosa; que nunca te marcharás de aquí.

Eddie lo miró, sorprendido.

—Tienes razón —contestó—. Que me maten si no estás en lo cierto. He vuelto a escribir a mi esposa y le he dicho que viniera con el niño, pues de lo contrario nunca abandonaría este maldito continente. Ésa es mi única esperanza. Pero ella se entiende con su jefe, aunque piensa que yo no lo sé. Pero lo he sabido siempre.

Leo dijo a Mosca:

—Tal vez iré contigo. No puedo permanecer aquí toda la vida. Quizá podamos montar juntos un negocio con nuestras ganancias en el mercado negro, y tú puedas ir a la universidad, además.

—No está mal —comentó Eddie—. Si te asocias a Leo, no podrás perder, Walter.

Sonrió, y vio que ninguno de ellos le había entendido, aunque también era posible que no le hubiesen oído, porque las palabras, debido al alcohol, salían de su boca con mucha dificultad. Se sentía avergonzado.

—Estáis soñando —dijo, y se dio cuenta de que estaba enojado, debido a que ambos hacían planes dejándolo a él fuera, sin malicia, dando por descontado que nunca abandonaría Alemania. Sintió, de pronto, una profunda preocupación por sus dos compañeros. Le preocupaba Leo por su desconocimiento del mundo real, y le preocupaba Mosca por la tremenda inquietud que había adivinado detrás de su rostro moreno y aparentemente indiferente: una inquietud que lo colocaba, inerme, frente a todos sus semejantes. Eddie sentía también una inmensa tristeza, ebria tristeza, por sí mismo. Ante el estupor de Leo y de Mosca, escondió la cabeza entre sus manos y comenzó a llorar. Poco después quedó dormido.

Wolf bajó los escalones que conducían al sótano y suspiró aliviado, contento de haberse librado del fuerte calor veraniego. Estaba cansado, ya que había encontrado mucho trabajo atrasado al regresar de su mes de vacaciones. Había llevado a Úrsula a visitar a una hermana suya que vivía en Baviera, una última visita antes de su partida para los Estados Unidos. Se dirigió directamente a la cocina, donde Úrsula estaba preparando la cena.

—Tienen un niño —dijo.

Úrsula se volvió y exclamó, feliz:

—¡Es maravilloso, justo lo que querían! ¿Ha salido ya del hospital? Debo ir a verla.

—Ocurrió al día siguiente de nuestra marcha —dijo Wolf—. El niño vino antes de lo previsto. Hella hace ya tres semanas que está en casa.

Y pensó: Apenas si se conocen, y, sin embargo, Úrsula se alegra. En el nacimiento de los niños había algo que le emocionaba también a él. Querría tener hijos propios, cuando todo estuviese arreglado. Los hijos constituían una razón de vivir, y la misión de los padres consistía en enseñarles a cuidar de sí mismos. Serían los niños más listos de la vecindad; sabrían dónde tenían la mano derecha.

—¿Has sabido algo de nuestros documentos matrimoniales? —preguntó Úrsula.

—Todavía no han llegado de Francfort —respondió Wolf. Era mentira. Los papeles estaban en su despacho de la base aérea. Pero si Úrsula se enteraba, insistiría en casarse inmediatamente, y entonces tendrían que salir de Alemania en un plazo máximo de treinta días a partir de la ceremonia. Deseaba demorar la partida por unos meses, para completar algunos negocios.

El padre de Úrsula, que estaba detrás de él, dijo:

—Me alegro de que hayas vuelto, Wolfgang —Wolf se volvió a su futuro suegro—. Te han telefonado. Debes ponerte inmediatamente en contacto con un hombre llamado Honny.

El padre, que acababa de venir de la bodega, llevaba en las manos un enorme jamón, que dejó encima de la mesa de la cocina. Tomó un cuchillo y, con amoroso cuidado, cortó unos cuantos trozos para freírlos con patatas.

Wolf pensó que el viejo sabía hacerse útil, por no decir indispensable:

—¿Dijo algo más el hombre que telefoneó?

—No —dijo el padre de Úrsula—, pero repitió varias veces que se trataba de un asunto muy importante.

Wolf se fue a su dormitorio y marcó el número. Al otro lado del auricular le hablaba, con excitación, la afeminada voz de Honny:

—Me alegro de que haya llamado en seguida, Wolfgang. Ya tengo el contacto que

estuvo buscando durante el invierno.

—¿Está usted seguro? —preguntó Wolf.

La voz de Honny se hizo más confidencial:

—Tengo pruebas suficientes como para creer que sí.

Reforzó la palabra «pruebas».

—Estupendo —dijo Wolf—. Estaré con usted dentro de una hora. ¿Lo tendrá con usted entonces?

—Dentro de dos horas —respondió Honny.

—Muy bien —dijo Wolf, y colgó. Comunicó a Úrsula que no comería en casa y, sin entretenerse, salió a la calle. Oyó la exclamación de sorpresa y disgusto de la muchacha, antes de cerrar la puerta. Echó a andar calle abajo y llegó a tiempo de coger, en marcha, un strassenbahn.

Wolf estaba excitado. Había perdido la esperanza de llevar el negocio a buen término y, de hecho, llevaba ya varios meses sin pensar en el asunto. Y ahora, de pronto, todo llevaba camino de solucionarse. Los papeles matrimoniales estaban a punto, y podría comprar los billetes de avión, prescindiendo del transporte gratis que el gobierno le ofrecía. Y se libraría del viejo. Úrsula y su padre habían insistido muchísimo en la conveniencia de llevarse al viejo a los Estados Unidos, y él casi se había echado a reír en sus mismas caras. Pero había que mentir continuamente; había prometido a Úrsula que haría cuanto estuviese en su mano. Además, el viejo no estaba en condiciones de viajar. Había recibido una buena paliza cuando trató de estafar a unos traficantes del mercado negro. Estuvo una semana en el hospital. Desde entonces, el padre no se había movido del piso, dedicado sólo a comer sin medida. Había despachado un jamón de diez kilos en menos de una semana, además de tres o cuatro patos, y en el curso de un domingo se comió casi una oca. En dos meses aumentó quince kilos, por lo menos. Las arrugas de su piel habían desaparecido por completo y todos sus trajes le venían estrechos.

Debía ser el único alemán en todo Bremen, pensó Wolf, que podía posar para los carteles de propaganda ilustrativos de lo bien que se vivía en el país. En aquel sótano estaba el más gordo de los alemanes. Un verdadero caníbal. ¡Un jamón de diez kilos en tres días!

Wolf saltó del strassenbahn en la Kurfürsten Allee y anduvo rápidamente hasta la casa de piedra blanca donde vivía Mosca. A pesar de que el sol estaba ya declinando, el aire era todavía cálido, por lo que Wolf se amparaba en la sombra de los árboles de la avenida. Confiaba en que Mosca estaría en casa, pero, en todo caso, lo encontraría en el Rathkellar o en el club. Nada de teléfonos en este asunto.

Wolf abrió el portal. Subió las escaleras, llamó a la puerta, y Mosca, un momento después, abrió. Llevaba pantalones de franela y camisa de manga corta. Iba descalzo. En su mano sostenía una lata de cerveza.

—Pasa, Wolf —invitó Mosca. Atravesaron el recibidor entraron en la sala. *Frau* Saunders estaba sentada en un extremo del sofá, leyendo una revista. Hella estaba

meciendo el cochecito color crema. El niño estaba llorando.

Wolf saludó a las dos mujeres y, aunque estaba impaciente, miró al bebé y felicitó a Hella por la belleza de la criatura. Luego dijo a Mosca:

—¿Puedo hablar contigo a solas, Walter? Es sólo un minuto.

—Desde luego —dijo Mosca. Todavía con la lata de cerveza en la mano, entró con Wolf en el dormitorio.

—Escucha, Walter —dijo Wolf, con excitación—, al fin he conseguido el contacto en el asunto de los vales... Tengo que entrevistarme con él dentro de un rato, para discutir los detalles. Quiero que me acompañes, por si ocurre algo. ¿De acuerdo?

Mosca tomó un sorbo de cerveza. En la otra habitación podía oír el murmullo de las voces de *Frau* Saunders y de Hella, mezcladas con el llanto del niño. Estaba sorprendido y, además, disgustado. Se había olvidado por completo del asunto, el cual había dejado de interesarle.

—No cuentes conmigo, Wolf —dijo Mosca—. Tendrás que buscarte un nuevo socio.

Wolf, que había ya comenzado a dirigirse hacia la puerta, se detuvo en seco. Asombrado, se volvió a Mosca, y en su pálida cara aparecía una expresión de cólera e incredulidad.

—Pero ¿cómo es posible, Walter? —dijo—. Todo el invierno preparando el asunto, y ahora, cuando todo está listo, te echas atrás. Eso no puede ser, Walter. No puedes hacerme esto.

Mosca, al ver el enojo de Wolf, hizo una mueca. Realmente estaba haciendo una faena a Wolf. Pero éste no parecía estar dispuesto a darse por vencido.

—Mira, Wolf —dijo Mosca—, no somos gangsters. Tal vez hubiera podido hacerlo seis meses atrás. Ahora debo pensar en Hella y en el niño. Si algo saliera mal, ¿qué sería de ellos? Además, mis documentos matrimoniales no tardarán en llegar. No necesitaré todo ese dinero.

Wolf hizo un esfuerzo para dominar su ira:

—Mira, Walter —dijo con voz amistosa y razonable—, vas a regresar a los Estados Unidos en un plazo de tres o cuatro meses. Tal vez hayas ahorrado un millar de dólares desde que estás aquí, y tal vez hayas ganado otros mil en el mercado negro. Los mil que yo te he ayudado a conseguir, Walter. En los Estados Unidos tendrás que montar un hogar, buscar un empleo, etcétera. Necesitarás dinero —dijo, para añadir luego, con voz dolorida—: No te estás portando bien conmigo, Walter. Comprende que a estas alturas no puedo buscarme otro socio. Necesito de alguien en quien pueda confiar. Vamos, Walter, será fácil, no tienes por qué preocuparte de la policía; no pueden hacernos nada. Además, ¿desde cuándo has tenido tú miedo de una pareja de sucios alemanes?

—No juego —dijo Mosca, y bebió otro poco de cerveza. Con su mano libre agitó su camisa y dijo—: Hace calor, muchacho.

—¡Maldita sea! —exclamó Wolf—. La compañía de ese judío amarillento y de ese imbécil de Eddie te ha ablandado. Tenía mejor concepto de ti, Walter.

Mosca dejó su cerveza sobre el armario:

—Escucha, Wolf, deja tranquilos a mis amigos. No vuelvas a mencionarlos. En cuanto a este negocio, astuto amigo, sé que has conseguido ya tus papeles de matrimonio; por lo tanto, una vez ultimado el asunto, podrías marcharte en seguida a los Estados Unidos. Mientras, yo me quedaría aquí durante otros tres o cuatro meses. No tengo miedo de los alemanes, pero comprenderás que no me pasearía tranquilo por Bremen después del golpe. Si lleváramos a cabo el plan, sería a base de marcharnos inmediatamente de Bremen o de liquidar a los otros en el mismo momento de conseguir el dinero.

Y ahora no puedo inclinarme por ninguna de las dos soluciones. Y no me atrae la idea de pasar el resto del verano sumido en la intranquilidad, ni siquiera por un millón de dólares —hizo una pausa. Luego añadió, en tono sincero—: No cuentes conmigo, Wolf. Lo siento.

Wolf miraba al suelo y movió la cabeza arriba y abajo, como considerando la conveniencia de decir algo, y luego, recordando la escena, en el Club de Oficiales, en que el capitán ayudante se había impuesto a Mosca, dijo:

—Sabes perfectamente, Walter, que puedo amargaros la vida a ti y a Hella. Todo lo que tengo que hacer es informar a la base y a la policía militar. Quebrantas una ley del Gobierno Militar viviendo en un alojamiento alemán. Y hay un par de cosas más que podrían perjudicarte.

Ante su asombro y enojo, Mosca se echó a reír y dijo:

—Por el amor de Dios, Wolf, toma una cerveza o márchate. No me importa jugar contigo a los gangsters, pero no pretendas asustarme. No soy uno de aquellos prisioneros alemanes a los que hacías temblar de miedo.

Wolf intentó seguir mostrándose duro con Mosca, pero se dio cuenta de que en el delgado cuerpo de su compañero existía una fuerza tal que sólo pudo lanzar un suspiro y sonreír débilmente.

—Bueno, hijo de perra —dijo Wolf, resignadamente—, dame una cerveza. Una lata de las grandes —añadió, con tristeza, meneando la cabeza. Pero mientras bebía pensó en cómo podría hacer pagar a Mosca su desertión. Se dio cuenta de que nada podía hacer. Si denunciaba a Mosca a la policía militar y luego se marchaba a los Estados Unidos, ningún beneficio obtendría, y siempre existiría la posibilidad de la venganza. No, todo era inútil. Tenía una pequeña fortuna en diamantes y bastante dinero en efectivo. ¿Por qué correr el peligro, por remoto que fuese, de un desastre?

Desalentado, bebió su cerveza. Era duro desaprovechar una tan excelente oportunidad. Sabía que no se atrevería a hacerlo solo. Bien, pensó, seguiría negociando con cigarrillos, comprando barato y vendiendo caro. Podría ganar otros mil dólares.

Wolf alargó la mano a Mosca:

—Sin rencores —dijo; le preocupaba un poco el que Mosca pudiese tomar en serio su amenaza de momentos antes, y no quería que sus últimas semanas en Alemania acabaran mal—. Siento haber tratado de mostrarme duro, pero el perder todo ese dinero... Olvida lo que dije.

Se estrecharon la mano.

—Olvídalo —dijo Mosca. Acompañó a Wolf hasta la puerta y le dijo—: Tal vez puedas hacer algo tú solo.

Cuando Mosca regresó a la sala, las dos mujeres lo miraron interrogativamente; habían oído la irritada voz de Wolf. El niño ya no lloraba, pues acababa de dormirse en su cochecito.

—Su amigo se ha marchado muy pronto —dijo *Frau* Saunders.

—Quería solamente decirme una cosa —dijo Mosca. Luego, dirigiéndose a Hella, que estaba leyendo y haciendo calceta al mismo tiempo, añadió—: Wolf se casará pronto; ya tiene los papeles.

Hella levantó la vista del libro y dijo, distraídamente:

—¿Sí? —su fino y pálido rostro se inclinó nuevamente sobre el libro, mientras murmuraba—: Espero que los nuestros no tarden.

Mosca fue al dormitorio a buscar otra lata de cerveza y una bolsa de cacahuets. De vuelta a la sala, ofreció cacahuets a las dos mujeres. Ambas tomaron unos cuantos.

—¿De verdad que no queréis cerveza? —preguntó.

Ambas negaron con la cabeza y siguieron leyendo.

Estaban todos sentados, comiendo cacahuets; Mosca bebía cerveza, las dos mujeres leían, y Hella, además, hacía calceta. Como estaban en verano, Hella llevaba el pelo muy corto, y los huesos de su delgada cara apenas si estaban velados por la fina cortina de carne y piel; una vena azul le cruzaba la mejilla. La habitación estaba impregnada de la serena tranquilidad de los atardeceres de verano, y una suave brisa llegaba a través de la ventana abierta, moviendo la cortina floreada.

Mosca estudió a las dos mujeres. Una podía ser su madre, la otra era la madre de su hijo, y el niño que estaba en el cochecito era suyo. Todo esto se mezclaba en su mente, adormecida por tanta cerveza. Pero todo encajaba a la perfección.

Un día, mucho tiempo atrás, se había puesto su casco de acero, había tomado su rifle, y en barcos, en camiones y en tanques había recorrido el norte de África, Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda, persiguiendo y matando al enemigo. Y aun ahora esto no le parecía malo, ni estúpido y ni siquiera irónico. Sólo raro. Una cosa extraña, pensó, una verdadera curiosidad. Tomó otro puñado de cacahuets, pero, absorto en sus pensamientos, no encontró su boca, por lo que algunos de los cacahuets cayeron al suelo. Tenía mucho sueño y se acercó a la ventana, dejando que la brisa atravesara la trama de su camisa, acariciando su caliente pecho. Con paso poco firme se acercó al cochecito y miró al niño. En voz alta y tono solemne, dijo:

—Una verdadera curiosidad.

Las dos mujeres sonrieron:

—Me parece que tendré que llevarte a la cama —dijo Hella a Mosca. Luego, dirigiéndose a *Frau* Saunders, añadió—: Es la primera vez que ha mirado realmente al niño. ¿Es que no crees, Walter, que eres padre?

—Lo hará mejor cuando nazca el segundo —comentó *Frau* Saunders.

Mosca seguía mirando al niño. Ahora ya no le parecía feo, y las arrugas de su cara habían desaparecido. Las dos mujeres estaban leyendo otra vez. Mosca regresó junto a la ventana.

—No estés tan nervioso —dijo Hella, sin levantar la vista del libro.

—No estoy nervioso —respondió Mosca. Y era cierto. Lo que en realidad hacía era explorar la habitación, viéndola realmente por primera vez. Se acercó de nuevo al cochecito y contempló a la dormida criatura. Comenzaba a tomar un aspecto humano, pensó. Luego dijo a Hella—: ¿Qué te parece si nos vamos mañana al club campestre? Nos sentaremos sobre la yerba, con el cochecito, y te traeré bocadillos y un helado de crema. Además, podremos escuchar a la banda.

Hella asintió con la cabeza, sin dejar de leer. Mosca dijo a *Frau* Saunders:

—¿Le gustaría venir con nosotros?

Frau Saunders levantó la vista del libro y dijo:

—Me será imposible; recibiré visitas.

Hella sonrió a la mujer:

—Walter se lo dice de corazón; de no ser así no le hubiera dicho nada. Podrá comer cuantos helados de crema desee.

—No, de veras —dijo *Frau* Saunders. Volvió a concentrarse en la lectura. Mosca se dio cuenta de que no aceptaba por timidez, por pensar que la invitación no era sincera.

—Hablo en serio —dijo Mosca.

Frau Saunders sonrió:

—Tráigame un helado —dijo.

Mosca tomó otra lata de cerveza; todo marchaba a la perfección, pensó.

—Aprovechando que te muestras tan amable —dijo Hella—, voy a pedirte un favor. *Frau* Saunders tiene un tío en América y desea que le envíes una carta por el correo militar.

—De acuerdo —concedió Mosca. Era cosa corriente. Todos los alemanes escribían a sus parientes en América, pidiéndoles el envío de paquetes.

—Gracias —dijo *Frau* Saunders. Y añadió, con picara sonrisa—: Actualmente, todos nos preocupamos mucho por nuestros queridos tíos residentes en América.

Hella y Mosca se rieron, con tantas ganas Mosca que se le atragantó la cerveza que en aquel preciso instante estaba engullendo.

Como las dos mujeres siguieron leyendo, Mosca se dedicó a ojear un ejemplar de *Barras y Estrellas* que estaba encima de la mesa. Luego comentó:

—Si Leo llega de Hamburgo mañana, quizá quiera venir con nosotros al club.

Hella lo miró:

—Hace muchos días que está fuera. Espero que no le haya ocurrido nada malo.

Mosca fue a por otra lata de cerveza:

—¿De veras que no queréis? —ambas mujeres negaron con la cabeza; Mosca estaba de pie junto a la ventana—. Supongo que Leo debe de haber decidido pasar allí el fin de semana, para ver cómo se desarrolla todo. De no ser así, hubiera debido estar de regreso ayer.

Hella puso su libro encima de la mesa y dijo a *Frau* Saunders:

—Terminado. Me ha gustado.

—Tengo otros en el dormitorio. Vaya a darles un vistazo. Seguramente no los habrá leído.

—Esta noche no —dijo Hella. Fue hacia la ventana, se acercó a Mosca y le pasó el brazo por la cintura, por debajo de la camisa. Ambos miraban la oscura avenida y se dejaban acariciar por la suave brisa. Sentían el olor de las hojas de los árboles y el rumor del río que discurría a poca distancia de donde ellos estaban; el aire de la noche de verano apenas si transportaba las acras partículas de las ruinas de la ciudad. La luna llena estaba rodeada de nubes y, en la oscuridad de la tranquila noche, Mosca oía el rumor de las voces y de las risas de los alemanes que habitaban las casas cercanas. Una radio, sintonizada a una emisora de Bremen, dejaba oír una suave música de violín. Le invadió el vehemente deseo de ir al Rathskellar o al club, para jugar a los dados o beber con Eddie y Wolf.

—Bebes demasiada cerveza —dijo Hella—. Espero que podrás andar hasta la cama.

Mosca se alisó el cabello y contestó:

—No te preocupes; estoy perfectamente.

Hella se apretó contra él:

—Me siento muy bien esta noche —dijo la muchacha—. ¿Sabes qué me gustaría? Hablaba en voz baja, para que *Frau* Saunders no pudiera oírla.

—¿Qué? —preguntó Mosca, y Hella le sonrió, a la vez que, poniéndose de puntillas, le besó en la boca.

—¿Estás segura de que no hay peligro? —preguntó Mosca, también en voz baja—. Sólo hace un mes.

Eddie Cassin le había dicho que era preciso esperar dos meses, al menos.

—Estoy completamente bien —dijo Hella—, no te preocupes. Esta noche me siento maravillosamente bien, como si hiciera muchos años que estamos juntos.

Permanecieron allí junto a la ventana, unos minutos más, escuchando los ruidos de la ciudad y de la noche, y luego Mosca se volvió hacia *Frau* Saunders y dijo:

—Buenas noches.

Mantuvo abierta la puerta de la sala, para que Hella pudiera llevar el cochecito al vomitorio. Cuando Mosca la siguió, se aseguró de que la puerta quedara cerrada.

Mosca estaba sentado en la sombra que daba una casa grande y pintada de blanco, el club campestre requisado por las autoridades de ocupación. Delante de él estaba el campo de tiro con arco, con sus dianas azules y rojas, y a su lado estaba sentada Hella, en una silla baja y cómoda. Sobre el césped estaban sentados gran número de militares, con sus esposas y los cochecitos de sus hijos.

La paz del atardecer dominical se extendía por doquier. La tarde había empezado a declinar un poco más rápidamente de lo normal, pensó Mosca, y ello indicaba que el otoño estaba cerca. Desparramadas sobre el césped había gran número de hojas, caídas de los grandes olmos que rodeaban al campo.

Vio a Eddie Cassin acercarse a ellos. Eddie se sentó sobre la yerba, dio un golpecito en el pie de Hella, y dijo:

—Hola, muñeca.

Hella le sonrió y siguió leyendo Barras y Estrellas, formando las palabras silenciosamente con sus labios.

—He recibido carta de mi esposa —dijo Eddie Cassin—. No vendrá —permaneció en silencio durante un instante—. Va a casarse con su jefe —dijo, sonriendo, pero con gravedad—. Ya te dije que se entendía con él, Walter. Al principio, yo no sabía nada, pero me lo imaginaba. Pura intuición. ¿Qué te parece, Walter?

Mosca se dio cuenta de que Eddie iba camino de convertirse en un perfecto borracho.

—No te preocupes, Eddie; después de todo, la vida de familia no se ha hecho para ti.

—Sin embargo, me hubiera gustado tratar de ser un buen marido —señaló al cochecito color crema—. Tampoco tú estás acostumbrado a la vida de familia, pero intentas llegar a estarlo.

Mosca se rio:

—Estoy aprendiendo —dijo.

Permanecieron en silencio durante unos minutos.

—¿Vendrás esta noche al Rathskellar? —preguntó Eddie, finalmente.

—No —contestó Mosca—. Tenemos trabajo en casa. ¿Por qué no vienes?

—Tengo que estar moviéndome continuamente —Eddie se levantó—. No puedo quedarme toda la noche sentado en una silla de tu casa.

Se alejó, andando entre los arqueros y los blancos.

Mosca estaba echado, con la espalda apoyada en las piernas de Hella, y alzó el rostro en dirección a los débiles rayos del sol crepuscular. Había olvidado preguntar a Eddie por los papeles matrimoniales. Deberían haber llegado ya.

Pensó en su llegada a casa, a la casa de su madre, mejor dicho, con una esposa y un hijo. Gloria estaba casada (sonrió al pensarlo), por lo que no tenía que preocuparse de ella.

Mirando a los arqueros tensar sus arcos y contemplando el vuelo de las flechas, recordó a un veterano soldado en una casa de campo detrás de las líneas, casa que era utilizada como sala cinematográfica para las tropas de reserva. Los asientos estaban constituidos por trozos de leña apilados, y el veterano —debía andar por los cuarenta— tenía a uno de los tres niños franceses —un muchachito de seis años— entre sus rodillas, y le peinaba cuidadosamente su rebelde pelo. Luego peinaba a los otros dos chiquillos, una niña y un niño, sujetándolos, como al primero, entre sus rodillas. Cuando el soldado terminaba, les daba a los tres una pastilla de chocolate, tomaba su rifle y lo colocaba, como antes hacía con los niños, entre sus rodillas.

Sabía que era importante estar sentado sobre el verde césped, rodeado de cochecitos infantiles. A su mente vino el recuerdo del soldado negro que había tirado de su camión grandes botas de jugo de frutas, mientras pasaba velozmente junto a las tropas que, con dificultad, se dirigían desde la playa hacia las líneas enemigas. A medida que se acercaban el ruido de los fusiles y los cañones del adversario se hacía más fuerte; y recordó el momento del choque, un momento tan solemne como el de la entrada a un templo. Luego su mente se detuvo y retrocedió al dulce frescor del jugo de frutas, a la pausa en la carretera, al pase del bote de una boca a otra. Pensó también en una carretera bañada por la luz de la luna, en un pueblecito francés de pequeñas casas de piedra, junto a las cuales estaban aparcados camiones, *jeeps* y monstruosos cañones. Al final de la misma había un tanque cubierto con una lona.

El sonido vibrante de un arco y el silbido de una flecha parecieron despertar una suave brisa. Hella levantó la vista de su libro y Mosca se puso en pie.

—¿Deseas algo antes de marcharnos? —preguntó Mosca.

—No —contestó Hella—, no podría comer nada más.

Y me parece que mi diente empieza a dolerme otra vez.

Mosca vio que tenía una pequeña hinchazón en una de sus mejillas.

—Diré a Eddie que te lleve al dentista de la base aérea.

Recogieron sus cosas. El niño estaba todavía dormido. Se dirigieron a la parada del tranvía. Cuando éste llegó. Mosca alargó sus brazos y colocó el pequeño cochecito en la plataforma trasera.

La criatura comenzó a llorar, por lo que Hella la tomó en brazos. El conductor esperaba que Mosca le pagara los billetes, pero éste, en alemán, le dijo:

—Somos norteamericanos.

El conductor lo miró de arriba abajo, pero no hizo comentario alguno.

Después de unas pocas paradas, subieron al tranvía dos miembros del cuerpo militar femenino. Una de las mujeres, al ver al niño que Hella tenía en brazos, dijo a su compañera:

—Fíjate qué hermoso es este niño alemán.

La otra miró a su vez a la criatura y dijo varias veces, en voz alta:

—Es un bebé maravilloso. —Mirando a Hella, para ver si había entendido sus palabras, dijo: Schön, schön.

Hella sonrió y miró a Mosca, pero no hizo gesto alguno. Una de las militares sacó de su bolso una pastilla de chocolate y, al llegar a una parada, la metió entre la ropa y la piel del niño. Antes de que Hella pudiera protestar, las dos mujeres habían bajado ya del tranvía.

Mosca había encontrado divertida la acción de las dos mujeres, al principio, pero ahora, sin saber por qué, se sentía irritado. Tomó la pastilla de chocolate y la tiró fuera del tranvía.

Más tarde, andando ya hacia su casa, Hella dijo:

—No creo que deba molestarte el que nos tomaran por alemanes.

Pero era más que eso. Lo que le había molestado, como a un verdadero alemán, era el tener que aceptar la limosna, el tener que sufrir la humillación.

—No tardaremos en estar fuera de aquí —dije—. Mañana diré a Eddie que procure que los papeles lleguen pronto.

Por primera vez tenía prisa.

Eddie Cassin salió del club campestre sin saber a dónde ir. La visión de Mosca sentado en la yerba, con la cabeza en las rodillas de Hella y una mano en la rueda del cochecito, lo había entristecido. Subió a un strassenbahn y pensó: Iré a ver a la gorila. Este pensamiento lo animó lo suficiente como para interesarse por las muchachas que pasaban en dirección al centro de la ciudad. Al llegar al extremo de la población anduvo hasta el río, cruzó el puente sobre el Weser y tomó otro strassenbahn, que lo llevó hasta la Neustadt. Se bajó en la última parada.

Los edificios de aquella zona estaban intactos. Entró en uno de ellos, subió hasta el tercer piso y llamó a una de las puertas. Oyó la voz de Elfreida, que decía:

—Un momento.

Instantes después se abrió la puerta.

Eddie Cassin sufría una fuerte impresión cada vez que veía a la mujer. Su figura llena, mucho más llena de lo que aparentaba, las gruesas nalgas y la monstruosa cabeza, los pequeños ojos color violeta, parecidos a los de un conejo, le afectaban profundamente.

Eddie Cassin entró y se sentó en un sillón adosado a la pared.

—Dame una copa, muñeca —dijo. Tenía siempre unas cuantas botellas en el apartamento. Sabía que Elfreida nunca bebía, a menos que él estuviera presente. Mientras se tomaba la bebida, miraba, fascinado, los movimientos de la cabeza de ella.

Era demasiado grande para su cuerpo, y su pelo era lo más parecido a las cerdas de un cepillo. Su piel era como la de las gallinas, amarillenta y con poros enormes. La nariz era achatada, como a fuerza de golpes, y los labios, excepto cuando se los pintaba —lo hacía siempre que Eddie la visitaba— estaban hinchados y eran del color

de las chuletas de ternera. Su barbilla era grande, como grandes eran también, y salientes, sus pómulos.

Su voz, en cambio, era suave y musical y había algo en su tono que indicaba que su poseedora hacía mucho tiempo que había dejado atrás la adolescencia. Hablaba muy bien el inglés, y se ganaba la vida como traductora e intérprete. A veces daba a Eddie lecciones de alemán.

Eddie se sentía seguro y tranquilo en el apartamento de la mujer. Tenía la costumbre de iluminar la habitación con velas, y Eddie pensaba que las mismas tenían, probablemente, otros usos, además. En la pared opuesta había una cama y, cerca de ella, adosada a la pared en frente de la ventana, había un tocador, encima del cual se veía una fotografía de su marido, un individuo de rostro atractivo cuyos dientes irregulares quedaban al descubierto.

—No te esperaba esta noche —dijo Elfreida.

Se sentó en otro sillón, a cierta distancia de él. Había aprendido que si hacía el menor gesto de afecto, Eddie se marcharía, pero que si esperaba a que él hubiera bebido lo suficiente, llegaría el momento en que apagaría las velas y la empujaría violentamente a la cama. Por ello, la mujer aparentaba indiferencia.

Eddie, mientras bebía, miraba la foto del marido. El hombre había muerto en Stalingrado, y Elfreida le había dicho a menudo cómo, al igual que las otras mujeres alemanas que se hallaban en su caso, se ponía un vestido negro en el día de duelo decretado por el gobierno en honor de los alemanes que habían muerto allí, tantos que la palabra Stalingrado resonaba siniestramente en sus oídos y en sus corazones.

—Sigo pensando que era una especie de fantasmón —dijo Eddie Cassin—. ¿Cómo fue que se casara contigo?

Se recreaba viendo su agitación y disgusto, pero en honor de Eddie cabía decir que sólo le hablaba así cuando tenía una de sus noches malas.

—Dime, ¿te hizo el amor alguna vez? —preguntó él.

—Sí —contestó Elfreida, en voz baja.

—¿Con mucha frecuencia?

La mujer no respondió.

—¿Una vez por semana?

—Más a menudo —dijo.

—Bien, tal vez no era un fantasma, después de todo —dijo Eddie, con aire pensativo—. Pero puedo asegurarte que te era infiel.

—No —dijo Elfreida, y Eddie notó, con satisfacción, que la mujer estaba llorando.

Eddie se levantó:

—Si te conduces de esa manera, sin apenas hablarme, será mejor que me vaya.

Hacía comedia, se decía la mujer, pero sabía cómo debía reaccionar. Se arrodilló delante de él y le rodeó las piernas con sus brazos.

—Por favor, Eddie, no te vayas. No te vayas, te lo ruego.

—Di que tu marido era un fantasma, dime la verdad.

—No —dijo ella, levantándose y llorando de rabia—. No vuelvas a pronunciar esa palabra. Era un poeta.

Eddie se sirvió otra copa y dijo, solemnemente:

—¿Lo ves? Lo adiviné desde el primer momento. Todos los poetas son unos fantasmas. Lo supe al ver sus dientes.

Dedicó a la mujer una astuta sonrisa.

Elfreida estaba llorando histéricamente:

—Puedes marcharte —gritó—. Vete de aquí, bestia, animal inmundo.

Y cuando Eddie la abofeteó y, de un empujón, la echó sobre el lecho, ella supo que había caído en una trampa; que lo único que él había pretendido era excitarse. Cuando Eddie se le echó encima, trató de mostrarse pasiva, pero, como siempre, no lo logró. Pero esta noche fue peor de lo que nunca había sido. La pasión de ambos se desbordó. Eddie le hizo tomar repetidos tragos de *whisky* directamente de la botella. Cansado ya del juego, permitió a la mujer echarse sobre la cama.

—Di que tu marido era un fantasma —hizo el gesto de empujarla otra vez fuera del lecho.

Como una criatura, con voz tartajeante, Elfreida dijo:

—Mi marido era un fantasma.

Dicho esto, la mujer permaneció en silencio. La obligó a incorporarse de modo que él pudiera ver la sombra de sus redondos pechos. Como balones de fútbol, casi exactamente como balones de fútbol. Eddie estaba maravillado. Vestida, parecía una mujer como las demás. Había experimentado un indecible placer la primera vez que había descubierto aquel tesoro.

—Me siento mal, Eddie —dijo—. Tengo que ir al lavabo.

La acompañó y la ayudó a sentarse en el retrete. Luego se sirvió una copa y se echó sobre la cama.

Pobre Elfreida, pensó Eddie Cassin, pobre Elfreida. Capaz de hacer cualquier cosa por un depravado. Cuando la vio por vez primera, en un *strassenbahn*, la mirada que ella le dirigió le permitió saberlo todo de Elfreida. Ahora, saciado su apetito, sin la pasión y el odio de antes, no se explicaba cómo había podido mostrarse tan cruel ni cómo había podido complacerse destruyendo la memoria de su marido; pero no sentía remordimiento alguno. ¿Y qué clase de hombre debió de ser para casarse con una mujer como aquella? Elfreida le había dicho, al principio de conocerse, que su marido había estado siempre loco por ella. Ciertamente, aquel cuerpo podía hacer olvidar muchas cosas. Pero no aquella cabeza, pensaba Eddie.

Tomó otra copa y volvió a echarse sobre la cama. Evidentemente, había tenido la suerte de encontrar al único hombre del mundo dispuesto a casarse con ella, al único hombre capaz de ver su alma debajo del feo rostro, y por lo que ella había dicho y por lo que la fotografía indicaba, había sido un hombre realmente atractivo. Y él estaba destruyendo su recuerdo.

Podía oír a Elfreida en el cuarto de baño. Estaba triste por ella, sabiendo que la había aterrorizado para sofocar su propio pánico. Ahora habían quedado irremisiblemente rotas las últimas raíces de su vida. No podía culpar a su esposa. Nunca había podido ocultar su disgusto cuando ella se había sentido mal. Y los meses de embarazo los pasó vomitando, como ahora lo hacía Elfreida. Durante aquellos meses no la tocó ni una sola vez.

Eddie se sirvió otra copa. Sentía una gran confusión dentro de su mente, poco seguía pensando en su esposa, como si la tuviese a su lado, con las piernas abiertas; y le vino a la memoria el recuerdo de la vieja nevera de su madre, y de cómo, cada noche, iba a comprar un trozo de hielo, que luego colocaba en la nevera, después de vaciar el agua formada por el hielo del día anterior, en el cubo de la basura. Dentro del cubo, el agua tomaba un color oscuro y se mezclaba con restos de comida, pedazos de papel, trapos sucios y alguna que otra cucaracha, que flotaba panza arriba. En su mente veía ahora a su esposa, de pie y con las piernas separadas, con el cubo entre sus tobillos. Y de su cuerpo caían, lentamente, restos de comida, trapos sucios y cucarachas muertas.

Se levantó y llamó a Elfreida. No obtuvo respuesta. Se dirigió al cuarto de baño y la encontró caída en el suelo, con sus grandes pechos apretados contra los baldosines. La levantó y la llevó a la cama, y entonces se dio cuenta de que estaba llorando silenciosamente. De pronto le pareció estar contemplando, desde cierta distancia, a Elfreida y a Eddie Cassin, a él mismo. A la luz de las velas pudo ver su propia cara y la visión le hizo estremecerse. Mentalmente gritó: Dios, Dios, ayúdame. Ayúdame, te lo ruego. Besó el rostro de Elfreida, su boca grande y su nariz, y sus amarillentas mejillas.

—Deja de llorar —dijo—, por favor, deja de llorar. Tu marido era un verdadero hombre, no era ningún fantasma. Todo ha sido una broma.

Y se veía a sí mismo, de niño, escuchando la lectura de hermosos cuentos de hadas. «Cuentos de hadas» eran una palabras muy bellas, pero, como todo lo inocente, ahora se habían corrompido. La voz del que leía decía: «Perdida, perdida en el bosque. ¡Pobre princesa perdida!». Y a su mente vino, como en un tiempo vino a su mente juvenil, la imagen de una doncella virginal, con corona y un lazo blanco, con las delicadas facciones de un ángel y un cuerpo de adolescente, sin redondeces en los senos ni en las caderas, y sin signo alguno de nubilidad que pudiera empañar la pureza de sus rasgos. Y luego (¿fue en la escuela o en el dormitorio de su casa?), mirando a través de la ventana, había llorado silenciosa y débilmente, mientras detrás de él, la voz implorante decía: «¡Pobre princesa perdida!». Y la frase era repetida una y otra vez.

Aquella noche, Hella y Mosca dejaron al niño con *Frau* Saunders y se dirigieron a la Metzger Strasse, donde Mosca tenía todavía su alojamiento oficial. Mosca llevaba la bolsa de gimnasia, en cuyo interior había toallas y ropa interior limpia.

Ambos estaban sucios y sudorosos, y lo que más deseaban era tomarse un buen

baño. En la casa de *Frau* Saunders no había termo de agua caliente.

Delante del edificio vieron a *Frau* Meyer. Llevaba calcetines blancos y una blusa del mismo color, regalo de Eddie Cassin. Estaba fumando un cigarrillo americano y parecía muy satisfecha de sí misma.

—¡Hola, jóvenes! —exclamó—. Hacía mucho tiempo que no os habíais dejado caer por aquí.

—No me diga que se siente sola —dijo Mosca.

Frau Meyer se echó a reír, dejando al descubierto sus enormes dientes.

—No, nunca me siento sola. En una casa tan llena de hombres, sería imposible.

Hella preguntó:

—¿Sabe usted, *Frau* Meyer, si Leo ha regresado de Hamburgo?

Frau Meyer le dirigió una mirada sorprendida.

—Sí, regresó el viernes. ¿No ha ido a verlos?

—No —contestó Mosca—, no ha estado a comer ni en el Rathskellar ni en el club.

En la cara de *Frau* Meyer volvió a aparecer aquella sonrisa de satisfacción.

—Ahora está en su habitación, con un ojo a la funerala. Hice un poco de broma en relación con su ojo amoratado, pero al darme cuenta de que estaba realmente enfadado, lo dejé solo.

—Espero que no esté enfermo —dijo Hella. Subieron las escaleras y llamaron a la puerta de la habitación de Leo... Mosca volvió a llamar, más fuerte, pero no obtuvo respuesta. Trató de abrir la puerta. Estaba cerrada.

—La amiga Meyer se ha equivocado por una vez —dijo Mosca—. Debe de haber salido.

Fueron a la habitación de Mosca, quien se desvistió y se dirigió al cuarto de baño, situado al final del recibidor. Metido dentro de la bañera, se fumó un cigarrillo, y luego se lavó rápidamente. Cuando regresó a la habitación, Hella estaba tendida en la cama, con las manos en un lado de su cara.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Mosca.

—Me duele la muela —explicó Hella—. La culpa es de los dulces que he comido hoy.

—Mañana te llevaré al dentista —dijo Mosca.

—No, ya se me pasará —exclamó Hella—. Me ha ocurrido otras veces.

Se desnudó mientras Mosca se vestía se puso el albornoz y se dirigió al cuarto de baño.

Mosca se estaba anudando los cordones de sus zapatos cuando oyó a alguien en la habitación de Leo. Por un momento pensó que podía ser un sirviente alemán, dispuesto a robar algo, por lo que llamó, en voz muy alta:

—¿Leo?

Esperó y, luego, oyó a Leo decir, desde el otro lado de la pared:

—Sí, soy yo.

Mosca salió de su habitación y se encaminó a la de su amigo, quien había ya abierto la puerta. Cuando entró, Leo se alejaba ya de la puerta, acercándose a la cama.

—¿Cómo ha sido que no te has dejado ver? —preguntó Mosca.

Leo se echó sobre la cama y, una vez boca arriba, Mosca le vio el rostro. Tenía un ojo amoratado y, además, un cardenal en la frente. Su cara se veía hinchada y mostraba una fatigada expresión.

Mosca lo miró durante un instante y luego fue a sentarse junto a la mesa. Encendió un cigarrillo. Suponía lo que había ocurrido, pues la noche antes había leído algo en Barras y Estrellas; pero había bebido tanta cerveza, que entonces no dio importancia a la noticia.

En una de las páginas del periódico militar aparecía la fotografía de un barco en el puerto de Hamburgo. La nave estaba atiborrada de gente. Al pie de la fotografía se explicaba cómo el barco había intentado dirigirse a Palestina llevando a bordo gente que había estado interinada en campos de concentración. Los británicos habían interceptado el buque y lo habían obligado a dirigirse a Hamburgo. Los viajeros se habían negado a desembarcar, pero las tropas los habían obligado a hacerlo.

Mosca preguntó, con voz queda:

—¿Tiene algo que ver con lo de Hamburgo? Leo asintió. Mientras fumaba, Mosca había estado pensando en el hecho de que Leo no había ido a verles, aparte de que no había contestado a sus llamadas a la puerta.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó a Leo.

Leo meneó la cabeza:

—No —dijo—. Quédate un poco.

—¿Quién te golpeó? ¿Fueron los ingleses?

Leo hizo un gesto afirmativo.

—Traté de evitar que pegaran a un viejo al que habían sacado del barco. Éste fue el resultado —se señaló la cara. Mosca observó que no había rastro alguno de la contracción nerviosa habitual en Leo, como si el golpe recibido hubiese paralizado sus músculos faciales.

—¿Qué pasó?

Leo respondió, en tono evasivo:

—¿No leíste el periódico?

Mosca hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué ocurrió?

Leo se sentó en la cama, sin hablar, y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. El tic nervioso había hecho su aparición, y Leo intentaba, con una de sus manos, detener el movimiento de su mandíbula.

—Mi padre estaba equivocado, completamente equivocado —exclamó.

Mosca permaneció en silencio, y momentos después Leo separó la mano de su cara. El tic había cesado. Leo dijo:

—Vi que pegaban a aquel anciano. «No lo hagan», dije, y, nervioso como estaba,

empujé a uno de los soldados. El británico dijo: «Muy bien, judío, te daremos tu parte». Mientras me encontraba caído en el suelo, vi que los estibadores alemanes se estaban riendo de mí, de todos nosotros. Entonces pensé en mi padre. No pensé que no tuviera razón, sólo en él. ¡Imagina que me hubiese visto en aquella situación! ¿Qué hubiese pensado?

Mosca dijo, lentamente:

—Te lo he dicho muchas veces, Leo; éste no es lugar para ti. Mira, cuando tenga arreglados los papeles matrimoniales, me iré a los Estados Unidos. Además, corre el rumor de que van a cerrar la base, por lo que, de todos modos, me quedaría sin trabajo. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Leo se puso las manos en la cara. La propuesta no le producía emoción. Por otra parte, no despertó en él el deseo de aceptarla ni, tampoco, sentimiento alguno de gratitud hacia Mosca.

—¿Están los judíos perfectamente seguros en América? —preguntó Leo, en tono amargo.

—Creo que sí —contestó Mosca.

—¿Sólo lo crees?

—La seguridad absoluta no existe —replicó Mosca.

Leo no hizo comentario alguno. Pensaba en los soldados ingleses, vestidos con sus ásperos uniformes de lana, en aquellos hombres que habían llorado al liberarle a él y a los otros prisioneros, que les habían dado sus ropas y la comida que llevaban en los camiones. Entonces había creído, como su padre, que los seres humanos eran buenos, y que lo que movía a los hombres era la piedad y el amor, más que el odio. Pero lo del barco...

—No —dijo a Mosca—. No puedo ir contigo. Me he decidido por Palestina. Saldré dentro de unas semanas. —Y luego, sintiendo que debía a Mosca alguna explicación, añadió—: He llegado al punto en que sólo me siento seguro con los de mi raza.

Y mientras pronunciaba estas palabras, Leo se dio cuenta de que en las mismas había algo de reproche contra el mismo Mosca. Leo sabía que el afecto que su amigo sentía por él era personal, y sabía asimismo que Mosca lo defendería, si lo viese en peligro, pero ¿defendería a un judío desconocido? ¿Defendería a un judío al que no le uniera lazo alguno de amistad? Y el afecto personal no bastaba, no podría darle jamás una sensación de seguridad real. Ni en los Estados Unidos se sentiría seguro, aun en el supuesto de que alcanzara el éxito material. En un rincón de su cerebro existiría siempre el temor de que su seguridad se viese destruida por fuerzas que él no alcanzara a dominar y contra las que no pudiera luchar. Y temía que ni siquiera los amigos como Mosca pudieran alzarse contra ellas. El rostro del libertador y el del torturador se confunden, son uno solo, y el amigo y el enemigo son sólo el enemigo. Recordó a una muchacha con la que había vivido durante muy poco tiempo al salir de Buchenwald, una chica delgada y alegre, de sonrisa entre ingenua y maliciosa. Había

ido él al campo, y regresó con un ganso y un par de gallinas. Al contar a la muchacha lo poco que había pagado por las tres aves; ella, con sonrisa y entonación extrañas, comentó: «Así que, como era de esperar, eres un buen negociante». Ahora, al recordar sus palabras, sentía una vaga amargura. La chica se había mostrado, excepto en aquella sola ocasión, tierna y amante; se había preocupado de él, le había tratado con consideración y amabilidad. Y, sin embargo, ella y muchas otras personas como ella habían grabado aquellos números en su brazo, aquellas cifras que lo acompañarían a la tumba. Y, ¿cómo podría alejarse de esa gente? No yéndose a América; no quedándose en Alemania. ¿Adónde podía ir?

¡Padre; padre!, gritó mentalmente. Tú nunca me dijiste que cada ser humano lleva dentro de sí sus alambradas, sus hornos, sus cámaras de tortura; nunca me enseñaste a odiar, a destruir, y ahora, cuando me humillan, no siento ira, sino sólo vergüenza, como si mereciera cada uno de los golpes, cada uno de los insultos. ¿Adónde puedo ir, padre? En Palestina encontraré alambradas, como tú las has encontrado en el cielo o en el infierno.

Y luego, sencillamente, como si lo hubiese sabido desde mucho tiempo atrás, pensó: Mi padre, también, era el enemigo.

No había nada más en qué pensar. Vio a Mosca, todavía silencioso, todavía fumando su cigarrillo.

—Dentro de dos semanas partiré hacia Palestina, pero en Bremen estaré muy pocos días.

Mosca dijo:

—Supongo que tienes razón. Pasa por casa, antes de marcharte.

—No —contestó Leo—. No es nada personal, pero no quiero ver a nadie. Mosca comprendió. Se levantó y le alargó la mano:

—Bien, Leo; buena suerte.

Se estrecharon las manos. Oyeron a Hella abrir la puerta de la otra habitación.

—No quiero verla —dijo Leo.

—Como gustes —contestó Mosca, y salió.

Hella había empezado a vestirse.

—¿Dónde estabas? —le preguntó.

—Con Leo. Está de vuelta.

—Bien, dile que venga.

Mosca se quedó pensativo y, finalmente, dijo:

—En este momento no desea ver a nadie. Sufrió un pequeño accidente y resultó con heridas en la cara. Supongo que no quiere que lo veas.

—Eso es una solemne tontería —comentó Hella. Cuando terminó de vestirse salió de la habitación y llamó a la puerta del cuarto de Leo. Mosca, mientras, se echó sobre la cama. Oyó a Leo abrir la puerta, y seguidamente oyó su voz y la de Hella, aunque sin entender sus palabras. No quería reunirse con ellos, pues sabía que nada podía hacer para cambiar las cosas.

Mosca se durmió y al despertar tuvo la sensación de que era muy tarde, pues la habitación estaba completamente oscura. Oyó todavía las voces de Hella y Leo. Esperó unos minutos y luego, gritó:

—¡Eh! ¿Qué te parece si vamos a comer algo antes de que cierren la Cruz Roja?

En la otra habitación se hizo el silencio, pero muy poco después se oyeron nuevamente las voces. Minutos después, Mosca oyó abrirse la puerta de la habitación de Leo. Hella entró en el cuarto y encendió la luz.

—Estoy lista —dijo—, vamos. Mosca vio que la muchacha se mordía los labios, para no echarse a llorar.

Mosca tomó la bolsa de gimnasia, en la cual había puesto las toallas mojadas y la ropa interior sucia. Bajaron las escaleras y salieron del edificio. *Frau Meyer* se hallaba todavía en el portal.

—¿Vieron a nuestro amigo? —preguntó. Su voz tenía un tono de leve burla.

—Sí —respondió Hella, con sequedad.

Mientras andaban por la *Kurfürsten Allee*, Mosca preguntó:

—¿Te lo ha contado todo?

—Sí —respondió Hella.

—¿De qué estuvisteis hablando durante tanto rato?

De momento; la muchacha no contestó.

—De cuando éramos niños. Él se crio en la ciudad, mientras yo crecí en el campo, pero nos ocurrieron muchas cosas similares. En los años de nuestra niñez, Alemania era un buen país para vivir.

—Todos se marchan —dijo Mosca—. Primero, Middleton; ahora, Leo, y Wolf no tardará. Sólo quedaremos nosotros y Eddie. Me parece que tendré que vigilaros a ti y a Eddie.

Hella lo miró, sin sonreír. Su rostro mostraba una expresión de cansancio, y lo mismo podía decirse de sus ojos. Ahora, la muchacha tenía hinchada toda la mejilla.

—Quiero que nos marchemos lo antes posible —dijo Hella—. Eddie no me gusta, como no me gusta que vayas con él. Sé que es un buen amigo, que nos hace favores. Pero tengo miedo de él. No por mí, sino por ti.

—No te preocupes —dijo Mosca—. Nuestros papeles no tardarán en llegar. Saldremos de Alemania en octubre.

Cuando se hallaban ya cerca de su domicilio, Hella dijo, con voz cansada:

—¿Crees, Walter, que el mundo mejorará para los desvalidos?

Mosca no contestó a la pregunta. Pero dijo:

—He escrito a mi madre. Se siente feliz, especialmente por el hecho de mi regreso. Confía en que haya escogido a una buena muchacha.

Ambos se miraron, sonriendo.

—Pienso que sí soy una buena muchacha —dijo Hella, en tono un poco triste—. Me pregunto qué dirían mis padres, si vivieran. No se sentirían felices, estoy segura —hizo una pausa—. Temo que no me considerarían una buena muchacha.

—Estamos tratando de ser buenos, querida —dijo Mosca—. Lo estamos tratando de verdad. Es un mundo diferente.

Cruzaron el corto sendero que iba de la calle hasta la casa. Al llegar al pie de las escaleras oyeron el llanto del niño, pero no era un llanto desesperado, sino rutinario, más bien. Hella sonrió a Mosca.

—Es un mal bicho —dijo la muchacha, pero, despreocupándose de Mosca, subió corriendo las escaleras.

Era la primera vez que Hella iba a la base aérea, y Mosca salió a recibirla fuera de la alambrada, para acompañarla dentro del recinto. Con su traje sastre, la muchacha tenía un aspecto muy elegante. La ropa la había comprado con la tarjeta de Ann Middleton. Llevaba una blusa blanca, de seda; un sombrero, blanco también, y un velo. El velo ocultaba su mejilla hinchada. Mientras atravesaban la puerta principal de entrada a la base, Hella se colgó del brazo de Mosca.

En la oficina de Personal Civil, Inge se levantó para saludar a Hella. Las dos mujeres se estrecharon las manos y se presentaron a sí mismas. *Herr* Topp, el oficinista principal, entró, procedente del despacho exterior, con objeto de presentar algunos papeles a la firma de Eddie Cassin. Todo en él eran sonrisas y amabilidad:

—Tenemos muy buen dentista en la base. Los dentistas norteamericanos son los mejores —aseguró *Herr* Topp a Hella.

—¿Lo arreglaste con el capitán Adlock? —preguntó Mosca a Eddie.

Eddie asintió y luego dijo, amablemente, a Hella:

—¿Cómo te sientes?

—Me duele un poco —contestó Hella. Se daba cuenta del poder que Eddie y Mosca tenían sobre la gente de las oficinas, y no le había pasado desapercibido el tono de respeto que con ambos empleaban *Herr* Topp e Inge.

Allí, la diferencia entre los vencedores y los vencidos se apreciaba claramente, y ni el sexo ni la relación personal la aminoraban ni un ápice. Incluso ella no podía evitar el sentirse cohibida ante Eddie y, hasta ante Mosca, por lo que, casi con timidez, explicó a Eddie:

—Los dentistas alemanes no han podido hacer nada.

—Nosotros disponemos de medicamentos que ellos no tienen —dijo Eddie, en tono tranquilizador—. El capitán Adlock lo va a solucionar —añadió, dirigiéndose a Mosca—. Puedes llevarla allí ahora mismo.

Hella y Mosca salieron de la oficina de Personal Civil. En la sala exterior, los oficinistas alemanes interrumpieron su trabajo, como sorprendidos de que aquel norteamericano malencarado, de modales bruscos y expresión cruel, hubiese escogido a una muchacha de apariencia tímida y dulce, una chica esbelta y delgada, completamente opuesta a lo que ellos habían pensado que sería su elección.

Penetraron en el interior de la base aérea, cruzando por las muchas aceras que conducían a los hangares, las pistas, el edificio de la administración, etc., hasta que, finalmente, llegaron al largo y bajo barracón que servía de dispensario y hospital de la base.

El sillón de dentista, de cuero negro, estaba vacío, : como lo estaba también la habitación, de paredes blancas. Entró un médico alemán, con bata blanca.

—El capitán Adlock me ha pedido que la atendiera —dijo—. En este momento, él está muy ocupado. Por favor —hizo una seña a Hella para que se sentara en el sillón.

Se quitó el sombrero y el velo y se los entregó a Mosca. Se puso la mano en la mejilla hinchada, como para ocultarla, y se sentó en el sillón de cuero negro. Mosca se situó cerca de ella. La muchacha le cogió una mano. Los ojos del dentista alemán se estrecharon al ver la hinchazón. Le dijo que abriera la boca, y con sus dedos, sin brusquedad pero con firmeza, le impidió que pudiera cerrarla. Después de un concienzudo examen, dijo a Mosca:

—No se puede hacer nada en tanto la hinchazón no desaparezca. La inflamación tiene su origen en la raíz. Necesita penicilina y compresas calientes. Cuando el flemón desaparezca podremos sacar la muela.

—¿Puede inyectarla usted mismo? —preguntó Mosca.

—No, no puedo hacerlo —contestó el dentista alemán—. La penicilina está guardada y sólo los médicos norteamericanos pueden utilizarla. ¿Quiere que llame al capitán Adlock?

Mosca hizo un gesto afirmativo. El alemán salió de la estancia.

Hella levantó la cabeza y sonrió a Mosca, como pidiendo excusas por las molestias que causaba. Mosca le devolvió la sonrisa y dijo:

—Todo irá bien. —Depositó el sombrero y el velo sobre una silla.

Esperaron un buen rato. Finalmente, entró el capitán Adlock. Era un hombre grueso, joven y de aspecto amable, que vestía su uniforme con la torpeza de un recluta. Llevaba la corbata floja, el botón del cuello de la camisa desabrochado, y la bata blanca abierta.

—Vamos a ver —dijo, animadamente, y metió los dedos, de una forma impersonal, en la boca de Hella, para separar sus dientes—. Sí, me temo que mi ayudante tiene razón —miró al dentista alemán, de más edad que él, que había vuelto a entrar en la habitación—. Tienen que inyectarle penicilina y ponerle compresas. Cuando la inflamación haya desaparecido, no habrá problema alguno para sacarle la muela mala.

Mosca sabía cuál sería la respuesta, pero tenía que hacer la pregunta:

—¿Puede usted darle la penicilina? —se dio cuenta de que su voz había sonado brusca, irritada; de que había abordado pésimamente la cuestión. Sintió que la mano de Hella le apretaba el brazo.

—Lo siento —contestó el capitán Adlock, moviendo la cabeza—. Ya sabe usted cómo son estas cosas. No es que me importe mucho saltarme las ordenanzas, pero si lo hiciera por usted, todos los soldados de la base me traerían a sus chicas. Y la penicilina está estrictamente racionada.

—He firmado ya todos los papeles para casarnos —dijo Mosca—. ¿Cambia esto las cosas?

—No, y lo siento —contestó el capitán Adlock. Mosca se dio cuenta de que el hombre lo sentía de veras. El capitán estaba pensativo—: Mire, tan pronto como los

papeles lleguen a Francfort, avíseme, y entonces podremos efectuar el tratamiento adecuado. No será preciso esperar a que se haya celebrado la boda. Y es que no conviene despreocuparse de una infección así.

Hella se colocó el sombrero y el velo. Dio las gracias al capitán, quien le dio una palmadita en el hombro y dijo:

—De momento siga poniéndose compresas calientes en la mejilla. Posiblemente, sin otro tratamiento, baje la inflamación. Si empeora, acudan de inmediato al hospital alemán.

Mientras salían, Mosca vio una mirada de duda en los ojos del dentista alemán. Parecía como si no estuviera de acuerdo con que el asunto fuera tomado tan a la ligera.

De vuelta a la oficina de Personal Civil, explicó a Eddie lo sucedido. Hella se sentó en una silla situada junto al escritorio de Mosca, y parecía tranquila.

Eddie le escuchó con simpatía.

—¿Por qué no vas a ver al capitán ayudante? —le dijo—. Tal vez pueda hacer algo para acelerar el envío de los documentos desde Francfort.

Mosca dijo a Hella:

—¿Quieres esperar aquí o prefieres irte a casa?

—Esperaré —contestó la muchacha—, pero no tardes mucho —se apretó la mano y se dio cuenta de que tenía las palmas completamente sudadas.

—¿De veras te encuentras bien? —preguntó Mosca.

Hella dijo que sí, y entonces Mosca abandonó la oficina.

El ayudante estaba hablando por teléfono, con voz educada, y la expresión de su cara era, como siempre, serena e impasible. Miró a Mosca, como indicándole que en seguida podría atenderle. Una vez hubo colgado el auricular, le preguntó, secamente:

—¿Qué puedo hacer por usted?

Mosca, midiendo las palabras y a la defensiva, contestó:

—Quería preguntarle si se sabe algo de mis documentos matrimoniales.

—No, todavía no —dijo el ayudante, cortésmente, y comenzó a manejar un grueso libro, el tomo de las ordenanzas militares.

Mosca carraspeó y, luego, dijo:

—¿Hay alguna manera de acelerar su envío?

El ayudante, sin mirarle, respondió:

—No.

Mosca resistió el impulso de dar media vuelta y marcharse.

—¿Cree usted que serviría de algo el que yo me trasladara a Francfort a interesarme personalmente?

El ayudante cerró el libro y miró a Mosca, por vez primera. Su voz era impersonal, pero cortante:

—Mire, Mosca —dijo—, hace un año que vive con esa chica, pero no pidió los documentos hasta seis meses después de levantarse la prohibición de los matrimonios

mixtos. Pero ahora, repentinamente, todo son prisas. No puedo impedirle que vaya a Francfort, pero le aseguro que no va a conseguir nada. Ya sabe usted qué opino de hacer las cosas prescindiendo de las ordenanzas.

Mosca no se irritó, sino que sintió sólo cierto embarazo, acompañado de una sensación de vergüenza. El ayudante prosiguió, en tono más suave:

—Tan pronto lleguen, le avisaré, ¿de acuerdo?

Como las palabras tenían toda la apariencia de una despedida, Mosca salió de la oficina.

Mientras se dirigía nuevamente a la oficina de Personal Civil, Mosca trató de que su cara no reflejara disgusto ni ansiedad, pues sabía que Hella se daría cuenta. Pero Hella e Inge estaban charlando y bebiendo café. Hella se había quitado el sombrero y el velo, y le resultaba difícil beber, pero su expresión indicó a Mosca que había estado contando a Inge todo lo relacionado con el niño.

Eddie estaba con la espalda apoyada en el respaldo de su silla, escuchando, sonriente. Cuando vio a Mosca, le preguntó:

—¿Cómo te ha ido?

Mosca replicó:

—Bien; hará lo que pueda —sonrió a Hella. Más tarde, a solas, contaría a Eddie la verdad.

Hella se puso el sombrero y el velo y estrechó la mano de Inge. Hizo lo mismo con Eddie, y se colgó del brazo de Mosca. Cuando estuvieron fuera de la oficina y hubieron atravesado la puerta de la base, Mosca dijo:

—Lo siento, querida.

La muchacha lo miró y apretó su brazo. Mosca volvió la cabeza, como si no pudiera mirar a Hella directamente a los ojos.

En las primeras horas del día, cuando aún reinaba la más absoluta oscuridad, Mosca se despertó y oyó a Hella quejarse suavemente, con la cabeza apretada contra la almohada. La acercó a su cuerpo, para que la muchacha pudiera descansar la cabeza en su hombro desnudo.

—¿Tanto te duele? —murmuró.

—Me siento mal, Walter, muy mal.

Pareció asustarse de su propia voz, pues comenzó a llorar desconsoladamente, como una criatura aterrorizada.

En la oscuridad, el dolor pudo más que ella, se impuso a su sangre y a los órganos todos de su cuerpo. El recuerdo de Mosca en la base aérea, impotente, la asustaba, la incapacitaba para dominar sus lágrimas.

—Me siento muy mal —repitió, y a Mosca apenas si le salían las palabras de consuelo, debido a una curiosa distorsión en su habla...

—Te voy a preparar algunas compresas más —logró decir, y encendió la luz de la mesita de noche.

Al ver a Hella sufrió una fuerte impresión. A la amarillenta luz vio que la

hinchazón era tan grande que le cerraba casi el ojo. El rostro, deformado, tenía un aspecto mongólico. La muchacha se puso las manos en la cara, y Mosca se dirigió a la cocina en busca de agua, para las compresas.

Las ruinas de la ciudad, iluminadas por el sol de la mañana, estaban delante de los asombrados ojos de la hija de Yergen. Estaba sentada sobre una enorme piedra, con los dedos dentro de una lata de ciruelas mirabelle. De la tierra comenzaba a elevarse el olor a escombros. Tranquilamente, la niña se iba comiendo las redondas frutas amarillas, y luego se chupaba los dedos, para no desperdiciar el jugo. Yergen estaba sentado en otra piedra, al lado de ella. La había llevado a aquel apartado valle de ruinas para que la niña pudiera comer la preciosa fruta sin tener que compartirla con la mujer alemana que la cuidaba durante el día.

Yergen contemplaba a su hijita con mezcla de amor y tristeza. Los ojos mostraban claramente el lento deterioro de su cerebro infantil. El médico le había dicho que existía una remota esperanza: llevarla fuera de Alemania o del continente. Yergen, desalentado, meneó la cabeza. Todo el dinero que ganaba en el mercado negro era destinado a construir un muro entre la niña y la miseria que la rodeaba. Pero el especialista le había hecho comprender que ello no bastaba.

Entonces, de repente, tomó una decisión. Conseguiría papeles falsos y se afincaría en Suiza. Sería cuestión de varios meses y de muchísimo dinero. Se curaría, podría crecer y vivir felizmente.

La niña le ofreció una mirabelle de lustroso aspecto, y, para complacerla, abrió la boca y se la comió. La niña le sonrió, y Yergen, emocionado, le puso la mano en la carita, en gesto de amor y protección, pues en aquel valle de ruinas parecía su hija una planta, inhumana, con los ojos en blanco, con una sonrisa que no pasaba de ser un espasmo muscular.

El aire de la mañana era frío. El otoño había debilitado la fuerza de los rayos solares y cambiado el color de la tierra; los escombros tenían ahora una tonalidad gris y la hierba, antes verde, era de un color marrón apagado, triste.

Yergen dijo, amablemente:

—Vámonos, Giselle, debo llevarte a casa. Debo ir a trabajar.

La niña dejó caer la lata de mirabelles, y el jugo se desparramó sobre las piedras y los escombros. Giselle se echó a llorar.

Yergen levantó a su hija de la piedra donde estaba sentada y la tomó en brazos, la cabeza de ella apretada contra su garganta.

—Esta noche volveré pronto, no temas. Y te traeré un regalo, algo para vestir.

Pero sabía que la niña seguiría llorando hasta llegar a la escalinata de la iglesia, en cuyo campanario tenían su hogar.

Enmarchado contra el pálido firmamento, Yergen vio a un hombre acercarse. Desapareció de su vista, y momentos después volvió a hacerse visible. Estaba cada vez más cerca. Yergen dejó a la niña en el suelo, pero ella se abrazó a sus piernas. Yergen, sorprendido, vio que quien se acercaba era Mosca.

Vestía de uniforme, con el distintivo blanco que indicaba su condición de civil. A la luz del sol, su piel morena tenía una tonalidad gris, y el cansancio que se reflejaba en las líneas de su cara hacía que éstas destacaran claramente unas de otras.

—Le he estado buscando por todas partes —dijo Mosca.

Yerguen tocó la cabeza de su hija. Ni Yergen ni Giselle miraban directamente a Mosca. A Yergen parecía extrañarle que le hubiese podido encontrar tan fácilmente. Mosca pareció adivinarle el pensamiento.

—Su sirvienta me dijo que solía andar por aquí todas las mañanas.

La luz del día era casi cegadora. Yergen oyó la campanilla de un tranvía. Lentamente, con desconfianza en su voz, preguntó:

—¿Por qué desea verme?

En uno de los montículos que los rodeaban se produjo un pequeño deslizamiento de tierra, de escombros, mejor dicho, y se formó una nube de polvo. Mosca se apartó un poco, pues notaba que sus pies se hundían en el poco seguro suelo. Dijo:

—Necesito penicilina y algo de morfina o codeína para Hella. Es por lo de la muela, ¿sabe? Se encuentra muy mal —hizo una pausa—. La morfina la necesito para hoy mismo, pues el dolor es muy fuerte. Le pagaré lo que me pida.

Yergen tomó a su hija en brazos y comenzó a andar por entre los escombros. Mosca caminaba a su lado.

—Será difícil —dijo Yergen; ya había hecho su plan; con una sola operación adelantaría en tres meses el traslado a Suiza—. El precio será terriblemente alto.

Mosca se paró, y aunque el sol de la mañana no era muy fuerte, Yergen se dio cuenta de que Mosca tenía la cara llena de sudor, y observó también que el moreno rostro mostraba, sin embargo, una expresión de inmenso alivio.

—Temía que no fuera posible arreglarlo —dijo Mosca—. No me importa el precio. Sólo deseo que me consiga rápidamente lo que le he pedido.

Delante de sus ojos tenían ahora aquella parte de la ciudad que no había resultado completamente destruida; el sector, precisamente, donde se hallaba situada la iglesia en cuyo campanario vivía Yergen.

—Venga a verme a medianoche —dijo Yergen—. No venga antes, pues mi hija estará sola, y como sea que está muy enferma, no conviene que se asuste.

Esperó a que Mosca murmurara algunas palabras de simpatía, y sintió amargura e indignación al no observar reacción alguna por parte de su interlocutor. Ése norteamericano tan preocupado por su amante, ¿por qué no se la llevaba a los Estados Unidos, a la seguridad? Y el hecho de que Mosca pudiera hacer por alguien a quien amaba lo que él, Yergen, no podía hacer por su hija, aumentaba su amargura. Casi con crueldad, dijo:

—Si viene antes de medianoche, no le ayudaré.

Mosca vio alejarse a Yergen y a su hija:

—Pagaré lo que sea, no lo olvide —le gritó. Yergen se volvió a mirarle y asintió. Los ojos de la chiquilla que llevaba en brazos estaban fijos en el firmamento otoñal.

Eddie Cassin y Mosca salieron del edificio del Personal Civil y, bajo el débil sol del atardecer, se encaminaron a los hangares y a la pista de despegue.

—Otro que deja la pandilla —dijo Eddie Cassin—. Primero fueron Middleton y Leo; ahora, Wolf. Supongo que tú serás el siguiente, Walter.

Mosca no contestó. Andaban en dirección opuesta a la oleada de trabajadores que salían de la base, obreros y mecánicos alemanes que se encaminaban a las salidas vigiladas. De pronto el suelo comenzó a temblar y oyeron el rugir de poderosos motores. Al doblar una de las esquinas del edificio de la administración, se encontraron delante de un enorme avión plateado.

El sol estaba ya a punto de ocultarse. Mosca y Eddie esperaban, fumando un cigarrillo. Finalmente vieron cómo el *jeep* pasaba junto a los hangares y se dirigía a la pista. Comenzaron a bajar la rampa hacia el avión, y llegaron en el mismo momento en que el *jeep* se detenía, junto a la cola del aparato.

Wolf, Úrsula y el padre de ésta salieron del *jeep*. El padre comenzó en seguida a descargar los pesados bultos. Wolf dedicó a sus amigos una ancha y alegre sonrisa.

—Habéis sido muy amables en venir a despedirme —dijo, y les estrechó la mano. Luego les presentó al padre de Úrsula. A ella ya la conocían.

Los motores lanzaban ráfagas de aire, tan fuertes, que casi se llevaban las palabras. El padre se acercó todavía más al aeroplano, pasó las manos por la grisácea piel metálica, y luego fue vagando por las cercanías del aparato, como un animal hambriento.

Eddie Cassin, bromeando, dijo a Wolf:

—Parece querer comérselo.

Wolf se rio, y Úrsula, que no había entendido las palabras de Eddie, se puso a observar cómo los bultos y maletas eran llevados a bordo del avión, y luego pasó la mano por el brazo de Wolf.

Wolf alargó de nuevo la mano a Mosca y a Eddie, y dijo:

—Bien, hasta la vista, muchachos. Ha sido un verdadero placer, en serio. Cuando lleguéis a los Estados Unidos, buscadme. Eddie, creo que tú tienes mi dirección.

—La tengo —contestó Eddie, fríamente.

Wolf miró fijamente a Mosca y dijo:

—Buena suerte, Walter. Siento que no pudiéramos llevar a término aquel negocio, pero ahora pienso que tal vez tenías razón.

Mosca sonrió y dijo:

—Buena suerte, Wolf.

Wolf carraspeó. Luego, dijo:

—Un último consejo. No tardes mucho en dejar este país, Walter. Regresa a los

Estados Unidos tan pronto como puedas. Es todo lo que puedo decirte.

Mosca sonrió nuevamente y dijo:

—Gracias, Wolf, seguiré tu consejo.

El padre, examinado ya completamente el exterior del avión, se acercó a Wolf, con los brazos extendidos.

—¡Wolfgang, Wolfgang! —gritó, emocionado—. ¿Verdad que no te olvidarás de que me quedo aquí? —estaba a punto de llorar; Wolf le dio una palmada en el hombro, y el viejo lo abrazó—. Eres como un hijo para mí —dijo el obeso anciano—; te echaré mucho de menos.

Mosca se dio cuenta de que Wolf estaba molesto, aburrido y ansioso de meterse en el avión. El padre abrazó a Úrsula. Estaba sollozando.

—Úrsula, hija mía, mi único tesoro, dime que no te olvidarás de tu anciano padre; dime que no lo dejarás solo en este terrible país. ¿Verdad que mi pequeña Úrsula no es capaz de hacer una cosa así?

Su hija lo besó y murmuró, en tono tranquilizador:

—No lo tomes así, papá. También tú vendrás, pero antes hay que arreglar los papeles. No lo tomes así, te lo ruego.

Wolf sonreía enigmáticamente. Tocó el hombro de Úrsula y dijo, en alemán:

—Es hora.

El viejo gritó, con voz lastimera:

—¡Úrsula, Úrsula!

Pero ahora la muchacha, sobreexcitada y, además, indignada por el aparentemente inexplicable pesar por su buena fortuna, subió precipitadamente los escalones que conducían a la puerta de entrada del avión.

Wolf apretó la mano de su suegro.

—La ha trastornado. Saldrá usted de aquí, se lo prometo. Pasará el resto de sus días en América, con su hija y sus nietos. Palabra de honor.

El anciano movió la cabeza, afirmativamente.

—Eres bueno, Wolfgang, eres muy bueno.

Wolf dedicó a Mosca y a Eddie un embarazado medio saludo, y subió, corriendo, los escalones que le separaban de la puerta del avión.

Detrás de una de las ventanillas apareció el rostro de Úrsula, que dirigió a su padre una sonrisa de despedida. El hombre, emocionado, rompió nuevamente a llorar y, con un pañuelo blanco, devolvió el saludo a su hija. Volvieron a rugir los motores. Unos hombres quitaron la escalerilla. El enorme avión plateado comenzó a moverse lentamente por la pista. Después de virar con lentitud, fue tomando más y más velocidad, hasta que, como contra su propia voluntad, se elevó en dirección al oscuro cielo otoñal.

Mosca estuvo mirando al aparato hasta que éste se tornó invisible. Luego oyó a Eddie decir:

—Misión cumplida; otro triunfador que deja Europa. En su voz se adivinaba un

ligero tono amargo.

Los tres hombres permanecieron con la vista fija en el firmamento, sus sombras confundándose en una sola mientras el sol se ocultaba definitivamente detrás del horizonte. Mosca miró a aquel anciano que nunca más volvería a ver a su hija, que nunca abandonaría el viejo continente. Aquella gruesa cara miraba, con expresión pasmada, el firmamento vacío, como buscando una esperanza o una promesa. Momentos después, con sus ojos pequeños y hendidos fijos en Mosca, el anciano dijo, con odio y desesperación:

—Ach, amigos; se nos han ido.

Mosca sacó el trapo de la olla de agua caliente y, después de escurrirlo, lo aplicó a la cara de Hella. Estaba tendida en el sofá, derramando lágrimas de dolor. La hinchazón le había deformado la nariz y la línea de la boca, y su ojo izquierdo estaba medio tapado. En el sillón cercano al sofá, *Frau* Saunders sostenía al niño, que en aquel momento, ayudado por la mujer, bebía leche de una botella con biberón.

Mientras cambiaba las compresas, Mosca hablaba a Hella, suave y amorosamente:

—Cuestión de un par de días, querida. Un par de días, y todo se arreglará.

Habían estado así toda la tarde, y la hinchazón había remitido un poco. El niño, en brazos de *Frau* Saunders, comenzó a llorar. Hella se sentó en el sofá. Se quitó la compresa y dijo a Mosca:

—No puedo más.

Tomó en sus brazos a la criatura. Puso el lado bueno de su cara contra la cabecita del niño y dijo, con ternura:

—Pobre hijito mío, tu madre no puede cuidar de ti.

Y luego, con manos temblorosas, comenzó a cambiarle los mojados pañales, con la ayuda de *Frau* Saunders.

Mosca los miraba. Observó que el dolor continuado y la falta de sueño durante las últimas semanas, habían acabado con las energías de Hella. Los médicos del hospital alemán le habían dicho que el caso no era lo bastante serio como para que fuera imprescindible la aplicación de penicilina. Su única esperanza residía en que Yergen tuviera los medicamentos a medianoche. Las dos noches anteriores, Yergen le había fallado.

Cuando Hella terminó de vestir al pequeño, Mosca tomó al niño en brazos. Lo arrulló, y vio que Hella trataba de sonreír, acostada en el sofá. Mosca vio que en los ojos de ella reaparecían las lágrimas de dolor y entonces, la muchacha volvió la cabeza, para que él no viera sus lágrimas. Pero Mosca oía los indomables sollozos.

Cuando no pudo soportar más el dolor de Hella, Mosca puso al niño en el cochecito.

—Voy a ver si Yergen tiene la medicina —dijo. Faltaba mucho para la medianoche, pero no importaba. Era posible que encontrara a Yergen en su casa. Eran cerca de las ocho, la hora en que los alemanes acostumbraban a cenar. Se inclinó para

besar a Hella, y ésta le tocó la cara con la mano.

—Volveré tan pronto como pueda.

En la Kurfürsten Allee se dejaba sentir el frío de comienzos del invierno, y en la oscuridad podía Mosca sentir la caída de las hojas sobre el suelo, hojas que luego, arrastradas por el viento, se perdían entre las ruinas de la ciudad. Tomó un strassenbahn que lo dejó muy cerca de la iglesia donde Yergen vivía. La puerta lateral estaba abierta, y Mosca subió corriendo las escaleras del campanario. Al llegar a la puerta, cortada en la pared, llamó tan fuerte como pudo. Esperó, pero no hubo respuesta. No se oía sonido alguno procedente del interior de la vivienda. Llamó de diversas formas, esperando adivinar la forma en que Yergen lo hacía, para, así, cuando la niña abriera la puerta, poderle hacer preguntas. Todo fue inútil. Volvió a esperar unos momentos, y luego oyó un sonido monótono como el grito de un animal. Se dio cuenta de que la niña estaba llorando, asustada, por lo que en modo alguno le abriría la puerta. Bajó las escaleras y decidió esperar a Yergen en la calle, junto a la iglesia.

Esperó durante largo rato. El viento se hizo más frío y la noche más oscura. El susurro de los árboles se oía cada vez más fuerte y sibilante. Mientras aguardaba nació en su mente la idea de un desastre terrible e inevitable. Trató de permanecer allí, pero de pronto se encontró andando en dirección a la Kurfürsten Allee.

Cuando se hubo alejado un poco de la iglesia, su temor desapareció. Luego pensó en las lágrimas de dolor de Hella, y pensó también en su indefensión. La tensión continuada, las humillaciones y negativas de la semana pasada, la indiferente actitud del doctor Adlock, la reprimenda del capitán ayudante, el proceder de los médicos del hospital alemán, su incapacidad para luchar contra todos ellos, lo abrumaban. Quería tomarse una copa, o tres, o cuatro. El alcohol nunca le había sido necesario. Pero ahora, sin dudarlo, se encaminó a la avenida donde estaba situado el Club de Oficiales. Por un momento sintió una especie de remordimiento, pues la razón le indicaba que debía irse junto a Hella.

En el club, el ambiente era tranquilo. Había algunos oficiales en el bar, pero no había baile ni música, y sólo andaban por allí unas pocas mujeres. Mosca se tomó rápidamente tres tragos de *whisky*. Fue como si se hubiese bebido un filtro mágico. Sintió cómo la tensión desaparecía de su cuerpo, cómo el miedo se evaporaba. Ahora lo veía todo en sus justas proporciones. Lo que tenía Hella, concretamente, era un fuerte dolor de muelas, acompañado de un flemón escandaloso. Por otra parte, las personas que le habían parecido enemigos implacables, no hacían otra cosa que obedecer unas leyes que les habían sido impuestas.

Uno de los oficiales que estaba en la barra le dijo:

—Su amigo Eddie está arriba, echando los dados. Mosca hizo un gesto indicativo de que le había oído; y, luego, otro oficial dijo, sonriendo:

—Su otro amigazo, el ayudante, está arriba también. Está celebrando su nombramiento de mayor.

—Estoy tan contento, que me tomaré un *whisky* a su salud —dijo Mosca, y los dos oficiales se echaron a reír. Mosca encendió un cigarrillo y se tomó unos tragos más. Ahora estaba completamente seguro de que todo terminaría bien. Se trataba solamente de una muela, después de todo, y, además, le constaba que Hella era muy sensible al dolor. Era curioso, pero la muchacha, tan valerosa en todo lo demás, era incapaz de soportar el dolor físico, pensó. En aquel aspecto concreto era cobarde. Inmediatamente se sintió enojado consigo mismo por haber pensado aquello de Hella. Pero se quejaba con facilidad.

Y ahora, una parte de su seguridad de momentos antes lo abandonó. En el bolsillo interior de su chaqueta abierta vio algo blanco, y entonces recordó que, unos días antes, Hella había escrito su primera carta a la madre de él, carta que olvidó echar al correo. Su madre había escrito pidiendo una carta y fotografías del niño. Mosca abandonó el bar y fue a depositar la carta en el buzón situado en el vestíbulo. Dudó un momento, pues algo le decía que no debía subir, pero el *whisky* pudo más. Subió las escaleras y entró en la sala de juego.

Eddie estaba en un rincón de la mesa, y en una mano tenía un pequeño fajo de vales de a dólar. El ayudante, que estaba frente a él, tenía una expresión algo extraña. En su cara, normalmente ingenua, había una expresión socarrona y astuta. Mosca quedó perplejo. ¡Diablos! El sujeto iba un poco cargado. Pasó por su mente la idea de dar media vuelta y marcharse. Pero la curiosidad le hizo acercarse a la mesa. Veamos si el bastardo éste se vuelve humano con la bebida, pensó.

Eddie preguntó:

—¿Cómo está tu chica?

—Muy bien —respondió Mosca. Entró un camarero con una bandeja de bebidas.

Las apuestas eran muy bajas; más que juego, aquello era pura distracción. Era lo que Mosca deseaba. Apostó pequeñas cantidades, cruzando, de vez en cuando, alguna frase con Eddie.

El ayudante era el único que ponía verdadero interés en el juego. Hacía cuanto estaba en su mano para lograr que los demás se animaran a jugar más fuerte. Cuando le llegó el turno de echar él los dados, depositó treinta dólares encima de la mesa. Le aceptaron solamente diez. Ofreció apuestas en diversas modalidades, pero los jugadores no se animaron y continuaron con sus apuestas de uno o cinco dólares.

Mosca se sentía un poco culpable. Podría irme a casa para ver cómo está Hella, y luego pasarme por el domicilio de Yergen, pensó. Pero el club no tardaría más de una hora en cerrar. Decidió quedarse.

El capitán ayudante, necesitado de emociones y convencido de que no las hallaría en el juego, dijo a Mosca:

—Me han dicho que su *fräulein* estuvo con usted en la base, para conseguir tratamiento médico gratuito. No esperaba eso de usted, Walter.

Era la primera vez que se había dirigido a Mosca por su nombre de pila.

Uno de los oficiales dijo:

—Por Dios, relájate; los asuntos profesionales no son para tratarlos en el club.

Y en aquel preciso instante supo Mosca por qué se había quedado, por qué había acudido al club. Intentó tomar la decisión de marcharse, trató de que su cuerpo se alejara de la mesa, intentó apartar sus manos del tapete verde. Pero una cruel satisfacción lo embriagó, anulando su razón. Todas las humillaciones y fracasos de la última semana envenenaron su sangre, las células de su cerebro. Muy bien, hijo de puta, muy bien, pensó. Pero, dominando el tono de su voz, dijo:

—Pensé que el doctor podría ayudarnos.

Hizo que sus palabras sonaran un poquitín nerviosas. Se había sentido humillado toda la semana, por lo que bien podía exponerse a ser humillado un poco más.

—No permito que sucedan estas cosas donde yo mando —dijo el ayudante—. Y cuando suceden, si yo me entero, alguien paga las consecuencias. Y resulta que me entero siempre.

—No me gusta amargar la vida de los demás —prosiguió el ayudante, en tono serio—. Creo en el fair play. Pero si hubiese permitido que tratara a su *fräulein*, todos los soldados hubieran traído a sus chicas a la base, para que les pusieran inyecciones. Y eso no puede ser.

La ingenua cara del ayudante mostraba una sonrisa de felicidad. Levantó su vaso y bebió.

Mosca tenía la vista fija en el tapete verde. Eddie estaba diciendo algo, pero no escuchaba sus palabras. Hizo un esfuerzo y levantó la vista. Con voz suave, dijo:

—Van dos dólares.

El ayudante dejó su vaso en el antepecho de la ventana detrás de él, y tiró luego un billete de diez dólares sobre la mesa:

—Ahí van estos diez —dijo.

Mosca recogió el billete y lo devolvió al ayudante:

—No se lo acepto.

Lo dijo con voz fría y cortante. Uno de los otros oficiales puso algún dinero sobre el tapete y Mosca echó los dados.

—Es usted muy susceptible en todo lo referente a esa *fräulein* —dijo el ayudante; estaba de buen humor y no se daba cuenta de la tensión existente a su alrededor—. Quizá piensen ustedes que esas *fräuleins* les aman desinteresadamente, sólo por su cara bonita. Si de mí dependiera, no permitiría que ninguno de ustedes se casara aquí.

Mosca dejó caer los dados sobre la mesa. Con afectada indiferencia, preguntó:

—¿Por qué, pues, retuvo usted mis papeles, bastardo asqueroso?

El ayudante sonrió, con verdadera complacencia:

—Me veo obligado a negarlo y a pedirle que me diga dónde obtuvo usted esta información.

Dijo estas palabras con voz fría y oficial, y en ellas se adivinaba una amenaza y una orden.

Mosca tomó los dados. Había dejado de pensar y de permanecer en guardia.

Esperaba que el capitán ayudante siguiera hablando.

—¿Dónde consiguió esa información? —preguntó el ayudante. Su rostro estaba serio y mostraba una expresión de dureza—. ¿Dónde obtuvo esa información? —repitió.

Mosca tiró los dados, negligentemente:

—Váyase a asustar a los alemanes, estúpido fanfarrón —dijo al ayudante.

Intervino Eddie Cassin:

—Se lo dije yo y, si es preciso, se lo diré al coronel. Sí, le diré que tuvo usted los papeles encima de la mesa durante dos semanas, antes de enviarlos a Francfort —se volvió a Mosca—. Vamos, Walter, salgamos de aquí.

El ayudante estaba en el lado de la mesa limitado por la pared y la ventana. Mosca quería que se apartara, para poder pasar. Estuvo pensando durante unos segundos, y luego dijo:

—¿Crees que este imbécil tiene ya bastante por esta noche?

Transcurrió una fracción de segundo antes de que el ayudante se diera cuenta de la amenaza. Luego gritó, enojado:

—Me gustaría ver qué es lo que va a hacer.

Comenzó a andar en dirección a Mosca. Éste, cuando lo tuvo al alcance de sus brazos, le golpeó el rostro con todas sus fuerzas. El golpe se estrelló en la mandíbula del ayudante y, si bien no lo hirió, le hizo perder el equilibrio. Mosca le dio unas cuantas patadas. Sintió, con placer, el contacto de su zapato contra el cuerpo del capitán. Uno de los oficiales y Eddie le asieron los brazos y lo apartaron. El ayudante, realmente herido ahora, necesitó que lo ayudaran a levantarse. Mosca dejó que el oficial y Eddie lo empujaran hacia la puerta. De repente, Mosca hizo un quiebro y atravesó corriendo la habitación. El ayudante estaba de nuevo en pie. Sin dejar de correr se echó sobre el ayudante, y ambos rodaron por el suelo. El ayudante dio un grito de dolor. El semblante de Mosca y su imprevisto ataque al indefenso capitán sorprendieron tanto a los hombres que, de momento, fueron incapaces de reaccionar. Luego, tres de los oficiales sujetaron a Mosca cuando éste parecía dispuesto a arrancar una de las orejas del ayudante. Uno de ellos golpeó fuertemente a Mosca en la sien, y luego lo echaron escaleras abajo y fuera del club. Eddie los ayudaba. El aire frío de la noche aclaró el cerebro de Mosca.

Él y Eddie estaban solos.

—El ataque último lo estropeó todo —dijo Eddie—. ¿Es que no estabas satisfecho?

Mosca dijo:

—Lo que sucede es que quería matar a ese bastardo.

Encendió un cigarrillo y entonces se dio cuenta de que le temblaban las manos, y sentía, además, un sudor frío en el cuerpo.

Estaban parados en la oscura calle.

—Trataré de arreglarlo —dijo Eddie—. Pero con el ejército has terminado

definitivamente. Lo sabes, ¿no? No pierdas tiempo, vete a Francfort mañana y trata de conseguir esos documentos matrimoniales. Yo te cubriré. No te preocupes por nada; piensa solamente en los documentos.

Mosca permaneció pensativo durante unos instantes.

—Supongo que tienes razón. Gracias, Eddie.

Sin saber por qué, estrechó la mano de Cassin, sabiendo que Eddie haría cuanto estuviese en su mano para ayudarlo.

—¿Te vas a casa? —preguntó Eddie.

—No —contestó Mosca—. Tengo que ver a Yergen —se alejó de Eddie y, después de andar unos pasos, volvió la cabeza—. Te telefonaré desde Francfort.

El camino hacia la iglesia estaba iluminado por la fría luz de la luna otoñal. Subió las escaleras, pero antes de que pudiera llamar, Yergen había ya abierto la puerta.

—No haga ruido —dijo Yergen—, mi hija acaba de dormirse; me ha costado mucho conseguirlo.

Pasaron a la habitación. Detrás del biombo de madera se oía la respiración de la niña. Mosca vio que Yergen estaba irritado y que su actitud era casi belicosa.

—¿Ha estado usted aquí hace unas horas? —preguntó Yergen.

—No —mintió Mosca. Pero Yergen se dio cuenta de que Mosca había dudado una fracción de segundo antes de contestar.

—Tengo los medicamentos —dijo Yergen; le alegraba que Mosca hubiese asustado a su hija, dándole a él el coraje suficiente para hacer lo que había planeado—. Tengo la penicilina y las tabletas de codeína, pero cuestan mucho dinero.

Sacó de su bolsillo una pequeña caja de cartón, y la abrió para que Mosca viera las cuatro ampollas y la caja cuadrada, que contenía las tabletas de codeína. Incluso ahora su instinto le decía que debía explicar a Mosca que la penicilina había costado solamente una fracción del precio normal en el mercado negro, y que, por consiguiente, podía resultar inservible. Su intención era, hecho el aviso, cobrarle un precio razonable. Pero en aquel crítico momento, con la habitación completamente en silencio, la respiración de su hija se hizo agitada. Yergen vio que Mosca dirigía la vista hacia el biombo de madera, y luego, antes de que pudieran hacer nada, la respiración de la pequeña volvió a normalizarse. Yergen se sintió aliviado.

—El precio será de cincuenta cajas de cigarrillos.

Observó que las aceradas pupilas de Mosca se clavaban en él; parecía como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—Muy bien —dijo Mosca—. El precio no me preocupa. ¿Está usted seguro de que estos medicamentos son buenos?

Yergen dudó durante un segundo, tiempo durante el cual muchos pensamientos se agolparon en su mente.

Necesitaba tantos cigarrillos como pudiese obtener, pues era la única forma de llevar a cabo el gran negocio que le permitiría salir de Alemania en el plazo de un mes. Era muy posible que Hella no necesitara realmente la penicilina; los médicos de

Bremen, cuando sabían que una chica tenía un amigo norteamericano, pedían siempre penicilina, para así quedarse ellos con una parte de la misma. Y volvió a pensar en su hija, que para él era lo más importante.

—Puede estar tranquilo. Se los garantizo —dijo Yergen—. La persona que me los ha proporcionado nunca me ha traicionado —se puso la mano sobre el pecho—. Me hago plenamente responsable.

—Muy bien —dijo Mosca—. Ahora escuche: tengo veinte cajas, y tal vez pueda conseguir algunas más. Pero si no puedo, le pagaré a razón de cinco dólares por caja, en vales o en cheques de la American Express. ¿De acuerdo?

Sabía que estaba siendo muy razonable, como sabía también que Yergen le estaba haciendo objeto de un verdadero robo, pero todavía estaba afectado por la pelea con el capitán ayudante. Se sentía tremendamente cansado, desesperado y solo. Mentalmente mendigó la ayuda del pequeño alemán. Y Yergen, al intuir el estado de ánimo de Mosca, adoptó una actitud cautelosamente arrogante.

—Tengo que pagar en cigarrillos —dijo Yergen—. Creo que tendrá que darme cigarrillos.

Detrás del biombo de madera, la pequeña, aunque dormida, se quejaba. Mosca recordó entonces a Hella, llorando de dolor; le estaba esperando desde varias horas atrás.

Hizo una última tentativa:

—Necesito los medicamentos esta noche.

Yergen dijo:

—Y yo necesito esta noche los cigarrillos.

Esta vez había en su voz una nota de triunfo, y es que, aun sin saberlo, había odiado siempre al norteamericano.

Mosca se esforzó por no sentir nada, por no hacer nada. Se sentía avergonzado y temía las consecuencias de la lucha sostenida en el club. Debía tener cuidado en no cometer ningún error. Gravemente, sin ira ni amenaza, tomó la caja de cartón y se la metió en un bolsillo de su chaqueta. En tono cortés y razonable dijo:

—Acompáñeme a casa y le daré las veinte cajas y el dinero. Durante los próximos días trataré de conseguirle el resto de los cigarrillos, y entonces me devolverá usted el dinero.

Yergen vio que nada impediría a Mosca llevarse los medicamentos. Por un momento sintió miedo. No era un cobarde, pero le asustaba la idea de que su hija pudiera quedar sola en el destrozado país. Fue al otro lado del biombo para arrojar a su hija, y luego se colocó el sombrero y el abrigo. Echaron a andar en dirección al domicilio de Mosca, sin pronunciar una sola palabra.

Mosca dejó que Yergen esperase hasta que él hubiera dado a Hella la codeína. La muchacha estaba todavía despierta, y en la oscuridad pudo ver Mosca su hinchada mejilla.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, hablando casi en un susurro, para no

despertar al niño.

—Me duele mucho —murmuró ella.

—Te traigo algo contra el dolor —le dio una de las tabletas de codeína, que la muchacha se tragó, ayudándose con un poco de agua.

—Vuelvo en seguida —dijo Mosca.

Envolvió, con escaso cuidado, las cajas de cigarrillos. Las entregó a Yergen, y tomó luego los cheques de la American Express, los firmó, y los metió en el bolsillo de Yergen. Por cortesía, y también por lástima, preguntó:

—¿Tendrá algún problema a causa del toque de queda? ¿Quiere que le acompañe?

—No, tengo un pase —contestó Yergen; y luego, riendo, pues los cigarrillos que llevaba bajo el brazo le habían elevado el ánimo, añadió:

—Los pases son algo esencial para un hombre de negocios.

Cuando se hubo marchado, Mosca cerró la puerta y volvió al dormitorio. Hella seguía despierta. Se acostó a su lado, sin desvestirse. Le contó lo sucedido en el club y le dijo que tendría que ir a Francfort al día siguiente.

—Conseguiré esos papeles, y dentro de un mes estaremos volando en dirección a los Estados Unidos —le dijo, en voz muy baja. Le contó cosas de su madre y de Alf y le habló de lo contentos que estarían de verla. Hizo que todo pareciera seguro y fácil, inevitable. Mosca se daba cuenta de que el sueño comenzaba a dominar a la muchacha, pero, de pronto, ésta dijo:

—¿Puedes darme otra tableta? —Se levantó para dársela y le sostuvo el vaso, como la vez anterior. Luego, antes de que Hella se durmiera, le habló de la penicilina y de la conveniencia de hacérsela inyectar a la mañana siguiente.

—Te llamaré todas las noches desde Francfort —dijo—. Estaré fuera solamente durante tres días.

Cuando la muchacha estuvo completamente dormida, Mosca se sentó junto a la ventana, y, mientras se fumaba unos cigarrillos, contempló las ruinas de la ciudad, claramente visibles bajo la luna de otoño. Encendió luego la luz de la cocina y colocó en su bolsa de gimnasia las cosas que iba a necesitar para el viaje. Se preparó huevos y té, esperando que la comida le ayudaría a dormir. Se acostó de nuevo al lado de Hella y esperó a que amaneciera.

Aun cuando estaba plácidamente dormida, como consecuencia de los efectos del cansancio y de la codeína, Hella oyó el llanto del niño, y supo que no era de dolor, sino de hambre. Una vez completamente despierta, sintió una placentera ansiedad, sabiendo cuán fácilmente podía acallar a la criatura; escuchó, y luego abandonó la cama, disponiéndose a preparar la botella de leche.

A pesar de que durante las dos últimas noches había dormido bien, se sentía muy débil. El uso constante de la codeína se hacía notar, y el dolor en la cabeza y en la boca había decrecido. Quiso tocarse la cara, y quedó sorprendida al observar la rapidez con que su mano entró en contacto con la mejilla. La hinchazón había aumentado todavía más durante la noche, pero no le había dolido en absoluto. Mientras esperaba que se calentara la leche, tomó otra tableta de codeína, tragándosela con la ayuda de un dedo. Ahora le resultaba difícil incluso el tragar saliva. Puso la botella en la boca del niño, y en la habitación se hizo un silencio absoluto.

Estaba muy cansada, por lo que volvió a echarse en la cama. Oía moverse a *Frau* Saunders, que estaba limpiando sus dos habitaciones y la sala que compartía con ellos. Habían tenido suerte con *Frau* Saunders, pensó Hella. Y Walter sentía simpatía por ella. Confiaba en que traería los papeles matrimoniales, y así podrían salir de Alemania. Ahora vivía siempre con miedo, más por el niño que por todo lo demás. Si la criatura enfermaba, no podrían conseguir medicamentos norteamericanos. Acudir al mercado negro era arriesgado, y ella no quería correr riesgos en lo que a su hijo se refería.

Cuando se sintió algo más fuerte, Hella se levantó de la cama y limpió sus habitaciones. Luego entró en la sala. *Frau* Saunders estaba sentada junto a la estufa, bebiendo café. Había una taza para Hella.

—¿Cuándo regresa su hombre? —preguntó *Frau* Saunders—. ¿No debía haber llegado esta mañana?

—Debe permanecer allí unos días más —respondió Hella—. Esta noche, cuando llame por teléfono, tendrá ya noticias concretas. Ya sabe usted lo que pasa siempre con el papeleo.

—¿Le ha dicho lo de la penicilina? —preguntó *Frau* Saunders.

Hella hizo un gesto negativo.

—Creía que ese Yergen era realmente amigo de ustedes —dijo *Frau* Saunders—. ¿Cómo es posible que haya hecho una cosa así?

—No creo que tenga la culpa él —dijo Hella—. El médico me explicó que era imposible utilizarla, porque no había sido cuidada adecuadamente. Pero era penicilina. Yergen, claro, no podía saberlo.

—Debería haberlo sabido —dijo *Frau* Saunders. Y luego, secamente, añadió—: Veremos qué ocurre cuando *Herr* Mosca vaya a visitarlo.

En la otra habitación, el niño comenzó a llorar, y Hella fue a sacarlo del cochecito. *Frau* Saunders dijo:

—Déjeme tenerlo.

Hella se lo dio y fue a por unos pañales limpios.

Cuando volvió, con la ropa limpia, a la habitación, *Frau* Saunders pidió:

—Permita que lo cambie yo.

Era una ceremonia que se celebraba todas las mañanas.

Hella tomó el cubo metálico que había junto a la estufa y dijo:

—Voy a buscar un poco de carbón.

—No se encuentra lo bastante fuerte para eso —contestó *Frau* Saunders.

Pero habló sin pensar en lo que decía, pues estaba concentrada en la tarea de cambiar los pañales del niño.

El aire de la mañana otoñal era frío, y los árboles se veían despojados de todas sus hojas. Hella sintió en su nariz un fuerte olor a manzanas caídas; procedente del otro lado de las ajardinadas colinas, sentía el frescor del río Weser, recién acariciado por las lluvias del otoño. Al otro lado de la Kurfürsten Allee vio a una joven y bonita muchacha que vigilaba a cuatro niños, los cuales jugaban debajo de los árboles, apilando las hojas caídas. Luego, al sentir frío, Hella se metió en la casa.

Bajó las escaleras de la bodega y abrió la puerta de tela metálica que encerraba su parte del sótano. Llenó el cubo con trozos de carbón. Trató de levantarlo, pero, sorprendida, vio que no podía. Hizo un gran esfuerzo. Se sintió desfallecer. Por un momento, la muchacha se asustó. Se asió a la tela metálica, y el desfallecimiento, la sensación de tremenda debilidad, desapareció. Tomó tres trozos de carbón y se los puso en el delantal, que asió por los extremos, formando un cesto. Con su mano libre cerró la puerta, y luego comenzó a subir las escaleras.

Cuando se hallaba a mitad del último tramo, sus piernas se negaron a moverse. La muchacha estaba perpleja. Un tremendo escalofrío se apoderó de su cuerpo. Se le reventó uno de los vasos sanguíneos, y sintió un dolor tan fuerte, que le pareció como si su cerebro fuera golpeado con un pico. Ni se dio cuenta de que el carbón estaba rodando escaleras abajo. Comenzó a caer, a hundirse, y vio, como a través de una espesa niebla, a *Frau* Saunders inclinada sobre el pasamano, con el niño en brazos. Le parecía que estaban muy cerca y muy lejos a la vez. Levantó los brazos hacia ellos y comenzó a gritar, y luego se fue alejando de la horrorizada cara de *Frau* Saunders y del niño vestido de blanco, y, todavía gritando, se fue alejando más y más de su propia voz, hasta que no pudo ya oírla.

Eddie Cassin andaba de un extremo a otro de la oficina de Personal Civil. Inge estaba explicando pacientemente a alguien la necesidad de que le facilitara la información pedida. Luego se acercaría otro a su mesa y tendría que comenzar nuevamente sus explicaciones.

Acercó un teléfono a Eddie.

—¿Sí? —dijo Eddie, a través del auricular.

La voz de un hombre, fuerte y autoritaria, dijo, en un inglés casi perfecto:

—Lo siento, pero no puedo informar por teléfono.

Eddie se dio cuenta de que sería inútil discutir con aquella voz. Reconocía el tono. Tenía la seguridad de un hombre que cumple estrictamente con las leyes y ordenanzas que gobiernan su mundo, pequeño, pero completo. Eddie dijo:

—Deje que le pregunte sólo una cosa. El marido o amante, como prefieran, de la mujer que tienen en su hospital, está en Francfort. La pregunta es ésta: ¿Es la cosa lo bastante seria como para que lo llame diciendo que regrese inmediatamente?

La voz respondió:

—Creo que es lo mejor que puede hacer.

—Está allí por un asunto muy importante —dijo Eddie Cassin—. No quisiera hacerle regresar, a menos que sea absolutamente necesario.

Hubo un corto silencio. Luego, la voz fuerte, con sorprendente amabilidad, dijo:

—Creo que debería decirle que regrese de inmediato.

Eddie colgó. Vio que Inge lo estaba mirando, con los ojos muy abiertos.

—Tráigame un vaso limpio —le dijo.

Cuando la muchacha hubo salido de la estancia, Eddie descolgó el auricular y pidió al operador militar que lo pusiera en comunicación con Francfort. Estaba aún esperando cuando Inge regresó con el vaso. Dejó que la chica sostuviera el auricular y él se preparó una bebida fuerte, a base de ginebra y de jugo de uvas, de la botella y la lata que tenía en un cajón de su mesa. Luego volvió a coger el teléfono.

Cuando consiguió línea, pidió que lo pusieran con la Sección de Ayudantía del cuartel general. Tuvo que hablar con tres oficiales antes de enterarse de que Mosca había estado allí el día anterior y de que ahora debía hallarse, probablemente, en la Sección Legal. Cuando consiguió hablar con la Sección Legal supo que Mosca se había marchado de allí una hora antes. No tenían idea alguna de en dónde podía hallarse. Eddie colgó el teléfono y terminó su vaso. Se preparó otra bebida y volvió a descolgar el auricular. Estuvo pensando durante breves instantes, y cuando le dieron línea con Francfort, pidió que lo pusieran con el centro de mensajes del edificio de la I. G. Farben. Al sargento al otro lado del hilo le explicó brevemente el porqué de su interés en localizar a Mosca y le pidió que avisara a Mosca, por el altavoz. El

sargento le dijo que esperara. Momentos después le dijo que iban a llamar en seguida a Mosca, y le rogó que no se retirara.

Eddie estuvo esperando durante bastante rato. Había terminado su segundo vaso. De pronto oyó la voz de Mosca. No era una voz ansiosa, sino únicamente sorprendida.

Eddie, de momento, no supo qué decir. Luego, se decidió:

—Oye, Walter, soy Eddie. ¿Cómo está el asunto de los papeles?

—No lo sé. Me envían de una oficina a otra. ¿Es que ocurre algo?

Eddie se aclaró la garganta. Con fingida indiferencia, dijo:

—Me temo que tendrás que dejarlo para más adelante, Walter. Tu casera dijo a Meyer que Hella había sido conducida al hospital. Meyer me pasó la noticia, y entonces llamé inmediatamente al hospital. No quisieron darme detalles por teléfono, pero parece que la cosa es seria.

Se produjo una pausa, que rompió la voz de Mosca, cautelosa, como si el hombre buscara las palabras adecuadas:

—¿De veras no sabes nada más?

—Te lo juro por Cristo —contestó Eddie—. Pero será mejor que vengas en seguida.

La pausa fue ahora más prolongada. Luego, Mosca dijo:

—Saldré de Francfort en el tren de las seis de la tarde. Espérame en la estación, Eddie. Llegaré hacia las cuatro de la madrugada.

—De acuerdo —dijo Eddie—. En cuanto cuelgue me voy al hospital. ¿De acuerdo?

—Bien. Gracias, Eddie —se oyó un golpecito seco al otro extremo del hilo, y Eddie Cassin colgó.

Se sirvió otra bebida. Dirigiéndose a Inge, dijo:

—Hoy no volveré.

Puso la botella de ginebra y la lata de jugo de uva en su maletín, y salió de la base aérea.

La ciudad de Bremen estaba completamente a oscuras cuando Mosca bajó del tren procedente de Francfort. No eran todavía las cuatro de la madrugada. En la plaza frente a la estación aguardaba, apenas visible, un autobús del ejército, color verde oliva. La plaza estaba sólo iluminada por unas pocas farolas, las cuales alumbraban únicamente las esquinas y la entrada de las calles que confluían en la estación.

Mosca pasó la vista por la sala de espera, pero no se veía ni rastro de Eddie Cassin. Tampoco en la calle había *jeep* alguno.

Estuvo unos momentos sin saber qué dirección tomar, pero luego se decidió a seguir los rieles del tranvía, Schwachhauser Heer Strasse abajo, y pasando después a la larga Kurfürsten Allee. No se daba cuenta siquiera de que llevaba la bolsa de gimnasia, mientras atravesaba las ruinas de la fantasmal ciudad. Nunca logró saber por qué no se dirigió directamente al hospital.

Mientras se iba acercando a su hogar, vio una luz encendida, y supo que era la de su apartamento. Atravesó el enarenado sendero. Al subir las escaleras oyó el llanto de su hijo.

Abrió la puerta de la sala y vio a *Frau* Saunders sentada en el sofá, frente a él, empujando hacia adelante y hacia atrás el cochecito. Los gritos del niño eran monótonos, desesperanzados, como si nada pudiera hacerlos cesar. Mosca vio que la cara de *Frau* Saunders reflejaba una palidez y un cansancio indecibles. Y su pelo, normalmente muy bien peinado, aparecía greñoso y descuidado.

Mosca se quedó en la puerta, esperando que la mujer hablara, pero en seguida se dio cuenta de que estaba demasiado asustada como para romper el silencio.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Mosca.

—Está en el hospital —contestó *Frau* Saunders.

—Lo sé, pero ¿cómo está?

Frau Saunders no respondió. Dejó de empujar el cochecito y ocultó el rostro entre sus manos. Los lloros del crío se hicieron más fuertes. El cuerpo de *Frau* Saunders comenzó a sufrir visibles estremecimientos:

—¡Oh, cómo gritaba! —exclamó—. ¡Cómo gritaba!

Frau Saunders estaba llorando. Dejó de taparse la cara con las manos, como si no pudiera ya ocultar más su dolor. Volvió a empujar el cochecito. La criatura/Estaba tranquila. *Frau* Saunders miró a Mosca, que estaba en la puerta, esperando pacientemente.

—Está muerta. Murió a primeras horas de la noche. Estaba esperando que usted viniera, para comunicárselo.

Vio que Mosca seguía en la puerta, impasible, como si ella no le hubiese dicho nada, como si estuviera esperando que hablara.

Sentía un entumecimiento en el cuerpo y en la mente. Oyó que *Frau* Saunders había dicho: «Murió a primeras horas de la noche», y él la creyó, pero no podía aceptar aquella verdad. Salió de la casa y echó a andar por las oscuras calles. Cuando llegó al hospital, siguió el arco que formaba la gran cerca metálica, hasta que llegó a la entrada principal.

Mosca se dirigió a la oficina de la administración. Detrás de la mesa estaba una monja, que llevaba en la cabeza la gran toca blanca de su orden religiosa. Luego, en un banco adosado a la pared, vio a Eddie Cassin.

Eddie, torpemente, se levantó. Hizo una seña a la monja. La religiosa indicó a Mosca que la siguiera.

Mosca siguió a la hermana por los largos y silenciosos corredores. Oía la cansada respiración de los enfermos. Al final del pasillo cruzaron por entre las mujeres de la limpieza, que, vestidas todas de negro y arrodilladas, sacaban brillo al suelo.

Pasaron a otro corredor. La monja abrió la puerta de una pequeña habitación, y Mosca entró detrás de ella. La religiosa se hizo a un lado y cerró la puerta.

Mosca avanzó un paso por el interior de la habitación, y en el rincón, sobre la

blanca almohada, vio la cabeza de Hella. Su cuerpo estaba cubierto hasta la garganta por una sábana blanca. Como no podía ver con claridad, avanzó otro paso.

Tenía los ojos cerrados, y el lado izquierdo de su cara no estaba ya hinchado, como si el veneno y la vida hubiesen salido simultáneamente de su cuerpo. La boca era descolorida, casi blanca. El color había desaparecido de sus mejillas, y parecía más joven que cuando estaba con vida. Pero la cara se veía vacía, y las grandes cavidades de sus ojos cerrados daban una impresión de ceguera.

Mosca se acercó más, hasta situarse junto a la cama. En el antepecho de la ventana, que él no podía ver, debido a las cortinas, había un jarrón con un ramo de flores blancas. Miró a Hella. Se sentía confuso, y sabía que debía aceptar el hecho de su muerte, pero no sabía qué hacer, se sentía incapaz de pensar o sentir. La muerte no le era desconocida en su forma violenta. Pero ahora, al ver el cuerpo sin vida de una persona a la que había besado y amado físicamente, sentía una indefinible sensación: Ahora, por vez primera en su vida, había visto en qué se convertía un cuerpo después de la muerte. Tocó los cerrados ojos, la fría cara; puso sus manos sobre la sábana que cubría el cuerpo de la pobre muchacha. Oyó un extraño crujido. Entonces apartó un poco la sábana.

El cuerpo estaba dentro de una mortaja de papel marrón, y pudo darse cuenta de que no llevaba vestimenta alguna. Detrás de él, la monja murmuró:

—Muchos lo prefieren así, pues desean la ropa.

Había tirado de la sábana con arrogante seguridad, con fe en la armadura que había construido contra el dolor. Esperaba que el recuerdo de los años terribles le sirviera de coraza. Pero pensó: Tiene ropa suficiente como para que no tenga que ser enterrada desnudo. Es lo menos que puedo hacer por ella. Y de pronto, a través de su sangre, llegaron un millar de enemigos, sintió que la garganta se le llenaba de bilis y que una mano gigantesca le apretaba el corazón. Luego, sin saber cómo, se encontró fuera de la habitación, con la espalda apoyada en la pared del corredor.

La monja lo esperaba, paciente. Finalmente, Mosca le dijo:

—Traeré algunas prendas de vestir adecuadas; ¿querrá usted hacerme el favor de vestirla?

Abandonó el hospital y echó a andar. Siguió el perímetro de la cerca. A pesar de que aún no era de día, se dio cuenta del paso del strassenbahn y de la gente. El toque de queda había terminado. Dirigió sus pasos a calles desiertas, pero en cuanto entraba en ellas, de todas partes, de la tierra y de las casas semiderruidas, brotaban gran cantidad de personas. Luego surgió el frío sol invernal, que derramó sobre la tierra una luz pálida, y se encontró en un extremo de la ciudad. El aire era muy frío. Mosca se detuvo.

Lo aceptaba todo, absolutamente todo, y no le sorprendía el hecho de que todo hubiese salido tan mal. Leí quedaba sólo un infinito cansancio y una desesperación sin límites; y, en el fondo de su alma, además, una sensación de culpabilidad.

Pensó en lo que debía hacer; llevar un vestido oscuro al hospital, para que Hella

fuese enterrada con él, y disponer todo lo relativo al funeral. Eddie lo ayudaría, se encargaría de todo. Se volvió y sintió algo en el brazo. Entonces se dio cuenta de que todavía llevaba la bolsa de gimnasia. Estaba muy cansado, y debía andar aún un buen trecho, por lo que la dejó caer sobre la húmeda hierba. Elevó los ojos hacia el frío sol matinal y comenzó a andar en dirección a la ciudad.

Una minúscula caravana atravesó la enorme puerta negra de hierro, dejó el recinto del hospital y entró en la ciudad. La luz grisácea de las primeras horas de la mañana cubría las ruinas con fantasmales láminas de vapor.

La ambulancia que transportaba el ataúd de Hella abría la marcha. El *jeep*, abierto a todos los vientos, seguía a poca distancia. Eddie y Mosca, en los asientos delanteros, iban encorvados, para protegerse del viento. *Frau* Saunders, sola en el asiento trasero, se cubría con una manta militar, la cual ocultaba al mundo su vestido negro, de luto. Detrás del *jeep* seguía un pequeño Opel, con su motor de leña y su diminuta chimenea. En él viajaba el sacerdote a cuya iglesia pertenecía *Frau* Saunders.

La caravana circulaba en dirección opuesta a la oleada de gente que se dirigía al centro de la ciudad, a pie; en repletos *straßenbahn* y en autobuses militares; gente cuyo ritmo de vida había sido interrumpido solamente por el descanso, el sueño y, quizá, las pesadillas. El duro frío de finales de otoño, frío repentino e imprevisto, era peor que el riguroso frío invernal, y helaba no sólo la carrocería del *jeep*, sino también el cuerpo y la mente de sus ocupantes.

Mosca se inclinó hacia Eddie:

—¿Sabes dónde está el cementerio?

Eddie asintió. Mosca, con voz sin inflexión, neutra, dijo:

—Vamos allá.

Eddie giró el volante hacia la izquierda y enfiló luego la ancha avenida que conducía hasta el extremo de la ciudad. Tomaron después una carretera secundaria y no tardaron en atravesar una puerta de madera, abierta, y, finalmente, el *jeep* se detuvo frente a un campo en el que se veían largas hileras de lápidas sepulcrales.

Se quedaron sentados en el *jeep*, esperando. *Frau* Saunders dejó la manta a su lado, sobre el asiento desocupado. Llevaba abrigo negro, sombrero y velo, y medias negras. La luz invernal daba a su cara un tono gris. Eddie y Mosca llevaban uniforme verde oscuro.

La ambulancia venía lentamente por la estrecha carretera, y atravesó la puerta del cementerio. Cuando se detuvo, el conductor y su ayudante saltaron al suelo. Eddie y Mosca fueron a ayudarles. Mosca vio que eran los dos hombres que habían llevado a Hella al hospital, cuando el nacimiento del niño. Las dos puertas traseras de la ambulancia estaban abiertas, y Mosca y Eddie ayudaron a los dos hombres a sacar el ataúd.

Era de madera basta y pintado de color negro; las asas de hierro eran del color del firmamento. Los dos hombres de la ambulancia estaban frente a Mosca, cuando los cuatro trasladaban el ataúd, pero pretendieron no conocerlo. Dieron una vuelta

completa para quedar delante. Pesaba muy poco. Pasaron por entre lápidas rotas y estropeadas por el tiempo, hasta que, finalmente, llegaron a un hoyo. Dos alemanes, pequeños y de hombros redondeados, vestidos con gorras y chaquetas oscuras, se apoyaban en sus picos y palas y miraban cómo el ataúd era colocado cerca del agujero que habían hecho. Detrás de ellos se veía una gran pila de tierra oscura.

El pequeño Opel atravesó la puerta del cementerio, y de su chimenea salía un humo negro hacia el firmamento. El sacerdote bajó del coche. Era alto y delgado, y su rostro tenía una expresión de dureza. Andaba con lentitud, ligeramente inclinado, y su sotana negra llegaba hasta el suelo. Habló brevemente con *Frau* Saunders y luego con Mosca. Éste tenía los ojos fijos en el suelo. No conseguía entender el fuerte acento bávaro.

La quietud del aire fue rota por la oración monótona y gutural del sacerdote. Oyó las palabras «amor» y «oración», y la voz repetía continuamente las palabras «perdonad, perdonad» y «aceptar, aceptar, aceptar», y también algo relativo a la «sabiduría», a la «compasión» y al «amor de Dios». Alguien le dio un puñado de tierra, y él la tiró al hoyo, y oyó cómo golpeaba contra la madera. Oyó después cómo otros puñados de tierra, echados por otras personas, golpeaban contra el féretro. Poco después, como la tierra era echada ya a paladas, el ruido se fue suavizando, hasta que no se oyó apenas nada, pues la tierra chocaba contra la tierra. Mosca, a pesar de la sangre que se le agolpaba en la cabeza, pudo oír el llanto de *Frau* Saunders.

Finalmente, todo quedó en silencio. Poco después oyó cómo alguien se movía. Escuchó el roncar de un motor; luego, de otro.

Mosca alzó la vista. La niebla de la ciudad, que antes habían dejado atrás, se había introducido entre las tumbas y las piedras. Elevó los ojos al firmamento opaco, como suele hacerse cuando se reza. Mentalmente, con odio, gritó:

—¡Creo! ¡Creo!

Su grito expresaba que creía en el Dios verdadero, que su visión era clara, que veía al verdadero Padre. En su corazón y en su mente se abrieron grandes fisuras para recibir al Dios que veía, y luego, a través de la cortina de nubes, apareció un sol pálido, que lo obligó a bajar la vista.

En la llanura que se extendía delante de la ciudad pudo ver la ambulancia vacía y el Opel alejándose por la carretera desigual. Los dos hombres del pico y la pala habían desaparecido. *Frau* Saunders y Eddie, sentados en el *jeep*, lo esperaban. *Frau* Saunders se abrigaba con la manta, que ocultaba su negra vestimenta. Hacía mucho frío. Con un movimiento de la mano les indicó que se marcharan, y vio cómo el *jeep* color verde oliva se dirigía lentamente hacia la puerta. *Frau* Saunders se volvió, pero Mosca no pudo verle la cara. Su velo negro y la niebla le impidieron ver sus ojos.

Y ahora, solo por vez primera, Mosca pudo mirar la tumba de Hella, la tierra recién colocada y la tierra que su cuerpo había desplazado. No sentía tristeza; sólo una indefinible sensación de pérdida, como si nada pudiese hacer y como si en el mundo no existiese lugar adonde poder ir. Dirigió la mirada al lugar donde la ciudad

comenzaba y bajo cuyas ruinas estaban enterrados más huesos de los que nunca habría en el camposanto. El débil sol invernal, semioculto por las nubes, lanzaba su pálida luz amarilla, y Mosca trató de ver entonces su propia vida y todo cuanto había sentido y conocido. Allí, entre aquel continente de tumbas, trató de retroceder a los juegos de la infancia, a las calles en las que había jugado de niño, y trató de rememorar el amor de su madre, la cara de su padre, muerto muchos años antes, y su primera despedida. Recordó que su madre le decía siempre: «No tienes padre, pero Dios es tu padre». Y le decía también: «Tienes que ser doblemente bueno, porque no tienes padre y Dios es tu padre». Trató de recordar el amor que él había sentido entonces, las corrientes de piedad y ternura que tantas veces habían provocado sus lágrimas.

Esforzándose por sentir dolor, pensó en Hella, en su cara frágil y delicada, indefensa ante el mundo y la muerte. Pensó en su amor inconsciente, un amor que le había sido fatal, un amor que en este mundo era una debilidad.

Atravesó el estrecho sendero, bordeado de lápidas que mostraban las heridas de la guerra. Salió del cementerio. Caminando hacia la ciudad, su mente se llenó de imágenes de Hella; veía su cara el día de su regreso a Alemania, y el amor que le había dado, un amor que le era absolutamente necesario para seguir viviendo. Pero ahora le parecía como si ya entonces hubiese sabido que aquel amor llevaría a su amada a la tumba.

Meneó la cabeza. Mala suerte, nada más que mala suerte, pensó. Recordó las muchas noches en que al llegar a casa a cenar, la había encontrado dormida en el sillón. Entonces solía llevarla a la cama, cenaba, se marchaba al club, y, cuando regresaba, la encontraba todavía dormida, en un sueño profundo que duraba hasta bien entrada la mañana. Mala suerte, pensó nuevamente, para justificarse, pero sin esperanza, recordando la crueldad que se la había llevado cuando estaba completamente sola; sin avisar, sin dejarle ver o tocar a las pocas personas que amaba.

Justo antes de entrar en la ciudad, trató de comunicarse con el otro Dios, que estaba en el otro mundo, el mundo en que vivía su madre, el mundo de los hogares felices, de los niños alegres y bien alimentados, de las mujeres virtuosas que tenían maridos buenos y alianzas matrimoniales de oro. Trató de alcanzar el mundo rico en medicamentos con los cuales curar casi todas las enfermedades; trató de ponerse en comunicación con aquellas profundas sombras de recuerdos indoloros que ahora podían salvarlo.

Y si hubiese podido ver la ciudad que tenía frente a él sin la piel lacerada y la carne martirizada; si hubiese brillado el sol y el plomizo firmamento hubiese mostrado un bello color azul, y si hubiese podido sentir amor por la gente que se movía entre las ruinas, quizás hubiera podido ver al Dios amante y misericordioso, al Dios verdadero.

Mosca descendió la suave colina a los pies de la cual comenzaba la calle

pavimentada. Ahora no podía concentrar su mente en ninguna imagen real de Hella. Solamente una vez, en la húmeda calle, le vino a la mente, claro y desnudo, el pensamiento: Todo ha terminado. Pero también este pensamiento se escapó de su mente antes de que pudiera comprender su significado.

Dio dinero a *Frau* Saunders para que cuidara del niño, y regresó al alojamiento de la Metzer Strasse. En las noches que siguieron, Mosca se fue temprano a la cama. Cuando se acostaba, las fiestas comenzaban, y se oía música y risas procedentes de las habitaciones debajo y alrededor de la suya. Y, a pesar del estruendo, dormía. Pero de madrugada, cuando se hacía el silencio, se despertaba. Entonces miraba el reloj de su mesita de noche, y siempre señalaba entre la una y las dos. Seguía acostado, sin encender la lámpara, temeroso de su deprimente y débil luz amarillenta. Poco antes del amanecer volvía a dormirse, a despecho del bullicio de los hombres que se disponían a dirigirse a su trabajo. Y todas las noches era lo mismo. Cuando se despertaba, acercaba el reloj de esfera luminosa a sus ojos, con la esperanza de que marcara una hora cercana al amanecer. E invariablemente tenía que fumarse un cigarrillo y sentarse en el lecho, preparándose para las largas horas sin sueño. Escuchaba el borboteo de las cañerías, la respiración de la pareja que dormía en la habitación próxima a la suya, sus ronquidos y los apagados gritos de su pasión sonámbula, y luego el correr del agua en el cuarto de baño. Oía golpecitos secos y ruido de pasos, como si los demás también se encontraran desvelados. A veces, muy lejano, se oía el sonido de alguna radio y, a menudo, voces y risas; eran las mujeres que salían del alojamiento. Y luego, con la llegada del alba, con la casa vacía de gente y con los rayos del débil sol invernal dentro de su habitación, Mosca volvía a dormirse.

Una tarde, dos semanas después del entierro, Mosca sintió unos pasos en el vestíbulo, seguidos de una llamada a su puerta. Saltó de la cama y se puso los pantalones. Se acercó a la puerta, dio la vuelta a la llave y la abrió.

Ante él estaba el rostro que sólo había visto una vez, pero que jamás olvidaría. Honny, con su mata de pelo amarillo, su carnosa nariz y sus pecas. Honny, sonriendo, preguntó:

—¿Puedo pasar?

Mosca se hizo a un lado, y luego cerró la puerta. Honny dejó su cartera de mano encima de la mesa y pasó la vista por la habitación. Luego, en tono amable, dijo a Mosca:

—Si le he despertado, lo siento.

—Me estaba levantando ya —contestó Mosca.

El pequeño hombre rubio, con voz lenta, dijo:

—Sentí mucho, pero mucho, lo de su esposa —esbozó una vaga sonrisa.

Mosca, andando en dirección a la cama, respondió:

—No estábamos casados.

—¿Ah, no? —nerviosamente, Honny se pasó la mano por la frente, y pareció

tranquilizarse sólo cuando sus dedos tocaron con el sedoso pelo que le cubría la parte posterior de la cabeza—. He venido para decirle algo muy importante.

—No tengo cigarrillos —dijo Mosca, con voz cortante.

Honny, muy serio, replicó:

—Sé que no tiene cigarrillos y que no es usted ningún jefe de intendencia. Me enteré cuando Wolf regresó a América.

Mosca le sonrió:

—Entonces, ¿a qué viene su visita?

—No, usted no comprende —dijo Honny—. He venido para hablarle de Yergen. Esa penicilina que le vendió a usted la compró por mediación mía. Actué de intermediario —hizo una pausa—. Yergen sabía que era defectuosa, pues pagó sólo una parte del precio normal al contacto que le proporcioné. ¿Entiende ahora?

Mosca tuvo que sentarse en la cama. Se pasó la mano por la cicatriz. Le dolía el estómago. De repente le entró un terrible dolor de cabeza. Yergen, Yergen, pensó. Yergen, que tanto había hecho por ellos, que apreciaba a Hella. Yergen, a cuya hija había querido mucho Hella. Se sintió frustrado y humillado al pensar en lo que Yergen le había hecho, en la tristeza y el dolor que le había causado. Ocultó la cara entre las manos.

Honny volvía a hablar, suave y amablemente:

—Me enteré de que se negó a colaborar en el plan de Wolf. No soy un estúpido. Eso significa que le debo la vida a usted. Créame, de haber sabido que Yergen quería la penicilina para usted, le hubiese hecho desistir. Lo supe demasiado tarde. A Yergen no le importaba sacrificarme a mí, del mismo modo que sacrificó a su mujer —vio que Mosca seguía sentado en la cama, con el rostro entre las manos, por lo que prosiguió, todavía con más suavidad—: Tengo buenas noticias. Yergen vuelve a estar en Bremen, en su domicilio de antes. *Frau Meyer* le hizo saber que todo estaba tranquilo, que nada tenía que temer.

Mosca se puso en pie. En tono tranquilo, preguntó:

—¿No está usted mintiendo?

—No, no miento —contestó Honny; su cara estaba mortalmente pálida, con lo que las pecas destacaban todavía más—. Si lo piensa, sabrá que no le digo más que la verdad.

Mosca se acercó al armario y lo abrió. Se movía con rapidez y, aunque le dolía la cabeza, se sentía casi feliz. Sacó un talonario de cheques de la American Express, y firmó cinco de ellos. Eran de cien dólares cada uno. Los mostró a Honny:

—Consiga que Yergen venga aquí esta noche, y son suyos.

Honny retrocedió:

—No, no —dijo—. No puedo hacerlo. ¿Qué le ha hecho pensar que puedo hacer una cosa así?

Mosca se guardó los cheques y avanzó un paso hacia el otro. Honny volvió a retroceder, murmurando:

—No, no puedo hacerlo.

Mosca vio que era inútil; cogió la cartera de mano del alemán y se la dio:

—Gracias por decírmelo, de todos modos —le dijo.

Estaba solo, de pie en el centro de la habitación. Tenía la impresión de que le golpeaban la cabeza. Su corazón latía fuertemente. Parecía como si sus pulmones no pudieran absorber el aire de la habitación. Terminó de vestirse y salió del edificio.

Fuera, en la calle, observó, sorprendido, que el sol calentaba mucho. El invierno, que había sustituido al otoño, parecía haberse retirado. Se encaminó a la Kurfürsten Allee, hacia lo que había sido su hogar, evitando la débil sombra de los casi desnudos árboles. Jaqueca aparte, se sentía mejor de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo. Esta noche, por fin, dormiré de un tirón, pensó.

Sin hacer el menor ruido, Mosca entró en el apartamento y se quedó de pie al lado de la puerta que daba a la sala. Oyó el rechinar del cochecito, y, cuando entró, vio a *Frau* Saunders moviéndolo hacia adelante y hacia atrás. Estaba sentada en el sofá, con un libro en la mano izquierda, mientras que con la derecha asía el cochecito. Tenía un aspecto triste y sereno. El niño, dentro del cochecito, estaba dormido. Por la frente de la mujer cruzaban unas venas azuladas, y en sus temblorosos párpados aparecían otras venas del mismo color, pero más finas.

—¿Está bien el niño? —preguntó Mosca.

Frau Saunders asintió:

—Todo está bien.

Dejó el libro y el cochecito, y sus dedos quedaron entrelazados en el regazo.

—¿Recibió el paquete que le envié?

La semana anterior le había enviado una enorme caja de comida.

La mujer asintió nuevamente. Se veía muy envejecida. Mosca reconoció algo familiar en la forma en que estaba sentada y en el tono en que contestaba.

No la miró al preguntarle:

—¿Puede tener con usted al niño, indefinidamente? Le pagaré bien, lo que usted diga.

La cabeza le dolía terriblemente, y se preguntaba si *Frau* Saunders tendría alguna aspirina.

La mujer volvió a tomar el libro, pero no lo abrió. El grave rostro no tenía aquella cáustica sonrisa que él recordaba muy bien.

—*Herr* Mosca —dijo, muy seria—, si usted da su consentimiento, haré lo necesario para adoptar a la criatura. Eso resolvería su problema.

Pronunció estas palabras con gran frialdad, pero en seguida sus ojos se llenaron de lágrimas. Dejó caer el libro al suelo, y utilizó sus manos para ocultar y detener el llanto. Y entonces supo Mosca qué era lo que le había parecido familiar en su aspecto y actitud. Se conducía como lo hacía su madre, cuando le daba algún disgusto.

Pero como no era su madre y no podía, por tanto, conmovérselo, Mosca se acercó al sofá y puso su mano sobre el brazo de la mujer:

—¿Qué ocurre, qué es lo que he hecho?

Su voz era tranquila, razonable.

La mujer se secó las manos. Ahora ya no lloraba. Con voz serena, dijo:

—No se ocupa del niño, no ha venido ni una sola vez en todo este tiempo. ¿Qué pensaría ella si pudiese ver su actitud? ¡Cómo sufriría, pobrecita! Le amaba a usted mucho, y siempre decía que era muy bueno. Cuando cayó escaleras abajo, alargaba los brazos hacia el niño. Sufría mucho, pero pensaba en la criatura. Y ahora usted se desentiende de lo que ella amaba tanto.

Tomó aire y prosiguió, histéricamente:

—¡Es usted un hombre terrible; la engañó; es una mala persona!

Frau Saunders puso sus manos en el cochecito, en ademán de proteger al niño.

Mosca se apartó unos pasos. Para ayudar a la mujer, dijo:

—¿Qué piensa que debería hacer?

—Sé lo que ella desearía que hiciese. Que se llevara el niño a América, que le diera usted una vida segura y feliz.

Mosca replicó:

—Como no estábamos casados, resulta que el niño es alemán. Los trámites serían largos y complicados.

—Bien —respondió *Frau Saunders*—. No tengo inconveniente en tener conmigo al niño hasta entonces. ¿Tramitará usted el asunto?

—No creo que me sea posible —dijo. Y entonces, de repente, le entraron deseos de marcharse de allí. Volvía a ser consciente de su dolor de cabeza.

Frau Saunders, con voz fría, le preguntó:

—¿Quiere que lo adopte?

Mosca miró al niño, que dormía. No sintió emoción alguna. Sacó de su bolsillo los cheques que había firmado y los dejó sobre la mesa.

—No sé lo que ocurrirá —dijo. Se dirigió a la puerta.

—¿Cuándo vendrá otra vez a ver a su hijo?

La voz de *Frau Saunders* mostraba una profunda irritación. La expresión de su cara era desdeñosa. Mosca se volvió a la mujer.

La cabeza le dolía muchísimo, y deseaba marcharse, pero la expresión de la cara de *Frau Saunders* era más de lo que podía soportar.

—¿Por qué no dice la verdad, por qué no dice todo lo que siente? —sin darse cuenta, hablaba a gritos—. Usted cree que es culpa mía; está convencida de que si murió fue porque no hice lo que pude por salvarla. Dígame la verdad. Es por eso que me mira como si yo fuese un animal; es por eso que está usted tan enojada. «Otro alemán que ha matado ese americano», piensa. No simule que si está irritada es por el niño; no se mienta a sí misma.

Por vez primera, *Frau Saunders* lo miró fijamente, a los ojos. El hombre parecía muy enfermo; su piel tenía un color amarillento, y sus ojos parecían ascuas encendidas:

—No, no —dijo la mujer—, nunca he pensado cosas tan horribles.

Y, mientras pronunciaba estas palabras, se dio cuenta de que el norteamericano tenía algo de razón.

Mosca había logrado dominarse. Con voz tranquila, dijo:

—Le demostraré que no es verdad lo que usted piensa.

Dio media vuelta y se marchó. *Frau* Saunders lo oyó bajar la escalera.

Una vez en la calle, Mosca encendió un cigarrillo y miró el encapotado cielo, paseando luego la vista por la Kurfürsten Allee. A punto ya de terminar el cigarrillo, echó a andar en dirección al alojamiento, en la Metzger Strasse. Como consecuencia de la jaqueca, le dolían los ojos y las venas del cuello. Miró su reloj. Sólo eran las tres. Tendría que esperar muchas horas antes de que pudiera hacer cosa alguna en relación con Yergen.

En su habitación reinaban las sombras del atardecer. Tomó una aspirina y se echó en la cama. Estaba asombrado por sentirse tan cansado. Cerró los ojos, le pareció que sólo por un instante, y entonces oyó un golpe en la puerta. Al abrir los ojos vio que la estancia estaba completamente oscura. Encendió la lámpara de la mesita de noche y miró la hora. Eran sólo las seis. Llamaron otra vez, y entonces el que llamaba abrió la puerta. Era Eddie Cassin. Iba muy bien vestido y afeitado y olía a talco.

—Pienso que deberías cerrar la puerta, cuando duermes —le dijo—. ¿Cómo te sientes?

Mosca se frotó la cara:

—Bien —contestó. El dolor de cabeza había desaparecido, pero le ardía la cara y tenía los labios completamente secos.

Eddie Cassin dejó algunas cartas encima de la mesa:

—He recogido tu correo. ¿Tienes algo para beber?

Mosca se acercó al armario y sacó una botella de ginebra, y luego dos vasos.

—Esta noche se celebra una gran fiesta —dijo Eddie—. Espero que bajas.

Mosca hizo con la cabeza un gesto negativo. Alargó a Eddie uno de los vasos. Bebieron.

—Tu orden de partida llegará en una semana. El ayudante trató de evitarlo, pues dijo que toda la culpa había sido suya. Pero el coronel no quiso atender a razones —se inclinó hacia Mosca—. Si quieres, extraviaré algunos papeles, y así tendrás un par de semanas más.

—No importa —dijo Mosca. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. A través de la escasa luz crepuscular, Mosca vio en la calle un grupo de niños, todos con linternas apagadas, a la espera de la oscuridad absoluta. Recordó su canción de algunas noches atrás, lo suficientemente suave como para no despertarle, pero era un canto que, extrañamente, se había filtrado dentro de su cerebro.

Eddie Cassin, detrás de él, dijo:

—¿Qué hay del niño?

—Lo tiene *Frau* Saunders —contestó Mosca.

Eddie hablaba en voz baja:

—Iré a verla. No te preocupes —hizo una pausa—. Es duro, Walter. Los hombres como tú y yo traemos mala suerte a quienes nos rodean. Tómalo con calma.

En la calle, los niños marchaban en dos filas por la Metzger Strasse, y sus linternas no se veían, pues todavía las llevaban apagadas. Eddie dijo:

—Esas cartas son de tu madre. Le he enviado un telegrama. Me imaginé que no le has escrito.

Mosca se volvió y lo miró, fijamente:

—Has sido un buen amigo —dijo—. ¿Podrías hacerme un último favor?

—Desde luego —contestó Eddie.

—En todo este tiempo no me habías dicho que Yergen ha regresado a la ciudad. Quiero verlo. ¿Puedes hacer que venga aquí?

Eddie tomó otra copa y miró cómo Mosca se movía por la habitación. Había algo raro en él, pensó. Mosca hablaba con calma, y era evidente que su voz era serena, pero sus ojos eran como espejos oscuros, y en su cara aparecía a menudo una mueca de rabia y odio.

Eddie dijo, lentamente:

—Espero que no estés rumiando ninguna estupidez, Walter. El hombre cometió un error. No fue culpa suya. Sabes perfectamente que Yergen hubiese sido capaz de todo por Hella.

Mosca sonrió:

—Solamente quiero que me devuelva los cigarrillos y el dinero que le di.

Eddie quedó tan sorprendido y aliviado que no pudo evitar que se le escapara un grito de alegría:

—Bueno, muchacho, veo que vuelves a ser normal. Realmente no tiene derecho a cobrar.

Eddie pensó que era muy propio de Mosca no querer ser estafado, ni siquiera en dolorosas circunstancias. Pero su alivio era real. Estaba contento de ver que Mosca había finalmente recuperado la normalidad.

Le vino a la cabeza una idea. Asió a Mosca del brazo:

—Escucha —le dijo—: me voy a pasar una semana en las montañas de Marburgo, con *Frau Meyer*. Quiero que vengas tú también. Te conseguiré una muchacha, una muchacha encantadora. No faltarán risas, buena comida ni licores. Vamos, no puedes negarte a la invitación de un amigo.

Mosca le sonrió:

—De acuerdo —dijo.

Eddie se echó a reír:

—Estupendo, Walter, estupendo —dio una palmada en el hombro de Mosca—. Saldremos mañana por la noche. Te gustarán mucho aquellas montañas. Son hermosas, muy hermosas —hizo una pausa, y luego, su tono fue afectuoso y casi paternal—. Quizá podamos encontrar un medio de que el niño pueda ir contigo a los Estados Unidos. Eso es lo que Hella hubiese querido, Walter. Más que ninguna otra cosa. Quiero que bajes. Aunque sólo sea para tomar una copa —añadió, con embarazada sonrisa.

—¿Harás que Yergen venga aquí? —preguntó Mosca.

Eddie lo miró, pensativo. Mosca dijo:

—La verdad es que necesito dinero, Eddie. Tengo que dejar algunos billetes a *Frau Saunders*, para el niño.

Y necesito pasta para ir con vosotros a Marburgo —se rio—. A menos que quieras

pagar tú —dio a su voz un tono de absoluta sinceridad—. Y necesito el dinero para el viaje a los Estados Unidos. No hay más que eso. Pagué a Yergen una pequeña fortuna por los medicamentos.

Eddie quedó convencido:

—No te preocupes, te aseguro que vendrá —dijo—. Voy a verlo ahora mismo. Y luego nos veremos abajo, en la fiesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Mosca.

Cuando Eddie se hubo marchado, Mosca pasó la vista por la vacía habitación. Vio las cartas encima de la cama, abrió una, y se sentó en la cama, dispuesto a leerla. Cuando terminó se dio cuenta de que no había entendido ni una sola frase. Volvió a leerla. Trató de relacionar las palabras, para descubrir su significado. Pero era inútil, su mente no podía concentrarse en la lectura.

Ven, por favor, escribía su madre. No pienses en nada, piensa solamente en venir a casa. Yo cuidaré del pequeño. Podrás ir a la universidad, pues solamente tienes veintitrés años. Siempre me olvido de lo joven que eres y de que has estado fuera durante seis años. Si te sientes desesperado, ruega a Dios; es lo único que puede consolarte. Tu vida está empezando...

Dejó caer la carta en el suelo y se echó sobre la cama. Podía oír cómo en el piso de abajo comenzaba la fiesta, pues a sus oídos llegaban la música del tocadiscos y las risas de los asistentes. Comenzaba a dolerle otra vez la cabeza. Apagó la luz. En la esfera luminosa de su reloj vio que eran las seis y media. Disponía de mucho tiempo. Cerró los ojos.

Pensó en cómo sería todo; el regreso a casa, el ver todos los días a su madre y a su hijo. Imaginó que encontraba a otra muchacha y que se casaba con ella. Enterrada en su espíritu llevaría su otra vida, su odio por todo aquello en que creían. Su vida sería una piedra sobre la tumba de todo lo que había visto, hecho o sentido. Sorprendido, pensó en lo que había dicho a *Frau* Saunders. Le había salido sin querer. Nunca había pensado una cosa así. Pero ahora podía ver todos los errores que había cometido, y se obligó a pensar en otras cosas.

Adormilado, imaginó a Hella bajando del barco con el niño en brazos y abrazando a su madre. Luego vio que estaban todos en la sala, cada mañana, cada noche. Se durmió.

Soñó, o pensó, con una parte de su cerebro despierta, que iba camino de su casa, que en la puerta había un letrero que decía: Bien venido a casa, Walter; que había dejado a Hella viva en Alemania. Que nunca había vuelto con Hella, que ésta no había tenido en sus manos el pan moreno, ni lo había dejado caer al suelo; que había abierto aquella otra puerta, y que Gloria, su madre y Alf lo esperaban; y que él, saliendo de una pesadilla, se acercaba a ellos, que estaban dentro de un gran círculo de luz. Pero entonces su madre tenía un paquete de fotografías en la mano, y vio una cuna en el rincón y oyó la respiración de un niño dormido, y tuvo miedo. Estaban todos sentados pasándose las fotografías, y la madre dijo: «¿Qué es esto?», y él miró

y vio su guerrera y su manta; estaba sonriendo delante de una tumba. «Es mi tercera víctima», dijo y soltó una sonora carcajada, pero Alf, enojado y con su pierna de madera, gritó: «La cosa va demasiado lejos, Walter, demasiado lejos». Todos estaban de pie, y su madre, con las manos levantadas, decía: «¡Adiós, adiós!», y entonces todo quedó a oscuras. Pero Wolf vino con una vela, y él estaba en el sótano con Wolf, quien, con la vela en alto, dijo: «No está aquí, Walter, no está aquí», y entonces sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, y comenzó a gritar.

Estaba despierto y sabía que no había hablado en voz alta. La habitación estaba completamente a oscuras, y la noche había pintado de negro las ventanas. Los gritos y las risas llenaban el edificio. Se oía música, voces de hombres, ruido de pies que subían y bajaban corriendo las escaleras. En la habitación próxima a la suya oía a una pareja que se estaba haciendo el amor. Luego oyó que la muchacha decía: «Ahora, bajemos a la fiesta. Quiero bailar». El hombre refunfuñaba. Y la muchacha insistía: «Te lo ruego, llévame a bailar». Escuchó el gemido de la cama al librarse del peso de la pareja; luego, la risa de la muchacha, y después todo fue silencio y oscuridad.

Eddie Cassin no pudo evitar el hacer acto de presencia en la fiesta antes de ir a casa de Yergen, pero sólo estaba un poco borracho cuando se fijó en las dos chicas. No tenían más que dieciséis años. Vestían exactamente igual, con sombreritos azules, chaquetas sastre del mismo color, y blusas blancas de seda. Eddie quedó embobado. Su piel y su pelo contrastaban agradablemente con las ropas que llevaban, y a Eddie le encantó también la visión de sus rizos dorados que les caían sobre la frente. Bailaban con algunos de los hombres, pero rechazaban todas las bebidas, y cuando terminaba cada pieza, se sentaban juntas, como si encontraran la una en la otra una virtuosa fortaleza.

Eddie las estuvo mirando durante unos minutos, sonriente, planeando el ataque. Luego se acercó a la más bonita y le pidió que bailara con él. Uno de los hombres dijo, en tono de protesta:

—Oye, Eddie, la he traído yo.

Eddie contestó:

—No te preocupes, lo arreglaré.

Mientras bailaban, le preguntó:

—¿Es tu hermana?

La muchacha dijo que sí. Su rostro era descarado y tenía la asustada altivez que él conocía tan bien.

—¿Te sigue siempre a todas partes? —preguntó Eddie, y su voz era una invitación a alejarse de su hermana.

La muchacha sonrió con inocente fatuidad, que él encontró encantadora:

—Mi hermana es excesivamente tímida —dijo la muchacha.

Terminó el disco y Eddie preguntó:

—¿Os gustaría cenar conmigo en mi habitación?

La chica, inmediatamente alarmada, movió la cabeza, negativamente. Eddie le

dedicó una sonrisa paternal; su fino rostro era la imagen misma de la comprensión.

—Bueno, ya sé lo que estás pensando.

La condujo junto a *Frau Meyer*, que estaba bebiendo en compañía de dos hombres.

—Meyer —dijo—. Esta muchachita tiene miedo de mí. La he invitado a cenar, pero no ha aceptado. Pero si vienes tú, pienso que dirá que sí.

Frau Meyer pasó su brazo por la cintura de la muchacha:

—No tienes que sentir miedo alguno de él. Es el único hombre bueno de la casa. Yo vendré con vosotros.

Y tiene la mejor comida que has probado desde que ibas en pañales.

La muchacha enrojeció y fue a buscar a su hermana.

Eddie se acercó al hombre que había traído a la chica:

—Todo está arreglado —dijo—. Ve con Meyer a mi habitación. Diles que subiré más tarde —Eddie se dirigió a la puerta—. Guárdame un poco —dijo, riendo—. Estaré de vuelta dentro de una hora.

Mosca contemplaba la ciudad desde su ventana. A lo lejos, al otro lado de la llanura de ruinas, en el corazón de la ciudad, vio una larga cuerda de luz verde y amarilla, como una flecha disparada contra las iluminadas ventanas de la *Metzer Strasse*. Sabía que eran los niños con sus linternas. Pero las risas, la música y el ruido procedentes de la fiesta que se desarrollaba abajo ahogaban lo que Mosca quería escuchar, es decir, la canción de los niños.

Dejó abierta la ventana, tomó los útiles de afeitar y una toalla, y se dirigió al cuarto de baño. Dejó abierta la puerta, para oír a cualquiera que entrara en su habitación.

Se lavó a conciencia, disfrutando del agua fría en su encendida cara. Luego se afeitó, estudiando a la vez los rasgos tersos y serenos, la larga y delgada nariz, la fina boca de labios descoloridos, los ojos negros y profundos y la bronceada piel, grisácea ahora a causa de la fatiga y de la fiebre.

Se quitó el jabón de la cara, y se quedó mirándola. Le parecía algo extraña, como si nunca la hubiese visto antes. Volvió un poco la cabeza, para mirarse de lado. Vio los ojos oscuros y crueles, la barbilla firme y brutal. Quiso tapar el espejo con la mano, pero, sorprendido, dejó caer la mano antes de que ésta tocara el vidrio. Sonrió.

Hacía frío en la habitación. Había en el aire una extraña humedad. Se acercó a la ventana y la cerró. La humedad cesó. Las luces verdes y amarillas estaban mucho más cerca. Miró su reloj. Eran casi las ocho. Se sentía débil y calenturiento, y las náuseas lo obligaron a sentarse en la cama. La jaqueca, antes mitigada por la aspirina, volvía a atormentarlo. Desesperado, como si hubiese perdido toda esperanza de salvación, estaba seguro de que Yergen no vendría. Sentía mucho frío, por lo que se acercó al armario y se puso su vieja guerrera verde. De una caja vacía de cigarrillos sacó la pistola húngara y se la metió en el bolsillo. Puso todos sus cigarrillos en un maletín, en el que colocó también una botella de ginebra casi llena y los útiles de

afeitar. Luego se sentó en la cama. Esperaba.

Eddie Cassin estacionó su *jeep* frente a la iglesia. Se dirigió a la entrada lateral y subió los escalones del campanario. Llamó a la puerta; no hubo respuesta. Esperó, y luego volvió a llamar. Del otro lado de la puerta llegó la voz de Yergen, inesperadamente clara:

—¿Quién llama?

—Soy Cassin —dijo Eddie.

—¿Qué desea? —volvió a preguntar Yergen.

—*Frau Meyer* me ha dado un mensaje para usted —mintió Eddie Cassin.

Se oyó el ruido del cerrojo y se abrió la puerta. Yergen, junto a ella, le invitó a entrar.

La habitación estaba iluminada solamente por una pequeña lámpara situada en un extremo. Al lado de la lámpara, sentada en un pequeño sofá, la hija de Yergen tenía en las manos un libro de cuentos. Apoyaba la espalda en unos cojines adosados a la pared.

—¿De qué se trata? —preguntó Yergen. Parecía mucho más viejo y estaba más delgado, pero su cara seguía expresando seguridad y orgullo.

Eddie le alargó la mano. Yergen se la estrechó. Eddie, sonriendo, dijo:

—Vamos, hombre; nos conocemos desde hace mucho tiempo, y juntos hemos tomado muchas copas. ¿Cree usted que merezco que me trate así?

Yergen, de mala gana, sonrió:

—Es que, señor Cassin, cuando yo trabajaba en la Metzger Strasse era un hombre diferente. Ahora...

Eddie dijo, con acento sincero:

—Usted me conoce. Sabe que no le engañaría. He venido en interés de usted. Mi amigo, Mosca, quiere que le devuelva el dinero y los cigarrillos. Lo que pagó por los medicamentos en mal estado.

Yergen lo miraba con fijeza:

—Lo haré, desde luego —dijo—. Pero dígame que no inmediatamente. No puedo.

Eddie dijo:

—Quiere que vaya a verlo esta noche.

—No, no, ni hablar^ —dijo Yergen—. No iré a verlo.

Eddie miró a la hija de Yergen, que seguía sentada en el sofá. Los estaba mirando, pero su mirada era extraviada, rara. Eddie se sentía incómodo.

—Yergen —dijo—, Mosca y yo nos marchamos mañana a Marburgo. Y cuando volvamos, él partirá hacia los Estados Unidos. Y si no va a verlo usted, vendrá él aquí. Si se irrita, asustará a la niña, cuando pelee con usted.

Como Eddie esperaba, este último argumento fue eficaz. Yergen se encogió de hombros, y fue a buscar su abrigo. A continuación se acercó a su hija.

Eddie los miraba. Yergen, con su abrigo de cuello de piel, su pelo castaño, bien peinado, su aspecto serio y digno, se arrodilló, triste y humildemente, para musitar

algo al oído de su hija. Eddie sabía que le estaba dando la señal, para que, cuando regresara, ella le abriera la puerta. Vio cómo, por encima de los hombros del padre, la niña lo miraba, y pensó en qué ocurriría si olvidara la señal, si no respondiera a la llamada de su padre.

Yergen se levantó, tomó su maletín, y salieron. Yergen se paró, esperando hasta haber oído correrse el cerrojo, hasta asegurarse de que su hija quedaba aislada del mundo.

Subieron al *jeep* de Eddie. Mientras atravesaban las oscuras calles, Yergen dijo:

—¿Estará usted presente en la entrevista?

—Desde luego, no se preocupe —contestó Eddie.

Pero en la mente de Eddie Cassin se iba forjando un vago malestar. Llegaron a la iluminada Metzger Strasse y, poco después, al alojamiento. Eddie estacionó el vehículo y ambos se bajaron. Eddie miró arriba. No había luz en la habitación de Mosca:

—Quizás esté en la fiesta —dijo Eddie.

Entraron en el edificio. En el primer rellano, Eddie dijo a Yergen:

—Espere aquí.

Entró en el apartamento en el que se celebraba la fiesta, pero no vio a Mosca. Cuando regresó al rellano, Yergen lo esperaba. Vio que el rostro del alemán estaba pálido y, de repente, Eddie Cassin intuyó un terrible peligro. Por su mente pasó todo lo que Mosca había dicho, y sus palabras le sonaban ahora a falso. Dijo a Yergen:

—Vamos, le llevaré a su casa. Mosca no está aquí. Vámonos.

Yergen contestó:

—No, terminemos este asunto. No tengo miedo. No más...

Pero Eddie Cassin comenzó a empujar a Yergen hacia la escalera. Sus terribles sospechas iban tomando cuerpo en su mente. Luego, repentinamente, oyó, encima de ellos, la voz de Mosca, que, con glacial frialdad y dominada furia, decía:

—Eddie, cabrón, déjalo.

Yergen y Eddie alzaron la vista.

Estaba en el rellano del segundo piso, y a la débil luz de una bombilla, su cara se veía amarillenta y enferma. Alrededor de los labios tenía como unas llagas rojizas, producidas por la fiebre. Permanecía inmóvil. Con la guerrera parecía más corpulento de lo que en realidad era:

—Suba, Yergen —dijo. Ocultaba una de sus manos detrás de la espalda.

—No —dijo Yergen, con voz temblorosa—. Me marcho con el señor Cassin.

Mosca dijo:

—Apártate, Eddie. Sube aquí.

Yergen se asió al brazo de Eddie:

—No me abandone —dijo—. Quédese conmigo.

Eddie levantó la mano hacia Mosca y dijo:

—Walter, por Dios, ¡no lo hagas!

Mosca bajó dos escalones. Eddie trató de desasirse de Yergen, pero Yergen se cogía fuertemente a su brazo y gritaba:

—¡No me deje solo! ¡No me deje!

Mosca bajó un tercer escalón. Sus ojos eran negros, opacos, y las llagas de su boca brillaban a la luz de la bombilla del rellano. En su mano apareció la pistola. Eddie se apartó de Yergen, y Yergen, solo, dio un grito desesperado y trató de correr escaleras abajo. Mosca hizo fuego. Yergen cayó de rodillas. Levantó la cabeza, los asombrados ojos azules dirigidos hacia arriba; Mosca disparó de nuevo. Eddie corrió escaleras arriba, pasando junto a Mosca, y siguió corriendo hasta llegar al ático.

Mosca se guardó la pistola en el bolsillo. El cuerpo de Yergen estaba tendido en el rellano, y la cabeza colgaba sobre el primer escalón.

Procedente de las habitaciones inferiores llegaba el sonido de risas satisfechas. El tocadiscos comenzó a desgranar las melodiosas notas de un vals, y luego se oyó el chocar de muchos pies contra el suelo y un canto tirolés. Mosca corrió escaleras arriba, hacia su habitación. La habitación estaba llena de sombras monstruosas procedentes de la ventana. Esperó y escuchó. Se acercó a la ventana.

No había señal alguna de alarma, sino únicamente las ruinas de la ciudad, los grandes montículos de escombros y algunas luces. El sudor llenaba su cara y su cuerpo todo. Empezó a temblar; la oscuridad circundante lo ponía enfermo. Abrió del todo la ventana y esperó.

Ahora, en la calle, podía oír el canto de los niños. Cuando ya no pudo oír el coro infantil, por hallarse ya lejos, sintió que su miedo y su tensión se habían aliviado extraordinariamente. El aire frío acarició su cuerpo, y entonces desapareció el malestar físico.

Tomó el maletín, que tenía ya preparado, y bajó las escaleras, pasando junto al cuerpo de Yergen y por el rellano del apartamento donde se celebraba la fiesta. Nada había cambiado. Una vez fuera del edificio, comenzó a caminar por entre la negra llanura de ruinas, y luego se volvió para echar una última mirada.

Cuatro grandes focos de luz rompían la oscuridad de la ciudad y de la noche. Permaneció fuera de la zona iluminada, sin sentir remordimiento alguno, pensando sólo que jamás volvería ya a ver a su hijo ni a Eddie Cassin, a su país ni a su familia. Nunca vería las montañas de los alrededores de Marburgo. Finalmente, se había convertido en el enemigo.

A lo lejos, entre las sombras de la fría noche, vio el verde y el rojo de las linternas de los niños, pero no oía su canto. Andando, se dirigió a la parada del straßenbahn, que lo llevaría a la estación ferroviaria.

Todo le era familiar. Y no sentía tristeza ni desolación por el hecho de que ahora no hubiera ningún ser humano que influyera en él, que lo empujara en su camino. Sólo lo empujaba el viento de aquel continente que ya jamás abandonaría. Ante él vio la luz delantera del tranvía, y oyó el cristalino sonar de su campanilla. Por simple rutina, comenzó a correr para cogerlo antes de que arrancara. El maletín le golpeaba

la pierna. Pero cuando había dado unos pocos pasos, se detuvo, pues sabía que daba lo mismo subir en aquél que en el próximo.



Nació el 15 de octubre de 1920 en Hell's Kitchen, Manhattan (Estados Unidos) en el seno de una familia de inmigrantes italianos.

Popular gracias a sus historias sobre la mafia, como *El siciliano* (1984), *El último Don* (1996) y sobretodo la más famosa de sus novelas, *El padrino*, que le valió el reconocimiento internacional, además de dos premios Oscar para los guiones, escritos por él, de las partes primera y tercera de la película.

Cursó estudios de Ciencias Sociales en la Universidad de Columbia y tras prestar servicio en las Fuerzas Armadas durante la II Guerra Mundial, comenzó a escribir para revistas.

En 1955 apareció su primera novela, *La arena sucia*. Tras ésta pasó algunos años escribiendo historias para revistas semipornográficas, así como historias para publicaciones del género negro. En el año 1965 un editor le ofreció cinco mil dólares por una novela sobre la mafia. Sería en 1969 cuando aparecería *El padrino*, que se convirtió en un *bestseller* con más de 20 millones de ejemplares vendidos.

Las tres producciones cinematográficas originadas de la novela de Puzo fueron dirigidas por Francis Ford Coppola, representaron un hito en la historia del cine mundial.

Mario Puzo falleció en su casa en Long Island el 2 de julio de 1999, a la edad de 78 años, a causa de un paro cardíaco. El autor estaba casado con Carol Gino y tenía cinco hijos.